

# John Banville

---

## Imposturas



Lectulandia

Alex Vander, un prestigioso filósofo y académico belga que reside en los Estados Unidos, recibe una carta de una desconocida que dice saber quién es él. Y Alex Vander comienza a temblar. Porque él no es quien dice ser, y ha pasado toda su vida en el temor y el temblor del descubrimiento, en la impostura. Se encuentran, y él, que no es él, descubre que ella tampoco es ella, que no es la vieja y vengativa académica que había imaginado, sino una joven, Cass Cleave, ferviente lectora de sus libros. Ambos comienzan una peculiar relación: Vander, apresado por la impostura; Cass, en la trampa de la enfermedad mental, del insoportable amor por su padre.

**Lectulandia**

John Banville

# **Imposturas**

ePub r1.0

Titivillus 24.10.15

Título original: *Shroud*  
John Banville, 2002  
Traducción: Damián Alou

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Colocamos una palabra allí donde comienza nuestra ignorancia, donde ya no vemos más allá; por ejemplo, la palabra *yo*, la palabra *hacer*, la palabra *sufrir*: son quizás el horizonte de nuestro conocimiento, pero no «verdades».

**I**

¿Quién habla? Es la voz de ella, en mi cabeza. Me temo que no parará hasta que yo no pare. Me habla mientras avanzo a sacudidas por estas calles empedradas, me cuenta cosas que no quiero oír. A veces le contesto, protesto en voz alta, le exijo que me deje en paz. Ayer, en la panadería que frecuento, en la Via San Tommaso, creo que grité algo, su nombre quizás, pues de pronto todas las personas que abarrotaban el lugar me estaban mirando, tal como miran aquí, no con alarma ni desaprobación, sino con simple curiosidad. Ahora todos me conocen, el panadero, el carnicero y el tipo de la verdulería, y también sus clientes, en su mayoría amas de casa teñidas con henna, rollizas como palomos, con su perfume, sus feas joyas y sus ojos grandes, oscuros y desilusionados. Observo sus piernas extraordinariamente delgadas; envejecen de arriba abajo, pues estas piernas, un tanto arqueadas de manera insinuante, son las que debieron de tener a los veinte años, e incluso antes. Está claro que les intereso. Quizás lo que les llama la atención es que mi aspecto les recuerda la *commedia dell'arte*: mi mirada tuerta e iracunda, y esa cojera cómica, el bastón y el sombrero ocupando el lugar del garrote y la máscara de Arlequín. No parece importarles que esté loco. Pero tampoco estoy loco de verdad, es solo que soy muy, muy viejo. Tengo la impresión de que mi vida ha durado milenios. Cuando vuelvo la vista atrás veo lo que parece una tiniebla primigenia, salpicada de puntos de una luz áspera y fría, inmensamente lejanos, uno de otro y de mí. Pronto, dentro de pocos meses, entraremos en la década final del milenio; no viviré para ver el próximo, lo que me causa cierto pesar, pues los dos anteriores han generado tanto esplendor, tantas alegrías.

Sí, he regresado a esta ciudad de arcadas, de manera imprudente, quizás. He alquilado una casa en una de las callejas que hay junto al Duomo, no diré cuál por razones que no me resultan del todo claras, aunque confieso que de forma intermitente me preocupa la posibilidad de que me visite la policía. Mi guarida no es gran cosa, un par de habitaciones de techos bajos, frías y húmedas; las ventanas son tan estrechas y sucias que he de tener la lámpara de mesa encendida todo el día para no tropezar en medio de la penumbra. Espero que no me encuentren muerto aquí, la puerta derribada, mi casera chillando y yo en total desaliño. Mi casera —*quella strega!*— es una viuda que decididamente tiene una vena histriónica. Me cuenta que

esto era antes el barrio chino de la ciudad, y me lanza una mirada sobre cuyo significado no quiero especular, abriendo mucho los ojos y echando la cabeza muy atrás, lo que me permite gozar de la desagradable visión de las cavernas de sus fosas nasales. Siempre sospeché que acabaría así, como un marginado, recorriendo las calles secundarias de alguna ciudad anónima, hablando solo y observado por los transeúntes. Y sin embargo, elegí volver aquí, aunque no por el cariño que le tengo al lugar, desde luego. A lo que más se parece Turín es a un enorme e imponente cementerio, con todo ese mármol, esos monumentos, esas estatuas haciendo poses; no es de extrañar que el pobre N. se volviera loco aquí, creyéndose rey y padre de reyes y deteniéndose en la calle para abrazar al jamelgo de un cochero. También perdieron su equipaje, igual que una vez perdieron el mío, lo enviaron a Sampierdarena cuando debía ir en dirección contraria; a partir de entonces no he sido capaz de oír ese melodioso nombre sin un gruñido de rabia.

Basta ya de divagar. Voy a explicarme, ante mí, y ante ti, querida, pues si puedes hablarme, seguramente también podrás oírme. Con calma, serenidad, evitando mi habitual ampulosidad de tono y gestos, hablaré solo de lo que sé, de lo que puedo dar fe. Enseguida el pólipo de la duda levanta su roma y fea cabeza: ¿qué sé?, ¿de qué puedo dar fe? *No existe el «espíritu», ni la razón, ni el pensamiento, ni la conciencia, ni el alma, ni la voluntad, ni la verdad, todo son ficciones...* Eso declara el filósofo demente, esgrimiendo su poderoso martillo. Sin embargo, sigue obsesionándome la idea de que me han concedido una última oportunidad para salvar algo de mí. No hablo del alma, todavía no chocheo tanto. Pero quizás haya algo pequeño y preciado que pueda recuperar, igual que una vez recuperé la cajita de plata para las pastillas de mamá Vander de la casa de empeños. Me pregunto ahora si no habrá sido ese tu propósito; no, como yo pensaba al principio, dejarme en evidencia y hacerte un nombre, sino más bien ofrecerme la posibilidad de redimirme. Si es así, ya has conseguido algo: *redención* no es una palabra que hasta ahora haya figurado en un lugar destacado de mi vocabulario. Pero tampoco tus motivos me resultaron nunca claros, no más, sospecho, de lo que lo eran para ti. A lo mejor llegaste a traicionarme, y algún día, surgida de la imprenta de un recóndito rincón del mundo académico, aparecerá una publicación con un ensayo póstumo, escrito por ti sobre mí, y caeré en el oprobio, todos se reirán de mí, me sacarán entre abucheos de la sala de conferencias. Bueno, tanto da.

El nombre, mi nombre, es Axel Vander, en eso insisto. Cuando menos, en eso. Me entregaron su carta hace una eternidad, en una agradable ciudad de Arcadia, y el portador fue un Hermes con casco y gafas montado en una moto. El mensaje de la misiva era lo que había esperado y temido toda mi vida, lo que considero mi vida, mi vida real. Ahora que por fin había llegado, lo primero que experimentaba era bochorno. Era como si me acabaran de informar de que un hermano muerto mucho

tiempo atrás, al que apenas recordaba y nunca amé, no estaba muerto, sino vulgar y vigorosamente vivo, se alojaba en un barrio residencial muy cerca de mi casa y estaba a punto de hacerme una visita imposible. ¿Qué podía decirle, después de tanto tiempo, a esa versión olvidada de mí? Bebí whisky todo el día, eufórico de pánico y terror, y me desperté en plena noche para encontrarme hundido en la vieja silla giratoria de mi estudio, con una colilla consumida aún entre los dedos. En la tenue oscuridad de California, del exterior me llegaban unos olores que me resultaban exóticos incluso después de tantos años: eucalipto, el polvo todavía caliente tras todo un día de sol, un penetrante olor a carbón que desciende de las rubias colinas, donde, en medio de la hierba, unos tenaces fuegos han ardido sin llama durante meses. Dejé caer la carta al suelo y solté la estúpida carcajada del ebrio. Un coche pasó con un crepitar por la calle Cedar, muy lento, como si el conductor estuviera mirando los números de las casas, y me vino a la mente una máscara y unos ojos apretados detrás escrutando las puertas y las ventanas cegadas. En medio de la oscuridad levanté una mano, amartillé el pulgar y apunté con el índice hacia la puerta. Volví a reír, ahora de manera más flemática, y giré la mano y me metí el dedo que apuntaba dentro de la boca y dejé que el pulgar cayera como un percutor. Me habría metido una bala si..., ¿si qué?

Bah.

Intenté levantarme pero no pude, y caí hacia atrás con estrépito; la silla gimió de sufrimiento, mi pierna renga rodó como un leño. Odio esta pierna, compañera ineluctable de mis años de decadencia, la odio aún más que a ese ojo ciego que me mira mal, sin moverse, desde el espejo, por la mañana, nublado e incoloro, como el ojo, imagino, de un albatros muerto. Eso es lo que soy, un peso muerto que llevo colgado del cuello. Pero la cosa no durará mucho. Últimamente he comenzado a sentir que voy de capa caída, que mi vieja carne sebosa se está derritiendo y pronto solo quedará mi esqueleto. No me importará; me alegraré; entonces me levantaré, despojado ya de lo superfluo, solo hueso reluciente y tendones tersos como cera, nuevo, desconocido, por fin mi auténtico yo. Hay un momento que surge durante la ebriedad, o al final de la ebriedad, cuando, al igual que, dicen, les ocurre a veces a los que sufren un ataque al corazón, parece que me separe del cuerpo y me ponga a flotar, y me quede suspendido en lo alto, contemplando el espectáculo de mí mismo con desinteresada atención. Me acababa de pasar. Me había visto despatarrado ahí abajo, y luego me había vuelto a mover con una violenta sacudida, igual que un caballo caído al intentar ponerse en pie, agitándome en vano, farfullando. Extendí el brazo hacia la botella que había sobre el escritorio y bebí ávidamente a morro, haciendo mucho ruido. Tenía la boca en carne viva de haberme pasado el día bebiendo. Cuando dejé caer el brazo junto a la silla, la botella se deslizó de entre mis dedos y rodó vacilante hacia delante y hacia atrás, sobre el suelo de madera lustrosa, derramando su contenido en sorbos generosos y glóticos. Que se vierta. De verdad, me desagrada el sabor a humo y cenizas del bourbon, pero desde muy temprano lo

escogí como mi bebida, como parte de mi estrategia para ser diferente, otra manera de estar en guardia, como un actor que se pone un guijarro en el zapato para acordarse de que está interpretando a un cojo. Eso fue cuando me encontraba en pleno proceso de transformación. Qué difícil era juzgar así sin más, inventar sutiles discriminaciones, mantener un equilibrio: nadie sabe lo difícil que era. De haberse tratado de una obra de arte, todos me habrían considerado un maestro. Puede que ese fuera mi error, hacerlo en secreto en lugar de abiertamente, adornándome. Se habrían divertido; me habrían perdonado; a Arlequín siempre le perdonan, siempre sobrevive.

Oí crujir un papel debajo de una de las ruedecitas de la silla, como una carcajada admonitoria. Era la carta. Ved: me inclino, emito un gruñido, la recojo, la coloco sobre el brazo de la silla, la aliso con el puño y la leo de nuevo bajo ese cono de luz en el que flota un polvo dorado, y que me baña con su inmerecida benevolencia, mi vieja cabeza gacha y delirante, mis hombros caídos, mi garra surcada de gruesas venas. Las líneas mecanografiadas parpadean al ritmo del pulso que late en mi sien, y mi ojo bueno llora porque ha de esforzarse para mantener las palabras inmóviles y alineadas. Ella estaba en Amberes..., ¡en Amberes, Dios santo! Su tono estudiado y erudito me divirtió. Minucioso, esforzándome en concentrarme, especulé acerca de cuánto debía saber esa mujer. Pensaba que me había desembarazado del pellejo de mi pasado más remoto, y sin embargo ahí estaba la prueba de que no había manera de librarse del todo de él, sino que se arrastraba detrás de mí, unido por un par de hilos de cieno seco.

Entonces, con ebria claridad, vi lo que haría. Es curioso cómo este mundo azaroso te hace sus sesgadas insinuaciones. Rebusqué entre los papeles que había en el escritorio y encontré la tarjeta en relieve que llevaba allí una semana y exhibía con un rictus de desprecio sus pomposos halagos en letra florida. *Chiarissimo Professore! Il Direttore del Convegno considera un altissimo onore e un immenso piacere invitarla ufficialmente a Torino...* Intenté negarme, claro, con una lacónica y desdeñosa nota, pero ahora me daba cuenta de que debía ir, y hacer que ella también acudiera. ¿Qué mejor lugar para enfrentarme a mi ruina, si era eso lo que había de ocurrir?

Al leer la carta por primera vez, mi primer pensamiento fue desaparecer, sencillamente ponerme en pie y echar a andar hasta salir de mi vida, como ya hice en una ocasión con extraordinario y ofensivo éxito. Esta vez sería más difícil; en aquella época no era nadie, y ahora hay gente —un grupo selecto, pero un grupo— en los muchos continentes que existen que conocen el nombre de Axel Vander; de todos modos, puede hacerse. Tenía trazadas mis rutas de escape, mis cuentas bancarias secretas preparadas, mis santuarios sellados y a la espera...; estoy exagerando, por supuesto. Pero durante uno o dos minutos albergué la idea de huir, y ella me albergó a mí. Me hizo sentir osado, peligroso; me hizo sentir joven. Me pregunté si la persona que había blandido esa pluma ponzoñosa, quienquiera que fuese, conocía el efecto que la carta tendría en mí: ¿cabía la posibilidad de que ella me concediera tiempo para ahuecar el ala? Pero ¿adónde iba a ir? Por muchos planes que pudiera trazar, no

había ningún lugar al que pudiera ir más allá de esta orilla pardusca, el último confín de lo que para mí era el mundo conocido. No, no lo haría, no le daría la satisfacción de oír las pisadas y los traspies de mi pie de barro al huir. Mejor enfrentarme a ella, reírme de las acusaciones..., ¡ja! Le mentiría, por supuesto; la mendacidad es mi segunda, no, mi primera naturaleza. Toda la vida he mentido. Mentí para escapar, mentí para ser amado, mentí por conseguir una posición y poder; mentí para mentir. Era una manera de vivir; por algo riman *vivir* y *mentir*. Y ahora mis primeros ejercicios en ese arte, mis falsedades de aprendiz, se vuelven contra mí para destruirme.

Me desperté a las cinco en una espectral luz de lluvia, todavía ebrio. Durante un instante tuve la esperanza de que Magda emitiera su familiar gemido de queja y se diera la vuelta en la cama con una agitación oceánica. Extendí el brazo hasta donde ella ya no estaba; la sábana poseía ese helor peculiar, levemente pegajoso, que sin duda era producto de mi imaginación, y aun con todo seguía convencido de que lo sentía. Permanecí echado con los ojos cerrados y encendí mi cigarrillo despertador, a continuación me levanté y anduve descalzo por la sala, mi pierna renga aporreando las tablas de arce. No tengo un talante apocalíptico, pues he visto muchos mundos que parecían acabar y terminaban sobreviviendo, pero aquella mañana tuve la certeza de haber cruzado, de haberme visto obligado a cruzar, una frontera invisible, y de hallarme en un estado de que ya sería por siempre postalgo. La carta, desde luego, era el punto sin retorno. Ahora estaba más que nunca escindido en dos, yo que siempre he sido yo y otro. Por un lado estaba el yo que había sido antes de la llegada de la carta, y ahora había ese nuevo yo, dos letras inclinadas hacia todas las cosas conocidas que de pronto se habían vuelto extrañas. La casa tenía un aspecto tenso y vigilante, como si le molestara mi intrusión en sus furtivos manejos a esa hora insólitamente temprana. Rondan fantasmas de sombra, intentan pasar inadvertidos. La lluvia forma regueros en una ventana, y delante, en la habitación, un trozo de pared se ondula como seda oscura. Me quedé muy quieto y escruté la oscuridad, buscando algo que enfocar; había veces en que Magda estaba allí, una presencia palpable, pero ahora no, y las sombras eran solo sombras. Desde el jardín oí la lluvia golpeando las hojas, abriendo un surco en la tierra, y me la imaginé cayendo recta y brillante como cables a través del alba sin viento.

La cafetera estaba aún en pleno parto diarreico cuando la lluvia cesó de pronto. Nunca me acostumbé al clima de aquella costa, siempre demasiado ordenado, demasiado preconcebido; la primavera, con sus discretos chaparrones matinales seguidos por días de sol incesante, carecía del carácter impredecible, de la exaltada febrilidad de las primaveras de mi juventud. Los arcadios, a su manera relajada e irónica, se quejan del clima, pero para mí esas condiciones casi ni podían llamarse clima, pues soy un producto de las desoladas tierras bajas del norte de Europa, donde

hay tormentas de hielo, lluvia al sesgo y cielos de nubes tumultuosas que avanzan sin cesar hacia el este. Llevé mi taza humeante hasta el rincón donde desayuno, y con esfuerzo me coloqué entre el asiento y la mesa. El jardín empapado, revuelto y reluciente, tenía el aire avergonzado de alguien que se arregla la ropa tras una disputa indecorosa. Habría bruma en la bahía durante media mañana, hasta que el sol fuera lo bastante fuerte como para disiparla, como dirían los partes del tiempo. Me gusta la palabra *disipar*, esa seguridad de que no va a quedar nada. En la costa hay que ponerse del lado de los elementos; incluso los no infrecuentes terremotos son una especie de gran broma comunitaria. Los primeros meses después de mudarme a esta casa me encantaba sentarme así por la mañana, mirando mi aguacate, mi melocotonero, los pájaros que cantaban y revoloteaban por ese arbusto que creo que se llama hibisco, mientras escuchaba en un estado de cosquilleante dicha las noticias de la radio de primera hora de la mañana, impaciente por que llegaran al final, momento en el que el locutor, de voz risiblemente solemne, me informaría de lo que me esperaba ese día, de las temperaturas máximas y mínimas —nunca demasiado altas, nunca demasiado bajas—, las brisas pacíficas y suaves como alientos, el espejismo de la persistente niebla. Era como si te prometieran una sucesión de placeres abundantes y totalmente inmerecidos.

Fui al cuarto de baño, y cuando regresé, afeitado de cualquier manera y poniéndome la corbata, esta vez Magda *estaba* allí, con su vieja bata gris de cordón deshilachado, sentada en el mismo lugar que yo acababa de ocupar. Parecía sólida como una butaca, las manos planas sobre los muslos y un metro de franela extendido entre sus rodillas separadas, y mi corazón dio un golpe de refilón y por un momento temí caerme. Así es como mejor la recuerdo en esa casa, plantada en la neurálgica luz de primera hora de la mañana, el pelo como hierro con una severa raya en medio, y las pesadas trenzas enroscadas en la cabeza como dos auriculares desmesurados, desnudos los pies callosos, la mirada ensimismada del que nada espera, fija, pasándome de largo. Hoy tenía la cara un poco desviada, en el ángulo característico de cuando estaba muy atenta. Parecía que, si yo esperaba lo suficiente, me fuera a hablar. Pero entonces parpadeé y ella desapareció, y mi corazón recuperó malhumorado su ritmo habitual y enfermo. ¿Por qué no podía dejarme en paz? Ella quería irse, estaba seguro de eso, ¿por qué seguía viniendo entonces? Mi taza de café se hallaba en el lugar en que ella había aparecido, de ella aún se elevaba una columna de humo; se asemejaba al cañón humeante de un arma.

Turbado, me dirigí a la pieza a la que, no sé por qué, daba el nombre de salón. Era la habitación más oscura de la casa; siempre había que tener una luz encendida, día y noche. Quizás era ese el motivo por el que la gente no parecía muy dispuesta a quedarse en ese cuarto, a pesar del sofá y las butacas y las estanterías atractivamente desordenadas. ¿Gente? ¿Qué estoy diciendo? Allí no había nadie, aparte de mí, y de Magda. No fomentábamos las visitas; no éramos sociables; apenas conocíamos los nombres de los vecinos más cercanos; así había querido yo que fueran las cosas, y

Magda había aceptado de buena gana, o al menos eso creo. Me senté en el sofá, crapuloso, cansado, con un ruido viscoso, con una repentina y amable autocompasión. Nunca siento de manera más aguda la melancolía y los peligros de mi vida como a primera hora de la mañana, la hora en que debería rebosar de renovada esperanza y vigor. Por un momento vaciló mi resolución; ¿por qué iba a emprender ese viaje, qué esperaba conseguir? Me abracé con una mano la parte inferior del muslo de mi pierna renga y la deposité encima de una de las mesitas, por lo que la bombilla de la lámpara pegó un brinco y parpadeó. ¿Y qué otra elección tenía sino ir?

En la sala había una sola ventana, grande y alargada, que daba a una estrecha calleja y al lateral de la casa de al lado. Ahora el día señoreaba las calles, y la ventana era un gran rectángulo de luz lienta surcada de sombras añiles en diagonal; contra la oscuridad en la que yo estaba sentado puede que hubiera un cuadro, de colores chillones y plano, como una primitiva representación de una escena tropical. Para mis adentros comenté lo insistente que era la luz en esa parte del mundo, un brillo mate, invariable y sereno, que llenaba cada centímetro cuadrado del día de un gas brillante e incoloro que al parecer no se originaba en el cielo, sino que era emitido por las mismísimas cosas sobre las que caía, los edificios blancos como terrones de azúcar, los coches color pastel, los árboles bruñidos y verdinegros que flanqueaban cada calle, como guardianes soñadores. También observé, de manera más inmediata, el polvo que había en la habitación. Desde que Magda se fue yo no había hecho ningún esfuerzo por limpiar el lugar; ni siquiera estaba seguro de dónde estaban los enseres de limpieza, aunque probablemente había una escoba, una fregona, un cubo... Había tenido la impresión de que Magda tenía una mujer de la limpieza que venía cuando yo no estaba, pero aunque estuve esperando varias mañanas seguidas, nadie apareció. Quizá solo me imaginé a la negra y lustrosa Jemima, con aquellos ojos que le daban vueltas en las órbitas, su formidable pecho y el pañuelo para la cabeza de algodón blanco, atado en un moño. Así pues, ¿hacía Magda todas las tareas de limpieza? No sé por qué debería sorprenderme esta posibilidad, pero así es. Ahora que se había ido, el polvo lo cubría todo con descaro, un pelaje delicado, suave, color topo, surcado por un laberinto de senderos que señalaban las pautas de mi existencia de viudo en la casa: de la puerta al vestíbulo, de la cocina a la mesa, del baño al dormitorio. Los márgenes de mi vida desaparecían, desmoronándose en esa gris penumbra de suave polvo.

¿Viudo o enviudado? ¿Existe esa palabra? A veces incluso el lenguaje me pone la zancadilla para que tropiece.

Durante sus últimos años de vida, fue un misterio para mí cómo pasaba el tiempo Magda cuando yo no estaba en casa, y cada vez más procuraba estar fuera. La respuesta no podían ser tan solo las tareas domésticas, ni siquiera para una persona tan concienzuda y de movimientos tan lentos como ella. Siempre que le preguntaba qué había hecho durante el día, ponía una expresión acorralada, me ocultaba la cara

en un ángulo de tres cuartos y dejaba caer un hombro, por lo que tenía la impresión de que me acechaba un rumiante grande y cauteloso. Su actitud retraída siempre me irritaba, aunque no se me ocurría qué decir para protestar, y me conformaba con darle mi sonrisa más acerada, de labios descoloridos, inhalando ruidosamente por la nariz con un susurro de reptil que la amedrentaba. Después de esos diálogos me resultaba gratificante que ella se paseara por la casa toda la noche emitiendo unos leves suspiros atribulados, o se estuviera muy callada, como si esperara ansiosa a que se aplacara mi ira. Cuando estábamos con otras personas, en una de esas inevitables fiestas o recepciones universitarias, no podía resistir la tentación de hacer mordaces comentarios acerca de ella cuando no podía oírme, invitando a aquellos que habían sido lo bastante insensatos para unirse a nuestra conversación a compartir mi burla hacia su presencia fuera de lugar, mal vestida, muda. El que yo hiciera brillar mi ingenio a sus expensas fue, al menos en parte, lo que la convirtió en objeto de mofa general; a través de los años he oído cómo se referían a ella con nombres tan diversos como «Vander's Mädchen» y «Mutter Vander», y misteriosamente, «la Vieja Eva». Magda no parecía tomarse a mal esas insignificantes y públicas crueldades a las que la sometía, e incluso sonreía un poco, de manera tímida, como orgullosa de lo atroz que podía ser mi conducta, y sus ojos grandes, como botones negros, brillaban, y su labio superior sobresalía rollizo. Y, como es de suponer, esa alegre tolerancia me enfurecía aún más, y quería abofetearla mientras estaba allí, en medio de toda aquella gente, con sus zapatos anchos y planos, con un vaso en la mano que se olvidaba de sorber, satisfecha de hallarse aislada en las insondables profundidades de su ser, mi lenta, voluminosa y enigmática compañera, a la que durante la mayor parte de los cuarenta años que pasamos juntos debí de amar, o de lo contrario la habría dejado.

Me levanté del sofá y regresé al dormitorio, donde me sobresaltó descubrir que ya había hecho una maleta. Debí de hacerla a primera hora de la mañana, cuando estaba borracho. No me acordaba. Recordé haber llamado a la compañía aérea, y mi sorpresa ante el hecho de que no me respondiera una máquina, sino una voz humana totalmente despierta y jovial hasta lo irritante —no puedo adaptarme a la creciente diurnidad del mundo—, pero después de eso solo me venía el vacío borroso y un tanto zumbante del sueño ebrio. A lo mejor no era solo el bourbon, me dije; a lo mejor es que se me iba la cabeza. ¿Cómo podía detectarse la intrusión de la senilidad, cuando lo que ataca es la propia facultad de detectar algo? ¿Habría intervalos en los que la cosa remitiría, destellos de terrible claridad en medio del farfullar sin sentido, momentos de tembloroso reconocimiento ante el espejo, en los que contemplarías con unos ojos llenos de horror la pechera de la camisa babeada, la bragueta manchada de meado? Probablemente no; probablemente entraría en la senilidad sin darme cuenta de nada. La aparición de la extrema vejez, tal como yo la experimento, es un proceso gradual de acumulación, como cuando se posa lentamente algo suave y gris, como el polvo de una casa desatendida, bajo el cual se vuelven borrosos los perfiles antaño nítidos de mi ser. También existe un proceso opuesto, mediante el cual las cosas se

vuelven rígidas e inamovibles: mis heces se convierten en lingotes de hierro caliente, mis articulaciones se secan hasta chirriar una con otra como piedra pómez, dejando mis uñas de los pies duras como un asta. Las cosas del mundo, los objetos supuestamente inanimados, se unen en una conspiración contra mí. Lo dejo todo donde no toca, lo pierdo: mis gafas, el libro que estaba leyendo hace un momento, la cajita de plata para las pastillas de mamá Vander —aquí está de nuevo ese bibelot— que conservé como talismán durante más de medio siglo pero que ahora parece haber desaparecido, extraviada en una grieta del tiempo. Caen sobre mí los objetos de las estanterías superiores, los muebles se plantan en mi camino. Me corto repetidamente, con la navaja de afeitar, el cuchillo de la fruta, las tijeras; al menos una vez por semana acabo encorvado sobre el lavamanos, quitándole el envoltorio con los dientes a una tirita mientras la sangre de un dedo cortado gotea con estremecedora vulgaridad sobre la porcelana. ¿No son estos contratiempos de un orden diferente de los anteriores? Nunca fui una persona habilidosa, ni siquiera en los años más vigorosos de la juventud, pero me pregunto si mi torpeza podría ser ahora algo nuevo, no simplemente una incapacidad manual, sino una forma radical de discontinuidad, la manifestación exterior de lapsus y oclusiones definitivas que ocurren en las profundidades del cerebro. Las cosas más nimias son siempre la advertencia más fiable, solo con que uno les preste atención. El primer indicio que advertí de la enfermedad de Magda fue su repentina afición a la comida infantil de todo tipo, palomitas de maíz, patatas fritas, barras de caramelo, sidral, chupa-chups.

En la calle rebuznó la bocina de un coche; para mí el sonido de la bocina de coche es la llamada más característica de esta gran república: estridente, perentoria, con un trasfondo de burla. Agarré mi maleta y mi bastón y me dirigí hacia la puerta dando bandazos, como un condenado a muchos años de cárcel que ha oído cómo se abrían los cerrojos de golpe.

El taxista era una caricatura de inmigrante del este, hosco y taciturno, un ruso, probablemente, pues parece haber muchos en estos días de reciente liberación. Me cogió la maleta a regañadientes y bajó con dificultades las escaleras del porche. Hay veces en que toda esta franja de costa parece un plató de cine y todos sus habitantes actores de reparto. En la calle, los exuberantes árboles brillaban al sol, y en todos los jardines se veían flores de vivos colores, e incluso ahora, a esta hora tan temprana de plena primavera, el aire se notaba húmedo, gastado, otro efecto de la falta general de clima, y no había viento, y sí esa polución que ni siquiera las lluvias del amanecer pueden disipar completamente. El taxista no me abrió la puerta, y me costó meterme en el vehículo de techo bajo, lanzando primero mi bastón y a continuación girando y doblando el torso por la mitad y lanzándome hacia atrás a través de la puerta sobre el asiento y agarrándome la pierna inútil con las dos manos e introduciéndola después de mí. Resulta difícil ser garboso cuando eres medio cojo. A lo largo de mis esforzadas maniobras, el ruso permaneció sentado delante, como un hombre de piedra, mirando impassible hacia el frente, las orejas peludas, los gruesos hombros

encorvados. Acto seguido levantó una palanca en alguna parte —nunca aprendí a conducir esos enormes y aterradores coches del país—, pisó el acelerador, el motor rugió y el taxi salió lanzado hacia delante como un animal degollado. Me volví y espí a uno de mis vecinos, de pie en el porche, vestido con camiseta de malla y pantalón corto, que observaba cómo me iba con lo que me pareció una expresión de sospecha confirmada, como si tan solo esperara a que el taxi doblara la esquina antes de correr al teléfono y llamar a las autoridades para informarles de que el pájaro sospechoso de la casa de al lado se había dado el piro. Es uno de esos indígenas, tipos altos y enjutos de rizos entrecanos y bigote caído de bandolero. En las dos décadas o más que vivió junto a nosotros no intercambié más que un puñado de saludos comedidamente corteses con él, aunque en una ocasión vino a casa para quejarse de un perro callejero que Magda había acogido; me libré del perro, por supuesto. En aquel momento se me ocurrió, por primera vez, que el individuo podía ser hebreo. Me pareció probable: esos tirabuzones, esa nariz. La mitad de la población de Arcadia y sus alrededores parecen pertenecer al Pueblo Elegido, aunque no del tipo al que yo estaba acostumbrado; esos *Luftmenschen* estaban todos demasiado seguros de sí mismos, eran demasiado prepotentes y nunca se quejaban.

Llegamos a la costa y giramos en dirección al puente. Antes había estado en lo cierto, aún había bruma en la bahía, aunque el sol era cada vez más fuerte. La autopista estaba congestionada por el tráfico de la mañana, seis carriles a toda velocidad como una manada de animales enloquecidos. Me apreté la cara con las manos. Estaba cansado; mi mente estaba cansada; se está gastando, al igual que el resto de mí, aunque no tan deprisa. Y sin embargo, no puedo dejar de trabajar, ni por un instante, ni cuando duermo; nunca consigo aceptar ese hecho aterrador. Una y otra vez, sobre todo de noche, me planteo la espantosa posibilidad de que la mente pueda sobrevivir a la muerte del cuerpo. Dicen que se oyó a la cabeza decapitada de Danton imprecarse a Robespierre. Quedar atrapado así, aunque solo sea por un minuto, sentir cómo el sistema se desconecta, ver la luz que por fin se apaga..., ¡ah! El taxi tomó una rampa de la carretera con un topetazo y emprendió la larga subida del puente, alcanzando a duras penas los noventa por hora, los neumáticos chirriando y el motor traqueteando como un aparato de aire acondicionado defectuoso. Eché la cabeza hacia atrás sobre el plástico pringoso del asiento y volví a cerrar los ojos. En la oscuridad fluían las preguntas de siempre. ¿Qué sé? Ahora menos que ayer. El tiempo y la edad no me han traído sabiduría, como se supone, sino confusión y una incomprensión cada vez más generalizada, donde cada año se deposita otra capa de nesciencia. ¿Qué sé? Cuando abrí los párpados habíamos llegado a la primera cresta del puente, y la ciudad quedaba ante nuestros ojos, recorriendo con calma la línea de bajas colinas, y a esa hora tan temprana los edificios se alzaban planos y sin rasgos como un telón de foro. Un diminuto avión estaba posado sobre la nube de polución azul petróleo. En todo el tiempo que viví allí jamás estuve en el otro puente, el famoso, el de color óxido; no sé de cierto adónde va ni de dónde viene. ¿Qué me

importa a mí la simple topografía? La topografía de la mente, en cambio, eso es otra cosa... *La topografía de la mente...* ¿De verdad digo estas cosas en voz alta, para que la gente las oiga?

Un coche blanco y destartado, conducido por un delicado joven de color, viró repentinamente y se metió en nuestro carril, delante de nosotros, y el ruso pisó con fuerza el freno; el taxi gruñó e hizo un giro peligroso; me vi lanzado hacia delante y me golpeé la rodilla buena en algo duro que había en la parte de atrás del asiento delantero y me hice daño. Un accidente de tráfico, esa quintaesencia del espectáculo de la carretera americana, fue siempre uno de mis peores terrores, el intolerable absurdo de todo ese ruido, calor, vapor que susurra, dolor. El ruso comenzó a disputarle la posición al negro, y por fin, con un tremendo giro de volante se metió en el carril de la izquierda, adelantó al coche blanco, abrió la ventanilla automática del lado del copiloto y soltó una maldición cosaca polisilábica. El chaval de color, que tenía un escuálido brazo posado sobre la portezuela, mientras sus dedos largos y delicados tamborileaban al ritmo de la música que tronaba de la radio de su coche, se volvió y nos ofreció una amplia sonrisa, mostrando una boca increíblemente enorme, unos dientes increíblemente blancos, a continuación carraspeó profundamente y escupió un fibroso gargajo verde que aterrizó con un sonido seco en la esquina de la ventanilla de atrás, junto a mi cara, y me dio tanto asco que me hizo retroceder de un salto. El chaval echó hacia atrás su cabeza egipcia y emitió una carcajada-rebuzno que vi pero no pude oír por culpa del rugido del tráfico y el estruendo de la radio, y salió disparado alegremente hacia delante en medio de una negra ráfaga de humo del tubo de escape. El ruso pronunció de manera brutal algunas palabras que casi preferí no comprender.

Desde el puente, tomando una salida que nunca había visto, descendimos bruscamente hacia un páramo de gasolineras, moteles baratos y matorrales ocres que me era desconocido. Me pregunté si el ruso sabía el camino del aeropuerto; no sería la primera vez que uno de esos coléricos exiliados moscovitas me llevaba a un destino equivocado. Contemplé el desolado paisaje, con sus sombras inclinadas pasando a toda prisa, y de nuevo me sorprendió lo extraño que resultaba estar allí, estar en cualquier parte, en compañía de todas esas engañosas singularidades. El ruso era el ruso de brazos largos y orejas hirsutas; el chaval negro era el chaval negro que nos había escupido y que iba ataviado con una camiseta desgarrada; yo era el yo que iba de camino al aeropuerto, y desde ahí a otro mundo más antiguo. ¿Acaso somos, cualquiera de nosotros, algo más que la suma de nuestros atributos, incluso para nosotros mismos? ¿Era yo algo más que un complejo en movimiento de impulsos, miedos, fantasías azarosas? Pasé la mayor parte de lo que supongo debería llamar mi carrera repitiendo de manera machacona, a quienes quisieran escuchar de entre la turba general de intransigentes sentimentales que me rodeaban, la sencilla lección de que el yo no existe: no hay ego, ningún barbado patriarca del cielo nos ha insuflado una sublime chispa individual, pues ese patriarca tampoco existe. Y sin embargo... A

pesar de mi insistencia, y para mi vergüenza, admito que ni siquiera yo puedo librarme del todo de la convicción de que existe una perdurable identidad entre el maremágnum del mundo, un núcleo, una semilla inmune a cualquier galerna que pueda arrancar las hojas del almendro y sacudir y oscilar las ramas que lo nutren.

Ahí está el aeropuerto, en medio del resplandor astillado de la mañana, los nerviosos pasajeros arrastran sus maletas; los taxistas, como perros en remolino, oliscan la parte de atrás del que va delante; el negro de la gorra con visera sonríe y dice: «¡Buenos días, señor!» con una alegría inmensa, falsa y enfática. Le pagué el importe al ruso —¡el bruto sonrió!—, cogí mi maleta, saqué las ruedecitas de mi bastón y avancé con mi andar de barquero hasta toparme con una espectral versión de mí mismo en las puertas de cristal ahumado del vestíbulo de salidas, que en el último instante, justo cuando parecía que yo y mi reflejo íbamos a chocar y aniquilarnos mutuamente, se lo pensaron dos veces y se abrieron ante mí con una cálida exclamación.

¡Vuela! ¡Vuela!

Ella colocó los dos frágiles recortes de periódico sobre la mesita iluminada por la lamparilla que había junto a la cama, se sentó sobre los talones y los estudió durante unos momentos, las manos planas sobre el borde de la mesa y la barbilla apoyada en las manos, primero la crónica de la muerte de él, ocurrida mucho tiempo atrás, luego las fotografías en las que aparecían él y el otro, descoloridas por el tiempo. Cada vez que ella respiraba empañaba fugazmente el cristal de la mesa y se agitaban los fragmentos del papel color sepia. Eran quebradizos y ligeros como alas de mariposa. Ella sintió el azote de la culpa; los había recortado con unas tijeras para las uñas, inclinada sobre el archivador de periódicos, con la esperanza de que el bibliotecario viera lo que estaba haciendo, se le acercara y la reprendiera con una indignación gutural en un idioma del que no entendía una palabra. Se asombró de nuevo ante la errata que había en el pie de foto —*Axel Vanden*—, lo inexplicablemente idónea que era. Qué joven se le veía, no sería más que un muchacho, muy guapo, pero con una expresión tan asustada; quizá no se debía más que al flash de la cámara, que le había asustado, aunque ella no podía dejar de observar miedo y aprensión en esos ojos. El otro, el que estaba junto a él, exhibía una sonrisa insolente, aunque también de burla hacia sí mismo. Ella cogió delicadamente con los dedos los dos rectángulos de papel de arroz, que había recortado para que coincidieran exactamente, y los colocó sobre los dos recortes, primero la crónica de la muerte de él, a continuación las fotografías. La pluma estilográfica que ella había comprado era de diseño antiguo, gruesa en el medio y ahusada en el extremo; le había costado una suma desorbitada. En el interior no había la perilla de goma que había esperado encontrar —la imitación de pluma antigua se limitaba al exterior—, sino un rígido cartucho de plástico. Era mejor así: de haber habido una perilla tendría que haberla quitado, por miedo a que se saliera la

tinta, o reventara, pero podía dejar dentro el cartucho, era seguro, y lo bastante ancho como para dar cabida a lo que pretendía colocar dentro del hueco del mango. De este modo la pluma también funcionaría, y eso le convenía; la verosimilitud se halla en los detalles, esa era la lección que había aprendido sobre las rodillas de un maestro. A continuación acercó los recortes de periódico al borde delantero de la mesa, y meticulosamente, sin atreverse a respirar, los enrolló dentro del cargador de tinta, primero uno, luego el otro, boca abajo, recubiertos por la protección del papel de arroz entre ellos, y los aseguró con un lazo de un finísimo hilo que se había arrancado del dobladillo de la blusa. Hacer el nudo fue difícil, pues los recortes y el papel de arroz se desenrollaban cada vez, y necesitó tres intentos antes de lograrlo. También fue muy concienzuda al enroscar el mango de la pluma; en uno de los giros enganchó un poco los hilos y emitió un crujido, y ella tuvo la sensación de que algo blando y cálido le daba una sacudida en la boca del estómago. Pero ya estaba hecho. Al apoyar la rolliza pluma en los dedos le pareció una pistola cargada. Para probarla escribió su nombre con una floritura sobre el bloc que había junto a la cama; el plumín era demasiado fino para su gusto. Volvió a enroscar el capuchón, se metió la pluma en el bolsillo de la blusa y se dirigió al guardarropa, donde se colocó delante del espejo y permaneció mirándose un buen rato. Su reflejo siempre la fascinaba, y también la asustaba, esa ineludible persona ahí de pie, tan conocida, que tantas cosas conocía, y tan extraña.

Aquella noche las voces de su cabeza estaban en silencio.

Ya no había nada más que hacer; había acabado todos los preparativos posibles. Axel Vander, que vivía al otro lado del mundo, ya le habría llegado su carta, eso le habían asegurado en correos. Ella había solicitado el servicio postal más rápido; para su consternación, había tenido que gastarse una importante cantidad de su provisión de billetes, cada vez más escasos. Se acercó a la ventana, se inclinó junto a ella y miró hacia la noche. En la plaza había charcos de lluvia, relucientes y negros como petróleo, y una hilera de árboles, plátanos, imaginó, que proyectaban sombras oblongas e irregulares sobre la acera. Oyó un organillo tocando en alguna parte, con una alegría mecánica y siniestra —¿un organillo a esa hora de la noche?—, y le llegó un tenue y empalagoso olor de lo que tardó un momento en identificar como vainilla. A ella le gustaba estar allí, en aquella ciudad que casi no conocía, su aislamiento. Estaba segura de que él acudiría. Quizás mañana mismo. A lo mejor ya estaba en camino. Se lo imaginó, intentó imaginárselo, yendo a toda prisa al aeropuerto, aturullado e irascible, golpeando con el puño el mostrador de la compañía y voceando su nombre, exigiendo atención, insistiendo en que debían darle una plaza en el siguiente vuelo; era famoso por la violencia de su carácter. La recorrió un temblor de excitación. La única cara que conocía de él era la del recorte de periódico, con su sonrisa juvenil. Sería una persona colérica, quizás también asustada; a lo mejor le ofrecía dinero; a lo mejor incluso la amenazaba. Pero ella no tenía miedo. La perspectiva de enfrentarse a la rabia de él, a sus amenazas, no la alarmaba; por el

contrario, la llenaba de calma, como si estuviera volando, como suspendida en el aire firme, inalcanzable, fuera de todo peligro. ¿Qué quería de él? No lo sabía. Había algo que desear, desde luego, lo sentía en su fuero interno, como una angustia vaga y no desagradable; era la sensación, imaginaba, de quien acaba de quedarse embarazada. Tenía en sus manos el destino de aquel hombre; le había descubierto. Sí, vendría, de eso estaba segura.

Fue después de la medianoche cuando por fin llegué a la ciudad. Los vuelos habían salido con retraso, había perdido algunos enlaces y la limusina que debía recogerme en el aeropuerto no estaba, pues el chófer se había cansado de esperar y se había ido. Luego me dijeron que la maleta no había llegado, y que debían de haberla enviado a otro lugar. En el mostrador de equipajes extraviados, un empleado de tez morena, con la gorra echada hacia atrás y un cigarrillo apagado detrás de la oreja, fingió no entender mi italiano —que, podría haberle dicho, aprendí de Dante—, a continuación se encogió de hombros, dijo que la maleta podía estar en cualquier parte y me entregó un fajo de impresos incomprensibles para que los llenara. Le arrojé los papeles a la cara, y durante un instante horriblemente estremecedor, me pareció, por la truculenta manera en que arrugó el entrecejo ya arrugado y me miró ceñudo, que podía ponerse violento, y di un paso hacia atrás y esgrimí mi bastón a la defensiva. No obstante, él se limitó a encogerse de hombros y se puso a farfullar por teléfono, me dijo que vendría alguien y me dio la espalda con desprecio. Esperé un poco más. Echando chispas, recorrí arriba y abajo la zona de llegadas, pasando por entre el tropel de turistas, familias ruidosas, hombres de negocios que se daban muchos aires, con sus finos maletines y sus zapatos demasiado relucientes y con borla. Al poco llegó una joven uniformada de la compañía aérea, y me dijo, con una risita musical, que sí, que el equipaje del *Professore* estaba en otro destino, pero que en breve lo recuperarían y me lo mandarían al hotel. Tenía un busto imponente, un poco de bigotillo y unos ojos desagradablemente saltones, y me recordó a una celebrada diva operística de los años de posguerra cuyo nombre ahora no recuerdo. Renegué, ella parpadeó a toda prisa y esbozó una sonrisa inexpresiva, pensando quizás que no me había entendido bien. Salió a buscarme un taxi, que a una asombrosa velocidad —siempre se me olvida cómo conducen aquí— me llevó a través de la noche húmeda rumbo a la ciudad, donde los últimos habitantes del sábado noche aún se paseaban bajo las arcadas de piedra.

En el hotel resultó que mi habitación estaba ocupada. Fingieron no tener constancia de mi reserva, pero por la mirada evasiva y ausente del anciano calvo que había en la recepción supe que era mentira. Levanté la cabeza, me puse a amenazar, aporreé el suelo del vestíbulo con mi bastón. Vino el encargado, un dandi envejecido,

ridículamente apuesto y fornido, de piel caoba y pelo reluciente, con un pecho hinchado de tenor heroico —todo su negocio se estaba convirtiendo en una *opera buffa*—, y avanzó hacia mí, sonriendo de manera empalagosa, las manos extendidas, y me aseguró que todo se arreglaría, todo estaría a punto, en un momentito, que tuviera paciencia. De modo que me dirigí al bar, desierto, y me senté en una butaca de cuero que gimió, bajo la rencorosa mirada de un barman cansado, y bebí demasiado vino tinto, y cuando al final me llevaron a mi habitación, en el quinto piso, una celda marrón separada de la siguiente por un tabique, y un retrete pelado en un rincón, estaba demasiado achispado como para seguir quejándome. A pesar del agotamiento y de lo tarde que era, decidí que debía hablar de inmediato, enseguida, *ahora*, con la mujer que me había enviado la carta, mi misteriosa némesis, e incluso llamé a la centralita y dije que me pusieran con Amberes, pero a continuación me lo pensé mejor —me habría puesto a chillarle de inmediato— y colgué y me metí en la cama, con los ojos inflamados y sin bañarme, con la misma ropa interior de cuando emprendí el viaje, hacía media eternidad de eso.

Pasé mala noche; la cama, como tantas otras camas de hotel, era demasiado pequeña para mí y mi pierna rígida, y una y otra vez me despertaban los ruidos de fuera, bocinas de coche y motos aceleradas y jóvenes que se gritaban de un lado al otro de la calle. A eso del alba menguó el estruendo y conseguí dormirme, asaltado por sueños violentos. Me desperté temprano, sudando alcohol, el cerebro palpitándome, y me levanté y fui trastabillando hasta la ventana, y abrí de par en par las cortinas y entrecerré los ojos entre los edificios que apuntaban al denso y cerúleo cielo de Europa.

Después de desayunar, con renovadas disculpas y mucho cuento, me trasladaron a una gran suite del tercer piso, más saludable. Las habitaciones eran espaciosas y frescas, con suelos de mármol negro, de tersura sedosa. Mi maleta recuperada estaba al pie de la cama, con un gesto avergonzado. Siento debilidad por las habitaciones de hotel, ese aire que tienen de anonimato hermético, la sensación de estar completamente apartado del mundo, el eco casi audible de susurros y respiraciones contenidas y mujeres que lloran en un arrebato de desamparo. Inmerso en un baño a mitad de mañana, concebí una imagen de la señorita Némesis: una vieja virgen reseca con talones recorridos de venas azules y gafas colgando del cuello, y en la boca un abanico de finas arrugas grabadas en un labio superior con bigote, amargada e insatisfecha por la pérdida de su juventud, cuando llevaba pantalones sport y fumaba cigarrillos y escribió una tesis sobre las ideas políticas de Wordsworth o el ateísmo de Shelley que escandalizó e impresionó a su tutor en Girton o a las intelectualillas de Bryn Mawr<sup>[1]</sup>. Seguramente sería fácil tratar con ella. Primero haría uso de mi encanto, luego pasaría a las amenazas; si todo fallaba, la llevaría a la cima de la Mole Antonelliana y la empujaría al vacío. Con la risa me puse a toser, y sentí que mis pulmones consumidos por el tabaco temblaban en la caja torácica como globos pesados y húmedos, a medio hinchar, y el agua que me rodeaba inició un fuerte oleaje

y casi se derrama. Mi pitillera, otra baratija sustraída del pasado, estaba a mi lado, en la jabonera. Encendí un cigarrillo, y unos pequeños copos de ceniza caliente silbaron a mi alrededor en el agua. Nada como llenarse bien los pulmones de humo para aplacar una tos matinal.

Salí de la bañera entre una cascada de espuma y de inmediato me golpeé el codo contra el borde de un estante de cristal. Aquel nuevo dolor despertó un eco en la rodilla que me había magullado el día anterior en el taxi, al cruzar el puente. Yo no encajo bien en el mundo, no es de mi medida; soy demasiado alto, demasiado ancho, demasiado pesado para la escala común de las cosas. No me jacto, todo lo contrario; mi excesivo tamaño siempre me ha resultado una molestia, algo embarazoso. Ante mí, en el cristal empañado del espejo que llegaba hasta el suelo del baño, apareció mi reflejo, pálido y escudriñador. Entré en el dormitorio y me quedé junto a la ventana, mirando el desfiladero en sombras de la calle, aún masajeándome el codo magullado. Pasó un autobús, coches, gente en escorzo. En la esquina, donde doblaba un bloque en ángulo de sol mantecoso, una mujer que vendía flores levantó los ojos y pareció verme..., ¿era eso posible, a esa distancia? Menuda imagen debía de componer yo allí arriba, suspendido tras el cristal, un serafín grotesco, enorme, desnudo, anciano. Levanté una mano, la palma plana hacia delante, en un saludo solemne, pero la florista no respondió.

Casi antes de saber lo que estaba haciendo, descolgué el teléfono y pedí que me pusieran con el número de Amberes. Mientras esperaba me oí respirar en el auricular, como si estuviera colocado detrás de mí. Mojado aún por el baño, goteaba sobre el suelo de mármol, y en esa superficie vagamente reluciente pude ver otro pálido reflejo de mí mismo, esta vez en contrapicado, como ese retrato del Cristo muerto que parece de bronce, pintado por ese como-se-llame, en el que en primer plano están los pies, luego las pantorrillas, las rodillas y los genitales que cuelgan, la tripa y el pecho enorme, y por encima de todo el aura del pelo alborotado y la cara sin rasgos mirando hacia abajo.

Respondió al primer timbrazo. Casi no sabía qué decirle; no se me había ocurrido que la encontraría enseguida, sin más; había previsto demoras, obstáculos, evasivas. Sí, dijo, soy yo. No pude identificar su acento; no era inglés, y sin embargo era una angloparlante. Algo en su voz me indicó que no estaba haciendo nada, nada de nada, solo aguardando mi llamada. Imaginé la escena, la precaria habitación de un hotel barato, la luz de una mañana de primavera en el norte, del color de un emplomado de buhardilla en el que se refleja el sol, y ella, sentada a un lado de la cama, con la cabeza gacha y las manos viejas y artríticas juntas en el regazo, esperando durante largas horas, escuchando el silencio, deseando que se rompa con el estruendo del teléfono. Hablaba con comedimiento y sensatez, con reticencia, racionando las palabras; ¿había alguien con ella, oyendo lo que decía? No, estaba sola, no me cabía duda de ello. Le dije que debía venir ella, pues yo no iría hasta allí, y siguió una larga pausa. A continuación dijo que estaba la cuestión del pasaje; el viaje en tren era caro,

y muy largo. Entonces fui yo quien dejó que el silencio se alargara. ¿Es que se creía que iba a pagarle para que viniera a arruinarme la vida? Pero no dije nada. Muy bien, dijo ella al fin, tomaría el expreso nocturno y llegaría por la mañana, y sin decir más, aunque sin prisas, colgó. Sentí un escalofrío; el agua del baño se había secado y había dejado mi piel tensa y helada. Las manos también me temblaban, un poco, pero no por la humedad ni el frío.

Me vestí, con impaciencia, como siempre ahora. Con los años encuentro esos necesarios rituales matinales cada vez más irritantes. ¿Para quién me estaba poniendo esa camisa, ese traje de lino, esa corbata demasiado corta y demasiado ancha en el extremo, con la que parecía, como podía ver en el espejo, llevar la lengua colgando? Los viejos deberían tener un atavío especial, una especie de hábito de monje, sencillo y funcional, y que, de manera muy adecuada, fuera un presagio de la mortaja. Me pasé los dedos por los cabellos agostados de mi pelo revuelto, sin ningún efecto visible; nunca quise dejarme crecer el pelo de ese modo, sobre todo cuando comenzaba a volverse blanco, pero tuve la impresión de que era lo que se esperaba de mí, el famoso Mainjeerr derr Professor de ese Viejo Continente caduco y bárbaro. De pronto, como un golpe flojo, me llegó un recuerdo de la infancia, mi madre mojándose la punta del dedo y alisándome la coma de pelo rebelde de la coronilla, que siempre, un momento después, volvía a alzarse como un resorte. También recordé el curiosamente voluptuoso temblor de asco que experimentaba cuando mi madre me ayudaba a ponerme alguna prenda nueva, una camisa, unos pantalones cortos o un acartonado traje de marinero azul y blanco con la etiqueta de cartón aún colgando de un ojal. ¿Por qué era tan reacio? ¿Por un exceso de intimidad con mi madre, que se ponía unos polvos faciales con olor a crisantemo, bajo cuyo olor detectaba yo una mezcla de olores más íntimos y excitantes? No, no es eso, creo; seguramente ese retraimiento procedía de tener una conciencia excesiva de mi propio cuerpo, de darme cuenta, de una manera repentina y espantosa, de estar atrapado dentro de esta armadura de carne y hueso, como una crisálida empotrada en la almáciga endurecida de su capullo. De nuevo, inmediatamente, venía la pregunta: ¿*Qué yo?* ¿Qué pegajoso imago me imaginaba tener dentro, o imagino tener dentro todavía, esforzándose por salir y extender sus maravillosas alas llenas de ojos?

El ascensor era un trasto anticuado y ruidoso, y al verlo se pulsó otra cuerda vagamente nostálgica en un remoto rincón de mi memoria. Oí llegar el ascensor desde arriba, deteniéndose en cada planta y abriendo sus puertas con un ruido de metal aplastado, como si sucesivos brazados de perchas de alambre fueran aplastados entre unas gigantescas garras de acero. Cuando llegó, sin embargo, no había nadie dentro. El vestíbulo también estaba vacío, y nadie atendía la recepción. A través de una puerta parcialmente abierta que había detrás del mostrador espíe al encargado de la noche anterior, que comía un sándwich, sentado y encorvado en una esquina de la mesa sobre la que había una máquina de escribir y desordenados montones de papeles. Iba sin corbata, con las mangas de la camisa blanca arremangadas y el cuello

desabrochado, por el que asomaba un triángulo peludo de su pecho abultado. Me pregunté si, ahora que se había quitado el disfraz, era más él mismo o menos. Se disponía a comerse el sándwich con la concentrada ferocidad de un perro al que no han dado de comer en días. Cuando me vio mirando no me reconoció, me puso mala cara, la mandíbula no dejó de masticar, y se inclinó hacia un lado y con el pie cerró la puerta. Estaba a punto de seguir andando cuando surgió ante mis ojos, de manera espontánea, la imagen de la taza de café, la que había dejado sobre la mesa de la sala cuando llegó el taxi que me llevó al aeropuerto. La vi todo el rato mientras me alejaba, sobre lo que era ahora la cara oscura del mundo, el borde marcado con una media luna reseca dejada por mi encía matinal, los restos de café transformándose en un anillo de polvo marrón en el fondo, un objeto entre todos los demás objetos mudos e inmóviles que había dejado detrás de mí en la casa cerrada, y me vino a la mente, con una inexplicable pero absoluta certidumbre, la idea de que nunca volvería a esa casa. Afectado, me tambaleé, y puse una mano en el mostrador para sujetarme. Un empleado salió de la oficina y me miró. Para disimular ese malestar momentáneo pedí un mapa de la ciudad, y el empleado abrió uno sobre el mostrador, y haciendo ostentación de una diligencia forzada —¿por qué esta gente siempre te mira oblicuo con esa expresión ausente y aburrida justo antes de hablar?— comenzó a indicarme en él dónde se encontraba el hotel. ¡Sí, sí, dije, sabía dónde estaba! Le arranqué el mapa de las manos y sin plegarlo me lo metí en el bolsillo, crucé las puertas de cristal y bajé las escaleras girando sobre el bastón a modo de sacacorchos hasta la calle alta y estrecha.

¿Qué significaba eso de que no volvería? ¿Iba a morir aquí, en esta ciudad? No soy supersticioso, no creo en premoniciones, y sin embargo ahí estaba, la convicción —no, el saber— de que nunca volvería a casa. Pero a continuación me dije: ¿A casa? Recorrí la calle pasmado, confuso, alarmado, en aquella atmósfera poco familiar, oliendo los olores poco familiares de la ciudad. En el rincón soleado me encontré con la florista. Estaba sentada junto a su puesto, sobre un taburete plegable de tela. Era extranjera, otra refugiada, conjeturé, esta vez no rusa, sino una nativa de una de esas nacioncillas apretujadas como rocas de basalto —aunque ahora se estaban desmoronando rápidamente— entre las placas continentales del este y el oeste. Tenía la piel caqui, de un matiz apagado, y me pareció que iba vestida de gitana, con pulseras y muchos anillos baratos, y con un pañuelo para la cabeza de vivos colores ceñido con un nudo bajo la barbilla. Era joven, no más de treinta años, me dije, pero tenía cara de anciana, afilada y transida. Hablaba sola, deprisa, con un sonsonete murmurado y rítmico, una suerte de gemido atrofiado de súplica y queja. Experimenté una sacudida, como cuando pones el pie en el inexistente peldaño superior de una escalera en la oscuridad, al comprobar, por la vacuidad empañada de sus ojos, que era ciega. No obstante, enseguida percibió mi presencia, y sacó un ramillete de lirios de los valles del puesto y me lo ofreció, y su gemido se intensificó hasta convertirse en un ruego lastimero, aunque curiosamente nada apremiante, casi

indiferente. Saqué un billete de un valor absurdamente enorme, y ella tendió una mano delgada color marrón hoja y lo cogió, y se apresuró a esconderlo en un recóndito rincón de su canesú con abalorios. Esperé el cambio, pero no llegó. Se sentó y siguió lamentándose como antes, al parecer como si yo ya no existiera, meciéndose en su taburete. Solo entonces me di cuenta de que se hallaba en un avanzado estado de gestación. Detrás de mí pasó un tranvía amarillo y negro, escupiendo chispas grandes, suaves y fofas de la conexión al cable eléctrico y haciendo temblar la acera. Encorvándome para protegerme de toda esa fuerza y estruendo me di media vuelta y anduve deprisa.

Me metí en el primer café que encontré y me senté a una mesa lo más alejada posible de la entrada, como si me escondiera de un perseguidor. Tenía el labio superior mojado de sudor, y el corazón me saltaba de un lado a otro como un despertador de dibujos animados. ¿Qué me pasaba, por qué ese encuentro me había alterado? Recordé a un anciano de París, un pariente lejano por parte de madre, en su apartamento frío y húmedo del Marais, colocándome puñados de francos en las dos manos y recitándome los nombres de las personas que podían ayudarme en Lisboa, Londres, Nueva York, salmodiándolos una y otra vez en un apremiante murmullo, como si fueran los versículos del Pentateuco. Incluso ahora, medio siglo después, recuerdo un número sorprendente de esos nombres..., solo los nombres, claro está, pues por supuesto ni me acerqué a esas personas. Probablemente ya estarían todos muertos, y sus hijos serían adultos, abogados o médicos o peces gordos del ramo de los seguros, a quienes tanto les daría quién era yo, ni qué había hecho con mi vida, ni por qué, sin razón alguna, engañé a ese anciano del Marais diciéndole que era alguien que en realidad no era. Levanté mi taza de café con una mano que volvía a temblar y pretendí apagar los recuerdos que brotaban de la lobreguez del pasado. *Lo extraordinario no es que recordemos, sino que olvidemos...*, ¿quién dijo eso? Miré a mi alrededor, la recargada parafernalia del café, los candelabros, las panzudas cafeteras, la reluciente espita de cobre de la barra, de la que fluía un constante y ondulante hilo de agua. Había pocos clientes: un anciano jadeante con un perro jadeante, una mujer con un complicado sombrero que comía pastas, y un tipo de pelo color zanahoria y pinta de payaso que vestía un blazer a cuadros chillón que le sentaba mal y una camisa de un vivo amarillo, con el cuello sucio y ancho, que llevaba por encima de las solapas del blazer, y que no dejaba de mirar furtivamente en mi dirección con un leve gesto malicioso y esquivo. Junto a la puerta merodeaban tres camareros de corbata negra, que intercambiaban miradas desganadas y se miraban las punteras de sus zapatos de charol. Por un momento, de manera insólita, y sin ninguna razón que pudiera adivinar, todo pareció detenerse, como si el corazón del mundo hubiera dejado de latir. ¿Así será la muerte, una grieta en el flujo del tiempo a través de la cual me deslizaré ligero como una carta que cae con un susurro en el oscuro y misterioso interior de un buzón? Pagué la cuenta, me levanté repentinamente y me dirigí a la puerta, de nuevo como si huyera de alguien, y tuve la

sensación, como tantas otras veces en momentos de precipitación, de haber dejado a alguien atrás, y me dije que si ahora volvía la cabeza, vería una burda parodia de mí mismo despatarrado en la silla en la que había estado sentado, una marioneta tullida, de tamaño natural, las manos colgando y las extremidades torcidas, con una sonrisa inexpresiva dirigida al techo.

La puerta, alta y pesada, se me resistía, y tuve que aplicar todo mi peso para abrirla. A mi espalda oí unos pasos veloces, y en el cristal biselado y golpeado por el sol de la puerta vi el reflejo de una cara sonriente que aparecía tras de mí. Era el tipo de pelo color zanahoria, el que me había estado mirando mientras bebía café. Me volví para encararle, y la puerta osciló hacia atrás sobre su muelle rígido y me dio en el hombro, y me habría arrojado de cabeza sobre las mesas, las sillas y las piernas de los camareros si Pelo de Zanahoria no me hubiera agarrado por el codo — naturalmente, el que me había magullado con el estante del baño— y me hubiera ayudado a mantener el equilibrio. Tenía la cara grande, redonda, de un color subido, con varios grupillos de pelos anaranjados en las mejillas y la barbilla que relucían a la luz del sol que atravesaba el cristal. El horrible blazer le estaba demasiado grande, al igual que los pantalones, y llevaba un par de zapatillas de lona que antaño fueron blancas, de cordones sucios y gruesas suelas de goma, que no casaban nada con su atuendo. Asintió y me lanzó otra mirada maliciosa, y dijo algo en lo que pareció un dialecto. Con una sacudida me desembaracé de esa mano insistente e insinuante —no fue fácil—, di un paso adelante y solté la puerta con la esperanza de que le diera en la cara a mi perseguidor, pero él la evitó con agilidad y me siguió a la calle, sin abandonar su incomprensible parloteo. La única palabra que pude entender sonaba algo así como *signore*, que repetía una y otra vez con desconcertante énfasis, mientras asentía de manera vehemente y señalaba su propia cara. Aparté la mirada de él y eché a andar por el alto corredor de la arcada todo lo deprisa que me permitían mi pierna mala y las desiguales losas del pavimento, con la mirada furiosamente al frente. Pero Pelo de Zanahoria no me dejaba ir, seguía trotando a mi lado sin desmoralizarse, aún perorando, y girando el tronco hacia delante para colocar su cara ante la mía. Y así caminamos bajo las arcadas de piedra, a través de cambiantes intensidades de luz y sombra, observados por transeúntes que nos miraban socarrones, hasta que en un cruce, junto a un tenderete de libros de segunda mano, me detuve de pronto, di un paso a un lado y levanté mi bastón, esgrimido por una mano blanca y temblorosa, y Pelo de Zanahoria por fin retrocedió, frunciendo los labios y negando con la cabeza, con una sonrisa apesadumbrada y levantando un par de manos de palmas vacías para aplacarme.

Salí de las sombras y me adentré en la larga plaza, me detuve un momento, respirando con dificultad, esperando a que mi cólera y mi malestar se aplacaran, todavía preguntándome qué podía querer ese individuo. Con una mirada fría repasé lo

que las guías de viajes llamarían el panorama: las fachadas estilo pastel de boda, el jinete de bronce desenfundando la espada, las famosas iglesias gemelas de la otra punta de la plaza, todo bañado en una neblina soleada y meliflua. Esta ciudad no me parece ni más atractiva ni más interesante que otras que he conocido. Trajes típicos, leyendas, historias de sucesos y personajes pintorescos, todo eso me deja frío; en particular, lo pintoresco me repugna. Nada me importa qué batallas ganó o perdió Manuel Filiberto, ni dónde le gustaba cenar a Cavour. La historia es un batiburrillo de anécdotas, ni verdaderas ni falsas, ¿y qué más da dónde se supone que tuvieron lugar? Cómo he despreciado a los novelistas cuyas lamentables novelas me vi obligado, para mi desgracia, a enseñar a mis alumnos en los primeros años de mi carrera, y me refiero a esos adoradores septentrionales del sur empapado de sol, esos que se autodenominan paganos —farsantes y exiliados que viven a costa de lo que les envían de su país—, cuyas escenas siempre estaban ambientadas en islas que olían a tomillo, o en aldeas situadas en lo alto de un otero sombreado de pinos, o en un cálido y húmedo puerto de un olvidado rincón del Mediterráneo, donde el héroe y su amante de ojos azabache compartían su cena de despedida en un pequeño restaurante situado al final de una calle secundaria del puerto en la que los turistas jamás se aventuraban, las anchoas y las aceitunas amargas y el áspero vino del lugar, y la mujer del encargado del restaurante canturreando algo triste, los árabes pidiendo dinero por la calle, y el perro al que le falta una pata royendo los restos de carne de un hueso, y el viejo poeta de la mesa de al lado echando el bofe sobre una última absentia. Como si el lugar significara algo; como si el hallarse en algún lugar exótico y lleno de vida asegurara una automática intensificación de la existencia. No: dadme un trozo de tierra anónimo, con asfalto, y una hoguera de petróleo medio consumida, y borrosas fábricas a lo lejos, un no lugar apestoso, sin nada, en el que pueda sentirme a salvo, donde pueda sentirme como en casa, si es que alguna vez me he sentido como en casa en alguna parte.

Seguí andando. Un flujo de coches cruzaba velozmente la plaza, separándose en dos canales para rodear el pedestal del jinete de bronce, encontrándose y mezclándose de nuevo en un cacofónico caos al otro lado. Una nube gruesa que apenas se movía, de color gris masilla y con un reborde de luminosa plata, engullía el sol a hurtadillas. Una paloma aterrizó delante de mí, descendiendo en un torpe batir de alas, y pareció una rápida sucesión de test de manchas de tinta gris violeta. De nuevo di media vuelta y me alejé de la plaza, y recorrí calles cada vez más estrechas, adoquinadas, hasta que sin previo aviso aparecí en una amplia avenida flanqueada a ambos lados de nogales en flor. Ahí podía respirar mejor. Mientras pasaba por debajo del primer dosel de flores, ancho, alto y fresco, se me ocurrió preguntarme cuándo un árbol es más él mismo, cuándo siente que ha alcanzado más plenamente su verdadera esencia. Quiero decir si tiene capacidad de sentir —¿y quién sabe si somos nosotros las únicas criaturas con conciencia, o que no existen otro tipo de conciencias aparte de la nuestra?—, en qué fase de su ciclo vital diría: ahora, *ahora* soy lo que soy, ahora he

alcanzado por fin mi total arboreidad. ¿Será en el primer verdear de la primavera, en el esplendor rebosante de hojas de junio, en el rojo otoñal, o quizás en la nudosa desnudez del invierno? Y vivir ese ciclo vital dentro de otro ciclo —uno es el que va del retoño a la desnudez, el otro, el más largo, desde arbolillo hasta tocón hueco—, eso también debe de resultar confuso. ¿Sentiría la caída de las hojas como una muerte incipiente, cada año? ¿Sería la primavera como un renacimiento? Mientras pensaba todo eso, en ese crepúsculo verde de mediodía, oí, o percibí más bien, un resonante estallido, como si en la distancia una gran plancha de metal maleable hubiera recibido el impacto de un enorme y blando martillo. ¿Un trueno? No me lo pareció. ¿El ruido de un avión? ¿Un disparo de cañón, quizás, que señalaba que era mediodía? Fuera lo que fuera, me inquietó. Aceleré el paso, virando rumbo al hotel.

Al poco me di cuenta de que me había perdido, y tuve que detenerme en una esquina para consultar el plano arrugado que me había dado el empleado del hotel. Buscaba con los ojos entrecerrados el nombre de la calle cuando detecté a una chica en la esquina opuesta, mirando en dirección a mí. Era más bien alta, rubia, ni fea ni guapa; no me habría fijado en ella de no figurarme que me observaba con una sonrisa, cómplice, no hostil, como si fuera alguien que hubiera conocido mucho tiempo atrás en circunstancias un tanto vergonzosas. Cruzó la calle, pasando entre dos coches aparcados, muy pegados el uno al otro. ¿Se disponía a abordarme? La perspectiva hizo que se me acelerara el pulso, y no supe si esperarla o marcharme. ¿Quién era toda esa gente, la florista, Pelo de Zanahoria, ahora esta chica, y qué querían de mí? La furgoneta ya había frenado, los neumáticos inmóviles y chirriantes, cuando la golpeó. Tuve la sensación de que giraba sobre los talones, la cabeza echada hacia atrás y el pelo flotando, veloz y con la grácil tensión de una bailarina. Hubo un grito, pero no de ella. Un hombre robusto y de pelo gris, que estaba detrás de ella en la acera, levantó un brazo y dijo algo reprobatorio en voz alta, con un profundo timbre de bajo. Los vehículos chirriaron y se colocaron a un lado, a derecha e izquierda, mientras la furgoneta seguía calle abajo por el centro unos veinte metros antes de detenerse con un brusco giro, entre una humareda. La muchacha había caído hacia atrás, y estaba tirada sobre el lateral de uno de los coches aparcados, con los brazos en cruz. Tenía sangre en el pelo, y un reguero de sangre, reluciente y de aspecto inocente, le salía del oído izquierdo. El hombre grande que había levantado el brazo se acercó a ella corriendo con las piernas arqueadas, pero antes de que pudiera alcanzarla, la chica se deslizó repentinamente hacia el suelo, como si de pronto todo su interior se hubiera licuado, y se convirtió en una masa sin huesos. Ahora llegaba corriendo más gente, y otros se apeaban del coche y estiraban el cuello para ver qué pasaba. Me di la vuelta y avancé tambaleándome, sin importarme qué dirección tomaba, siempre y cuando me alejara de allí. Todos me empujaban, todos querían ver a la chica caída, con un ceño vago, impaciente, altruista. Yo estaba en un estado de pánico, resollaba, el sudor me caía en los ojos, y sentía un dolor profundo y ardiente en la entrepierna. No sabía de qué estaba huyendo; no de la muerte de la chica, desde

luego, o no solo de eso. A mi mente acudió una imagen a medio formar —¿era del Bosco, de Dante?—, la de una figura demacrada, boquiabierta, encorvada y desnuda, que corre con los brazos levantados a través de un paisaje de tierra roja y ardiente y transporta otra figura, su propio doble, atada fuertemente, espalda con espalda. Al final llegué a la calma de una placita apartada, con adoquines y más palomas pavoneándose y un trozo de césped polvoriento, todo ello bajo la mirada amenazante de la fachada barroca e imponente de un palacio, cuyo nombre sabía que debería conocer, pero no lo recordaba. Incapaz de seguir avanzando, me dejé caer sobre un banco de mármol lustroso. No se veía a nadie. La marea de letargia de mediodía había caído sobre la ciudad. La lenta nube ahora oscurecía el sol, y la atmósfera, gris y acogedora, y el silencio calmaron mis nervios a flor de piel. El dolor de mi entropiada remitió.

¿Por qué estaba tan alterado? No era la primera escena violenta que presenciaba. ¿Era porque se trataba de otra de las despiadadas demostraciones de la muerte, para que sepamos que ni siquiera los jóvenes son inmunes a sus caprichosas elecciones? No, eso es demasiado confuso. Quizás se debía simplemente a que la muchacha parecía mirarme, parecía conocerme o reconocerme, incluso a lo mejor estaba a punto de hablarme. Pero ¿por qué eso debería hacer que el encuentro, si así podía llamársele, fuera tan perturbador? En algunos círculos, cierto que escasos, mi cara es muy conocida. Estoy acostumbrado a que los desconocidos me reconozcan. Se detienen, sobre todo los jóvenes, y me miran, con timidez o resentimiento, o, más habitualmente, me dirigen una mirada lenta, obtusa, estúpida, como si no vieran mi verdadero yo, sino una representación de mí, una reproducción animada erigida para su libre y exclusivo escrutinio. ¿Por qué, pues, la atención de esa chica me provocó ganas de dar media vuelta? Pero ah, lo sabía, claro que sabía por qué estaba tan alterado: no era en la chica en quien estaba pensando, sino en Magda. Cuando estaba viva apenas se puede decir que pensara en ella, mientras que ahora ocupaba constantemente mi pensamiento, aunque solo fuera como una sombra, el espectador solitario sentado en los bancos que hay sobre la pista iluminada, donde la actuación aparatosa y cada vez más caótica de quién y qué pretendo ser se lleva a cabo sin interrupción. Ella permanece allí, un fantasma a regañadientes, que quizás desea marcharse, aunque también siente curiosidad por ver el espectacular final, con sus payasos dando volteretas y sus acróbatas haciendo reverencias y los animales amaestrados dando la última vuelta a la pista. Solo en la muerte ha comenzado Magda a vivir, para mí, plenamente.

Es raro, pero por mucho que lo intento soy incapaz de recordar cómo ni cuándo nos conocimos. En mi recuerdo, aquella primera y remota época en un Nueva York irrealmente vívido es todo prisas y ruido y un deprimente calor. Incluso cuando estoy en medio de la calle me siento atrapado dentro de una fábrica enorme, humeante y ensordecedora. Todo estaba siempre en movimiento, nunca había un segundo de calma o cesación. El tráfico circulaba día y noche por las calles, por encima del

sótano que hacía esquina donde me alojaba; los papeles que había sobre la vieja mesa llena de cicatrices que me servía de escritorio temblaban y volaban a causa de la brisa de un ventilador eléctrico que algún conocido me había regalado, mientras volvía despacio su cara borrosa y su máscara de esgrimista a un lado y a otro, negándose tercamente a aliviarme. Durante todo el día, una confusión de piernas sin cuerpo pasaba en una u otra dirección sobre la acera, y las veía por la ventana que, a nivel del suelo, había sobre mi mesa, como si fuera una algarada, o un maratón de baile desordenado que nunca se acababa. Y luego estaban las voces, incesantes, estridentes, oclusivas de desafío o hinchadas con repentinas declaraciones de sinceridad y camaradería. Me los encontraba al final de su jornada de trabajo —en aquella época *trabajo* era una de las palabras sagradas, pronunciada con un entrecortado sobrecogimiento—: el joven escuálido y sus camisas abiertas, con el pelo cortado a lo cepillo y su mechero Zippo, transpirando seriedad; las chicas de mirada seria, con faldas que les llegaban a medio muslo y zapatillas de baile, que apretaban contra su pecho, como si fueran armaduras, ejemplares de bolsillo de *El capital*. La cerveza clara y dulzona, el humo del cigarrillo consumido, las repentinas riñas enseguida sofocadas, los gritos y los dedos agresivos, y ese gesto de rechazo medio enojado ante una opinión adversa, tan característicos del momento y el lugar, ese sopapo al aire de refilón, con la muñeca suelta y la cara vuelta a un lado, con la nariz arrugada y el labio inferior caído: ¡*Puaj!* Todo eso me resultaba intensamente extraño, pero también familiar, al principio no entendía por qué, hasta que me di cuenta de que lo había visto una y otra vez, durante años, en el cine, cada sábado por la noche, cuando era joven. Los Estados Unidos, en la pantalla, me habían resultado mucho más familiares que las calles de la ciudad donde nací y viví. Y así, en Nueva York, el Nueva York real, fue como escogí presentarme, como un personaje salido de las películas, un grueso cigarrillo prendido en los labios y un vaso de bourbon en la mano. E incluso lo acompañaba con el vestuario completo: sombrero flexible marrón, terno ajustado y zapatos de dos colores. Oh, sí, menuda pinta tenía. El intelectual como un tipo duro, esa era la moda de la época. Lo único que me faltaba era una acompañante, una tía buena, disoluta y bebedora, y tan dura como se suponía que yo era. La gente se quedó de una pieza, sobre todo las chicas, cuando resultó que la mujer que elegí para ser mi chati, mi compañera, fue la dulce, callada e inexpresiva Magdalena.

Ya entonces, cuando aún estaba en la veintena, era una mujer voluminosa y pétrea, poseía una cualidad granítica, de un gris sin paliativos, que resultaba curiosamente atractivo, al menos para mí. Enseguida comprendí, nada más fijarme en ella, que se mantenía siempre en un segundo plano no por timidez o temor —aunque era tímida, tenía miedo—, sino a fin de poder observar y escuchar todo lo que ocurría desde el cobijo del anonimato. Era servicial hasta decir basta, hacía recados para los hombres y las mujeres más mandonas, les recogía libros, cajetillas de cigarrillos, sándwiches y café en vasos de plástico; aún la veo, con sus sandalias y su jersey de

punto de ningún color en concreto, el pelo en gruesas trenzas, descendiendo las escaleras del sótano a su manera extraña y elefantina, bajando uno de sus anchos pies de lado hasta el escalón siguiente, y luego el otro hasta hacerle compañía al primero, la barbilla apretada contra el cuello pálido como un pescado y la mirada fija en cualquier cosa que llevara entre manos. Vivía en el Lower East Side —un nombre que en aquella época aún evocaba a mis oídos algo tan sugerente y exótico como Samarkanda o la Isla de los Bienaventurados—, con un fontanero, un polaco militante de aspecto simiesco, con un bigote a lo cepillo de revolucionario, de quien decían que le pegaba. Ella nunca hablaba de él, ni siquiera cuando lo hubo dejado y vino a vivir a mi sótano, trayendo una botella de bourbon como regalo de mudanza y una maleta no muy grande que contenía todas sus posesiones. Una noche, ya tarde, el polaco se plantó en la calle, delante de la entrada, borracho y llorando de rabia, y se puso a gritar su nombre y a aporrear la puerta, y la habría emprendido a patadas con la ventana de no estar protegida con barrotes. Quise salir y echarle —ni mi pierna mala me hizo dudar, y habría sido perfectamente capaz de mandar a paseo a ese mono—, pero Magda lo impidió.

A Magda no le gustaba hablar de sí misma o de su vida; cuando mencionaba algún hecho del pasado su voz adquiría un tinte de perplejidad, como si lo que le hubiera ocurrido le hubiera ocurrido a otra persona y ella no entendiera por qué sabía tantos detalles. Tampoco sentía una gran curiosidad por lo que había sido mi vida antes de conocernos. Los demás, incluso nuestros conocidos más descarados, me miraban con una mezcla de asombro y respeto, casi con una sagrada reverencia: yo era lo auténtico, un verdadero superviviente, que había aparecido entre ellos saliendo del fuego y del humo de los hornos de la catástrofe europea, igual que cuando el monstruo de Frankenstein sale tambaleándose del molino en llamas. Para Magda, sin embargo, ella misma una superviviente, yo era simplemente Vander —ni siquiera me llamaba Axel; decía que ese nombre le sonaba a perro guardián—, un hombre como cualquier otro, más imprevisible, quizás, que los que ella solía tratar, potencialmente más violento incluso que el polaco, pero un hombre y nada más. No mencionaba de manera especial mi pierna renga ni mi ojo ciego, y aceptaba sin comentarios las bravuconas mentiras que yo le contaba acerca de cómo me había quedado así —me había enfrentado a una turba furiosa, un soldado nazi me había dado un golpe con la culata del fusil—, mentiras que había ensayado tanto que casi había llegado a creérmelas. Sin embargo, una sofocante mañana, temprano, me desperté y me la encontré inclinada sobre mí —nuestra cama era un colchón en el suelo—, con la cara grande y fofa apoyada en una mano, contemplándome en un silencio solemne, los ojos muy abiertos. Durante un minuto ninguno de los dos se movió, y a continuación llevó la punta del dedo al párpado carnoso de mi ojo malo y murmuró: «Solo yo pude escapar para traerte la noticia»<sup>[2]</sup>, y se me erizaron los pelos de la nuca, como si acabara de hablar un oráculo. ¿Quién iba a esperar que Magda, esa Magda grande y lenta, de pies planos, nos saliera con algo tan grave, tan sonoro, tan bíblicamente

adecuado a nuestro estado?

Mi vida con ella era una manera especial de estar solo. Era como vivir en la intimidad con una criatura de otra especie; me resultaba tan lejana e inaccesible como un gran herbívoro inofensivo. A veces pensaba que era una mujer sin ningún misterio, tan hueca como parecía, y otras me convencía de que ese aspecto de calma inamovible que exhibía era una máscara que había inventado, tras la cual se entregaba a frenéticas estrategias de cálculo y control, ensayando, al igual que yo, para un papel que no creía poder interpretar nunca de manera convincente. En el estado de mutua incompreensión que era nuestra vida juntos, nunca dejábamos de sorprendernos. Ella era una mujer alarmantemente culta, como pude descubrir, para mi vergüenza, durante los primeros días. Yo me había convertido en un experto en fingir gran erudición acerca de una amplia variedad de temas mediante el diestro empleo de ciertos conceptos clave, espigados de la obra de otros, pero a los que sabía dar un sesgo personal de mordacidad o intuición. En todo lo que escribía había una imperiosidad tensa y febril que emanaba directamente de la apurada situación vital en la que me había colocado; estaba elaborando una metodología de pensamiento a partir de los cruces y conflictos de mi intrincado, y en gran parte fabricado, pasado. Podía disertar con convincente familiaridad sobre textos que no había llegado a leer, filosofías que todavía no había estudiado, grandes hombres que no había conocido. Mi tono de escurridiza autoridad, como lo llamó un crítico con bastante torpeza, hipnotizaba al pequeño pero influyente círculo de críticos que degustaban y aprobaban mis primeras piezas. Aunque a lo mejor ponían en duda mi comprensión de la teoría e incluso dudaban de mi erudición, todos se unían para aclamar mi dominio del lenguaje, el tono y timbre de mi voz singular; incluso mis críticos, que no eran pocos, solo podían echarse para atrás y observar con frustración cómo sus mejores arpones resbalaban al dar con el espléndido lustre de mi prosa. Eso les sorprendía tanto como a mí me agradaba; ¿cómo no veían, oculto tras de la osadía y jactancia de lo que yo escribía, al tembloroso autodidacta inclinado sobre su diccionario Webster, su *Manual de Chicago*, su *Gramática para extranjeros*? Quizás tomaban la manera estafalaria de utilizar el idioma, en la que inevitablemente yo caía, por excentricidades intencionadas que, imaginaban, solo un dueño absoluto del lenguaje se permitiría.

No me malinterpretéis: no dudo de que hay en mí cierto genio. Solo que no es el que he fingido poseer todos estos años. A veces creo que me equivoqué de vocación, que podría haber sido un gran artista, un maestro dueño de una inmensa inventiva, astuto, alusivo, magistralmente iracundo, dado a arcanas referencias, crípticos propósitos, un alquimista de la palabra y la imagen. De hecho, mis críticos se quejan a menudo del desolado lirismo de mi estilo maduro, y ven tras él la pálida mano del poeta. Estoy de acuerdo. El mío es un tipo de comentario en el que con frecuencia el comentario reclama el mismo rango que el que supuestamente posee su objeto; el mismo, si no superior. En mi estudio de Rilke, una de mis primeras obras, hay pasajes

de extática intensidad que el propio poeta ebrio del mundo podría haber envidiado, mientras que esos largos ensayos sobre Kleist y Kafka, pertenecientes a la misma época, son tan desesperados e inconsolables como cualquiera de las piezas dramáticas o parábolas de esos dos hierofantes del desánimo. ¿Debo inclinarme ante esos gigantes? ¿Debo doblar la rodilla ante su eminencia? Maldito sea si lo hago. Me tengo en tanta consideración como cualquiera de ellos. Lo que me perturba es pensar en todo lo que podría haber hecho de haber sido simplemente —si a tal cosa se la puede considerar simple— yo mismo.

Al parecer, Magda estaba tan impresionada como los demás, y tomaba mis poses y mis brillantes fingimientos en sentido literal. Si sabía que yo era un fraude, no parecía importarle; de hecho parecía admirarme, a su manera reservada, por mi valor y abundancia de recursos. Había una leve y peculiar sonrisa que a veces yo veía cruzar de manera fugaz su cara cuando me encontraba perorando ante un auditorio fascinado sobre algún texto al que, sabía ella, no le había echado más que un vistazo. Ella sí había leído a Hegel y Marx, y muchas otras cosas. Podía citar literalmente, pues tenía una memoria extraordinaria, aun cuando recordara muy poco de lo que podían significar los pasajes citados; llevaba su saber de todos esos titánicos pensadores como un miembro atrofiado, el equivalente intelectual de mi pierna inútil. Ella había estudiado con obediencia los textos revolucionarios a petición del polaco, pues él no era un gran lector, aunque estaba decidido a hacer que fueran la pareja perfecta del partido, él, el martillo del activismo, ella, la hoz de la ideología. Magda se encogía de hombros al contarme todo esto, y sonreía con ternura, como si recordara un juego de fantasías infantiles no del todo inocente. Sí, a su manera callada e intuitiva, era capaz de calarnos a todos. ¿Por qué la elegí por encima de las demás? ¿Por qué me eligió ella? ¿Era ella mi protectora, la guardiana de mi reputación prestada, hurtada? Me apesadumbra la idea de que esas preguntas ya nunca serán respondidas, al menos no por ella, desde luego.

Magda consideraba el pasado una suerte de enorme e inevitable error, toda una serie de comienzos equivocados que ahora, por fin, se habían enderezado. Si sentía la menor cólera por cuanto le había acontecido, esta no se dirigía a los que habían concebido el vasto proyecto de destrucción en el que ella se había visto atrapada y del que por los pelos había escapado con vida, sino hacia las víctimas de ese plan, hacia todos los que no habían escapado, incluso hacia sus perplejos padres, su hermana, que tanto se había jactado de su morena belleza, su hermano pequeño, aferrado a su clarín de juguete mientras se lo llevaban. No es que ella los culpara por no resistir, o por ser unos desdichados, por estar confusos, por engañarse —antes de que la llevaran a empujones a los camiones, su madre le había estrujado la mano y le había hecho prometer que le escribiría—, sino por el simple hecho de haber existido, en primer lugar por haber estado allí, y en segundo por haber permitido que los alejaran de ella. No conservaba nada de su familia, ninguna fotografía, ningún documento, ni un rizo, solo sus recuerdos, y de buena gana habría renunciado a ellos de haber

podido. Que fuera ella la única que había sobrevivido, y solo porque su nombre, sin que se supiera cómo, había desaparecido de las listas, era otra de las causas de su cólera perpleja y callada.

Llevábamos juntos ya varios meses cuando me contó todo eso. Un desapacible día de noviembre, ya avanzada la tarde, habíamos ido al cine —o a ver una peli, como aprendí a decir—, y nos habíamos refugiado del frío en una cafetería de la calle Bleecker cuando se puso a llorar, en silencio, casi pensativa. Habíamos visto un programa doble, y en el intermedio habían puesto un noticiario con escenas de nuestra Europa en ruinas, y el ver aquellas interminables hileras de cadáveres había removido algo en su interior, y ahora se veía obligada a contarme lo que le había ocurrido. Sentado junto a ella mientras hablaba, me quedé inmóvil, casi sin atreverme a respirar; el puño, apoyado en la mesa junto a su mano, me pesaba tanto que me parecía que nunca podría levantarlo. Sus recuerdos de la huida eran intermitentes, como flashes: las piedras angulosas y blancas en un sendero de montaña; masas de árboles oscuros que pasaban junto a ella, iluminados por los faros de un camión en el que iba escondida bajo unos sacos; un soldado adolescente, en algún polvoriento puesto fronterizo, que le ofrece una manzana que ha sacado del bolsillo de su guerrera. Era como si hubiese realizado ese viaje no en un tiempo lineal, sino en grandes saltos, de una parada a otra, entre las cuales había quedado eximida de estar consciente. Cuando acabó tuve que contarle mi relato, claro, el protocolo de nuestra posición como supervivientes lo exigía. *Relato* es la palabra adecuada. Dejamos la cafetería y empezamos a caminar entre el frío glacial y el crepúsculo, y el tráfico pasaba a nuestro lado a través de la nieve derretida, como escombros transportados sobre un río por una lenta riada. Se inclinó pesadamente sobre mi brazo, un lastre. No quería oír lo que yo le contaba; estaba harta de oír cosas de esas; lamentaba la carga de su trágico destino, y del mío. A la luz de su renuencia, mi inventiva se crecía; nunca antes había elaborado mi relato de una manera tan convincente como esa noche, entretejiendo las mentiras con unos pocos hilos, finos y relucientes, de verdad, mientras los copos húmedos y blancos caían veloces a nuestro alrededor y los transeúntes encogidos y sin cara aparecían de pronto ante nosotros procedentes de la luz de las farolas para desaparecer enseguida en la oscuridad. No podía sino admirar mi propia actuación. ¡Menudo fabulador estaba hecho; menudo artista! Y nunca le conté la verdad, la auténtica, la completa, la vulgar.

En el cielo, muy por encima de mí, volví a oír esa hueca explosión que había oído antes en la avenida, bajo los nogales, y me desperté con una sacudida de mis ensueños. El día había aclarado, y el sol calentaba la plaza bajo un cielo blanco, compacto y sin nubes. De pronto me di cuenta de dónde estaba: fue allí donde N., en los meses anteriores a su crisis nerviosa, se alojó en una habitación en la pensión Fino, en la esquina que da a la imponente fachada del Palazzo Carignano —¡ese era el nombre!—, donde garabateó demenciales cartas que firmaba *Dionisio, El Crucificado, Nietzsche César...* Cerré los ojos y los apreté con el índice y el pulgar

hasta que unas diminutas luces, como lejanos cohetes, comenzaron a estallar y a llamear en la oscuridad de detrás de los párpados. Estoy convencido de que mi ojo ciego funciona cuando está cerrado. Volví a ver, con la misma claridad que cuando ocurrió, cómo derrapaba la camioneta, cómo giraba la muchacha, al hombre del pelo gris levantando el brazo de aquella manera tan extraña y gritando, como para impedir que algún intruso desprevenido se acercara a aquella escena de violencia y sangre. Abrí de nuevo los ojos y me puse en pie de manera vacilante, izándome con las dos manos apretadas en la empuñadura de mi bastón. Tenía calor; tenía sed; estaba cansado.

Cuando desperté, las cortinas volvían a estar corridas contra la luz del día, y me dije que aún estaba amaneciendo y que todo lo ocurrido desde mi llegada había sido un sueño. Me quedé inmóvil en la cama, contemplando los pliegues de sombra que, como gasa, me rodeaban, apresado por un confuso pánico. No entendía por qué iba vestido de traje y corbata; incluso llevaba los zapatos puestos, aunque los cordones estaban desanudados. Se me había dormido el brazo derecho, y sentía un cosquilleo desagradable ahora que la sangre comenzaba a circular de nuevo; me dolía el codo magullado. Poco a poco, la memoria empezó a encajar sus fragmentos. Me había bebido una botella de vino mientras almorzaba en el comedor del hotel y había subido a trompicones a mi habitación para descansar, y me había quedado dormido, derribado por el alcohol y las últimas ascuas de la agitación del viaje. Me puse en pie cautamente y me quedé sentado un momento a un lado de la cama con la cabeza inclinada. ¿Por qué había venido a esta ciudad? Estaba demasiado viejo y extenuado para viajar hasta tan lejos por puro capricho. Podría haber hecho que la redactora de esa carta viniera a verme a Arcadia, eso habría puesto a prueba su determinación. Me incorporé con un gruñido, entré en el cuarto de baño sin ventana y me quedé con una mueca de dolor, parpadeando en medio del zumbido de la luz blanca. Caspa, caries, la nariz con la gran marca de viruela del doctor Baloardo. Me lavé la boca; el agua del grifo sabía a estaño. Me miré amodorrado al espejo, agarrado al lavamanos, los hombros encorvados. En ese momento, al igual que tantas otras veces, tuve la sensación de apartarme ligeramente de mí mismo, como si me desenfocara y me escindiera en dos personas. Me pregunto si los demás sienten lo mismo que yo, que me parece que nunca estoy del todo presente allí donde estoy, y no me veo como una persona tanto como una contingencia, desplazada y errante en el tiempo. Mi verdadero origen y destino están siempre en otra parte, aunque no sé cuál es exactamente esa otra parte; quizás en la infancia, esa edad donde todo es auténtico, y cuyas escenas puedo evocar con mayor viveza cuanto más me alejo de ellas en el tiempo. Una posibilidad banal. Pensamientos embotados en una mente embotada. Era el vino, el cansancio.

El taxi me esperaba a la puerta del hotel. Ya llegaba tarde, pero no me importaba;

que esperasen. La ciudad, a aquella hora, a la luz de la tarde, me mostró un lado más agradable que el que había visto por la mañana. El sol, de un dorado blanquecino, golpeaba oblicuo las capotas de los coches y las cristaleras de los cafés. Pasamos bajo la Mole Antonelliana, absurda con sus formas de pagoda. Observé sin entusiasmo la riada cada vez mayor de estudiantes que caminaban por las calles, y al poco el promontorio de cemento gris de los edificios de la universidad apareció ante mis ojos. Cuando vi a Franco Bartoli en las escaleras, de puntillas y con el cuello estirado, mirando a su alrededor con un gesto de angustia, sentí el impulso de esconderme y decirle al taxista que pasara de largo. Volví a preguntarme amargamente por qué me había dado por volver a Turín, qué podía encontrar ahí excepto confrontación, desenmascaramiento, humillación. Me apeé del taxi y me volví para pagar, y con el rabillo del ojo vi a Bartoli trotando hacia mí feliz, ya hablando, aunque todavía no estaba lo bastante cerca para que lo oyera. Es un hombrecillo delicado, medio calvo, con barba, ovoide, voluble y nervioso, y vigilante como una comadreja. Me apreté con las dos manos una de las mías y farfulló unas entrecortadas palabras de bienvenida que me hicieron rechinar los dientes. Le empujé a un lado y fui subiendo los escalones con ayuda del bastón mientras Bartoli iba bailando a mi alrededor. ¡Qué alegría que hubiera venido! ¡Qué honor! ¡Todos tenían tantas ganas de verme!

—¿Quién hay aquí? —pregunté.

Bartoli fue enumerando nombres con sus dedos en miniatura.

—Viejos amigos —dijo radiante—, ¡todos son viejos amigos!

Casi me eché a reír.

Y ahí estaban esperándome, ya lo creo, quince o veinte personas, en una sala de la planta superior, amplia y de techo bajo, cuyas cuatro paredes eran lunas ahumadas entre vigas de color rojo óxido, de un estilo brutalmente moderno. Estaban todos agrupados en mitad de un gran espacio vacío, donde habían colocado una barra sobre caballetes cubiertos con manteles, y todos habían vuelto el rostro hacia mí, expectantes, mientras yo los observaba desde la puerta. Era cierto, los conocía a casi todos, si no los nombres, sí las caras; no se me dan bien los nombres, por mucho que lo intente, que no es a menudo. Suspiré, y con Bartoli dando saltitos por delante de mí, comencé a cruzar la sala, colocándome una rígida sonrisa y rozando los chirriantes azulejos de goma con una fuerza deliberada. Bartoli se sumergió en la multitud, dando vueltas de manera majestuosa entre ellos, como un coreógrafo que reúne a su compañía. Sus movimientos son amanerados y un tanto mecánicos, como los de un actor profesional. Por todos lados me saludaban con cauta cordialidad. Bartoli me llevó a la mesa donde estaban las bebidas, y como el camarero, un muchachote joven de piel oscura con manos de campesino, no se movió con bastante prontitud, agarró una botella y dos copas y él mismo sirvió el vino.

—Un hijo del sur —dijo por una comisura de la boca—. Viven de nuestros impuestos y como tributo nos envían gañanes.

Franco está muy orgulloso de su acento inglés. El camarero lo miraba mohíno.

Franco me entregó un vaso e inclinó el suyo a manera de homenaje.

—Cuesta creer que hayamos conseguido traerte por fin —dijo con un rápido y leve parpadeo—. Llevamos siete años invitándote..., he comprobado nuestros archivos, sí..., y siempre en vano.

Era como un boxeador que se ve superado y derrotado, que finta y esquiva, en busca de una rendija por la que lanzarme un insulto. Casi no le hice caso. Con repentina y alucinatória intensidad recordé los veranos de mi adolescencia en la granja de mi abuelo. Al ser un chico de ciudad, siempre era el que percibía el primero y con la mayor exactitud los olores del lugar, de las flores, las frutas, las plantas, y de su descomposición, el cálido olor de la bosta de caballo, el olor de la tierra y los excrementos en el pequeño retrete de madera que había en el jardín, bajo el saúco de intenso perfume, el exquisito aroma de las fresas silvestres que buscaba entre los setos, el olor de los champiñones, el olor de las gallinas y su sangre, el olor del perro y los gatos, el olor de la barcia, del aceite, de los chorros de agua hirviendo, del sudor animal y humano, del tabaco de mi abuelo, el fuerte olor del vino y la tela gastada, el olor del serrín, el olor de mi propio sudor. La época que más me gustaba era la de la cosecha, cuando el trigo, la avena y el centeno llegaban al cobertizo para la trilla. Era, o eso me parecía, un edificio inmenso, grande como una iglesia, grande como una catedral, con un techo elevadísimo y en arco, y ventanas muy altas a través de las cuales entraban gruesos rayos de sol. El aire era denso a causa de la barcia que se arremolinaba, y los peones tosían, escupían y maldecían, gritando para hacerse oír entre el constante barullo. La trilladora era una enorme y complicada estructura de madera, como un insecto gigante, cuyas partes móviles reiteraban un ensordecedor *clic-clac*. Se movía gracias a un motor a vapor que llevaba adosado mediante una correa de cuero que me aterraba, pues daba golpes y sacudidas como un animal en agonía. En el cobertizo siempre había un luminoso crepúsculo, en el que los hombres se movían como fantasmas, la boca tapada con un trapo. En la parte de abajo, a un extremo de la máquina, el grano dorado salía a través de un embudo y entraba en los sacos, mientras que en la parte superior la paja vaciada y rota era expulsada en unas erupciones incesantes, salvajes y un tanto cómicas. Yo me quedaba junto a mi abuelo, quien por encima de aquel ruido intentaba explicarme cómo funcionaban las partes de la trilladora. ¡Qué sensación de esplendor y comunión experimentaba ante esa escena de labor y sus recompensas! Y luego, a mediodía, todo el trabajo se detenía y reinaba un silencio extraordinario, rotundo, y todos nos encaminábamos hacia la cavernosa cocina de piedra de la granja, donde mi abuela servía la comida: cerveza, pan, huevos y gruesas rodajas de salchicha. Tanto en el trabajo como en el descanso, los hombres se trataban como si fueran hermanos, se daban palmadas en la espalda, se gritaban de una punta a otra de la cocina, reían, maldecían, se lanzaban insultos procaces. Yo me movía con toda libertad entre esos hombres, agotados pero también eufóricos. Nadie me prestaba especial atención, como si fuera uno más de ellos. Luego, con la ayuda de la cerveza, se oían los primeros murmullos de tanteo de una canción, titubeantes al

principio, que parecían equivocarse y perderse, para prorrumpir al fin en una exultante cacofonía que me atrapaba en su movimiento y me constreñía el pecho y me hinchaba la garganta de la emoción. De vez en cuando paraban de cantar y me hacían beber cerveza, y aunque odiaba aquel sabor amargo, que me recordaba el chiquero, sonreía y me relamía y extendía el vaso para que me pusieran más, y me aplaudían, y luego volvían a empezar los cánticos, y desde la otra punta de la larga mesa mi abuelo me sonreía... Todo esto recordé, aun cuando nunca ocurriera. Desde luego, había una trilladora, pero solo la vi funcionar de lejos, desde el exterior del cobertizo, en el que tenía prohibido entrar a causa de mi constitución supuestamente débil; también me mantenían lejos de los trabajadores por temor a que pudiera ver y oír cosas poco aptas para un niño de mi tierna edad. Todo era un sueño elaborado a partir de mi deseo de estar ahí, en el cobertizo de trillar y en la cocina, en medio de los hombres, una fantasía nacida de mi anhelo de tener raíces. Ahora, a través de los ojos debilitados por el tiempo, escrutaba la ciudad desde esa atalaya, donde todo tenía aspecto de quemado a causa de las lunas ahumadas, y era como si acabara de recuperarme de un desvanecimiento para encontrarme en medio de una banda de supervivientes agrupados allá arriba, dominando una zona donde se había declarado una vasta y destructora conflagración.

Alguien me tocó el brazo y me hizo volverme. Durante un segundo no reconocí a Kristina Kovacs. No es que hubiera envejecido mucho, ni que su aspecto hubiera cambiado gran cosa desde la última vez que la vi, y sin embargo algo le había ocurrido. No parecía ella, sino una pariente cercana, su gemela, quizás, más borrosa que la mujer que había conocido, menos nítidamente definida, un tanto desdibujada, y de apariencia un tanto hueca. No se me ocurrió nada que decirle, y lo que hice fue inclinarme a toda prisa y besarle la mejilla. Tenía la piel cálida y seca, y parecía vibrar minúsculamente por toda la superficie, como si la poseyera la fiebre. Se llevó la mano al lugar en que la había besado y soltó una carcajada sombría, familiar —yo no soy de los que besan— y echó el tronco hacia atrás para mirarme, inclinando la cabeza a un lado, con un brillo de malicia e ironía en sus ojos negros. Se asombró de mi buen aspecto; parecía realmente sorprendida, como si ella hubiera llegado a un punto en su vida en que ya solo se pudiera ir a peor. Aunque ni siquiera había llegado a la mitad de mis años. Me pregunté si recordaría con la misma dulce e intensa claridad que yo aquella tarde, años atrás, cuando apareció sin anunciarse en la habitación de mi hotel en Budapest, o Bucarest, ¿o fue Belgrado? El lugar no importa, sino el momento. Recordé su combinación color salmón y la manera solemne en que se echó de espaldas ante mí en la cama, como si la hubiera derribado la formidable fuerza de su pasión. Le mordí los labios hasta que sangraron, le lamí las plantas de los pies. Ahora me preguntaba de qué hablaría mañana en la conferencia, y Franco Bartoli apareció junto a mi codo como un hombre de juguete, y pasándose una mano por su barba fina, suave y reluciente, dijo con una sonrisita pícaro que allí, en Turín, el profesor Vander solo podía hablar de un tema... No sabía de qué estaba

hablando.

—No he preparado nada —dije.

Quería que se fuera de mi lado. Me estaba imaginando el campo de pecas que había en el hueco que quedaba entre los pechos pálidos, desiguales y un tanto melancólicos de Kristina Kovacs. Tras ella, la ciudad, cubierta de humo, se extendía hasta las montañas, a lo lejos, ceñida por su borde ondulado de nubes. Ella aún me miraba con aquella sonrisa irónica e íntima. Tiene, o tenía, la costumbre de mover la cabeza muy lentamente de lado a lado, como si se meciera al ritmo de una cadenciosa melodía interior. Me sentí mal. El vino ácido me había resecaado la envoltura de la boca. Me incliné para colocar el vaso vacío sobre la mesa y aproveché para darle a Bartoli con el codo en la panza, como por accidente, lo que me hizo sentir mejor, a continuación me alejé de los dos con fuertes pisadas, con deliberada rudeza y me planté ante una de las lunas de cristal, de espaldas a la sala, observando tristemente la ciudad. Tras de mí, el zumbido de la conversación vaciló por un momento y volvió a retomarse con una nota más aguda y crispada: Axel Vander comportándose como un grosero, como siempre. Al igual que junto a la ventana del hotel aquella misma mañana, imaginé cómo me vería alguien que mirara desde la calle: una figura transportada por el aire, suspendida sobre un bastón inclinado y quizás a punto de caer en picado, un arcángel perdido y decrepito. Una vez más experimenté una oleada ardiente y biliosa de autocompasión, pura y dispersa. Kristina Kovacs se me acercó y se quedó a mi lado, una presencia que respiraba, su coronilla al nivel de mi hombro. Imaginé que me alcanzaba un soplo de su aliento, cálido, marronoso y malo. Juntos observamos las distantes cordilleras.

—Creo que me han descubierto —me oí decir, en un tono de esforzada y poco convincente despreocupación—. Me ha llegado una carta. Alguien ha rebuscado en mi pasado. Ella va a venir aquí.

Miré de soslayo a Kristina, y ella me devolvió la mirada con una sonrisa.

—¿Ella? —murmuró, al tiempo que negaba con la cabeza—. Oh, Axel, ¿has estado haciendo el tonto otra vez?

Al momento me quedé avergonzado y furioso conmigo mismo. No se me ocurría por qué había confiado en ella. Kristina Kovacs no sabía nada de mí ni de mi pasado, ni del real ni del inventado. ¿Qué era ella para mí, sino una tarde de pasión, en su mayor parte simulada, en una habitación de hotel con la calefacción demasiado alta de una ciudad bloqueada por la nieve a la que nunca regresaría? Siempre he imaginado que fueron esas pocas horas en la cama lo que causó que ella escribiera con tanto retraso la reseña de *Después de las palabras*. La reseña era una pieza ligera, que pretendía ser burlonamente alusiva; resultaba una nota incoherentemente frívola entre las sesudas elucubraciones de *Débat*. La carta de agradecimiento que le envié cuando apareció la reseña me costó un gran esfuerzo. Mi intención fue alcanzar su tono colmilludo, malicioso, pero el resultado fue insatisfactorio de una manera que no pude comprender. Su nota de respuesta fue inocente y cálidamente afectuosa, y no

mencionó nuestro encuentro en el hotel. Ahora, incómodo, me pregunto si no sabría más de mí de lo que fingía, quiero decir de mi pasado, de mi interesante pasado. Bueno, ¿qué importaba ya? Esa arpía que en esos momentos estaba viniendo de Amberes probablemente acabaría conmigo. Me di cuenta de que estaba contemplando la perspectiva de mi propia destrucción. ¡Bueno, pues que llegue, me dije casi alegre, será bienvenida! Enseguida, reemplazando la cólera y la autocompasión de un instante atrás, experimenté una incipiente ingravidez, como si en cualquier momento me fuera a poner a levitar, sin alas y sin embargo volando, flotando por los aires, libre, ligero, por ese azul vacío, frío y resplandeciente.

—Me estoy muriendo, Axel —dijo Kristina Kovacs.

Miraba el suelo con un aire de sorpresa casi infantil, con cierta vergüenza, como si acabara de revelarme un emotivo secreto.

—Sí, me estoy muriendo —dijo, esta vez en voz más baja, y sin embargo con más fuerza, verificando esa increíble verdad antes de asimilarla.

Me quedé mirándola. Un avión pasó a poca altura por encima del edificio con un estruendo intermitente, y un instante después su vasta sombra centelleó a través de las lunas de las paredes. Kristina sonrió, negó compungida con la cabeza y dijo que lo lamentaba, y que debía olvidar lo que acababa de decir.

—Háblame de tu chica —dijo con una terrible y valerosa alegría—. La que te ha descubierto, quiero decir. Has dicho que era una chica, ¿no? En el pasado siempre fueron chicas. ¿Qué terrible secreto ha averiguado?

Se rio, no con hostilidad. Apreté con fiereza el bastón. ¿Cómo se le ocurría que tenía derecho a hablarme así? Soy Axel Vander. La gente no me dice estas cosas, ni con este descaro. Dio un paso hacia mí y me puso una mano en el brazo, con una presión a la vez apremiante y frágil. Sabía lo que venía ahora. Retrocedí. El aire pareció de pronto espeso, irrespirable.

—¿Te acuerdas de Praga? —dijo. Así que fue Praga, no Belgrado ni Budapest. No pensaba decir nada—. Qué calor hacía —murmuró Kristina, y su mirada se hizo borrosa al esbozar una sonrisa evocadora—, el calor, aquella habitación de hotel...

Eso era intolerable. Miré a mi alrededor. Alguien debía rescatarme. ¿Dónde estaba ese memo de Bartoli, ahora que lo necesitaba?

—Lo siento —gruñí—, perdóname —y tras limpiarme la boca con la manga me di media vuelta abruptamente y me dispuse a cruzar aquella sala ancha como un mar en busca de la puerta, de una huida. Franco Bartoli vino detrás de mí, corriendo, chillando. Esgrimí mi bastón, más como una amenaza que como una despedida, y seguí avanzando, un hombre perseguido.

Cuando ella salió de la estación del tren las farolas brillaban pálidas a la luz del amanecer, y el aire se veía de un color de agua sucia. Un plano de la ciudad le indicó que no estaba lejos del hotel donde él se alojaba. Decidió caminar. Un tranvía

apareció dando bandazos por su vía. Le gustaban los tranvías, su aspecto severo, desgarrado. Esperó en la acera a que pasara, la bolsa en la mano, el impermeable sobre el brazo. Se sentía como un personaje de una época ya pretérita, con el impermeable y la bolsa, su vestido sencillo y sus zapatos anticuados, el yo juvenil e impaciente, aún incierto, de alguien que con el tiempo sería famoso, famosamente trágico, quizás. A menudo era así como se veía, con otro aspecto, en otras vidas posibles, y de manera tan intensa que le parecía que debía de haberlas vivido antes. Sintió un leve temblor y se puso el impermeable; había imaginado que haría más calor en aquella ciudad meridional. Más tarde saldría el sol. En el tren apenas había dormido, acurrucada en un asiento del rincón de un compartimento abarrotado, con la bolsa bajo los pies y el impermeable doblado a modo de almohadón. El tren paraba en todas las estaciones, solitarias, y se quedaba unos minutos chirriando y suspirando en el silencio desolado de la noche antes de volver a ponerse en marcha con una serie de sonoros ruidos metálicos. En una ocasión apretó la cara contra la ventanilla y miró al exterior; vio que pasaban a toda velocidad junto a una cordillera de montañas altas y recortadas, cuyos pies escarpados acababan a un par de metros de las vías. Supuso que debían de ser los Alpes. Veía las cumbres, centelleando e irreales, allá en lo alto, a la luz de la luna. Recordó haber estado en las montañas mucho tiempo atrás, con su padre; él la había empujado cuesta arriba en un trineo, y luego le había dejado tomar un sorbo de ponche. En la hora oscura antes del alba dormitó un rato; fue menos un sueño que una de esas agitadas fiebres nocturnas de la infancia, y se despertó repetidamente entre sobresaltos, imaginando que alguno de los demás pasajeros la había tocado o intentaba coger sus pertenencias. Cuando por fin estaban llegando, un hombre grueso se puso en pie demasiado pronto, y cuando el tren se detuvo salió lanzado hacia delante y casi se cae encima de ella, y para evitarlo le colocó una enorme manaza en el hombro y le hizo daño. El hombre olía un poco a vómito. Ahora, temblorosa y aturdida, comenzó a cruzar la amplia avenida. En la plaza que había ante ella los estorninos se despertaban ruidosamente en los árboles, y una gran bandada de palomas echó a volar, y sus miles de alas hicieron un ruido que pareció un despectivo aplauso.

No sabía lo que haría cuando llegara al hotel. Aún era temprano, y tendría que esperar al menos una hora antes de anunciar su llegada. No le importaría esperar en el vestíbulo, pero no estaba segura de que los empleados del hotel la dejaran entrar tan temprano. Las voces que había en su cabeza volvieron a empezar, como sabía que ocurriría, como hacían siempre que estaba insegura o nerviosa, aprovechando la oportunidad. Era como si una multitud variopinta y curiosa fuera al paso detrás de ella, pisándole los talones, y hablaran de ella y de su situación en susurros excitados, rápidos e ininteligibles. Se detuvo un momento y se apoyó en un escaparate cerrado con las manos sobre los ojos, pero al borrar el mundo de su vista el estruendo de las voces no hizo más que intensificarse. Inhaló profundamente y siguió andando.

Mientras dormitaba en el tren había soñado con Arlequín cubierto con una media

máscara. Luego se despertó y sacó su cuaderno y su pluma estilográfica. *Arlequín el jefe, su máscara y su bastón. Maistre acerca del verdugo: «¿Quién es este inexplicable ser...?». Arráncale la máscara de la cara y encontrarás... otra máscara. Padre padre padre.*

Los fantasmas que la seguían se quedaron atrás.

Y ya estaba delante del hotel, que al pie de las escalinatas tenía una mata de laurel en una maceta. La puerta de cristal se abrió automáticamente delante de ella, y se preguntó si, de haberse puesto a correr a toda velocidad en lugar de acercarse al paso medurado que exigían, habrían conseguido abrirse a tiempo o habría sido demasiado rápida para el mecanismo. Se vio a sí misma despatarrada sobre el peldaño de mármol, entre grandes lanzas de cristales rotos, la sangre saliendo a chorro de su garganta y muñecas. Se le ocurrió que los hospitales y los hoteles se parecían mucho. Un joven que estaba en la recepción, vestido con un elegante traje negro, le sonrió de manera aséptica. Ella pasó de largo, con la mirada fija al frente y la espalda arqueada, intentando dar la impresión de que tenía todo el derecho a estar allí. Nunca había entendido del todo cómo funcionaban los hoteles, ni cuáles eran las reglas de la vida en un hotel. Por ejemplo, ¿cómo se distinguía a los huéspedes que pagaban de los que entraban y salían durante el día, visitantes ocasionales, gente que entraba a comer, que tenía una cita en el bar, cosas así? ¿Sabía ese joven de la recepción que ella no se alojaba allí? No le había pedido ninguna llave, pero igualmente podría tener una, podría habérsela dado uno de los colegas del recepcionista, uno del turno anterior, y ella habérsela llevado al salir. Y luego estaba la bolsa, claro, aunque no era muy grande, y podía tratarse de una bolsa de la compra. Pero ¿por qué había salido con una bolsa de la compra al amanecer, cuando las tiendas estaban cerradas, y cómo era posible que ahora llegara con la bolsa llena?

Todo el vestíbulo eran relucientes superficies de mármol, con una iluminación invisible y el techo bajo. En medio había una especie de estanque en el que el agua manaba entre helechos transmitiendo una sensación de sosiego. Se quitó el impermeable y se sentó en una punta del incómodo sofá de cuero al que, comprendió, se le pegaría la parte posterior de las piernas incluso a través del vestido. La rodeó un silencio inmenso, indiferente. Se preguntó si los helechos del estanque serían auténticos o de plástico; tenían toda la pinta de ser de verdad. Intentaba no pensar en las voces; a menudo, el simple hecho de pensar en ellas ya las hacía hablar. El joven de la recepción se le acercó y le preguntó, en inglés, con fría cortesía, si deseaba algo, ¿un poco de café, un té? Ella negó con la cabeza; no sabía cuál sería el procedimiento para pagar; se imaginaba que le daba dinero y se encontraba con una mirada ofendida. Era apuesto, como un actor de cine, de piel oscura y tersa, desenvuelto. El recepcionista volvió a sonreír, ahora con una sombra de ironía, se dijo ella. Cuando se estaba dando media vuelta, vio la bolsa de ella y levantó una ceja, de una manera que delató que acababa de darse cuenta de que no era un huésped. Con envidia, ella se preguntó cómo lo había adivinado. Quizás todo el que se registraba era fotografiado

en secreto, y guardaban las imágenes en un archivo debajo de la recepción, y él lo había consultado y no la había visto. Lo más probable es que lo hubiera sabido por su aspecto, por el modo en que estaba sentada, tan erguida, las rodillas juntas y las manos unidas en el regazo; por eso, y porque no había cogido el ascensor para ir a su habitación, la habitación que no tenía. Ella miró su reloj y suspiró. Una voz solitaria, con regodeo, comenzó a susurrar en su cabeza.

Aquí estoy, otra vez dormido, soñando. En el sueño voy en un avión, o más bien encima, pues la cabina está abierta al cielo, tiene el suelo metálico y sobre él un dosel metálico redondeado sustentado sobre finas riostras de acero. Hay otros pasajeros a bordo, pero no puedo verlos, pues los reposacabezas de los asientos son demasiado altos. El aire me da en la cara, maravillosamente fresco y suave. Mucho más abajo, a través de las grietas de las nubes, se ven campos y ríos, pequeñas protuberancias verdes que deben de ser árboles, y casas, y autopistas, todo un mundo de juguete que por todos lados se extiende hasta el horizonte curvado. Mientras vuelo, ligero como una pluma y libre, soy yo mismo y también alguien más, y me parece estupendo, y resulta natural. Se me acerca una azafata y se inclina hacia mí, me dice algo, pero cuando levanto la vista hacia ella veo que tiene la cara barbada y afligida, la cara de un hombre, amable pero no afeminada, los ojos levemente cerrados como en la muerte, los párpados estirados como papel o seda sobre las saltonas esferas. Me entrega algo, una hoja de papel doblada, quizás una carta, que intento no aceptar, pero ella insiste, todavía con esa delicada y amable expresión de sufrimiento. *Signore*, dice, en voz baja, apremiante, señalando su cara barbada, *signore, signore*. La empujo para apartarla, el papel cruje en mi mano e intento levantarme del asiento, pero no puedo, mi pierna no me lo permite. Sé que el avión está a punto de estrellarse, siento cómo va cayendo en picado mientras avanza, siento el suelo de metal temblando por la tensión. El mundo ascendía veloz para recibirme, los objetos se hacían más grandes en expansiones bruscas, repentinas, como una serie de ampliaciones fotográficas colocadas rápidamente una sobre otra. Por fin conseguí ponerme en pie, mi pierna quedó cercenada sin dolor en la cadera, liberándome, y mientras recorría el pasillo a saltitos vi que no estaba viajando en un avión, sino en la parte de atrás, abierta, de una camioneta que avanzaba a toda velocidad y sin conductor, dando bandazos y sacudidas, hacia el humo y el estruendo del tráfico de mediodía. Hubo un chillido, alguien gritó algo y me desperté, con un sudor frío y agarrado a los bordes de la cama, los dientes apretados y las piernas enredadas entre las sábanas.

Me levanté un tanto vacilante, me acerqué a la ventana y la cerré a fin de bloquear el ruido de la calle. No eran las siete y el día ya estaba en su ruidoso apogeo; recordé con añoranza las soñolientas mañanas de Arcadia. En la mesita de noche que había detrás de mí comenzó a sonar el teléfono. Crecí sin teléfonos, y nunca he conseguido acostumbrarme a ese aparato, a su presencia, la misma en todas las casas y

habitaciones de hotel, dispuesto a irrumpir en cualquier momento, sin avisar, grosero y exigente como un niño caprichoso. Me senté en un lado de la cama y cogí el auricular con cautela, con cautela me lo llevé al oído, y por un segundo me vi como si fuera mi padre, con todo su recelo ante la maquinaria del mundo. Mi padre. Qué raro. No había pensado en él desde..., ¿cuándo? Una voz me hablaba al oído, desde recepción, informándome de que «una persona» me esperaba abajo. Asentí, como si tuviera delante al recepcionista. Luego colgué, exhalando. Ahí estaba.

Desayuné en mi habitación, sin prisas, y luego me pasé un largo rato en la bañera llena de agua hirviendo. Ahora que ella había llegado, ahora que era el instante de la confrontación, me había sumido en un estado de letargia e indolente contemplación. Aquella momentánea visión de mi padre había removido todo tipo de recuerdos del remoto pasado, de mi infancia, de mi familia, de la casa de los Vander, con sus muchos primos, tíos y tías. Era como si me ahogara, pero sin perder la calma, y mi vida pasara ante mí no tanto en un destello sino escenificándose momentos escogidos en una onírica cámara lenta. Por fin me levanté, me cubrí rápidamente con una toalla y me puse mi traje de lino, ahora arrugado sin remedio, y mi corbata achaparrada. Sonreí a mi imagen en el espejo, una sonrisa triste: el ahogado se viste para su propio funeral. En el pasillo había un silencio mortal. El ascensor llegó con su ruido de metal aplastado, y me metí en la caja y bajé, con una mano en el bolsillo frotando una moneda —¡el óbolo para el barquero!— entre el índice y el pulgar.

Qué raro que Arcadia sea el lugar en el que acabé, tan lejos de todo lo que había conocido. Estaba en la dirección totalmente equivocada; en justicia, debería haber acabado en el otro extremo, como tantos otros, en el centro de la calamidad, las torres derribadas, las tormentas de fuego, los niños chillando en el lago en llamas. Cuando llegué a Arcadia y volví la vista atrás, sin embargo, me di cuenta de que todo lo que había hecho me había estado empujando inexorablemente hacia allí, como si los ensayos publicados, las conferencias pronunciadas, los honores conseguidos, hubieran sido tantos otros céfiros que me empujaran de manera irresistible hacia el oeste, de Europa a Manhattan, a Pensilvania, a las planicies de Indiana, a la desolada Nebraska —¡hay tanta áspera poesía en esos nombres!—, y luego un último salto, muy alto, sobre las montañas, para aterrizar en esa estrecha franja de costa soleada donde me posé con un golpe seco, polvoriento, silencioso, como un astronauta que pisa un planeta desconocido. *Desconocido*, esa es la palabra exacta. El lugar siempre me resultó ajeno, o al menos yo le resultaba ajeno a él. El hecho es que nunca acabé de estar del todo allí. No participaba en la vida de la localidad. No me compré un coche. Nunca pasé por ese delicado y larguirucho puente rojo, tan renombrado. Mientras caminaba bajo el sempiterno sol de Arcadia, que siempre parecía apuntarme, como la luz de un ojo impersonal pero siempre vigilante, cerraba la mente al presente y me encontraba de pronto en la ciudad donde nací, y recorría de nuevo las calles angostas y secretas que recorrí de niño, y veía de nuevo las agujas de los campanarios y los tejados apiñados y los campos helados que había más allá, donde

unas diminutas y dispersas figuras trabajaban o jugaban, igual que en una de esas trilladas escenas cotidianas holandesas donde se mezclaba el trabajo y la celebración. ¡Oh, qué no habría dado en esos inmutables días de Arcadia por atisbar, ni que fuera por un instante, la luz lluviosa de abril en una carretera de Flandes! Y, no obstante, debería haberme sentido cómodo en Arcadia. Allí todo el mundo, en algún momento de su vida, si no en otra existencia, había sido otra persona, exactamente igual que yo. En todos los años que llevaba viviendo allí no conocí a una sola persona nativa del lugar. «¿De dónde eres?», se preguntaban unos a otros los habitantes de Arcadia, y se quedaban sonrientes, las cejas levantadas y los labios abiertos, a la expectativa, esperando una historia, real o ficticia. Se confiaban los detalles más íntimos de sí mismos y de su pasado, y se encogían de hombros con ese estilo tan peculiar, como si eso ya no les afectara. El futuro era su leyenda. Yo, por supuesto, les fascinaba. Contrariamente a los camaradas que había dejado en Nueva York, yo no les interesaba como modelo político, pero de todos modos acudían a mí en tropel, llenos de curiosidad y asombro, como si visitaran un antiguo y sagrado enclave de rituales, batallas y sacrificios sanguinarios inmemoriales. Caminaban a mi alrededor, me examinaban desde todos los ángulos, y se decían que ojalá se hubieran traído las cámaras y las guías. Yo les alentaba, a los más simpáticos o al menos a los más útiles, les daba la bienvenida, los recibía, hasta que consideré que mi autenticidad había sido suficientemente probada, y entonces cerré a cal y canto la verja, dejé que el rastrillo cayera con violencia, y ahí se quedara, y los remaches no tardaron en oxidarse.

Magda se sentía incluso más desplazada que yo en la exuberante y frondosa Arcadia. Casi le gustaba Nueva York, sus populosas calles, el ajetreo y las multitudes y el incesante estruendo de la concurrencia humana. Cuanto más al oeste íbamos, más se le escurría la vida. En aquellos vastos espacios por los que viajábamos, el aire la secaba, la socavaba. En Arcadia los jóvenes la asustaban, desde el chaval que iba en bici y arrojaba el periódico enrollado contra nuestra puerta a primera hora de la mañana con sañuda energía, hasta los matones menores de edad que hacían carreras en moto por las umbrosas avenidas, apestando el aire con sus tubos de escape. Comenzó a esconderse del mundo, casi ni se atrevía a salir de casa y nunca sin que yo la acompañara. No recuerdo el instante exacto en que comprendí que su mente se estaba deteriorando. Quizás el defecto había estado ahí desde el principio, una zona esponjosa en su cerebro con la que había nacido, y que se había extendido sin cesar hasta convertir todo su cráneo en papilla. ¿Por qué cogió afición a las chucherías? Me encontraba palitos de chupa-chups pegados a las paredes, migas de pastel entre las mantas de la cama, envoltorios de caramelos flotando en la taza del váter. A menudo entraba en la casa y la descubría de pie en el vestíbulo, mirándome con una expresión desquiciada, sin reconocermme. La oía hablar sola, en el cuarto de baño, en las escaleras, un susurro apagado, apremiante. Y una mañana entró en la cocina dejando en el suelo un rastro de pequeños zurullos aplanados como platos, y supe que había llegado la hora de que se fuera.

En el vestíbulo del hotel, un grupo de ancianos turistas, que acababan de bajar de un autocar, se estaba registrando entre mucha queja y discusión; al igual que yo, habían sufrido demoras y pérdidas de equipaje. Me detuve al salir del ascensor, apoyado en el bastón, y miré en derredor. ¿Dónde estaba ella, esa *persona*? Dos orondos hombres de negocios estaban sentados en unas butacas bajas, cara a cara, separados por una mesa aún más baja, concentrados y vigilantes, como si se prepararan para echar un pulso. Una chica pelirroja se escondía en el rincón de un sofá, con una bolsa a los pies, esperando a alguien, procurando pasar desapercibida. Se cruzó un adefesio pintarrajeado, perdido en los pliegues de un abrigo de piel, con un doguillo en los brazos. Fui hacia la recepción, pero debido a la avalancha de recién llegados era imposible acercarse. Se me ocurrió la idea de salir sin más por la puerta y largarme, y me vi marcharme con toda claridad, solo que en mi imaginación mi pierna mala andaba perfectamente, e iba con un paso juvenil, veloz y despreocupado. Aun antes de que hablara la percibí a mi espalda. Era la chica, claro, la pelirroja; debería haberlo adivinado. Alta; pálida; pecas en la nariz; unos ojos de color —¿cuál? — gris verdoso, sí, y moteados de ámbar. Observé su actitud de chica alta, una pierna hacia atrás, la rodilla de delante doblada, intentando quitarse algún centímetro. Sujetaba la bolsa con aire protector contra el pecho, las dos manos en la correa, como para protegerse de un temido y fundamentalmente esperado ataque.

—Soy Catherine Cleave —dijo—. Me llaman Cass.

Nos sentamos en el vestíbulo, el uno de cara al otro, en los dos extremos del sofá de cuero, la chica muy erguida con los puños sobre las rodillas, el impermeable a su lado y la bolsa en el suelo; tenía ese aire un tanto aturdido e incrédulo de un refugiado que no hace ni una hora que ha cruzado la frontera bajo un fuego cruzado. Yo estaba irritable. El agua que caía sobre el estanque del vestíbulo distraía mi atención: ¿a qué imbécil se le habría ocurrido poner helechos y una fuente ahí? Me gustan las cosas que están donde les corresponde. Estudié a la chica, o a la joven, pues imaginé que más tarde me vería obligado a recordarla. Su aspecto era a la vez sorprendente y soso. Observé los finos huesos de su cara en forma de cuña, el rosa delicado y levemente inflamado de la comisura de los ojos, el vello rubio de sus brazos y sus largas y huesudas pantorrillas desnudas. Con detalles inconexos y apresurados me hablaba de un proyecto de investigación en el que había participado durante años, al parecer, y que tenía que ver con los hijos de Rousseau, si no recuerdo mal; apenas la escuché. No hacía más que pensar en lo decepcionado que estaba. Había esperado algo que me impresionara más. Aquella chica podría haber sido una alumna mía, uno de esos casos perdidos, en los viejos tiempos, cuando aún tenía que dar clases. Así que esperaba hacerse un nombre poniéndome en evidencia, ¿era eso? Bueno, a lo mejor lo conseguía, pero le supondría un coste, y menudo coste, tanto para ella como para mí, ya me encargaría de ello. Mientras ella hablaba, sus ojos, grandes y brillantes de un

modo antinatural, no dejaban de pasearse por mi persona con una intensidad parpadeante y fascinada, por lo que tuve la impresión de que juntaban mis piezas a gran velocidad, como si fuera una especie de rompecabezas viviente. Emitía una tenue y rápida vibración, como si dentro tuviera algo que girara sin cesar a una terrible velocidad, sin sonido. Interrumpí la atropellada historia de los mocosos abandonados de Jean-Jacques para preguntarle si le gustaría desayunar, y ella me miró con una especie de pánico y con vehemencia negó con la cabeza. Tuve la impresión de haberme encontrado cara a cara, en un sendero forestal, con una singular y excitable criatura de los bosques que se había detenido un momento con temblorosa curiosidad y que dentro de un instante desaparecería con un ruido de hojas. Conocía a las chicas como ella. Siempre se sentaban en la grada más alta de la sala de conferencias, fijaban sus ojos en mí con avidez, nunca hablaban si no se les preguntaba. Miré la profunda cavidad en sombras que se le formaba sobre la clavícula y me sorprendió sentir mi vieja libido frotar con nostalgia sus callosas garras. Me temo que siempre me gustaron las dementes.

Cuando le pregunté de dónde era y me lo dijo, le repliqué que era un lugar fabuloso, cuna de muchos estupendos y famosos poetas. ¿Cómo era posible que, incluso por teléfono, se me hubiera pasado por alto ese acento irlandés, esa manera de pronunciar las erres? Le pregunté en qué hotel se alojaba, y me di cuenta, por su vacilación y su ceño fruncido, de que no tenía dónde quedarse. Bien. A lo mejor había alguna habitación libre en el hotel, dije afablemente, levantando las cejas. Indecisa, paseó la mirada por el suelo de mármol, las arañas de luces, parpadeó. Pero sí, dije, debía quedarse allí, estaba seguro de que habría sitio, iría y lo arreglaría enseguida. Mientras me levantaba vi, con disimulada satisfacción, que tenía que reprimirse para no tenderme la mano y ayudarme. En recepción aguardó callada detrás de mí; su silencio aún vibraba. Sí, anuncié volviéndome hacia ella con despreocupada amabilidad, había una suite disponible, ¿le gustaría? Me miró sin decir nada. Sonreí.

—¿Algo más modesto, entonces?

La frente se le sonrojó. El esbelto joven que había tras la recepción no se inmutaba. Le coloqué delante una hoja de registro y le ofrecí un bolígrafo, que ella rechazó, antes de sacar su propia pluma estilográfica del bolsillo de la blusa. Se inclinó para escribir, frunciendo el ceño, con premura, como una colegiala. Intenté leer la dirección que estaba anotando, pero no pude. Su letra me sorprendió por lo violenta y descontrolada; las letras puntiagudas, en líneas inclinadas, parecían impresas con un tipo de letra hecho pedazos. Hábilmente cogí la llave que el recepcionista le ofrecía, y también cogí su equipaje antes de que ella pudiera ponerle la mano encima. Volvió a sonrojarse. Bebí sus sonrojos como sorbos del más refinado ypreciado cordial. ¡Ya lo creo que me iba a divertir con eso! Se encaminó hacia el ascensor y yo la seguí. Anchos hombros, largas caderas, y muy alta, demasiado. Subimos uno al lado del otro, mirando hacia arriba. Olía fuerte a sudor, y también a

algo suave y levemente medicinal; intuí un pasado de instituciones: facultades y más facultades; ¿quizás también sanatorios? A lo mejor estaba mal de los pulmones. No tenía muy claro si la gente todavía seguía sufriendo de los pulmones. ¿Con qué amplitud se extienden nuestras cavilaciones en estas ocasiones extraordinarias, fantásticas?

La habitación que había conseguido para ella era pequeña y daba a una azotea y a una hilera de curiosas chimeneas metálicas ennegrecidas, como las de un transatlántico. Coloqué su bolsa en el suelo. Se quedó de espaldas a la ventana, en una posición defensiva, replegada, los hombros caídos hacia delante rodeando un pecho ahora cóncavo, y apretaba las palmas ante el estómago. Le dije que debía de estar cansada después del viaje, y me dijo que sí, que le había costado mucho dormir en el tren. Hubo otro silencio. No mencionó la carta que me había escrito ni su contenido. Le dije que debía descansar, y que luego saldríamos a almorzar.

—¿Almorzar? —dijo, como si fuera una palabra extranjera, la boca floja y un tanto torcida, como si se dispusiese a formar unas palabras que no pronunciaría.

Ensanché las fosas nasales y cogí una bocanada del aire sin vida de la habitación, con la intención de volver a saborear el olor a civeta de su sudor. La vieja libido se agitó de nuevo. Ella, y la habitación, y la bolsa sobre la cama, y esas chimeneas de barco de ahí fuera, todo parecía formar parte de pronto de una absurda y emocionante aventura en la que de buenas a primeras me encontraba embarcado, y de pronto unos mil años abandonaron mi cuerpo, con la misma ligereza que cuando cae la caspa.

—Almorzar —dije—, ¡sí! —sin admitir ninguna objeción, y asentí, y me di media vuelta, y cogí el bastón por abajo y lo enganché a la manecilla de la puerta y abrí, un gesto juguetón, y de haber llevado sombrero habría saludado con él. Pronto seré libre, me dije, sin saber lo que eso significaba y sin que me importara.

Me detuve al otro lado de la puerta; me temblaban las manos.

La llevé al Esmeralda con la intención de impresionarla, pero ella no prestó la menor atención a los tristes esplendores rococós del lugar, las paredes rojas de felpa y el centelleante cristal, las servilletas de espléndido damasco, la pesada y antigua cubertería. Casi no comió, tan solo clavó el tenedor en la comida que tenía en el plato sin mirarla, empujándola aquí y allá. Se había puesto un vestido de un color apagado, sin mangas, que, de manera desconcertante, le otorgaba el severo aspecto de una joven recién enviudada. Se sentó ante mí con la espalda recta, el cuello largo y fino extendido como el de un pájaro, a lo cisne, y aunque nuestras miradas estaban a la misma altura, tuve la curiosa sensación de que ella estaba colocada un poco por encima de mí, que bajaba la vista para mirarme. Se había hecho algo en el pelo; se lo había recogido hacia atrás, o quizás simplemente se lo había cepillado de otra forma, resaltando sus amplias mejillas aplastadas y los rebordes demasiado grandes de las orejas; el efecto, no sé muy bien cómo, era el de un estado de desesperación no del todo concentrado. Yo no tenía apetito, pero sí, como siempre, una gran sed. Primero me bebí una botella de vino tinto, espeso como la sangre, y luego repetidos vasos de

grappa, cada uno de ellos acompañado de un sorbito de un café alquitranoso que me hacía temblar y chisporrotear las terminaciones nerviosas. Ella bebió un vaso de agua. El humo de los muchos cigarrillos que fumé formaba un capullo a nuestro alrededor y la hacía toser. Estábamos sentados junto a una ventana que daba a una calle estrecha y desierta, y delante teníamos una iglesia que se caía a pedazos. Muchas veces, durante mi larga e infame carrera, he estado sentado delante de una chica en un restaurante, provisto de mi cigarrillo, de mi siniestra sonrisa, un brazo echado con desgana sobre el respaldo de la silla, exhibiéndome ante la mirada sobrecogida y admirativa como una copa de la más exquisita, singular y vieja cosecha. Y ahí estaba ahora, haciendo lo mismo, incluso en mi senectud. Le estaba hablando del primer invierno que pasé en Nueva York, recluido en ese sótano de la calle Perry, donde en verano había temido morirme de sofocación y donde luego, al llegar el frío, pensé que jamás volvería a entrar en calor. Magda me enseñó a enrollar periódicos para que sirvieran de combustible para la estufa. Yo trabajaba todo el día y la mitad de la noche, sin pausa, aturdido de excitación y fatiga.

—Sabía cómo se titularía aquello antes de haber escrito una palabra —dije—: *El alias como hecho saliente: el caso nominativo en la búsqueda de la identidad*. Podía ver la sobrecubierta, con el título en grandes letras en negrita sobre mi nombre, en un cuerpo más modesto de veinticuatro.

Solté una risita, eché un trago de grappa, y sentí, con masoquista satisfacción, cómo el líquido sulfuroso y aceitoso levantaba otra capa de la membrana de mi lengua; sorprende cómo esos ínfimos dolores, sufridos de buena gana, pueden llevar una ficción de alivio al autodesprecio que uno siente... Ah, pero qué frío hacía en esa habitación. Me sentaba envuelto en una manta, solo con la cara y la mano de escribir descubiertas, el cerebro zumbándome a causa de los barbitúricos que tomaba en la época. El viento procedente del río aullaba contra el marco de la ventana, y diminutas bolas de hollín rodaban por la página donde escribía. Había intentado trabajar en la biblioteca pública, porque allí se estaba más caliente, pero me había tenido que marchar a causa de la presencia de tantos mendigos que se parecían muchísimo a mí, demacrados y suspirando, hurgándose la nariz y comiendo a hurtadillas un sándwich, que sacaban de una bolsa de papel marrón. Más tarde la cosa fue publicada, y enseguida, como en un cuento de hadas, como Cenicienta en su carruaje hecho con una calabaza, triunfé.

—Esas cosas eran posibles —dije—, en aquella época. Lo conseguías con un libro. Como es natural, todo el mundo lo leyó —hice un gesto indolente con la mano—, y cada uno pensó que me dirigía directamente a él. O a ella.

La miré a los ojos y sonreí con desdén. ¿Sabéis de esas sonrisas que hacen que la carne de tu cara parezca agrietarse con el esfuerzo, como si fuera celofán? Ella me miraba, inmóvil, el cuchillo y el tenedor suspendidos en el aire; el que se quedara repentinamente tan inmóvil provocó una pequeña conmoción en el aire que nos separaba, como cuando la nevera, que ha estado vibrando sin que nadie le preste

atención, se queda de pronto en silencio con una sacudida.

—Los convenció —dijo ella.

Me encogí de hombros.

—Era la época —dije—. La identidad era la obsesión general; la identidad, la autenticidad, todo eso; el problema existencial, ja, ja.

Sí, sí, los convencí. A casi todos. Deshonestidad: ¿cuál de ellos fue el que dijo que la característica más sobresaliente de cada línea que yo escribía era la deshonestidad moral?

—Después de eso todo cambió —dije.

Sí, todo. Magda y yo dejamos el gélido sótano y nos trasladamos a un apartamento situado en un edificio grande y viejo en la Setenta y pico Oeste, un lugar destartado donde vivía gente misteriosa e inteligente, tipos que se dedicaban al teatro, y muchachas con aspecto estudiadamente triste que escribían poesía, y un famoso trompetista negro. El éxito fue grande, clamoroso y absurdo. ¡Cuánta euforia! Y las fiestas, aquella interminable serie de fiestas, donde me codeaba con leyendas vivas, los Edmunds, los Lionels y las Marys, quienes a cambio me acariciaban un poco el lomo. En su brillante compañía, nunca sobria del todo, aprendí un nuevo lenguaje: el del matiz y el asentimiento, la sonrisa ambigua, el guiño del que está en el ajo. A los camaradas, por supuesto, que ahora me parecían tan poco refinados, tan *gauches —bon mot!*—, no tardé en abandonarlos. Me los imaginaba, esos jóvenes militantes con tejanos y el pelo cortado a cepillo, y su séquito, sus solemnes sirvientas con falda de cuadros y calcetines blancos hasta los tobillos, formando un corrillo en la acera vacía, mohínos y lamentando la pérdida, parpadeando en el polvo levantado por mis pies al alejarse.

Cass Cleave dejó el cuchillo sobre la mesa y me miró. Otra vez me encogí de hombros, poniendo mi más inocente y seductora sonrisa.

—Querida —dije—, he vuelto mi abrigo tantas veces del revés que se ha deshilachado.

Solo entonces me di cuenta de lo enfadado que estaba, de lo enfadado que había estado todo el rato, desde que abrí la carta, y antes, mucho antes, mientras la esperaba, pues siempre había sabido que, tarde o temprano, alguien mandaría una carta. Cass Cleave había vuelto la cara a un lado y miraba la calle.

¿Cuánto sabía? La estudié con lupa. Sí, reconocía esa clase de chica: impulsiva, inteligente, astuta, desamparada, víctima de deseos secretos, de aflicciones sin nombre, que busca la salvación en los sitios equivocados. Tenía las uñas en carne viva de mordérselas. Cerré los ojos un momento. ¿Era posible que la intrincada proeza que era mi vida, ese triunfo que tanto riesgo, atrevimiento y mendacidad me había costado, acabara en nada porque una chica medio demente deseaba que le prestaran un poco de atención? El sol de la tarde lanzaba en ángulo sus rayos, que sorteaban los altos tejados y daban en la calle, y había algo del exterior que no dejaba de centellear hacia mis ojos a través de la ventana, el reflejo de un cristal o un metal.

Ya casi estaba borracho. Sin pensar en lo que hacía, extendí los brazos y tomé una de las manos de Cass Cleave entre las mías, y esboqué de nuevo una irresistible sonrisa, enseñando los dientes. Qué espectáculo debíamos de ofrecer a los demás comensales del lugar, el repugnante y viejo libertino manoseando a esa pálida muchacha y sonriendo como un caballo.

—Ven conmigo —dije galante y jocos—, quiero enseñarte el lugar donde vivía un viejo amigo mío.

Ella miraba su mano entre las mías, la cabeza inclinada a un lado, con una expresión de perplejidad, como si nadie le hubiera cogido la mano nunca. Le rocé la palma con las puntas de mis dedos; la tenía caliente e inesperadamente dura. Cuando bajó la mirada, los párpados, de un tono malva, levemente lustrosos, estaban tan redondeados y tensos que parecían casi transparentes.

Miré a mi alrededor y vino el camarero, un dinámico cadáver casi tan viejo como yo, trajo la cuenta, y su húmedo ojo de pez casi no se atrevía a mirar la mano de la chica y las mías, posadas en un mantel manchado de vino, entre tazas de café vacías, grasientas copas y el cenicero repleto. Cass Cleave volvió a apartar la mirada y la dirigió a la nada, ahora sin expresión. ¿Qué estaba pensando, qué podía estar pensando? Su mano dura, caliente como un pájaro, latía suavemente en la mía, como si tuviera un diminuto corazón propio. Su peso me recordó, de manera repentina y terrible, que gran parte de mi vida ya había transcurrido. Me quedaba poco, y a mi mundo también. Una oleada de amargura y cólera me invadió, me dejó sin aliento. Cuántas cosas había ahora que me dejaban indiferente y que en mi juventud me habrían afectado como..., ¿como qué? No lo sé, había perdido el hilo de mi pensamiento. Solté la mano de la chica y me puse en pie rápidamente, volcando la silla, y esta vez ella extendió los brazos para ayudarme, y fue una suerte que lo hiciera, pues de otro modo estoy seguro de que me habría caído. Me apoyé en su brazo, maldiciendo, y me golpeé furiosamente la pierna mala con el puño. El anciano camarero acudió arrastrando los pies para ayudarme, chasqueando la lengua, como si se dirigiera a un niño travieso. Le aparté de un empujón y fui tambaleándome a la puerta. Fuera, bajo el sol, anduve unos pasos y tuve que detenerme y apoyar la espalda en la pared. Levanté los ojos al cielo; parecía palpar, lentamente, inmenso. Me sentí mareado, y tuve esa sensación de desplazamiento, de movimiento y separación, que había experimentado el día anterior ante el espejo del cuarto de baño del hotel, solo que ahora con más intensidad. Me pregunté, sin alarma, si estaba sufriendo un ataque al corazón, o una apoplejía. Cass Cleave intentaba cogerme otra vez el brazo.

—¡No es nada! —grité.

Expulsé gases por el trasero sin reprimirme, sin importarme que me oyera o me oliera. Me puse a reír, a reír y a toser, en una euforia de ebriedad y mareo y rabia. Dentro de mí duerme otro yo que en momentos como ese se despierta asombrado de que todo eso esté ocurriendo, toda esa vida, con su inverosimilitud. La chica se quedó

ante mí, ceñuda ante mi dejadez. La insulté. Otro destello de luz me dio en los ojos..., ¿venía del interior de esa iglesia? *Ave, Deus caecans!*<sup>[3]</sup> Manoseé torpemente el bastón y lo dejé caer; hizo un ruido como de huesos. Ella se agachó para cogerlo, y le habría dado una patada de no haber tenido miedo de perder el equilibrio y caer de cabeza al suelo. El corazón se me encogió en un puño. Le quité el bastón de un manotazo, me di media vuelta y eché a andar por la acera impulsándome con el bastón, maldiciendo.

Furia, furia y miedo, esos son los combustibles que me impulsan, mezclados en igual medida: furia por ser lo que no soy, miedo de que averigüen lo que soy. Si algún día una u otra de estas fuerzas se agotara, el violento equilibrio que me sostiene fallaría y yo me derrumbaría, o saldría volando sin remedio entre pedos y silbidos, como un globo que se nos escapa. Ya cuando era joven..., pero no, no, no quiero empezar a recordar eso otra vez, estoy harto de todo. He acabado con el pasado; hay cierto punto, cuando vuelvo la vista atrás, en el que se dibuja a las claras una línea ante mis ojos, como si hubiera ocurrido un desprendimiento. La chica me seguía a una distancia prudente, constante. Cada vez que yo me detenía, ella también se detenía y volvía la cabeza y se ponía a mirar algo intensamente. El vestido oscuro y las sandalias de tiras que llevaba le daban un aspecto ático: Electra perdida en la ciudad de las tumbas. Me impulsé hacia delante, y al poco llegamos a la placita donde está el palacio Carignano. La tarde despertaba de la letargia del almuerzo. Unos coches pequeños entraban y salían de las concurridas calles. Ahí, en el muro, estaba la placa de bronce que había estado buscando. Tres peldaños ascendían hasta una puerta alta y estrecha. Cuando pulsé el timbre, una voz me chilló desde la boca con rejas de una caja de metal que había en el muro, y la puerta se abrió con un chasquido. Entré. Paredes grises, y el olor caliente y mohoso de los interiores sin ventilación. Cass Cleave aún cruzaba la calle; se me ocurrió soltarle la puerta en la cara, igual que lo había intentado con Pelo de Zanahoria en el café, pero me ablandé y le aguanté la puerta, a regañadientes. No obstante, mientras subíamos las escaleras, imaginé que me detenía, me daba la vuelta, la tomaba en un abrazo irresistible, le desgarraba las ropas y todo mi cuerpo se apretaba contra ella. Ni su desnudez sería suficiente, tendría que abrirle la carne como si fuera una chaqueta, bajarle la cremallera desde el empeine hasta el esternón y meterme dentro de ella, sentir cómo su corazón sobresaltado se ahogaba y se detenía, cómo se le estremecían los pulmones, agarrar sus huesos empapados de sangre con mis manos. En lo alto del tercer tramo de escalera, la férula de mi bastón se incrustó en una grieta del gastado suelo de mármol, y mientras lo movía adelante y atrás en un esfuerzo por liberarlo, tuve la visión de que todo el edificio se movía, se balanceaba, se liberaba de sus cimientos y se derrumbaba hacia delante en una avalancha de piedras, hasta inundar la atónita y aterrorizada plaza.

Había una puerta de cristal esmerilado. La golpeé repetidamente con la empuñadura del bastón. No hubo respuesta. Me aclaré la garganta, Cass Cleave se

aclaró la suya. Señalé el nombre que había pintado en el cristal con letras de oro.

—Fino —dije asintiendo—. ¿Lo ves? Esa es la familia que le alquiló una habitación.

Esperamos. Di más golpes en la puerta, y esta se abrió por fin y apareció una joven diminuta que llevaba un vestido tan soso como el de Cass Cleave y unas gafas anticuadas con una pesada montura negra. Avanzó en oblicuo y rápidamente entrecerró la puerta tras ella, a fin de que no pudiésemos ver nada del interior, aunque nos llegó un leve olor a algo que se estaba cocinando. Nos saludó con timidez y se quedó mirando de soslayo nuestros pies, indiferente e inmóvil. Mantenía las manos juntas ante ella, frotándolas en un movimiento lento, acariciado, de lavado. Le pregunté si nos permitiría entrar para ver la habitación donde había vivido el filósofo. Frunció el ceño, y sus manos dejaron de moverse.

—Nietzsche —dije en voz alta—. ¡Friedrich Nietzsche!

El nombre sonó absurdo, como un estornudo; fue engullido por el hueco de la escalera, y volvió con un eco que pareció una risita. La joven reflexionó, aún con los ojos en el suelo. Tenía una pequeña peca peluda junto a la fosa nasal izquierda que no dejaba de atraer mi mirada. Negó con la cabeza lentamente. Nadie con ese nombre vivía aquí, dijo. Tenía una manera de hablar extraña, apagada y sibilante; se demoraba un momento en alguna palabra y la hacía zumbar en lo profundo de la garganta, como el sonido que emite un gato cuando lo acarician.

—No hablo de *ahora* —dije, gritando de verdad—. ¡Hace mucho tiempo! Vivió aquí. *Il grande filosofo!*

Señalé el nombre de la puerta otra vez, mencioné la placa que había en el exterior. Pero ella no dejaba de negar con la cabeza, remota, sin disculparse, inamovible. En una ocasión alzó los ojos hacia un lado, y con un parpadeo de interés se fijó en la garganta desnuda de Cass Cleave, y en los pliegues gemelos de carne pálida y con pecas allí donde el vestido sin mangas le pellizcaba las axilas. El descansillo era un lugar caluroso y estrecho, y estábamos muy juntos, los dos altos y la mujer menuda, inundados por el calor del otro y por el olor de la comida que preparaba la mujer, y que cada vez llegaba con más fuerza desde detrás de la puerta cerrada. Busqué algo más que decir, pero no se me ocurrió nada, y lo que hice fue dar media vuelta y bajar las escaleras en muda furia y frustración. En el primer descansillo me detuve, me volví y vi que Cass Cleave y la enana aún estaban de pie donde yo las había dejado, sin mirarse, las dos con la vista humillada, sin decir palabra, simplemente allí de pie, inmóviles como un par de maniqués.

Yo estaba en el vestíbulo, esperando dentro, cuando ella por fin bajó, un escalón tras otro, con meticulosa parsimonia, vigilando sus movimientos, como si ese descenso constituyera una diestra maniobra que solo recientemente hubiera aprendido a ejecutar. Sin venir a cuento, pensé en Magda. Muy despacio, la chica llegó hasta mí evitando mi mirada, o no, no evitándola, sino mirando a través de mí como si yo no estuviera. Y sin embargo, ella sabía lo que yo haría. Al parecer ya no estaba borracho;

todo lo contrario, me sentía violentamente sobrio. Permaneció en el círculo de mis brazos inmóvil y rígida; yo era como una cascada de agua que caía sobre ella sin mojarla. Su labio inferior sobresalía un poco, y parecía que siempre estuviera esperando recibir una gota de algún sacro destilado procedente del cielo, pero en aquel momento, cuando incliné la cabeza hacia delante, me costó encontrar su boca; cuando lo hice, tomé ese brote blando y protuberante de carne entre los dientes. Cuando la besé no cerró los ojos, ni yo tampoco, con lo que permanecimos los dos mirándonos, sorprendidos, casi aterrados. De nuevo me llegó el débil, insulso y medicinal olor de su piel. Me recordaba algo: ¿eran violetas? Sus omóplatos se flexionaron bajo mis manos como alas duras y rígidas, flexionadas, y estaban quietas. Con la misma claridad que si la proyectaran delante de mis ojos muy abiertos me vi en la casa de la calle Cedar, sentado delante de Magda a la mesa donde desayunábamos, dándole sus tabletas, cogiéndolas una por una de mi palma ahuecada y dejándolas caer en la boca que me ofrecía. Era medianoche, apenas se oían las campanadas del reloj de la casa de al lado; una polilla se lanzaba contra la ventana negra y reluciente. Solo nos rodeaba el silencio, ni un sonido que no fuera esa cosa alada y perpleja chocando absurdamente contra el cristal. Las manos de Magda estaban planas sobre la mesa, delante de ella; tenía las uñas rotas, con mugre debajo. Qué calmada estaba, qué dócil, mirándome sin parpadear, con vivo interés, a lo mejor, mientras llenaba un vaso de agua y se lo ponía entre las manos. Toma; bebe. Le había dicho que las tabletas eran un tipo especial de caramelo. Eran de color violeta. Liberé a Cass Cleave de mi abrazo. Pero no se movió, sino que se me quedó mirando, observándome con serenidad, a ver qué hacía ahora, con la mismísima mirada de Magda.

En el hotel, cuando entré en su habitación, ya estaba corriendo las cortinas para protegernos del sol de la tarde. Ahora, naturalmente, venía la vacilación del último momento, y yo no quería estar allí. Estaba cansado de mí mismo y de mis apetitos, de mi necesidad infantil de agarrar, estrujar y chupar, que con los años no hacía más que intensificarse.

—¿Te das cuenta —dije— de que tengo edad para ser tu bisabuelo?

Me reí. Ella no respondió, tan solo se desabotonó el cuello del vestido, en la nuca, y se lo sacó por la cabeza, convirtiéndose por un segundo en un escarabajo negro encapuchado provisto de unos brazos antena que se movían. El sonido de su ropa interior al caer susurró por todos mis nervios.

—¿Conoces esa Venus de Cranach que hay en el Beaux Arts de Bruselas? —dije jovialmente, apoyado sobre mi bastón, en ángulo—. ¿La que lleva aquel sombrero grande y oscuro y aquella gargantilla negra tan interesante?

Me sorprendió lo mucho que se parecía aquella mujer viva a la del cuadro, el mismo tipo sinuoso, con las mismas caderas gruesas y las extremidades ahusadas y esa palidez un tanto estreñida.

—Cupido —dije— apenas le llega a la rodilla, es un mocoso enfadado al que

arrastran las abejas, aunque debo decir que siempre me han parecido más bien moscardas. ¿Sabes de cuál te hablo?

Ella se inclinó para apartar la colcha de la cama, un pecho, una bombilla plateada, reluciendo bajo el arco de la axila.

—Cranach —dije—, el joven o el viejo, no me acuerdo, era amigo de Martín Lutero, ya ves qué casualidad. Uno se pregunta qué debía pensar el gran reformador de las lascivas señoras que tanto le gustaba pintar a su colega.

Ahora estaba sentada en la cama, con las piernas recogidas contra el pecho, y los pálidos brazos abrazando las pantorrillas. No me miraba, tenía la vista fija al frente, con un leve ceño, como si intentara recordar una palabra o imagen escurridiza. Apoyé el bastón contra el cabecero de la cama, me di la vuelta, me balanceé hacia el cuarto de baño sin ventana y cerré la puerta con llave.

La micción me parece uno de los fastidios menos importantes de la vejez; a veces, incluso, el paso copioso de agua puede ser casi una experiencia sensual. En aquella ocasión mi orina olía claramente a grappa. Abrí el grifo del agua fría, medio llené el lavamanos y sumergí las manos con energía. Me gustó el acerado frescor del agua, su sacudida, su balanceo. A continuación pasé unos minutos rebuscando entre sus cosas, sus bálsamos, pastas y polvos; le mezcla de su fragancia era leve y agradablemente repulsiva. Abrí un cartucho de lápiz de labios y me apliqué la protuberancia escarlata en la parte interior de la muñeca, dibujando una boca borrosa, abierta como en un repentino arrebató de deseo, y apreté mis labios contra ella, probando su dulzura ccrea y pegajosa. En la tierra de las mujeres, siempre soy un viajero que acaba de llegar. Me estudié en el espejo, las motas de escarlata que el carmín me había dejado en la boca, a continuación cogí un pañuelo de papel y me lo limpié, no sin dificultad. Pero todavía no salí. Incluso desde el interior de esa cámara sepulcral me llegaban los latidos del calor de la tarde que nos rodeaba. Ahora ella ya estaría bajo las sábanas, esperándome con sus ojos de lémur, esperando a que fuera a devorarla, yo, su amante. Me acordé del policía que estaba en la cocina la mañana posterior a la muerte de Magda. Era de baja estatura, joven, tan musculoso que casi no cabía en el uniforme; el pelo, rapado, tenía menos de un milímetro de longitud sobre su cabeza de bala; su cráneo era de un matiz de azul celeste y rosa. Su nombre, inverosímil, y sin embargo horriblemente apropiado, era agente Blanco. Me estrechó la mano con la cortés solemnidad de un oponente antes del inicio de un duelo, y se quedó de pie, respirando sonoramente por la nariz, la mandíbula cuadrada dando vueltas a un chicle. Nunca había tenido la oportunidad de estudiar a un policía tan de cerca, y en mi estado, entre resacoso y empapado por las lágrimas, me quedé fascinado por la cantidad y variedad de impedimenta que llevaba, la abultada pistola, metida en la funda como un puño de acero, la porra negra y larga, las esposas, el complicado teléfono en forma de ladrillo, también en una especie de funda, colgándole del cinturón. Lo más impresionante, sin embargo, era su quietud, la manera en que simplemente estaba ahí, en un silencio impenetrable, las manos en ángulo sobre la cadera y solo moviendo la mandíbula, sin

parar. No parecía que ninguno de los dos tuviera nada que decir. Cuando me ofrecí a prepararle una taza de café, parpadeó y me miró de soslayo, como si le hubiera hecho una propuesta de lo más indecorosa. Oíamos a los demás moviéndose por las escaleras con fuertes pasos. Me pareció especialmente embarazoso tener que quedarme allí escuchándolos; era igual que oír cómo alguien utiliza el lavabo, o escuchar a escondidas cómo una pareja hace el amor. El agente Blanco, intuyendo quizás también lo incómodo y violento de la situación, se aclaró la garganta y se pasó el chicle al otro lado de la boca.

—Mi padre murió igual —dijo, asintiendo con la cabeza—. Pastillas.

Asentí con la cabeza, y fruncí el ceño en señal de condolencia, y volvió el silencio, a excepción de esos ruidos entre bastidores. No me acordaba de cómo había conseguido, la noche anterior, subir a Magda al piso de arriba y meterla en la cama. Recordaba el peso muerto de su brazo sobre mis hombros, y los inquietantes sonidos de satisfacción, esos suspiros que borboteaban en mi oído, como si fuera una amante borracha que intenta susurrar palabras lascivas. Ahora volvían a bajarla, atada con correas a una camilla, con la sábana sobre la cara, tan apretada que no solo podía distinguir el perfil de la nariz y la boca, sino las protuberancias de los ojos. El agente Blanco dijo algo, y con sorprendente agilidad se hizo rápidamente a un lado y salió, y un momento después, tras haber cruzado el umbral con un gran estruendo, todos habían desaparecido, de una manera tan brusca y completa que no parecía que se hubieran llevado los restos mortales de Magda, sino a un delincuente vivo que hubiera que transportar sin demora a un lugar seguro. Por la ventana los vi alejarse, la ambulancia, el coche de policía detrás. A mi alrededor la casa transformada vibraba, como si se hallara en el interior de una gran campana que hacía solo un momento había emitido su repique final.

Volví al presente y me acordé de Cass Cleave. Cautelosamente apreté la manecilla de la puerta y abrí y entré en el tenso y expectante crepúsculo del dormitorio. Ah, niña, mujer, perdóname.

Cass Cleave no podía dormir. La habitación en penumbra estaba fantasmalmente silenciosa, como tantas habitaciones de enfermo de su infancia. Era tarde, rebasada con mucho la medianoche. El aire de la habitación era cálido y pesado. A la luz de la única lámpara, junto al teléfono, Axel Vander estaba despatarrado sobre la cama en desorden, desnudo y dormido, respirando por la boca, un brazo torpemente levantado, como si se hubiera caído hacia atrás intentando en vano repeler un golpe que le había dejado sin sentido. Ella se separó de él y se levantó despacio; se quedó al pie de la cama, mirándolo. Vander tenía el pelo del pecho gris. Podía ver los nervios de sus brazos arrugados, las tibias dentro de la piel estirada, blanca como un papel, de las piernas. Tenía la cara cenicienta, y había una mancha perfectamente redonda de color rojizo en lo alto de cada pómulo, nítida como el sello de un tintorero. Respiraba con tanta suavidad que ella se preguntó si no fingiría estar dormido. Le recordó encabritado y agarrándola por la muñeca, y casi pudo sentir otra vez la presión de esas viejas garras en la carne. Le cubrió con la sábana y él se agitó y se tensó y enseguida volvió a relajarse. Ella aún goteaba de él, sentía esa cálida pegajosidad entre las piernas. La primera vez, cuando él por fin salió del baño y se abalanzó sobre ella, le recordó una de esas enormes estatuas de dictadores que derribaban por toda Europa del Este. Pam. Enseguida al suelo. Luego habían permanecido echados en las sombras, toda la tarde, hasta que el día murió y nació la noche. Eran como supervivientes, se dijo, arrastrados hasta esa ribera extranjera pero no hostil. Entre cabezada y cabezada, él la había abrazado y le había contado historias de cuando era joven; ella había escuchado indolente, sabiendo que todo, o casi todo, debían de ser mentiras. Él no sabía que ella sabía quién era en realidad. ¿Se lo diría? Todavía no; todavía no. Copos de ceniza del cigarrillo de él le caían sobre los pechos como besos ínfimos, cálidos, ingrátidos. Intentó imaginárselo a la edad en que le fue tomada la fotografía de aquel periódico, bullicioso, violento, insaciable, alargando las dos manos para hacerse con un futuro que ahora era ya pasado remoto. Luego él se le volvió a tirar encima, y esta vez fue diferente, él era todo pecho y codos que se agitaban, y muslos temblorosos que se alzan con esfuerzo, hasta que ella se dijo que iba a partirla por la mitad. Parecía tan enfadado. Y luego ese olor a almendras, y luego... Cuando él hubo acabado la apartó sin decir una palabra y se echó a dormir,

pero ella no pudo, a pesar de lo agotada que estaba. Ahora ya llevaba despierta varias horas. Todo le parecía tan extraño, deformado, lleno de desperdicios y cosas rotas, como un trozo de costa después de una tormenta. Ese hombre tan, tan viejo. Y enseguida, cuando ella se levantó y lo miró desde lo alto, él no fue él, o fue él y no lo fue al mismo tiempo. Ella frunció el ceño, intentando aclararlo. Quizás era simplemente que estaba dormido y que por lo tanto no estaba allí presente aunque lo viera. No, no era eso, el sueño no era el agente, el sueño solo servía para mantenerlo inmóvil, a ese brusco desconocido, para que ella pudiera concentrarse en qué parte de él no estaba allí. Oyó en su cabeza la desagradable carcajada de él, e imaginó que abría los ojos de golpe, y fijaba en ella el bueno, mientras que el ciego miraba desahogado la nada que había a su espalda.

No recordaba la primera vez que había oído hablar de Vander. En las estanterías de su padre había libros escritos por él, sin leer. Como pasaba a menudo con las personas y las cosas que captaban la curiosa atención de ella, al principio fue una configuración, una suerte de plantilla que se adecuaba a una necesidad que ella había ignorado tener. Las partes de la plantilla se juntaron de manera casi casual. Él había escrito un famoso ensayo sobre una obra de teatro con la que su padre había alcanzado su mayor éxito. Ella había leído sus comentarios acerca de Rousseau, al que él desaprobaba. Tenía un libro sobre la comedia italiana. Luego vio su fotografía en un periódico, en la que se le veía recibiendo un premio en Jerusalén, y le sorprendió que aún estuviera vivo, puesto que le imaginaba entre los cadáveres ilustres. Más tarde compró todos sus libros, y se sentó en su habitación, que daba al jardín, en la casa de su padre, y leyó y leyó. Era invierno, y el jardín era una charca de luz verde, fría y húmeda, donde gorjeaba un pájaro solitario y desconsolado. Vander estaba con ella en su habitación, una presencia viva, aquietando las voces de su cabeza. Había algo en todo lo que escribía, algo vagamente juguetón, que parecía hablarle directamente a ella. Ella supo que le encontraría, y ahora había ocurrido.

Sacó un vestido de algodón de la bolsa y se lo puso, y a pesar de lo liviano del material comenzó a sudar de inmediato. Se preguntó si podría salir a la calle. Las calles que rodeaban el hotel estaban silenciosas, no se oía más que algún coche solitario al pasar, cuyos neumáticos emitían un acuoso susurro en la calle seca. Pensó en el frío y la oscuridad bajo las arcadas de piedra. ¿Qué pensaría él si se despertaba y veía que se había ido? A lo mejor no le importaría. A lo mejor pensaba que esto era todo lo que ella quería de él, que le había escrito esa carta y traído a Europa solo para ese día, esa noche, en esa habitación de hotel que ella no podía permitirse pagar, para poder contar que se había acostado con el gran y famoso Axel Vander. No era cierto. Y, sin embargo, ¿por qué le había escrito, por qué lo había traído hasta allí? ¿Qué era lo que le hablaba directamente a ella de lo que él escribía? A ella le importaba muy poco que Shelley estuviera desfigurado, los sueños de Coleridge o el soborno de la naturaleza de Wordsworth. No; lo que ella oía era una voz que la llamaba, y solo a ella. Con cautela, con pies de cigüeña, reuló hasta la salida, se llevó una mano a la

espalda y abrió la puerta, sin dejar de mirar a la figura que dormía; salió. En el pasillo se quedó inmóvil y escuchó, imaginando que aún oía respirar a Axel Vander. Tras ella, las puertas con rejilla del ascensor se abrieron, sobresaltándola. El ascensor estaba vacío. Allí lo tenía, una caja de iluminación desagradable, impasible y paciente, como si hubiera acudido ex profeso para ella. Se alejó apresuradamente, buscando las escaleras. Era de la luz del ascensor de lo que huía, una luz que la seguía, blancoazulada y débil, como leche aguada, y sin embargo las puertas metálicas no se habían cerrado.

Una vez abajo se quedó de pie en el vestíbulo de mármol, con sus espejos y sillas doradas, y de pronto se sintió desamparada. ¿Cómo podía salir? Era tarde, no llevaba nada debajo del vestido, ni siquiera se había calzado. El portero de noche, en su puesto, le lanzó una mirada cortésmente inexpresiva y siguió comprobando algo en un libro de contabilidad alto y de tapas negras que tenía abierto delante, sobre el mostrador. Era viejo y calvo como un bebé, y movía los labios como si leyera las columnas de nombres o cifras o lo que fueran. Ella se dirigió hasta el sofá de cuero y se sentó en el mismo lugar que había ocupado por la mañana, ayer por la mañana, ya. Habían cortado el agua de la fuente que corría entre los helechos. Se preguntó si los helechos eran de verdad, y se le ocurrió tocarlos para averiguarlo, pero para ello habría tenido que levantarse y acercarse y ponerse de rodillas junto al estanque. Levantarse, avanzar, arrodillarse. Al imaginarlo le pareció algo tan esforzado y complicado como el ejercicio de un gimnasta o un complicado paso de ballet. No se movió. Pronto el silencio se hizo opresivo y comenzó a sentirse mareada. Tuvo la impresión de que sus propias manos la levantaban, como un frágil navío con exceso de pasajeros del que tenía que encargarse a regañadientes. Se puso en pie y fue hasta la recepción, y le pidió al anciano un vaso de agua. Él asintió con la cabeza, o quizás tan solo le hizo una pequeña reverencia, y al hacerlo dejó caer los párpados, murmuró algo, y desapareció entre las sombras. Su ausencia pareció prolongarse mucho rato. Cuando regresó llevaba el vaso en una bandejita de plata en una mano, al tiempo que los nudillos de la otra estaban cubiertos por una servilleta blanca y doblada. Se quedó parado ante ella, mirándola beber, trago a trago. ¡Qué sed tenía! La proximidad del anciano le pareció reconfortante, y de algún modo pertinente, como si fuera el testigo necesario a ese ritual de levantar el vaso y beber el líquido que debía realizar. Los ojos castaño claros de él la recorrieron con plácido interés, repasando sus brazos desnudos, sus pies descalzos, la finura de su vestido, a través del cual, supuso ella, el anciano podría ver la sombra de sus pezones, oscurecidos e hinchados a causa de los ávidos labios de Vander. Cass bebió un último y largo trago de agua; la verdad, no sabía que tuviera tanta sed. El portero, aún con su amable y melancólica sonrisa, levantó el dorso de la mano hacia ella, ofreciéndole ceremonioso la servilleta. Perfectamente plegada ante ella, sobre la mano del anciano, resplandecía con un brillo misterioso, uniforme como el neón contra la oscuridad aterciopelada que la rodeaba, y con un escalofrío se acordó de la luz del ascensor. El uniforme negro del

anciano estaba grasiento de viejo.

—¿No duerme? —dijo el anciano.

La pregunta tuvo una curiosa intimidad, como la que pudiera formular un médico, o un cura, y ella apenas supo qué contestar. Se llevó la servilleta a los labios, y le gustó la aspereza del hilo, su olor a lavandería, a almidón.

—Hace calor en la habitación —dijo ella, señalando el techo para indicarle que se refería a la habitación de arriba, el dormitorio, su habitación, donde (qué cara pondría el anciano si lo supiera) había otro anciano despatarrado sobre su cama con las carnes colgando y la boca abierta.

El portero volvió a asentir, frunciendo el ceño en un gesto de comprensión, como cuando se intenta tranquilizar a un niño preocupado.

—*Si, si*, hace calor —dijo en voz baja, con un leve suspiro, todavía sonriendo.

Ella le tendió el vaso vacío y la servilleta y él acercó la bandeja para recibirlos. Ella le dio las gracias y él hizo otra reverencia, y un rombo de luz, de un dorado mate, de procedencia desconocida, se deslizó sobre la reluciente cúpula de su cráneo, llena de marcas. Él se retiró, reculando, la bandeja con el vaso y la servilleta ante el pecho, a continuación dio media vuelta y desapareció en la oscuridad sin hacer ruido. Ella volvió al sofá y se sentó otra vez.

Vander. Vander. Vander. No la sorprendió lo más mínimo que, en el restaurante, él extendiera el brazo y le cogiera la mano. Después de eso todo ocurrió como en un sueño, de un modo fluido, imparable, inevitable. Y, como en un sueño, tuvo la convicción de que todo eso estaba predestinado, la habitación, la cama, la rendija de luz de la tarde abrasadora entre las cortinas, el hombre que se afana sobre ella con la determinación de un torturador onírico; todo parecía simplemente una serie de variaciones sobre hechos ya ocurridos en otro compartimento de su vida en el que había estado mucho más despierta. Desde que era muy pequeña, allá donde alcanzan sus primeros recuerdos, había sido víctima de alucinaciones; al menos, eso insistía en decir la gente. Para ella eran algo real, o recuerdos de algo real que se hacían inmediatos y vívidos. Esa era la razón de sus turbaciones, de que se apartara de lo que los demás llamaban realidad. Simplemente: lo que veía en su cabeza era tan claro y estaba tan claramente presente, resultaba tan realista, que no podía distinguirlo lo bastante de las cosas que eran verificables mediante los instrumentos que los demás decían que debía aplicar, y la verificación era lo que los demás siempre le exigían, de manera más o menos comprensiva, más o menos exasperada. Por eso le hablaban las voces, para insistir en sus diferentes versiones de los hechos. Nadie, ni los que hablaban dentro de ella ni los de fuera, parecía darse cuenta del ensordecedor estruendo que formaban al parlotear todos juntos. Sobre toda esa cacofonía, ¿cómo podían oírse sus súplicas? Deseaba ser capaz de probar, aunque solo fuera una vez, de manera indiscutible, no lo que ellos querían que supiera, sino lo que ella sabía. En una película que había visto de niña, había un hombre que en lo que parecía un sueño luchaba con alguien y lo mataba, y al despertarse tenía en la mano un botón de verdad

que en el sueño había arrancado del abrigo de su víctima. Algún día ella también sería capaz de volver de una de sus así llamadas alucinaciones, abrir la palma de la mano y mostrarles, triunfal, una diminuta, dura y reluciente prueba que ni siquiera ellos podrían rechazar.

La primera vez que supo que lo de su mente no tenía arreglo fue una tarde invernal de domingo, cuando tenía seis o siete años. Llevaba enferma desde ya no sabía cuándo, pero como era tan pequeña, todavía no se había dado cuenta de que no mejoraría, de que solo iría a peor. Aquel domingo, su padre y su madre la llevaron a dar un paseo en coche junto al mar. Ella había dicho que no iría, y su padre se había reído y le había dicho que ya sabía que para lo único que quería quedarse sola en casa era para beber whisky y fumar. Su manera de tomarle el pelo era una suerte de violencia. Su padre sufría uno de esos arrebatos de furia acompañados de sonrisas porque era domingo y aquella noche no habría función y tendría que quedarse en casa y aburrirse. Fueron por la costa, siguiendo la ruta panorámica, tal como dijo su padre con amargura. No le gustaba conducir, así que lo hacía la madre. Por el camino se detuvieron en diversos lugares, pero no salieron del coche. En los asientos delanteros, sus padres miraban tristemente en dirección al mar, hacia las islas que se encorvaban en la bruma gris y salobre, mientras en el asiento de atrás ella iba de rodillas y miraba por la ventanilla de atrás los coches que pasaban por la carretera. En muchos coches había niños como ella, taciturnos, la cara pálida flotando en la ventanilla, mirándola ceñudos. En el silencio que había a su espalda, sentía la desesperación cada vez más profunda de los adultos. Su madre fumaba sin cesar, encendiendo un cigarrillo con la colilla del otro. Abre la ventanilla, por amor de Dios, dijo el padre. Cuando llegaron al final de la carretera de la costa la madre dio media vuelta, su padre murmuró algo y comenzó una discusión. Reñían en voz baja para que ella no los oyera; y la vehemencia con que reñían era aún más terrible por tener que estar amortiguada. Acababa el día, que había sido breve, y la parte inferior de las nubes bajas que se veían en el parabrisas tenía un matiz rosa caldera. Mira, le dijo su padre con aquella voz falsa, su voz de actuar, interrumpiendo la discusión por un momento y señalándole las nubes, ¡es el color del fuego de coque! Y soltó una carcajada. Ella apartó los ojos del cielo encapotado y los dirigió hacia la izquierda, hacia el mar que llegaba hasta el borde cubierto de hierba de la carretera. Unas olas largas y onduladas tocaban lentamente la orilla, una tras otra, gruesas, como arrugas perseverantes, color de lodo. Ella sintió cómo se le encogía la piel, igual que cuando un caracol se encoge ante nuestro tacto. Un enorme peso, como el peso del mundo, la apretaba, y no podía respirar. Era como si algo terrible hubiese ocurrido y esa fuera su consecuencia, ese cielo chamuscado, esas olas turbias e implacables, el brutal murmullo del asiento delantero. Y ella estaba sola; eso, sobre todo. La guindaleza se había desprendido, la proa había virado hacia mar abierto, y ahora sabía que nunca daría media vuelta. Su padre, quizás intuyendo su malestar, tocó con la punta del dedo el hombro de su madre para que se callara, y se volvió y le dirigió una sonrisa ceñuda y dijo su

nombre, como si no estuviese seguro de que era ella la que estaba allí sentada, su pequeña, tan cambiada en un momento. Era la primera vez que a ella le llegaba ese olor a almendras. Entonces el coche se detuvo a un lado de la carretera, con una rueda subida al arcén y las portezuelas abiertas, y ella estaba tumbada de lado en el asiento, con la cabeza asomada y el aire fresco en la frente y algo caliente borboteándole entre los labios, y su padre estaba arrodillado ante ella, mirándole la cara con preocupación, preguntándole algo. Tras él la noche, una masa de oscuridad marronosa, que llegaba desde el mar, y en lo alto se veían las diminutas luces de un avión, ahora rubí, ahora zafiro. De pronto, una enorme gaviota pasó velozmente, muy cerca, cayendo en diagonal a través del aire brumoso con las alas rígidas y extendidas, y durante un segundo se le ocurrió que la gaviota le había clavado su ojo glacial, como advertencia.

Su padre. Le veía a menudo aunque no estuviera presente, el fantasma de un vivo. Por ejemplo, mientras Vander estaba ocupado socavándola y gruñéndole por segunda vez, la boca húmeda como un animal marino clavada en el hombro de ella, papá abrió la puerta de la habitación y entró, hablando. Iba descalzo, y llevaba unos viejos pantalones holgados azules y descoloridos de los que siempre se ponía cuando estaba de vacaciones. Se le veía joven, era imposible que ella lo hubiera conocido tan joven, y bronceado, y sonriendo de esa manera feroz —mostrando sus dientes pequeños y puntiagudos—, tan característica de él siempre que no encontraba un motivo de peso para estar enfadado. Tenía el pecho descubierto, y una toalla de manos blanca alrededor del cuello. Se había estado afeitando, y aún llevaba un bigote y una perilla de espuma que le daba el aspecto, en negativo, por así decir, de uno de esos atrevidos villanos de la época isabelina que tan a menudo interpretaba. Le hablaba a alguien que estaba en otra habitación, a su madre, supuso Cass, y le contaba algo, un chiste, o una historia que acababa de recordar, trazando diagramas abstractos en el aire con la navaja al hablar, con ese estilo tan suyo, siempre dominante, cortando y labrando y moldeando el mundo. La navaja era diminuta, observó Cass; debía de haberse olvidado la suya y le habría pedido prestada esa a su madre. A lo mejor estaba hablando de la navaja, a lo mejor le recordaba algo que le había sucedido en una de sus giras por el extranjero; le divertía hablarle a su mujer de sus aventuras, tomándole el pelo, intentando ponerla celosa al hablarle de actrices ardientes y proposiciones en la entrada para actores. La luz que había detrás de su padre era un resplandor de azur y oro, había una raja de sombra púrpura, y algo verde loro, una hoja de palmera, quizás, que no dejaba de moverse de un lado a otro de una manera extraña, en agitadas sacudidas. Pero lo que captaba toda su atención era la gota de sangre, del tamaño de una mariquita, que su padre tenía en el labio superior, donde se habría cortado con la navaja sin darse cuenta. Siempre le había fascinado la boca de su padre; le gustaba ver cómo se le movía al hablar, le gustaba que la besaran esos labios secos y cálidos, el superior, donde ahora había sangre, con la forma exacta de esas estilizadas aves marinas que ella solía dibujar en su cuaderno de niña. Le gustaba

sentir el cosquilleo de los pelillos de su barbilla, le gustaba oler el aliento de sus risas. Su padre ahora había dejado de hablar, y se mantenía a la expectativa, escuchando con una sonrisa relajada, la cabeza levantada en ángulo y un brillo en los ojos, los labios un poco separados, la burbuja de sangre filtrándose en el bigote de espuma con un tono rosado. Al ver que el chiste o la historia que estaba contando no provocaba ninguna reacción en su madre, pues esta, si es que era su madre, había dejado de escuchar, o se había quedado dormida, la chispa de su cara se apagó lentamente, y la sonrisa se convirtió en un ceño ausente, y, sintiendo por fin el dolor del corte, se llevó un dedo al labio, y al ver la sangre pareció perplejo, como si no supiera qué era, ni cómo había llegado allí, a su dedo, a su labio.

Cuerpo: esa era una palabra que no le gustaba, su sonido, la *c* ahogada, el *uer* como una llamada, el *po* explosivo. Cuando Vander acabó, le dijo algo al oído, un gruñido ronco, feo y apremiante. Vander podía partirla en dos si quería, estrujarla hasta dejarla sin vida. Cass se dijo que debería tenerle miedo. Vander le había chupado los pechos como un niño, los ojos cerrados y la boca casi sonriente.

Cass tembló dentro de aquel vestido tan fino; la noche se estaba poniendo fría. Había tal silencio que parecía que todo el edificio estuviera sumergido en las oscuras profundidades de un mar silente. Se imaginó a los demás huéspedes, debía de haber docenas, puede que cientos, todos tendidos en sus camas como cadáveres calientes, dormidos, soñando, o dando vueltas y farfullando, o quizás insomnes, como ella, sí, es probable que hubiera algunos como ella. Se imaginó a las parejas amorosamente abrazadas, o echadas en lados opuestos de la cama, rígidos, con una furia inexpresada, la misma que había visto a menudo en sus padres tras alguna de sus riñas. En ese mismo momento debía de haber alguien a punto de morir, o alguien dando a luz, no era imposible, nada es imposible. En cada instante, por todo el mundo, hay gente que nace o muere, que grita de pasión o de dolor. Es aterrador pensar en ello, aterrador. Cuando era niña se quedaba despierta escuchando cómo la vida de la casa se apagaba lentamente. Su padre llegaba tarde, después de la función, le oía en la cocina enredando con los cubiertos, o recorriendo las emisoras de radio, el volumen muy alto, armando un gran estruendo, pues una casa en silencio le ponía nervioso, o eso decía. Ella le seguía mentalmente mientras él iba de habitación en habitación, encendiendo todas las luces, sirviéndose un whisky, escuchando un fragmento musical y apagándolo de golpe: no podía oír el chirrido de una aguja sobre un disco de vinilo sin pensar en su padre. O hablaba solo, o ante un público fantasma, practicando los diálogos, ensayándolos a diferentes velocidades y con distintos ritmos, o si la obra era mala, se burlaba de los diálogos, los declamaba con una retumbante voz de bajo que hacía sonreír a Cass en la oscuridad, aun cuando no entendiera las palabras y solo le llegara su lúgubre cadencia. Él también cantaba, aunque no muy bien; solo se sabía canciones estúpidas, canciones de cuando era joven, o ripios publicitarios de la radio. Su madre, a veces, irritada por haberse despertado, o quizás compadeciéndolo, se levantaba de la cama y bajaba en camisón

y le hacía compañía, aunque nunca mucho rato. A pesar de que él afirmaba odiar el silencio y la soledad, en su fuero interno prefería estar solo. «Oh, Cass Cass Cassy, soy un chico solitario», le canturreaba, asumiendo una pose trágica con las manos apretadas contra el corazón. Y lo último que hacía siempre era abrir unos centímetros la puerta de la habitación de Cass y mirar, y ella siempre fingía dormir, sin saber muy bien por qué. Otras veces le gustaba que él le hiciera compañía, sobre todo después de sufrir un ataque, cuando se sentaban juntos a la mesa de la cocina, o delante de la tele con el volumen bajado, sin decir nada, solo haciéndose compañía. Pero también había veces en que ella le tenía miedo, o algo más que miedo, casi asco, e incluso más que eso, algo para lo que no hay palabra alguna. Cuando él ya había entrado en su habitación y se estaba metiendo en la cama, Cass sentía crujir los muelles, y el suspiro divertido y melodioso que siempre exhalaba; entonces había un entreacto, y ella percibía un cambio en el ambiente, una especie de relajación, de calma, que significaba que su conciencia estaba a punto de desmandarse, y que tendría que afrontar sola la travesía nocturna.

Procedente de muy lejos, oyó la campana de una iglesia que daba la hora, un repique triste y opresivo. Las tres. ¿Cuánto llevaba sentada en aquel sofá? El tiempo siempre se volvía elástico tras uno de sus ataques. Y era un ataque lo que había sufrido en brazos de Vander, cuando su padre se le apareció con la navaja en la mano. Probablemente Vander se sentiría halagado pensando que era él quien la había llevado a ese extremo de pasión, mientras ella se agitaba y retorció debajo de él, la cabeza hacia atrás, enseñando los dientes, y emitiendo esos chillidos vergonzosos y solo reprimidos a medias que no había manera de evitar. Como siempre, el paroxismo duró apenas unos segundos, y cuando lo peor hubo quedado atrás, ella pasó a ese breve estado habitual de sueño o aturdimiento, en el que permanecía de lado, acurrucada, con el pulgar apretado en los incisivos, con esporádicos temblores, estremeciéndose, como un perro al que acaban de sacar a rastras del mar. Vander estaba echado de espaldas junto a ella, casi dormido, la boca abierta, los labios prominentes, y sus párpados de lagarto moviéndose arriba y abajo. Ella supo que no se dormiría. Se quedó mucho rato inmóvil, temiendo despertarlo, entre el olor a amoníaco del coito, oyendo el susurro y los ruidos líquidos del ineficaz aparato de aire acondicionado oculto tras una rejilla, bajo la ventana. Luego vino esa sensación de vacío que era lo que más temía; era como si una enorme mano se le hubiera introducido en las entrañas y se las hubiera arrancado, dejándole una jaula hueca de huesos y piel flácida. Una vez vio a la abuela Cleave hacerle eso a un pollo, sacarle los interiores así, metiéndole el puño por el flojo agujero de abajo: con un rápido giro de muñeca arrancó las vísceras intactas, dentro de su paquete de opalescente membrana. La anciana le mostró los relucientes huevos, pálidos como perlas, que estaban creciendo dentro del ave, una ristra que iba desde una mota gelatinosa a uno que ya estaba casi formado del todo.

Olor a almendras, siempre el olor a almendras. Luego su padre, a cámara lenta,

levantándola del suelo y abrazándola. Oh, sí. El señor Mandelbaum nos ha hecho una visita. *Mandel*: almendra. Qué raro, cómo las cosas despiertan ecos en todas partes. Como si...

El viejo conserje apareció otra vez de entre las sombras, llevando un cubo y una fregona. No pareció sorprendido de verla aún ahí. Le ofreció una triste y amable sonrisa de disculpa. Llevaba el cubo y la fregona con un aire entre puntilloso y apesadumbrado, como si, aunque los hubiera traído, no supiera muy bien qué hacer con ellos, ni cómo usarlos exactamente. Ella se puso en pie, con una mueca de dolor cuando los muslos se despegaron del pegajoso cuero del sofá. Tenía el vestido mojado en la espalda; deseó no haber dejado una mancha en el respaldo. El conserje le dijo algo, y aunque no lo entendió, sonrió y asintió con la cabeza. Cuando se disponía a subir las escaleras se detuvo y volvió la mirada; el conserje estaba fregando el suelo de mármol que rodeaba el estanque a brochazos largos y lentos, con ese mismo aire de desgana y vaga perplejidad; ni siquiera se había quitado la chaqueta para hacerlo.

Se quedó escuchando junto a la puerta de la habitación, pero no oyó nada. Por un momento tuvo la convicción de que la puerta estaba cerrada con llave, de que Vander se había levantado y había cerrado para que no entrara, la había dejado fuera de su propia habitación y se había vuelto a dormir, y de que ella no sería capaz de despertarle, o si lo conseguía, no la dejaría entrar, y tendría que quedarse allí, descalza, con el vestido manchado, temblando, todo un espectáculo que los demás huéspedes verían cuando comenzaran a levantarse y bajaran a desayunar. Pensarían que estaba borracha y había perdido la llave. Pensarían que era una puta que un cliente insatisfecho había echado de su habitación. Comenzaron a temblarle las manos. Para su sorpresa, aunque no para su alivio, aunque no supo por qué no la aliviaba, el pomo giró con suavidad bajo su mano temblorosa. Entró rápidamente. La lamparilla que había junto a la cama aún estaba encendida, pero la cama estaba vacía. ¿Vander se había levantado y se había ido a su habitación? A lo mejor se había marchado para siempre, se había dirigido a su cuarto, había hecho las maletas y pagado la cuenta. Pero no, ella había estado todo el rato en el vestíbulo, ¿cómo podía haberse ido sin que ella lo viera? Puede que se hubiera escabullido por una salida trasera, y que ella se las apañara con los del hotel, dejándole la cuenta, o las cuentas, la de ella y la de él, que no podía pagar porque no tenía dinero. Pero no, la ropa de él estaba amontonada al pie de la cama, en el mismo sitio donde la había arrojado, la camisa y los pantalones, sus caros zapatos, su fea corbata. La puerta del baño, blanca y vacía, tenía un aspecto de solemne admonición. Se quitó el vestido, formó una bola y lo metió en el fondo de la bolsa. En aquel momento Vander salió del baño. Ella se irguió a toda prisa, apretando una combinación contra su desnudez. Él también estaba desnudo; se había duchado, relucían gotas de agua en la enmarañada mata que había bajo su vientre, y la cicatriz larga y quebrada que tenía en el interior del muslo estaba enrojecida. Él la miró de arriba abajo, los labios fruncidos, una ceja levantada. Ella se

puso rápidamente la combinación, una blusa, una falda, sandalias. Él la miró, apoyado contra la jamba de la puerta, sonriendo con frialdad.

—¿Vas a salir? —le preguntó.

Ella no contestó. Vander era como cualquier otro, altivo y bravucón después del acto, un chaval que ha robado una golosina y no está seguro de salir impune, aunque tampoco se arrepiente. Ahí estaba, exhibiéndose, retándola a que volviera la vista para no contemplar esa pierna retorcida, ese ojo ciego absurdamente desviado, y toda esa carne fofa, esa tripota y la bellota encogida de debajo, y la bolsa suspendida por una fina cuerda de piel amarilla, como una cabeza de ajos sobre su tallo. Pero, sí, ¿por qué se había vestido, adónde pensaba que podía ir? Seguía siendo de madrugada. Solo se había vestido para estar vestida; no era la visión de la desnudez de él lo que la había incomodado, sino la conciencia de la suya propia; no la vergüenza, simplemente el ser consciente de ella. Él se había sentado en un lado de la cama y le lanzaba una sonrisa maliciosa, sesgada.

—Venus con hojas de parra —dijo, escribiéndolo con un dedo en el aire, como si fuera el título que hay debajo de un cuadro.

Él le había leído el pensamiento; la gente siempre parecía leerle el pensamiento. Quizás las voces que hablaban en su cabeza hablaban también en las de ellos, y les decían lo que ella pensaba. Ahora Vander se abrochaba la camisa y decía: bueno, por qué no, sí, deberían salir a dar una vuelta. Ella levantó la vista hacia la negra franja de noche que asomaba entre las cortinas de la ventana.

—Para mí todavía es por la tarde —dijo él. Le enseñó la esfera de su reloj y por alguna razón se rio—. Hora del Pacífico.

El reloj era antiguo, quizás una antigüedad, con una caja rayada y un segundero carmesí con su propio dial, diminuto; era demasiado pequeño para él, un reloj de mujer; no supo por qué, pero la hizo pensar en las vías muertas de los trenes, con sus vagones abandonados, sus ventanillas agrisadas de mugre, y las amapolas asintiendo en medio del neblinoso sol entre las piedras de las vías. Muy bien, dijo ella, darían un paseo. Qué insulso y neutro y lento era todo ahora. Qué raro se hacía pensar en lo que había ocurrido entre ellos en la cama hacía solo unas horas. Lo que la sorprendió, como siempre, fue la discontinuidad de lo que venía luego, lo inoportuno de todo lo que seguía. Cuando era joven se decía que con el tiempo seguramente aprendería a hacer la fluida transición entre la frenética cópula y la fase posterior erguida, de aclarado de garganta y miradas que se evitan, al igual que, cuando era niña e iba a clase de danza, la enseñaron a levantarse con más o menos elegancia de la posición de cuclillas y sostenerse sobre las temblorosas puntas de los pies. Pero este truco, más complicado, no lo había aprendido nunca, y no había nadie que se lo enseñara. Vander se había inclinado con gran esfuerzo sobre la pierna mala, y se había atado el cordón del zapato. Ella bajó la mirada hacia sus manos en movimiento, su gran cabeza, con su mata de pelo gris enmarañada y anudada en el cogote, y se vio acercándose a él y tocándole con la mano. Parpadeó. No se había movido.

Bajaron. El silencio, una especie de miasma, era más opresivo que nunca, con el peso de la inaudible respiración de tantos anónimos durmientes, y ella pisaba con cautela, como si alguien fuera a asaltarla y castigarla por perturbar la paz del lugar. Vander, por el contrario, golpeaba su bastón de manera deliberada contra el pasamanos de latón de la pared, y un paso sí y otro no daba con el talón del zapato en el borde de la escalera de mármol con tanta fuerza que a Cass la sorprendía que no saltaran chispas de la piedra. En el vestíbulo no había ni rastro del viejo conserje. La noche, negra y bruñida, se apretaba contra la puerta de cristal, que al principio no se les abría, pero de pronto, con una vibración, la gran cristalera cedió, emitiendo un grave tono de campana: *¡barang!* El aire de fuera era fresco, suave, puro, y el cielo, sin estrellas, aún del todo oscuro, parecía brillar, y, con un vértigo, ella sintió como si mirara hacia arriba a través de un caparazón de cristal, invisible e inmensamente alto. Sus dedos rozaron las lustrosas hojas del laurel de la maceta que había en la acera, delante de la puerta. Vander ya se había lanzado calle arriba. Ella vaciló un momento, a continuación lo siguió. Se olió los dedos, y le llegó débilmente el intenso hedor a hoja medio marchita. Ella le alcanzó y durante un rato avanzaron sin hablar. Los altos edificios sin iluminar oscilaban como un balancín a cada lado, junto a ellos. Ella intentó adaptar su paso a las síncopas de Vander: paso de la pierna buena, caída violenta de la mala, golpe de bastón. Así resultaba casi garboso; se encorvaba, se balanceaba y lanzaba un hombro hacia atrás antes de inclinarse hacia el siguiente trote. Se preguntó cómo podría llamarle, cómo dirigirse a él. *Axel* era un ladrido metálico, y *Vander* sonaba como si se hubiese caído una última sílaba del final. Un nombre es difícil de pronunciar. Nombrar a otro es, de algún modo, desnombrarse a uno mismo. ¿Es eso cierto, se preguntó Cass, es realmente así? Se puso a reflexionar mientras sentía la fría noche echándole el aliento a la cara, el profundo y amplio silencio vibrándole con una sonora erre en los oídos. A menudo el hilo de sus pensamientos la llevaba mucho más allá de sí misma, o estos se ponían en marcha por su cuenta, sin ella. ¿Pensaba, o era pensada? Era incapaz de concentrarse en las cosas. Se le ocurría una idea, una noción o una teoría, y le sonaba totalmente cierta, pero enseguida aparecía su opuesta, y esa también parecía correcta, ¿y cómo iba a discernir cuál era la buena, por no hablar de los miles de posibilidades distintas que exigían ser consideradas?

Y de todos modos, *Axel Vander* tampoco era su nombre verdadero. Se llevó una mano al bolsillo de la blusa y palpó la pluma estilográfica. Su pequeña pistola, con la recámara cargada.

Llegaron a una plaza alargada y adoquinada. Un jinete de bronce estaba a horcajadas, inmóvil, encima de ellos, en el aire oscuro. Cass se acordó del portero de noche y su libro negro, su bandeja de plata; se acordó del vaso de agua con burbujas de aire, como diminutas gotas de mercurio pegadas a los lados por dentro, debajo del nivel del agua; se acordó de sí misma levantando el vaso y dando un buen sorbo. La punta de goma del bastón de Vander chirriaba sobre los adoquines mojados de rocío.

Caminaban junto a las arcadas, y cada arco era una idéntica bóveda de negrura. Un perro se separó del informe montón de harapos que se suponía era su amo dormido y se les acercó y los miró, meneando la cola con una tenue esperanza.

—¿Quién me ha traicionado? —le dijo Vander.

Traicionado. Ella le preguntó por qué lo preguntaba; ¿qué más le daba quién había sido, después de todo? Él recibió esa respuesta con un gruñido.

—¿Cómo sabías adónde ir? —insistió él—. ¿Por qué Amberes? ¿Por qué esos viejos periódicos?

Sin saber por qué, Cass se acordó de una línea que aparecía en la sobrecubierta de *Después de las palabras*, y que había escrito un crítico emulando envidioso el estilo de Vander —«todos los brillos y destellos de una imponente y tenuemente temblorosa araña de luces»— y fue incapaz de reprimir una leve carcajada. Él se quedó mirándola.

—Conocí a un hombre en un bar —dijo ella.

Para ser más exactos, él la abordó en la que debería haber sido la última tarde de ella en Amberes. Su padre le había pagado el viaje; se había dado cuenta de que a su padre le hacía feliz pagar si con ello la tenía lejos. Había ido a investigar el pasado de Vander, siguiendo su rastro por los estantes de los archivos públicos, bibliotecas, registros universitarios; cuanto más lejos viajaba, más débiles se hacían los indicios de él, como si una escoba hubiera borrado sus huellas. Había un anciano, un periodista de extraordinaria reputación, que también, dijo alguien, en una época había sido colaborador suyo, el cual, le dijeron, había conocido a Axel Vander cuando eran jóvenes, antes de la guerra. Cuando fue a visitarlo, sin embargo, se enteró de que había sufrido una apoplejía y estaba en el hospital sin esperanzas de que sobreviviera. No obstante, la llevaron a visitarlo. Todo era blanco, el pelo del anciano, la cara alargada, afilada de tanto sufrir, el camisón que llevaba, la ropa de cama, la pared que había detrás de su temblorosa cabeza de halcón. Nada se movía excepto sus ojos, fijos en ella en lo que parecía ser una especie de angustiada pregunta. Le dio la impresión de que el hombre era otro fantasma, el suyo. Estuvo una hora sentada con él, sin hablar, y durante todo el tiempo él no dejó de observarla, con airada impaciencia, le pareció; más que tener algo que decirle, se diría que el hombre esperaba a que ella le contara algo que debiera saber. A lo mejor la confundía con otra persona. La primera mañana que vio a Vander en el vestíbulo del hotel, Cass sintió la presencia del otro anciano detrás de él, la vio, casi, una titilante presencia que permaneció allí un instante, una sombra hecha no de oscuridad, sino de luz blanca y fría.

En su último día en Amberes, se encontraba en uno de esos falsos pubs tradicionales que había cerca de la catedral, todo madera y latón y jarras de cerveza de peltre, mientras esperaba a que llegara la hora de coger el tren. Era una tarde de

marzo que tocaba a su fin, sombría y lluviosa, más de pleno invierno que de inicios de primavera. Estaba sentada a una mesa, en un rincón concurrido junto a la ventana, encogida dentro de su abrigo, mirando los árboles de la plaza, sacudidos de vez en cuando por una ráfaga de viento, arrojando grandes gotas plateadas de lluvia que brillaban como monedas al caer. Allí fue donde lo vio por primera vez, al pelirrojo. No supo por qué se fijó especialmente en él. Estaba de pie bajo aquellos árboles que arrojaban monedas. Tenía las ropas empapadas: zapatos agrietados, pantalones arrugados de perneras demasiado largas, y un viejo abrigo que llevaba abrochado en el estómago con un solo botón, muy apretado, de manera que se diría que su esquelético cuerpo dependiera tan solo de ese soporte para permanecer erguido. No llevaba sombrero, y parecía no darse cuenta de que llovía. Ella lo miró un momento. El pelirrojo llevaba las manos en los bolsillos, y apretaba los codos a los lados, como para ayudar al abrigo en su tarea de permanecer suspendido. ¿Estaba mirando hacia ella? Pasó una ambulancia, la sirena aullando y la luz azul girando, y ella apartó la mirada, pues no le gustaba ver ambulancias, ni oír las, y cuando volvió a mirar el hombre había desaparecido. Y un segundo después ahí estaba, en el bar. Apareció por detrás de ella y se sentó en la mesa de al lado. Sacó una petaca de plástico del bolsillo del abrigo y se lio un cigarrillo. Cass observó un leve temblor en su mano; no era ninguna señal de enfermedad, sino más bien, eso pensó, el resultado de largas horas, o años, de concentración en alguna labor intrincada y en desuso, entre objetos minúsculos; quizás era relojero, o escribiente, incluso; le imaginó inclinado sobre su mesa de trabajo con una barrena o una pluma. De manera estudiada, el hombre fingía estar distraído, ensimismado, el entrecejo arrugado y los ojos fijos en el vacío, y supo que pronto le hablaría. Se dio unos rápidos golpecitos en caderas, costados y pecho, frunció aún más el ceño, la boca, y con un movimiento brusco se dio media vuelta, fingiendo que acababa de verla, e imitó suplicante el gesto de encender una cerilla. Ella le dijo que lo sentía, que no tenía cerillas.

—¡Ah, habla inglés! —gritó él, como si saludara una proeza singular—. Yo también.

Ella se preguntó qué edad tendría. ¿Cincuenta? ¿Setenta? Imposible saberlo. Tenía la cara tan pálida como suero de leche, y tan afilada que parecía que hubiera de adelgazarse hasta una fina línea recta caso de que se volviera por completo hacia ella. Llevaba el pelo de un tono casi naranja, obviamente teñido, salpicado de partículas de lluvia, como absurdas joyas. Dejó a un lado el cigarrillo, sin encender. Cass Cleave se dijo que debería levantarse y marcharse; miró el cielo lloroso, la calle donde aún se demoraba la luz del día; aún faltaban horas para que saliera su tren. El pelirrojo había estado observando el libro de Vander, sobre la mesa, delante de ella, y en aquel momento, con la elástica agilidad de un contorsionista, se inclinó hacia delante y giró la cabeza hasta casi ponerla del revés para leer el título.

—Ah —dijo—. ¿Le conoces?

Ella negó con la cabeza.

—Yo sí —dijo—. O más bien debería decir que le conocí —con unos dedos largos y muy blancos, que parecían los de una bruja de cuento de hadas, le dio la vuelta al libro, contempló la fotografía de Vander de la contracubierta y sonrió—. Pero por entonces no era Axel Vander.

Se acercó la camarera, una chica rubia y musculosa vestida con una blusa con volantes y una falda ancha y negra con un corpiño, en lo que, imaginó Cass Cleave, debía de ser una parodia del traje nacional; acarreaba una bandeja dorada que sujetaba por un borde, como si fuera un arma. El pelirrojo le habló a la camarera en un idioma que debía de ser flamenco, o quizás holandés, y cuando ella hubo asentido y se hubo marchado, él miró tímidamente a Cass Cleave, pasándose la lengua por el fino labio inferior. Ella, sin inquietarse, se preguntó quién era y por qué hablaba con ella. Le examinó con atención, la cara estrecha, las manos blancas. Él seguía sonriendo, y asentía para sí, como si tuviera un recuerdo doloroso pero preciado. Sí, dijo el hombre, había conocido a Axel Vander.

—Oh, hace mucho tiempo, mucho. En aquellos días escribía para los periódicos, al igual que —dio un golpecito a la foto con su uña larga y ambarina— su amigo —asintió, y su voz se convirtió en un susurro—. Opiniones muy contundentes —manifestó, y soltó un pequeño silbido que no se oyó—. Muy extremas.

Ella fruncía el entrecejo; no podía seguirle.

—¿Su amigo? —dijo ella, mirando la foto—. ¿Es que este no es él?

Él la miró de soslayo, y su sonrisa pasó a ser una mueca de dichosa malicia. A ella no le gustaba la manera en que continuamente se pasaba la lengua por el labio inferior, esa punta gris y afilada que asomaba y casi enseguida se retiraba.

—Si no se llamaba Axel Vander, ¿cómo se llamaba? —preguntó ella, pero él solo intensificó su sonrisa, levantó un dedo y lo meneó con picardía, cerrando los ojos y apretando los labios.

Reapareció la amazona con corpiño, y sobre su bandeja llevaba ahora un diminuto vaso ahusado que contenía dos centímetros de un líquido rojizo, viscoso y reluciente. El pelirrojo sacó el dinero de una carterita de cuero, contando las monedas con excesiva meticulosidad. Cass Cleave le observó levantar el vaso, sus labios sin sangre ya fruncidos para recibirlo y beberlo con afectado deleite. Suspiró en señal de agrado, dejó el vaso sobre la mesa, acercó la silla y comenzó a contarle la historia de Axel Vander, que había muerto, y de ese otro, que vivía.

Sobre sus cabezas, en lo alto, sonó una campanilla de hojalata, una vez, dos, tres, y luego una cuarta, que quedó vibrando, sobresaltándola. El cielo gris plomo se estaba tornando azul ceniza por un lado. Ahora Cass Cleave tenía frío, solo vestía una blusa fina. Vander llevaba tanto rato en silencio que ella casi había olvidado que estaba allí. Le observó hurgar en un objeto que había en el suelo con su bastón. Era una bolsa de plástico blanca con algo blando dentro, atada en el cuello con una

cuerda.

—Un hombre en un bar —dijo Vander—. Ya veo. Y dio la casualidad de que estabas leyendo mi libro. Qué coincidencia —él no la miraba—. Dime —dijo Vander—, ¿y cómo se llamaba este hombre misterioso?

Max no sé qué más, dijo ella.

—Scheindiene, Schaundeine, algo así, no me acuerdo.

Él dijo que nunca había conocido a nadie con ese nombre. Aún hurgaba en la bolsa, girándola hacia un lado y a otro. Era redondeada, más o menos con forma de corazón, y se bamboleaba y caía con sus pinchazos, la cuerda del cuello estaba atada con un perfecto lazo, con una increíble meticulosidad.

—Seguramente se refería a otra persona —dijo—. Seguramente se equivocaba.

Ella no le había contado todo lo que le había contado el hombre; se había guardado la parte más importante. Vander fruncía intensamente el entrecejo, como si lo que había en la bolsa de plástico, fuera lo que fuera, absorbiera toda su atención.

—Pero él te conocía —dijo ella—. Conocía las fechas en las que aparecieron los artículos. Cinco semanas, cinco números.

Al final él la miró, inclinando la cabeza a un lado, pensando, calculando. Había abierto en parte la bolsa; algo oscuro rezumaba ahora, un líquido oscuro y espeso. Ella notó cómo se le revolvía el estómago, pero al instante se le reposó.

—Vamos —dijo él, doblando una mano dura sobre la suave parte interior del codo de ella, y haciéndola girar en la dirección del hotel—, volvamos, estás temblando.

El alba se afianzaba rápidamente. Altas nubecillas, con un matiz rosa. Los estorninos.

Hubo una vacilación general, y cuando llegó el aplauso, fue notoriamente contenido. Me quedé un momento más de lo que duraron las palmadas, sonriendo de manera amenazadora al público que se alineaba ante mí en las hileras de bancos semicirculares dispuestos en gradas, las manos agarradas con tanta fuerza a los bordes del atril que aquellos que estaban sentados en las primeras filas debieron de pensar que estaba a punto de levantarlo y tirárselo a la cabeza. Estaban ofendidos porque no había preparado una ponencia especial para la ocasión, sino que había decidido leer, y encima en un tono de cansada ironía, un capítulo de *Después de las palabras*, aquel, justamente famoso, si se me permite decirlo, dedicado a los últimos y calamitosos días del pobre Nietzsche aquí en Turín, que, por cierto, casi todos habían leído ya. ¿Qué esperaban? Deberían considerarse afortunados de que consintiera en dirigirme a ellos. Estaba a punto de bajar del estrado cuando Franco Bartoli levantó una mano y preguntó, con una falsa y nauseabunda amabilidad, si accedería a contestar un par de preguntas. Exhalé un sonoro e irónico suspiro. Hubo el habitual intervalo de incómodo silencio —ruido de arrastrarse de pies—, y Bartoli se medio levantó en su asiento y giró la cabeza para lanzarles una mirada de aliento a uno u otro de sus estudiantes, cohibidos y ocultándose entre el público, compuesto en su mayor parte por académicos de mediana edad, reconocibles al instante por lo insulso de su atavío. Por fin, un joven sentado en la parte de atrás se aclaró la garganta y preguntó, farfullando con circunspección, cuál era, por favor, el punto de vista del profesor Vander acerca del estado actual de la crítica cultural. Levanté la cabeza bien arriba y hacia atrás y sonreí.

—¿Mi punto de vista? —dije—. Desde esta elevación, muy bueno, gracias.

Hice una breve reverencia, me separé del atril y me dirigí, con paso no demasiado firme, a mi asiento: había tomado una ración más que generosa de grappa con el café de la mañana, y ahora notaba los efectos. Por todos lados había cabezas meneándose, risas sarcásticas e incluso algunas lentas palmadas de desaprobación. Miré hacia donde esperaba ver sentada a Cass Cleave —al cabo de cinco minutos de comenzar la lectura la había visto con el rabillo del ojo entrar rápidamente y deslizarse en uno de los asientos que quedaban junto a la puerta—, pero se había ido. En el lugar que debería haber ocupado vi a una musculosa Brunilda de Gottingen de tremendas

rodillas, una estudiosa de Nietzsche, resultó, que me miraba con unos ojos como platos de indignación ante mi tratamiento —lo reconozco— frívolo de la transfiguración final y crisis nerviosa del filósofo en la Piazza Carlo Alberto, hacía exactamente un siglo. Franco Bartoli, uno de los que daban lentas palmadas, me sonreía con iracunda jovialidad. Me senté. La sala no tenía ventanas, y el aire, pegajoso, apenas era respirable. Yo estaba cansado, alicaído, irritado. Bartoli se levantó y avanzó para presentar al siguiente orador, y al pasar junto a mí se detuvo, se inclinó hacia mí y me habló al oído.

—Muy ingenioso, profesor —murmuró con endulzado encono—, pero no del todo original, creo.

Kristina Kovacs, al otro lado de la sala, nivelaba un fajo de papeles sobre la rodilla y miraba expectante a Bartoli. No, no, me dije, no soportaría escuchar a Kristina sacarse de la chistera otro de sus juegos conceptuosos elegantemente humorísticos acerca de la fenomenología de las tiras cómicas o de las estrellas del fútbol como héroes existenciales. A veces me pregunto por qué decidí pasar lo que me siento obligado a llamar mi vida profesional en esa pequeña esfera de afectados refinamientos y triviales arcanos. Me puse en pie rápidamente y me dirigí hacia la puerta igual que un hombre que huye del fuego.

El pasillo olía a mina de lápiz, a papel mohoso, y a cuerpos jóvenes en los que bullían y zumbaban las hormonas. Una persona esquelética y mal vestida, vagamente masculina, un estudiante, supuse, apoyado junto a una ventana abierta y que consumía un cigarrillo clandestino, me lanzó una mirada hosca y desafiante. No hay necesidad de ponerse violento, pálido efebo: mira, yo también enciendo uno. Oí abrirse la puerta de la sala de conferencias y unos rápidos pasos que se acercaban a mi espalda. Era Kristina Kovacs. No se detuvo hasta que estuvo casi debajo de mi barbilla: era algo que recordaba de Kristina, lo cerca que le gustaba estar de la gente, incluso de los desconocidos, incluso antiguos amantes de una noche. Alzó la mirada con su sonrisa escéptica y cómplice, y un abanico de arrugas se dibujó en la comisura exterior de cada ojo.

—¿Creías que yo era la próxima en hablar? —dijo, en tono irónico—. ¿Por eso te has ido?

De verdad que no quería que se me colocara tan cerca, la cabeza inclinada hacia atrás y balanceándose infinitesimalmente de un lado a otro al ritmo de su triste melodía interior. Le dije que no podía permanecer un momento más entre ese rebaño de idiotas pedantes. Se rio en voz baja y chasqueó la lengua con un leve reproche.

—Muy pillo por tu parte, leer ese fragmento tan conocido —dijo con un guiño enojosamente alegre—. Franco estaba furioso, estoy segura de que te has dado cuenta.

Fruncí el ceño. ¿Crees, pensé en preguntarle, crees que el mero hecho de que nos revolcáramos y retorciéramos desnudos uno en brazos del otro durante unas cuantas horas una tarde de hace muchos años te da derecho a esta insolente familiaridad?

Pero la mirada de Kristina ya se había vuelto hacia dentro.

—Pobre hombre —dijo, y por un momento pensé que se refería a mí, y fue asombroso sentir que como reacción una oleada de afecto me invadía, con toda la ansiosa impaciencia de un perro que se pone en pie de un salto al oír el sonido de las llaves de su amo en la puerta. Llevó sus dedos a mi codo como en una súplica urgente—. Pobre criatura —dijo—, esas cartas que escribió cuando estaba loco, hablando del gran vacío que le rodeaba.

Con firmeza liberé mi codo de su mano; era como si se te posara encima una trémula pero insistente mariposa. Me reí.

—También informó a uno de sus sufridos corresponsales, en lo que creo es una de sus últimas cartas, de que se había preparado el té, hecho la compra, y sufría porque tenía las botas rotas. Incluso Zaratustra debía enfrentarse con las aburridas exigencias de lo cotidiano.

No me escuchaba; sus ojos se movían de nuevo de un lado a otro.

—Pero escribirle a la mujer de Wagner —dijo—, a esa mujer, de entre todas las personas, llamándola su Ariadna y declarándole su amor, y a continuación ordenando que todos los antisemitas fueran fusilados...

Estaba, lo comprendí con impaciencia, bastante alterada. En su agitación se la veía vieja y demacrada. Miré desesperado a mi alrededor. El joven fumador de la ventana nos contemplaba con incrédula repugnancia, esos dos ancianos ahí de pie, tan juntos en escandalosa intimidad, toqueteándose. Kristina entrelazó su brazo en el mío, y no tuve otra opción que dar la vuelta y alejarme con ella pasillo abajo. Débilmente intenté repeler la manera en que insistía en tocarme, estrujando mi brazo contra su costado, por ejemplo, haciéndome sentir el calor de su escasa carne y la caja torácica de blanda apariencia que había debajo. También me llegó la delgadez de su brazo bajo la manga: era como si careciera de carne, todo tela y hueso. Al final del pasillo, al llegar a un gran ventanal inundado por un resplandor ahumado y blanco, apareció la figura de Cass Cleave y se me acercó, alargada y ondulante bajo aquella luz cegadora. Se quedó indecisa al ver que los dos avanzábamos del brazo. Llevaba un vestido suelto de lino, a través del cual se veía a las claras, como si la tela se hubiera vuelto transparente por un momento, su cuerpo enjuto, desnudo, de anchas caderas. Avanzó con la cabeza gacha, mirándose los pies. Llegamos el uno junto al otro y nos detuvimos.

—Kristina —dije con un gesto de la mano—, deja que te presente a Catherine Cleave.

Observé cómo se estrechaban la mano. Hubo algo vagamente cómico en ese instante, y sentí el fuerte impulso de echarme a reír.

—La señorita Cleave —dije en un solemne tono de mentor— es mi biógrafa.

Nada más decirlo me reí. ¿Por qué no se me había ocurrido antes? ¡Mi biógrafa! Cass Cleave se me quedó mirando, a continuación apartó veloz la vista. Kristina aún le daba la mano, repasándola de arriba abajo, a esa muchacha alta, de cabeza

pequeña, conmovedoramente desgarbada. Me acordé de que Magda odiaba dar la mano, hacía lo que fuera por evitarlo; me pregunto por qué. Intento recordar sus manos, imaginármelas; conozco su forma, su tacto, pero no pueda verlas. ¿Es así como ella me abandonará por fin, miembro a miembro, hasta que no quede más que mi vergüenza?

—¿Y ha visto el Sudario? —le preguntaba Kristina a Cass Cleave—. Nuestro famoso *Sindone*.

Mi memoria chasqueó los dedos: *sindone*, no *signore*. Kristina echó a andar otra vez, conmigo a la derecha y Cass Cleave a la izquierda; Kristina era una cabeza más baja que ella; bajé la vista hacia el pelo sin lustre de aquella pequeña mujer, a continuación volví a levantarla hacia mi chica, sonreí y le guiñé el ojo. Mi biógrafa.

—El profesor Vander nos ha estado leyendo —dijo Kristina, aún con la cabeza gacha, pero dirigiéndose a Cass—. «Desaparición y presencia real», un capítulo de su famoso libro. Me ha sorprendido —ahora me miraba a mí— que no mencionaras el Sudario: la desaparición, ya ves —soltó una breve risita—. Dicen que es el primer autorretrato. Siempre pensé que fue la Magdalena quien sostuvo la tela, no Verónica. Pero Magdalena sostuvo el pelo, ¿no es cierto?

(Unas largas y gruesas trenzas castañas ondean como plantas acuáticas a la luz amarilla de la lámpara, el agua cae a raudales de la jarra blanca. Ella se arrodillaba junto a la bañera, una devota ante la fuente sagrada, los anchos hombros inclinados, el cuello blanco desnudo. Su cráneo grande es frágil como un huevo bajo mis dedos, que lo masajean. ¿Dónde? Nuevayorkpensilvanindianabraska. Siempre en movimiento, hacia el oeste, pisando la tierra, como un tablero de ajedrez, a zancadas largas y ligeras. Las ciudades y luego las planicies, luego lo que llaman las tierras altas, con nieve y pinos, y las montañas, sus grandes cumbres, y luego el desierto, y por fin la Costa de Berbería, en cuyas aguas azules sus cenizas algún día flotarían brevemente, cabeceando...).

¿Qué?

Alguien me pregunta algo.

¿Qué?

Cass Cleave estaba delante de mí, escrutándome la cara con gesto de angustia, y preguntándome preocupada, con una voz que sonaba increíblemente remota, si me encontraba bien. ¿Todo bien? Dije que por supuesto que estaba bien. Con una sacudida libré mi hombro de su mano. ¡Condenadas mujeres, pasándome de mano en mano! Nos hallábamos al final del pasillo, junto al gran ventanal. Fuera, a la altura de los ojos, se veía la inverosímil cúpula en forma de pudín, ocre y siena tostado, de una iglesia, el duro sol relucía sobre sus emplomados. ¿Dónde estaba Kristina Kovacs? No sé cómo, se había ido sin que me diera cuenta. ¿Me había quedado inconsciente unos momentos? Y si era así, ¿por qué no me había caído? Cass Cleave estaba diciendo algo acerca de una dirección, mi dirección. Negué con la cabeza, como un perro viejo con agua en las orejas, que se esfuerza por comprender. ¿Mi dirección?

Mi dirección, ¿dónde?

—Me refiero a tu charla<sup>[4]</sup> —dijo, haciendo un gesto en dirección a la sala de conferencias—, tu lectura.

Seguí negando con la cabeza.

—¿Qué estás diciendo? —dije—. Estabas allí. Te vi entrar.

Ella frunció el ceño; dijo que no, que acababa de llegar.

—Te vi —dije—. Llegaste tarde. Te sentaste en un lateral, junto a la puerta. Te vi.

Intentó cogerme del brazo pero me alejé de ella. Escaleras y más escaleras, y luego unas puertas de emergencia dobles que se abrían empujando una barra de metal que no supe accionar. Cass estaba a mi lado. Puso su mano sobre la mía, en la barra. Sentí el tenue calor de su cara cerca de la mía.

—Estoy bien —dije—. Estoy *bien*.

Las puertas se abrieron como si fueran una mampara y un chorro de luz cegadora nos inundó.

Pero el hecho es que no me encontraba bien. Dije que necesitaba comer algo. Lo que de verdad quería, naturalmente, era otra copa, muchas copas más. Le ordené detenernos en el primer restaurante que vimos. Estaba en una plaza grande y polvorienta, Piazza Vittorio Nosequemás, esa que forma una pendiente hasta el Po. Nos sentamos a una mesa de fuera, bajo un toldo de lona, y desde allí se contemplaba el río y las colinas boscosas, azuladas y planas al resplandor de mediodía. Pedí un vaso de vino espumoso. Mientras sorbía esa bebida dulzona, de sabor levemente metálico, nubes de diminutas burbujas, frías y cosquilleantes, detonaban de manera agradable en mis senos. De vez en cuando, una ráfaga de viento cálido llegaba del río y hacía que el toldo se ondulara y chasqueara como una vela de barco. Cass Cleave estaba sentada en silencio, mirando hacia el río, haciendo visera con una mano, la axila malva al aire.

—A lo mejor —dije— deberías escribir realmente mi biografía. Que toda esa investigación sirva de algo, todo ese husmear en los intersticios de mi vida que tanto tiempo te ha ocupado.

Ella seguía sin decir nada, seguía con la cara vuelta a un lado, sin expresión, como el perfil de una moneda. Yo ya iba comprendiendo que esa era su postura favorita; qué transparente eres, querida, después de todo.

—Podrías escribirla en primera persona —dije—, fingir que eres yo. Te doy mi permiso sin restricciones. Te entrego los derechos para explotar mi vida. ¿Qué dices, *mein irisich Kind*?

De pronto deseé estar solo, solo yo y mi copa. El hecho —y soy consciente de que, dadas las circunstancias, resulta espantoso incluso mencionarlo— es que Cass, tal como suele, o solía decirse, no era mi tipo. Nunca me gustaron las altas, pálidas y periformes, aunque siempre fueron las que me iban detrás. De haber podido elegir —cosa que rara vez ocurría, debido a mi gran tamaño, claro— habría preferido mujeres pequeñas y gordas. Esa sí ocupa el centro del laberinto —ahora prácticamente sin

hojas— de mi imaginación sensual, una figura pequeña, achaparrada, a lo Buda, rosada y desnuda, con unos pechos gruesos, de pezones de frambuesa y hombros hermosamente llenitos, y unas rodillas tersas, relucientes y con hoyuelos, y tres deliciosos pliegues de grasa superpuestos sobre cada cadera. Ese ídolo carnoso no tiene cara, solo un espacio vacío en forma de corazón sobre el que mi fantasía venérea, cuando alcanza determinada temperatura, a veces estampa con prisas unos rasgos rudimentarios. Veo su pelo, de todos modos, muy negro y lustroso, con la raya en el medio y echado para atrás, el único atributo, por cierto, que Magda, y solo en su juventud, además, compartía con mi ideal secreto. ¿Dónde se originó la imagen de ese pequeño ídolo regordete? En una época muy remota de mi vida, sospecho, muy remota, desde luego, quizás en la mismísima cama donde me dieron a luz. Una idea inquietante.

Los techos color pastel de los coches aparcados en la plaza brillaban al sol, chillones y heráldicos, como los estandartes y escudos de un ejército postrado, ornamentado.

—¿Quién es Magda? —preguntó Cass Cleave, ahora frunciendo el ceño, y al parecer concentrando su atención en el tráfico que pasaba veloz por el terraplén—. Susurraste el nombre en mi oído —dijo—. Magda.

Vi de nuevo la habitación, la cama, la chica. Me pregunté cómo habría sido la experiencia para ella, pobrecilla. Le debió de parecer que había llegado a un país remoto, en bancarrota y nocivo, donde había sido capturada y atacada por una antigua bestia nativa del lugar, el último ejemplar de su especie, agresivo y espantoso, con la piel cayéndosele a pedazos, un aliento de cadáver y un ojo único y furioso.

—Magda —dije— era mi esposa. Murió.

Nos trajeron el almuerzo, aunque no recuerdo haberlo pedido. El camarero solo me llenó la copa hasta la mitad —ahora vino tinto, observé—, y yo le lancé un gruñido y le hice llenarla hasta el borde. Mientras me llevaba la copa a los labios, mi mano tembló de manera violenta, parkinsonianamente, y el vino se derramó y manchó el mantel. Cass Cleave intentó limpiarlo con su servilleta, pero yo le aparté la mano de un golpe y le dije con malos modos que lo dejara.

—No hagas tantos aspavientos —le espeté—. Odio a la gente que hace aspavientos.

Me puse a hablar de Hitler en Berchtesgaden. Es un pequeño cambio de conversación que hago en la mesa, para mi propio deleite o por alguna otra razón. Con destreza esboqué una imagen de la montaña mágica, con su pandilla de gnomos esforzándose por ser los primeros en el favor del Führer, esos hombrecillos repeinados y sus mujeres rubias, todo muslo y grandes y cuadradas nalgas cubiertas de satén, y él en medio de todos, el rey de la montaña, soñador y distante, exquisitamente educado, planeando con gran calma la destrucción del mundo. Ella mantenía los ojos fijos en el plato.

—¿Te estás preguntando si le admiro? —dije. Ella me miró—. Lo admiraba, un

poco. Lo admiro. Un poco. Mis amigos y yo, de jóvenes, soñábamos con una Europa libre y limpia —le eché otro largo sorbo a mi copa y me eché hacia atrás, sonriéndole a la cara—. Soy un viejo leopardo —dije—, no puedo disimular las manchas.

En una mesa cercana, un tipo con pinta de tunante, tocado con un canotier, nos escuchaba con interés, y cuando le miré a los ojos me lanzó una levísima sonrisita acompañada de un asentimiento de envidia. Qué raro que la gente siempre nos tomara, a Cass Cleave y a mí, por lo que éramos; debía de rodearnos un aura, un algo sulfuroso que generábamos, o quizás solo la generaba yo, que les decía que ella no era mi hija ni yo su padre. No estoy seguro del motivo, pero la mirada llena de deseo del viejo Aschenbach me hizo pensar de nuevo en Praga y en Kristina Kovacs. Aquel día, cuando se presentó en la puerta de mi habitación del hotel, yo estaba en la cama, probablemente con otra resaca de después de comer. Ella se colocó ante mí en una especie de pose de penitente, y eso tuvo cierto efecto lascivo, las manos agarradas a sus pechos y la cabeza inclinada, mirándome de soslayo y sonriendo, sin molestarse en decir nada, sin necesitar que yo dijera nada. En aquellos días era famosa por su belleza, una belleza de esas que ya se apagan, un tanto ajada, y casi todos los hombres, y no pocas mujeres, presentes en el congreso al que asistíamos —sobre Molière, Kleist y *Anfitrión*, creo recordar— habían intentado llevársela a la cama, pero fue a la mía a la que acudió. ¿Por qué? Más tarde me dijo que era porque admiraba mi mente, lo que me hizo reír; de haber podido mirar a sus anchas esa nauseabunda cueva habría salido por la puerta sin decir palabra, las manos levantadas, negando con la cabeza de horror. En aquella época aún tenía marido, en Bucarest, creo, una locura de su época de estudiante. Me habló de él, Istvan, o Ivan, o Igor, un nombre así, con esa vibrante y achocolatada voz de contralto que tenía, echada de espaldas con una mano detrás de la cabeza, contemplando el techo de manera enternecedora a través del humo de su cigarrillo, y llevándose un dedo con aire ausente al labio hinchado, donde mis dientes feroces la habían mordido. Yo la escuchaba, medio dormitando. ¡Menudos dramas! La noche que les registraron el apartamento. El día que les confiscaron la máquina de escribir. Los miedos que compartían, las riñas. Aquella vez en que Igorstvan volvió a casa tras haber pasado un fin de semana interrogado por la policía secreta, los ojos enrojecidos y la cara gris, y le soltó a Kristina un puñetazo en la barriga porque estaba furioso y asustado, después de lo cual ya no pudo dar a luz al bebé, y aquello, dijo, fue la tragedia de su vida.

—Ese asqueroso país —dijo entre dientes, echando humo por su boca de dragón—. Esa gente asquerosa.

¡Pero mirad! Ahí está Kristina, y también Franco Bartoli, sentados con nosotros a la sombra del toldo, escuchando a la chica que les está hablando, y ríen de una manera de lo más extraña. ¿Cómo han llegado hasta aquí sin que me diera cuenta? No recuerdo que llegaran, que se sentaran a nuestra mesa, que pidieran esas copas de vino con las que juguetean. Oigo que Cass Cleave les habla de alguien llamado

Mandelbaum, que viene a visitarla. Esas son las palabras que utiliza: «Viene a visitarme». Los dos están sentados de cara a ella, erguidos en la silla, sosteniendo las copas, la frente fruncida con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas, educados y estupefactos. La chica se inclina hacia delante, las piernas entrelazadas y un pie enganchado tras el tobillo de la otra pierna, y habla muy deprisa, de manera atropellada, enroscándose un mechón de pelo en el dedo, dándole vueltas y vueltas, con una extraña risa que es como un resoplido, como si lo que está contando fuera tronchante. Les dice que el señor Mandelbaum desprende un olor, un olor a almendras, que le precede y la advierte de que está a punto de llegar. Luego él llega y la coge en sus brazos y la estruja, y la estruja, hasta que la deja sin aliento y cae al suelo. Al ver que ahora estoy escuchando, o intentándolo, entre mi bruma de alcohol, me lanza una radiante y desesperada sonrisa, la mirada ardiente y borrosa a una. Ante mi vista distorsionada, parece uno de esos repugnantes retratos cubistas donde todo está plegado, en los que la cara se presenta al mismo tiempo de frente y de perfil, ya sabéis a lo que me refiero. Con perfecta calma y sin sorpresa, me doy cuenta de que está loca.

—Huele a almendras —dijo—, el señor Mandelbaum.

Su sonrisa cesó como si se hubiera apagado una luz de su cara, y cogió una copa —¿o fue la mía?— con las dos manos y dio un largo sorbo de vino tinto, observándome por encima del borde. Ya se habían llevado los restos del almuerzo, y yo tenía entre las manos una copa de..., ¿qué es? Otra vez grappa, supongo. El sol me quemaba la nuca. ¿Cómo era que nadie parecía haberse dado cuenta de que yo había estado ausente un buen rato? ¿Dónde había estado? En Praga, sí, con Kristina, con su camión color salmón. Cass Cleave, la cabeza echada hacia atrás y la garganta palpitándole, apuró lo que le quedaba de vino con un gran sorbo y dejó la copa sobre la mesa con un golpe y volvió a mirarme. Tenía la expresión torcida, como si la mitad del retrato que correspondía al perfil se hubiera desplazado levemente. Se puso en pie tambaleándose, se dio media vuelta y se sumergió en el oscuro interior del restaurante. El toldo aleteó, destelló el techo de un coche. Kristina Kovacs se aclaró la garganta y se agitó en su silla.

—¿Dices que está escribiendo tu vida? —dijo, incrédula. Franco Bartoli soltó una risita.

—¿Ella es tu biógrafa? —me dijo—. Ah —con la palma de la mano ocultó otra sonrisita—. Ah, ya entiendo.

Con su frente reluciente y calva, su boca en un puchero y su barba rala, suave, sedosa y ligeramente rojiza, tiene el aspecto, el pequeño Franco, de un singular y valioso animal doméstico, malcriado y malhumorado de tanto como lo miman. Las gafas al aire, posadas en el puente de su pulcra nariz, eran casi invisibles. Me pregunto por qué le desprecio tanto. Entonces comenzó a hablar, en un tono de apagada y sibilante furia, sobre un erudito francés muy en boga que había aceptado asistir al congreso y presentar una ponencia y la había cancelado en el último

momento.

—Casi igual —dije en voz alta, interrumpiéndole—. Tu francesito. Bator, Bartoli: es casi lo mismo —me reí, y sostuve en alto la copa de grappa y la moví para que la viera el camarero, que estaba apoyado con gesto huraño en un emparrado—. Bator el gnomo —dije—. Una vez me encontré con él. Desagradable, bruto y enano.

El lugar se había vaciado, éramos los últimos clientes. Me oía respirar, un fragor casi inaudible, estertóreo, como si un fuelle funcionara dentro de mi cráneo, lo que en mí siempre es señal de una incipiente borrachera. El mantel blanco tenía un brillo acuoso, y los objetos que había encima, cuchillo, tenedor, aceitera, pimentero, formaban todos el mismo ángulo con su propia sombra, y parecía que hubieran sido colocados en esa posición exacta, como trebejos de ajedrez, o runas, para que yo las leyera. El camarero, con cara de pocos amigos, trajo la botella de claro veneno, me sirvió; bebí. Intenté encender un cigarrillo, manoseé la cerilla y me quemé los dedos y maldije. Bartoli y Kristina Kovacs me miraban de una manera extraña por no decir alarmante, un tanto mecánica, sentados muy quietos, muy rectos, como un par de magistrados, las manos juntas ante ellos, sobre la mesa, sin parpadear.

—Sé que mataste a tu mujer —dijo Franco Bartoli.

Yo tosí, salpicando grappa.

—¿Qué? —grazné, ahogándome—. ¿Qué?

Kristina Kovacs me dio unos golpecitos en la espalda.

—El cuchillo —dijo Kristina Kovacs—, que si lo vas a recoger.

El cuchillo, claro; ahí estaba, en el suelo; la hoja, vista entre mis rodillas, tenía un brillo maléfico, ladino. Kristina Kovacs se levantó, bolso en mano. La agarré; quise saber adónde iba, temeroso de quedarme a solas con Franco Bartoli. Ella me dirigió una sonrisita mordaz.

—Voy a ver qué ha sido de tu biógrafa —dijo.

Pasó entre las mesas y entró en el restaurante, donde Cass Cleave había entrado antes que ella. Con la punta del dedo, Franco Bartoli hizo rodar una miga de pan adelante y atrás, pensativo y tenso.

—Ya sabes que se está muriendo —dijo, y me miró—. Me refiero a Kristina.

Sus ojos quedaron invisibles tras el destello del sol sobre los cristales de sus gafas. Enseguida me di cuenta de que él y Kristina Kovacs eran amantes. Lo vi, sin más; el exceso de alcohol siempre me da clarividencia. ¿Desde cuándo estaban liados?, me pregunté. A lo mejor —y eso fue divertido—, a lo mejor acababan de empezar, la noche anterior, quizás. Franco debió de ver en mi cara que lo sabía, pues bajó la vista rápidamente y comenzó a hacer rodar otra bola de pan, ahora de manera más agitada. Me los imaginé en la cama después del acto, Kristina despierta y llorando de modo desconcertante, y Franco con su panza y sus manos de niño, sus zapatos con alzas metidos discretamente bajo la cama, poniendo un rictus silencioso mientras ahogaba otro bostezo; y entonces, surgiendo de la oscuridad, el terrible y abrupto anuncio de su enfermedad, y Franco que enseguida piensa en el tacto seco de

la carne de ella y en el hedor pardusco que han exhalado sus pulmones agónicos mientras él subía y bajaba encima de ella, y quiere levantarse de un brinco y salir huyendo entre el sendero de ropas tiradas que hay entre la puerta y la cama, y correr por el pasillo del hotel, las escaleras, la calle, salir de la ciudad, ¡lejos!, pero no tiene más remedio que quedarse allí, paralizado de consternación, sin atreverse a mover un dedo por miedo a que todo, esa mujer, su aflicción, la vida de ella y su muerte inminente, se desmorone alrededor de sus oídos, que no quieren oírlo. Y siguen horas de charla, y ella derrama todos sus terrores, su angustia, consumiendo el aire de la habitación hasta que él apenas puede respirar. ¿Le habría contado lo de Praga, las cortinas corridas y ella chillando y mi pierna inerte entre sus muslos, dejando su grotesco tatuaje en el colchón? Se lo habría contado; oh, se lo habría contado.

—Toma una copa —le dije, sonriéndole casi con afecto a la cara—. Toma una copa conmigo, por los viejos tiempos.

Él no dijo nada ni levantó los ojos.

—Sé que la mataste —dijo en un susurro ronco de odio—. Sé que lo hiciste.

Kristina volvió frunciendo el entrecejo.

—La chica —dijo, y me miró—. Le hablé a través de la puerta, pero me dijo que me fuera. Sonaba...

Hay momentos, los conozco bien, en los que todo se vuelve de pronto laxo y vacío, como si el aire hubiera huido de las cosas, y las personas atrapadas en ese momento vacilaran, se sintieran desplazadas, se empujaran a un lado de sí mismas. Kristina Kovacs puso el bolso sobre la mesa. Franco Bartoli hizo ademán de levantarse, pero cambió de opinión, y por algún motivo pareció un tanto avergonzado. Me incliné hacia atrás y miré hacia arriba, esperando que hubiera algo en lo alto, encima de mí, en lo alto, pero solo vi el aire adensándose, y el borde de un toldo y una tracería de hojas entretejidas con el humo de mi cigarrillo, y un reactor invisible, muy alto, inscribiendo su gradual y doble marca de tiza a través del cenit. De nuevo esa brisa. El sol en los coches aparcados. El río, reluciente.

Cass Cleave salió de la penumbra del restaurante, la cabeza gacha, tambaleándose. Se detuvo un momento y miró a su alrededor, levantando una mano y entrecerrando los ojos para protegerse del resplandor, como si ese —las mesas vacías, el emparrado, nosotros tres mirándola— no fuera el lugar en el que esperaba encontrarse. Se acercó, sorteando las sillas —podrían haber sido animales agazapados—, y se detuvo a mi lado, apuntalándose con los dedos rectos de una mano sobre la mesa e inclinándose hacia delante en un ángulo vacilante. Empezó a hablar, pero no emitió ningún sonido, y entonces se puso a reír estúpidamente, por la nariz. Tenía un feo rasguño en el codo, del que salían unas gotas de sangre, y el vestido estaba manchado. Extendí el brazo y le agarré la mano en la que no se apoyaba e intenté utilizarla de palanca para levantarme, pero no pude, caí otra vez sobre la silla, y cerré los ojos.

El último regalo que le hice a Magda, una de las últimas cosas que le compré —al

igual que casi todas las personas desplazadas desconfío de las posesiones materiales —, fue un jarrón de cristal, ornamentado y absurdamente caro. De manera muy poco habitual en mí, imagino, me había acordado de que aquel era el cuarenta aniversario de nuestra vida en común, y aunque ella ya casi no se daba cuenta de nada, me dije que debería conmemorar la ocasión. En la tienda, una estrecha caja de lunas y acero oblicuo en la calle Euclid —¿soy el único que experimenta ese peculiar e inexplicable dolor en el corazón cuando compra un regalo?—, el jarrón me había parecido algo bonito y atractivo, alto y esbelto, el verde pálido del cristal atravesado de gruesas espirales de una blancura turbia, color azúcar. Sin embargo, cuando llevaba una semana o dos en el salón, el verde del cristal adquirió un matiz como de moco, mientras que las volutas de jarabe blanco congelado me provocaban una leve náusea si las tenía a la vista mucho rato, y me llegó a parecer algo maligno, incluso amenazante. Quería librarme de él, pero me di cuenta de que Magda le había cogido cariño, con toda su horrible verdosidad, que para ella debía de constituir un resplandor lo bastante intenso como para atravesar las brumas de su entendimiento irremediadamente trastornado. Se sentaba y se pasaba horas mirándolo, en plácida quietud, y yo no tenía valor para sacarlo por la puerta trasera y hacerlo añicos contra el suelo, como estaba convencido de que debía hacer. El jarrón, a su vez, debía de encontrarme igualmente repulsivo, o si no, debía de encontrar mi animosidad insoportable, y decidió que acabara nuestro malestar. He aquí lo que sucedió; desde luego, algo rarísimo. El día después de la muerte de Magda, yo estaba recostado en el sofá de la sala, inundado por mi nuevo estado de viudedad, con una bolsa de hielo sobre la frente, y en el suelo, a mi lado, una botella cuyo contenido disminuía sin cesar, cuando un sonoro estallido, agudo e incontrovertible como un disparo, me hizo erguirme asustado, como el hombre-monstruo que se arquea sobre la mesa cuando la gran chispa azul salta entre las varillas conductoras. Me puse en pie a duras penas, y con una escora de borracho me tambaleé hacia la salita para investigar, pensando, en mi estado de aturdimiento, en el agente Blanco —¿le recordáis?— y en esa roma pistola suya, cargada con cinco balas. Me llevó mucha observación e indagación infructuosa descubrir lo que había ocurrido. El jarrón se había partido, no en esos fragmentos en que suele romperse el cristal, sino en dos mitades casi iguales, verticales, con extraordinaria limpieza, como si lo hubiera partido por la mitad una hoja de diamante enormemente veloz o un poderoso rayo ultraterreno. Como quizá ya he comentado, no soy supersticioso —o no lo era, puesto que esto fue antes de que el fantasma de Magda comenzara a rondarme—, y supuse que probablemente se debía a que el cristal era defectuoso, que tenía alguna grieta tan fina que resultaba invisible, y que había acabado sucumbiendo a algún cambio infinitesimal en la temperatura del aire o a un cambio en la presión atmosférica. Pensé, casi con una punzada de remordimiento, en esa cosa antaño odiada que permanecía allí, día tras día, soportando mis torvas miradas y las horas en que Magda le dedicaba su mirada cariñosa, pero quizás no menos agresiva, inmovilizado y en lucha desesperada con las

irresistibles fuerzas del mundo que actuaban sobre él, esforzándose por mantenerse entero otra hora, otro minuto, unos segundos más, los últimos, en que permanecería entero, garboso. Pienso, naturalmente, en Cass Cleave. Pues así era ella también, otro jarrón alto, tenso, fisible, esperando a que lo partieran en dos.

En el lavabo había sufrido otro de sus ataques. No recordaba haberse caído, solo el olor leve y familiar, seco y dulce, y las voces de su cabeza que de nuevo hablaban todas juntas. El retrete era angosto y sucio, y al caerse se arañó el brazo en alguna parte, aunque no sintió el dolor. Y luego oyó a Kovacs llamando a la puerta y pronunciando su nombre, y consiguió ponerse en pie y agarrar un puñado de papel de váter y limpiar el borde de su vestido, que se había manchado de la mugre del suelo. Uno de sus peores miedos era desmayarse un día en un lugar asqueroso como ese y no recobrase hasta que alguien la encontrara, empotrada entre la taza y la puerta, con los pantis por las rodillas. Cuando emergió al sol se sintió ligera, como si pudiera echar a volar y el aire se hubiera convertido en otro medio, una especie de fluido viscoso y brillante que al mismo tiempo la sostuviera y le impidiera avanzar. Después de un ataque siempre se sentía así, como si todo cuanto la rodeaba fuera diferente, como si hubiese atravesado el espejo y entrado en el otro mundo reluciente que contenía. Cuando Vander intentó levantarse girando en su silla y le agarró la mano, Cass sintió que un enfermizo temblor recorría el brazo de Vander, como si se le escapara lo que le quedaba de vida, y cuando su cabeza cayó sobre la mesa con un terrible golpe, ella pensó que estaba muerto. La madre del padre de Cass había muerto en brazos de él: se había quedado dormido abrazándola, y ni siquiera eso, el que su madre muriera, lo había despertado. Irse así, sin hacer ruido, como si salieras de una habitación, te dieras la vuelta y cerraras sigilosamente la puerta; en su imaginación Cass vio una mano, la suya, soltando poco a poco el pomo reluciente, y su reflejo curvo y en miniatura encogerse hasta ser solo un punto de oscuridad y desaparecer. Irse.

Cuando Vander cayó, Kristina Kovacs y Franco Bartoli se pusieron en pie de un salto y comenzaron a hacer aspavientos como figuras mecánicas, como si su caída hubiera accionado un motor y puesto sus partes en movimiento. Kristina Kovacs tocó a Bartoli en la muñeca y este se volvió a toda prisa para irse, abrochándose la chaqueta. Ella no le dijo nada, y él asintió rápidamente, comprendiendo lo que ella no había dicho. Él murmuró algo en italiano: ¿una oración, o maldecía su mala suerte por estar ahí? Le echó un vistazo a Vander, que estaba desplomado hacia delante, con la cabeza sobre la mesa y los brazos colgando más allá de las rodillas, y volvió a asentir y dijo que *si, cierto*, iría a buscar el coche. Y se fue, muy deprisa, con pasos breves y decididos, la mano plana apretando el bolsillo lateral de la chaqueta. Vander, como si fuera un comentario desdeñoso, soltó un sonoro y prolongado eructo que remató en gruñido. Kristina Kovacs fue a su lado, y, mientras Cass Cleave miraba, le

puso las manos en los hombros y con un gran esfuerzo lo dejó erguido sobre la silla. Vander volvió a gruñir, más sonoramente, farfullando. Kristina Kovacs habló en voz baja, como si se dirigiera a un niño, en una lengua que Cass Cleave no reconoció, y a continuación, con un extraño y lastimero gesto, extendió el brazo, rodeó completamente la cabeza de Vander en una especie de llave de lucha, aunque cariñosa, y se lo acercó, hasta que la frente de él quedó apoyada en su vientre. Vander tenía los ojos cerrados y la boca abierta, y un hilillo de baba en la barbilla. De golpe, Cass Cleave fue consciente de que quería decir, o preguntar, algo, pero no se le ocurría qué era, ni a quién podía dirigirse, y, de todos modos, de pronto apareció Franco Bartoli dentro de su coche rojo brillante, aparcando junto a la acera.

Entre los tres pusieron a Vander de pie y cargaron con él hasta el coche, y para hacerlo avanzar lo iban empujando por los hombros, como si trasladaran un armario. Luego vino la dificultad de meterlo en el asiento delantero, que era bajo. Vander era un peso muerto, pero en mitad del esfuerzo, cuando Cass Cleave se inclinó debajo de él para sujetarlo, el cuello de ella quedó atrapado en la cálida y mojada axila de Vander, y le oyó soltar una risita, o eso le pareció. Incluso cuando al final consiguieron colocarle en el asiento, la pierna tesa se salía todo el rato, con cómica terquedad, hasta que Bartoli la trabó con la punta de su elegante zapato, y en el último momento, como si lanzara un penalti, solo que hacia atrás, apartó el pie rápidamente y cerró la portezuela. Estaba a punto de irse cuando llegó corriendo el camarero con la cuenta, que habían olvidado pagar, y Bartoli, con las aletas de la nariz blancas de furia, tuvo que salir y acallar las quejas del individuo metiéndole en la mano un fajo de billetes. En el hotel, mientras subían al borracho por las escaleras de entrada, las puertas de cristal automáticas se abrían con estúpida prontitud y se cerraban de inmediato, como si alguien, con el codo o con el pie, entrara temporalmente en el campo de visión de su ojo electrónico, mientras que, en la estrecha calle, se formaba una cola de vehículos que bramaban y echaban humo tras el coche abandonado de Bartoli, pequeño y encogido. En la habitación, Franco Bartoli, con el brazo de Vander agarrado a su cuello, perdió pie y comenzó a caer, lenta, temblorosamente, y para impedir que todos dieran con los huesos en el suelo tuvieron que soltar a Vander, que quedó meciéndose un momento antes de caer hacia delante, la cara impactando sobre la cama con la fuerza de un árbol talado. Cass Cleave se sentó con calma en una silla y Bartoli reculó, jadeando, y se sacudió la pechera de la chaqueta y se alisó las solapas, igual que un gorila de discoteca que acaba de echar a la calle a un alborotador especialmente violento. Kristina Kovacs había puesto a Vander de espaldas sobre la cama y ahora le quitaba los zapatos. Cass Cleave, temblando, se puso en pie, se dirigió a la ventana y cerró las cortinas para que no entrara el sol, y no supo por qué lo hizo, solo que le pareció algo necesario. De pronto en penumbra, la habitación adquirió un aspecto devoto, y la forma supina de Vander en la cama y los dos personajes espectrales que había a su lado semejaron, se dijo Cass Cleave, las figuras que se ven en el centro de un retablo.

Kristina Kovacs miraba a su alrededor con interés, ceñuda, como si acabara de darse cuenta de que ese era el lugar donde una vez había perdido algo, y se preguntara si aún podía seguir ahí. Franco Bartoli, ansioso por marcharse, le tiraba de la manga, intentando arrastrarla hacia la puerta. Le dijo a Cass Cleave que le telefonaría más tarde, y ella asintió; quería que los dos se fueran, y deprisa. Pero cuando estaban en la puerta, Kristina Kovacs se quedó un momento indecisa, aún con el ceño fruncido de perplejidad.

—No debería beber —dijo como para sí misma, negando con la cabeza—. De verdad que no debería beber.

Bartoli le cogió el brazo con las dos manos y tiró de ella hacia el pasillo. Sin embargo, al salir debieron de detenerse en recepción, pues al poco, mientras Cass estaba sentada en silencio junto a la cama en la santificada quietud del cuarto, llamaron enérgicamente a la puerta, y entró un anciano delgado y elegante, vestido con un reluciente traje de color claro. El hombre dijo que era médico, y lo dijo como si fuera el único médico de la ciudad. Tenía un aspecto oriental. La cara morena, delgado y descarnado, los ojos oscuros pero amables; el pelo ralo teñido de negro y muy engominado, y un aroma perfumado, a sándalo, se dijo Cass, aunque no estaba segura de haber oído nunca el sándalo. Llevaba un auténtico maletín de médico, que abrió como si fuera la carnosa boca de un pez, exhalando ese olor antiguo y familiar. Cass, sin atreverse a acercarse demasiado, miraba la tela extrañamente brillante y nacarada de que estaba hecho el traje; no era tanto una tela como una especie de metal, maravillosamente delgado y blando, que brillaba desde todos los ángulos a la luz de la lamparilla de la mesita. El médico esperó mientras ella, siguiendo sus órdenes, desanudaba la corbata de Vander y le desabrochaba la camisa, a continuación se sentó a un lado de la cama con un pie levantado y apoyado sobre la punta, y escuchó el corazón de Vander, y le alzó los párpados y le apuntó con una luz a los ojos, y miró dentro de los oídos con la luz, y le abrió la boca y también miró ahí. Acto seguido, de las profundidades de la bolsa sacó una anticuada jeringa metálica con el tubo de cristal, y una pequeña ampolla de cristal de un líquido claro, puso la ampolla boca abajo e insertó la aguja en el cierre hermético de goma, que, observó Cass con interés, era exactamente del mismo color que la cámara de una rueda de bicicleta; a lo mejor, se dijo, era del mismo tipo de goma, y de nuevo se maravilló ante el hecho de que muchas cosas aparentemente disímiles fueran, en el fondo, la misma. El médico subía y bajaba el brazo de Vander por el codo, como si fuera la manivela de una bomba. Luego vino lo del trozo de algodón, que siempre le daba escalofríos. Observó cómo la aguja formaba primero una muesca en la piel flácida y luego entraba y se hundía sin resistencia, en ángulo, dentro de la vena. Cuando el médico hubo guardado la aguja y la ampolla, se sentó y se quedó inmóvil unos momentos, como si fuera a él y no a Vander a quien le hubiera administrado el sedante. A continuación miró a Cass.

—Y usted —dijo—, ¿se ha hecho daño? —señaló el arañazo del codo.

—Me caí —dijo ella.

El médico asintió, le tomó la mano; sus dedos largos y delgados eran secos y tersos, como trozos articulados de madera lisa y seca; con la otra mano hizo un gesto peculiar, moviéndola de lado, arriba y abajo, como si impartiera una especie de bendición. El aliento le olía a tabaco y a algo caliente y dulce. En el silencio de la habitación, el único sonido era la respiración de Vander, suave y regular. El doctor examinó con atención el araño del brazo de Cass, pero de pronto pareció perder interés y lo soltó y miró hacia otro lado, pensativo. Cass se imaginó cómo sería la casa del médico. En su mente apareció un apartamento grande, silencioso, en penumbra, que olía como él a humo de tabaco y a sándalo, y a esa cosa dulzona, con muebles grandes, oscuros y borrosos, y fotografías en marcos plateados, ya deslustrados, en las que aparecían unos niños pálidos, de cara solemne, sus hermanos y hermanas, muertos o desperdigados, y personas mayores de mirada severa, su padre, delgado igual que él, con cuello duro, y su madre de joven, lívida y nostálgica. ¿Cómo podía haber tanta gente en el mundo, se preguntó, tantas vidas? Por no mencionar las incontables muertes.

—Dormiré —dijo el médico, mirando de soslayo a Vander, y luego de nuevo a ella, y sonrió, como si acabara de hacer un truco de magia—. Dormiré y luego, por la mañana, se despertará.

Él se fue. Ella volvió a sentarse en la silla, junto a la cama, con las manos en el regazo, y escuchó cómo los sonidos del día se iban apagando a su alrededor, un suspiro prolongado, languideciente, de miles de voces. La rendija de las cortinas pasó de blanco líquido a ámbar, y luego a un intenso azul marino. La última vez que había velado el sueño de Vander, él había parecido eludirla, saliendo de sí mismo de aquella extraña forma, pero ahora, inconsciente más que dormido, estaba presente de manera más vívida que si estuviera despierto; echado de espaldas, con los ojos cerrados, ceñudo, como si se concentrara en un enigma o un problema. De algún modo Vander poblaba la habitación, y era como si además de él y ella hubiera otras, una reunión silenciosa e invisible. Pero a lo mejor no era Vander el que provocaba ese efecto, quizás no eran los fantasmas de él, sino los de ella. Cass se acercó a la ventana y miró hacia lo alto, y vio la cara plateada y casposa de la luna contemplando la ciudad con cierto regodeo.

Más tarde, Vander se despertó. Al principio no supo dónde estaba ni qué le había pasado. Ella le contó lo que había dicho el médico.

—Estás agotado, e intoxicado de alcohol. No debes beber tanto.

Él no la escuchaba. Le ordenó que encendiera más luces, y como ella no le obedeció, él se agitó de un lado a otro de la cama, palpando la pared en busca de interruptores, pero enseguida se desplomó sobre los almohadones, gruñendo de cólera y desesperación. Preguntó dónde estaban Bartoli y Kristina Kovacs, adónde habían ido.

—Les conté que eras mi padre —dijo ella, y él levantó bruscamente la cabeza y

se quedó mirándola.

—Estás loca —dijo Vander—. Y yo soy un estúpido.

Le pidió que le trajera cosas, una copa de vino, comida, cigarrillos, un libro para leer, arrastrando las palabras, el ojo ciego paseándose por la órbita. Al cabo de un rato volvió a dormirse. Aún parecía enfadado. Ella le arrojó con la colcha y se fue a su habitación, recorriendo los pasillos con cautela, temiendo encontrarse algún otro huésped, o peor aún, con algún empleado del hotel. Imaginaba que había alguien detrás de cada puerta, con la mano en el pomo a punto de saltar y... no sabía por qué ni para qué iban a saltar, el salto en sí mismo parecía suficiente.

Se diría que su cuarto había sufrido una sutil alteración: era como si una banda de intrusos se hubiera colado y lo hubiera revuelto todo y luego lo hubiera colocado otra vez en su sitio. Se quitó la falda sucia, abrió el grifo de agua caliente del cuarto de baño y se lavó el codo rasguñado. Se cepilló los dientes, permaneció un buen rato inmóvil ante el espejo, el cepillo de dientes en la mano, sin mirarse. No sabía qué hacer. Regresó al dormitorio y se sentó a un lado de la cama y telefoneó a su madre y le dijo que volvía a casa. Mantenía la mano ahuecada sobre el auricular y hablaba en un susurro, como si hubiera alguien en el cuarto que pudiera oírlo, y su madre cada vez tenía que decirle que repitiera lo que había dicho. Había silencios en los que oía la respiración de su madre. Se dijo que sus voces volaban por la oscuridad, sobre los tejados de la ciudad y por el campo y por las altas y nevadas cumbres y por otras ciudades y por el mar y luego..., y luego...

—Por cierto, tu padre me ha dejado —dijo su madre con una risita cínica—. Se ha ido a lo que él llama su hogar, a vivir con el fantasma de su mami.

Cass no contestó. Se estaba preguntando cómo funcionan los teléfonos. ¿Los cables transportan las palabras, o las palabras se convierten en señales, impulsos, que luego se vuelven a convertir en palabras? ¿Cómo se hace eso? Debe de existir un dispositivo en cada teléfono que cifre lo que se dice mientras se dice y lo descifre inmediatamente al otro extremo. Pero ¿dónde debe de estar ese dispositivo? ¿En el propio teléfono o en la cosa que ella tiene en la mano, cómo se llama, el auricular?

—¿Te encuentras bien? —dijo su madre, incapaz de reprimir una nota de impaciencia en su voz.

¿Se encontraba bien? No lo sabía. Colgó suavemente, y creyó haber oído el chasquido de la conexión al interrumpirse, como una lengua que chasquea, un instante antes de que la línea se cortara. De modo que su padre por fin se había ido; se alegraba. Esperó un momento y volvió a levantar el auricular. No había dicho adiós. La línea le lanzó un leve gruñido, con una reprobatoria señal de que comunicaba. Colgó otra vez y esperó a que su madre volviera a llamar, encorvada, tensa, con los brazos apretados contra el pecho, mirando sin parpadear el teléfono. Pero no sonó. ¿Cómo iba a sonar? No le había dicho a su madre dónde estaba. Se acordó de la luna que había contemplado desde la ventana de la habitación de Vander, con todo aquel espacio que la rodeaba, esa oscuridad.

Volvió a recorrer los pasillos silenciosos, en los que se oía un zumbido. Vander seguía dormido. Se inclinó sobre él, y le llegó el olor a habitación de enfermo que desprendía, a ceniza y cera de velas y orina. Un ínfimo resplandor de escama de pescado era visible entre los párpados de su ojo ciego, no cerrados del todo. Cass contempló cómo los nervios del cuello de Vander se estiraban y tensaban cada vez que respiraba. Se sentó y reemprendió la vigilia. Ahora estaba tranquila, pero sabía que no dormiría. Seguía teniendo esa sensación, que había empezado tras el ataque en el restaurante, de estar flotando, floja e inmóvil, como un pez en un arroyo, mientras por todos lados las cosas pasaban junto a ella a gran velocidad, el mundo y todo lo que había dentro, denso, claro y veloz. No sabía qué hora era cuando oyó cantar al niño, solo que era tarde, plena noche.

A lo mejor, después de todo, se había quedado dormida, en una especie de sueño, sentada allí, junto a la cama, pues cuando oyó al niño se dijo que el sonido la había despertado. Y al igual que cuando, algunas veces, el que sueña se despierta de pronto al desvanecerse el sueño, ahora, del mismo modo, todo lo que había poblado su cabeza, sueño o reflexiones o recuerdos, todo se desvaneció al instante, dejando solo ese momento, en esa habitación, a la luz de la lamparilla, con el viejo respirando en la cama y el sonido del niño cantando procedente del pasillo. No era ninguna de sus voces, estaba fuera de ella, fuera de la habitación, real, una melodía débil, aguda, sin palabras. Se sentó y escuchó un rato, sin temor. No era tanto un sonido como una parte del silencio, una parte de la noche, estaba y no estaba, como la oscuridad, o el aire mismo. Fue a la puerta y la abrió con cautela. Esperaba encontrarse al niño delante de ella, en el mismísimo umbral, la cara levantada, cantándole, pero no, no había nada, ni nadie. Miró arriba y abajo del pasillo; estaba desierto. Salió y la puerta se cerró a su espalda; no pasaba nada, tenía la llave, la llave de Vander, la tenía en la mano. Fue hasta donde el corredor doblaba. Una leve brisa llegó de la curva y le puso sus infructuosos brazos contra la cara, los brazos desnudos. Ella reuló, y se vio avanzar de nuevo. Quien cantaba era un niño, o una niña un tanto masculina, quizás, muy pequeña, un ser en miniatura, más parecido a un enano que a un niño, con una afilada carita blanca y un flequillo de pelo negro bajándole por la frente en uve. Estaba sentado, reclinado más bien, sobre la alfombra, en el suelo, delante de una puerta cerrada, en una postura peculiar, retorcida, apoyado sobre un codo. Tenía una especie de muñeca con la que jugaba. Al oír los cautos pasos de Cass dejó de cantar enseguida y levantó la vista hacia ella con una mirada solemne, los ojos muy abiertos, sin que pareciera sorprenderle aquella silenciosa aparición sobre pies silenciosos. Los párpados inferiores le colgaban un poco sueltos de los ojos, de modo que desde donde Cass estaba solo podía ver los bordes internos, dos estrechas medias lunas de refulgente membrana de la misma textura que los labios rosados y separados de su boca pequeña. La muñeca con la que jugaba estaba hecha de lana, un torso de lana beige relleno, extremidades beige y una cabeza calva y con bultos, todo hinchado y ajado; vio que la cara no tenía rasgos. El niño perdió interés por Cass y reanudó su

canto quejumbroso e hizo que la gruesa muñeca se pusiera a girar, iniciando una danza ebria. Cass quiso decir algo, pero pensó que el niño no la entendería, fuera cual fuera el idioma en que le hablara. De modo que simplemente se quedó ahí y lo observó jugar mientras escuchaba aquella canción que era como un zumbido. Entonces la puerta en la que estaba apoyado se abrió repentinamente hacia adentro, de par en par, con una succión y una ráfaga de aire, y aunque todo lo que Cass pudo ver de la habitación fue la cuña de la luz de la lamparilla y la pata de una silla, tuvo la sensación de que había vasos vacíos, ropas tiradas y platos sucios sobre los brazos del sofá. Habló una voz, y dentro se escuchó la respuesta de una carcajada indolente, y un brazo dentro de una camisa de hombre salió y agarró al niño por debajo de los hombros, y, levantándolo, lo metió bruscamente. Lo último que Cass vio del niño fueron sus piernecitas atrofiadas, que colgaban rígidas, como las partes inferiores del muñeco de un ventrílocuo cuando, al final de la actuación, este se lo lleva del escenario bajo el brazo. Volvió a la habitación de Vander, y sin desvestirse se tendió junto a él en la cama y por fin se sumió en un sueño insondable.

Un traqueteo y un estrépito los despertó a los dos al mismo tiempo. Era ya de día. En el intervalo que dura una respiración, los dos se quedaron mirándose de almohadón a almohadón en estupefacta alarma. El estrépito se repitió. Cass Cleave se levantó y descorrió las cortinas y abrió de par en par las dos altas hojas de la ventana. Una contraventana se había soltado de su pestillo y golpeaba contra la pared. En lo alto del cielo lustroso había blancas colas de caballo, y por toda la ciudad un viento oceánico se vertía en luminosas rachas. Ella se asomó y enganchó el pestillo del postigo. Vander se incorporó, los ojos nublados y parpadeando, pasándose la lengua por los labios pegados, largos mechones de pelo blanco flotando y revoloteándole por la cabeza como filamentos eléctricos cargados.

—Tú —dijo mirándola furioso—. Todavía estás aquí.

Ella no respondió, pero se le acercó y comenzó a arreglarle la ropa de cama. Él no hizo ningún movimiento para ayudarla, ni siquiera levantó las ancas para dejar que ella estirara las sábanas.

—Estoy enfermo —dijo él—. ¿He dormido?

Ella seguía sin responderle. Con un gruñido, Vander se levantó, fue arrastrando los pies hasta el baño y cerró dando un portazo. Cuando Cass volvió a arreglar la ropa de cama, esta desprendió una vaharada aún más intensa a aquel olor ceniciento, de cera. Del cuarto de baño llegaron sonidos de vómitos, seguidos de un sonoro gemido de furia y asco. Ella volvió junto a la ventana. En el edificio de delante había un hombre asomado a la ventana, fumando un cigarrillo. Ella vio una oficina detrás de él, con un escritorio, papeles y máquinas de oficina, todo desolado y sin sombras bajo el brillo irreal y gélido de los tubos fluorescentes del techo. Se miraron uno al otro un momento sintiendo una ligera y cómica desesperación, como dos náufragos atrapados en islas distintas, donde la calle que tenían en medio era un canal profundo e imposible de vadear. Ella sentía el viento azotando el edificio.

Cass tenía hambre y se acercó al teléfono para pedir el desayuno. La voz que le respondió era estridente y metálica, como si ascendiera desde una serie de cisternas cada vez más profundas y con eco. No sabía qué pedir. Le pareció oír el viento en el receptor. La voz procedente de la cocina perdió la paciencia, dijo algo que ella no entendió y colgó. Vander salió del baño, desnudo, pálido y temblando.

—Estoy enfermo —volvió a decir, sin mirarla, y se dirigió a la cama, la espalda encorvada, frotándose las manos con aprensivo vigor, como un nadador medroso que se acerca al borde de la temida agua.

Tenía pecas color chocolate en la espalda, unos largos pelos grises le brotaban de los omóplatos, y la carne fofa de sus ancas asimétricas se bamboleaba al andar. Cass nunca había visto a nadie tan grande, tan desnudo y tan indefenso. Un tanto asombrada, reflexionó sobre el misterio del tiempo y sus estragos. Pronto, en pocos años, una década a lo sumo, él habría muerto, y todo lo que había sido y era ahora ya no existiría.

Vander se había metido en la cama y estaba tapado hasta la barbilla. Cass vio los pelos de su barbilla hundida reluciendo como granos derramados de arena. Cuando llamaron a la puerta, ella se volvió rápidamente con una expresión de desasosiego, como si la persona que llamaba estuviera a punto de acometer la puerta con el hombro y echarla abajo. Por un momento se dijo aterrada que a lo mejor era el médico que volvía para asegurarse de que había hecho todo lo que le había ordenado, de que Vander estaba descansando, de que había dejado de beber, de que a ella se le había curado el rasguño del brazo, de que todo iba bien y no había ningún problema. Sin embargo, no era el médico, sino un camarero, que traía el desayuno que ella no había pedido. Todo se disponía sobre una especie de carrito que se podía introducir en la habitación; se inclinó hacia delante como un jugador de billar, y tras dirigir su mirada caída y circunspecta a derecha e izquierda, avanzó. Era un tipo viejo y calvo; ella le reconoció, pero en aquel momento no supo de qué. El camarero la miró, luego a Vander, detrás de ella, en la cama, y frunció el ceño: solo había desayuno para una persona. No pasa nada, dijo ella levantando las manos, sería suficiente, bastaría. Tenía miedo de echarse a gritar si el camarero decía algo, una sola palabra. Contempló la comida con algo parecido a la desesperación, al desamparo. Había huevos, y embutidos, y lonchas de un queso de color claro, reluciente, y panecillos y roscos, y tarrinas en miniatura de miel y mermelada, y jarritas de leche y agua caliente con bolsitas de té y sobrecitos de café instantáneo, y una gran copa llena de zumo de naranja de un inverosímil color naranja bajo una tapa de papel con flecos. El camarero acercó la mesa a la ventana y la giró, alineándola con unas invisibles marcas en el suelo, y la miró a ella, y levantó la corona de papel de la copa de zumo de naranja con un movimiento de mano grave y extraño, como cuando un sacerdote levanta la tela blanca del cáliz, y ella le reconoció. Era el portero de noche, el que le había llevado el vaso de agua y la servilleta. ¿Cómo no le había reconocido enseguida, cómo podía haberlo olvidado? La cabeza sin tronco de Vander le dijo al

camarero algo en italiano que este no pareció oír, o prefirió no hacer caso, y siguió observando a Cass Cleave con sus ojos oscuros y melancólicos, que eran exactamente iguales que los del médico. Ella sacó un revoltijo de monedas de su bolso y se las entregó, y él hizo una leve reverencia, moviendo la cabeza a un lado y hacia abajo con una mueca que denotaba gratitud, se metió las monedas en el bolsillo, pasó junto a ella con agilidad, se dio la vuelta, hizo otra reverencia, y silenciosa, silenciosamente, se retiró.

Vander la observaba, moviendo la cabeza sobre el almohadón para seguirla por la habitación con los ojos. Le pidió que le diera de comer. Ella trajo una silla y se sentó delante de la comida. Ahora ella no tenía hambre. Estaba pensando. Estaba excitada. Le brillaban los ojos. Metió una bolsa de té en una taza y vertió agua caliente. Mordisqueó uno de los roscos; sabía rancio.

—No deberías comerte las uñas —dijo Vander—. Míratelas.

Ahora oían el viento cálido soplando en la calle, y en la habitación todo parecía tenso, como si se oyera un rasgueo seco, igual que si se hallaran en la cabina de un barco bajo una vela completamente hinchada.

—Te vi entrar en la sala de conferencias —dijo él, en tono huraño y acusador, sin mirarla—. A lo mejor fue tu fantasma.

Ella no dijo nada y dio un sorbo a su té tibio. Pensando.

—Entraste —dijo— y te sentaste, y yo estaba hablando de la inexistencia del yo.

De pronto soltó una sonora carcajada que acabó en tos e hizo temblar la cama. Sacó una mano de debajo de las sábanas y la sostuvo en alto para que ella la viera.

—Con esta escribí esos artículos que descubriste —dijo—. Ni una sola célula sobrevive en ella de esa época. Entonces, ¿de quién es esta mano?

Él, yo, vi de nuevo la botella vacía a su lado, las píldoras malva en la palma de mi mano. Cerré los ojos. Escuché el viento que barría los tejados. La chica se me acercó y se arrodilló junto a la cama, me cogió la mano con las suyas, se la llevó a los labios y la besó. Yo.

Era todo tan simple, tan simple y tan claro. Ella debería haberlo visto desde el principio. Las señales habían estado ahí todo el tiempo, o mejor dicho, todo el tiempo todo había sido una señal, esas altas cumbres blancas que brillaban a la luz de la luna y que ella había vislumbrado desde el tren, el gordo que casi se le cae encima, la bandada de palomas de la estación que salieron volando de las sombras hacia el cielo del alba, todo: la extraña joven en la casa de Nietzsche; el médico cogiéndole la mano e impartiendo esa especie de bendición; el niño que cantaba. Había visto todo eso, y sin embargo no lo había visto. Con ella siempre era igual, hacía su vida durante un tiempo, simplemente mirando, observando cosas, captándolas, pero sin relacionarlas, sin distinguir sus relaciones; sin comprender. Hasta que el camarero no levantó la tapa de papel de la copa de zumo de naranja, girando la muñeca en ese gesto lento y

solemne, no lo entendió todo. Fue como si una luz se hubiera encendido en su cabeza. O no, no, fue como si se hubiera sumergido en algo denso y oscuro y de pronto se hubiera levantado y hubiera irrumpido a través de la superficie sin hacer ruido, entrando en la luz, el resplandor. Y era todo tan claro, y tan simple.

Lo que no estaba claro era si los signos eran en verdad signos, si se dirigían especialmente a ella, o si formaban parte de la cosa en sí, la cosa a la que todavía no sabía qué nombre dar; es decir, esas partes que se le permitían ver, observar, captar. La estructura que de pronto había percibido podía ser tan solo un aspecto superficial de un orden muchísimo más profundo e infinitamente más complejo, al que nunca se le permitiría acceder. No le importaba que fuera así. De hecho, le gustaba imaginar que habría un nivel que no podía alcanzar, que nunca podría alcanzar, un mosaico bajo el mosaico que había desvelado. Un mosaico, sí, incrustado en el suelo de un templo, y ella de rodillas, la sacerdotisa destinada al santuario por unos votos inmemoriales e inquebrantables. Incluso tenía su cetro sagrado, en forma de pluma estilográfica, con sus reliquias profanas envueltas a salvo en su interior.

No esperaba ser capaz de comprender de manera cabal el significado e importancia de todo lo que le habían..., de todo lo que le habían puesto ante los ojos. Si lo comprendiera, significaría que no había misterio, y el misterio era esencial. No, debía llevar a cabo los ritos tal como se le exigía. No dudaba de que conocería los ritos y la manera adecuada de llevarlos a cabo. Se lo dirían. Se lo enseñarían. O a lo mejor ya estaba haciendo lo que tenía que hacer, lo había estado haciendo desde el principio. Era posible que lo que hacía, hasta la acción más insignificante, resultara precisamente lo que era necesario hacer, sin que ella lo supiera. Mientras pensaba todo esto experimentó un momento de tan intenso —no supo cómo llamarlo—, de un algo tan intenso que la hizo palidecer. Todo tenía un significado, una función, un lugar en esa estructura, y nada era gratuito.

Le alegró que Vander volviera a dormirse, permitiéndole pensar. Tenía que ver con él, él estaba en el centro de todo, él era el mismísimo centro. ¿Significaba eso que ella iba a salvarle? Cass contempló la devastada cabeza de él sobre los altos almohadones, como hundida en mármol brillante. Sus párpados de venas azules eran como dos globos en miniatura del mundo insertados dentro de su cráneo, recorridos por todas partes por diminutos ríos azules. Cass sintió un escalofrío, temblaba, como si el achicharrante viento de fuera soplara también dentro de ella, barriendo los espacios vacíos de su interior. Se levantó lo más silenciosamente que pudo, se fue a su habitación, hizo la maleta y la llevó a la habitación de Vander. Estaba colgando un vestido en el guardarropa cuando se miró al espejo de la puerta del armario y vio que él volvía a estar despierto, y que había vuelto la cabeza sobre la almohada y la estaba mirando. Vander le preguntó qué estaba haciendo. Ella le dijo que estaba deshaciendo la maleta.

—Me voy a quedar aquí contigo, cuidándote.

La mirada de él era apática y distante.

—He soñado con mi mujer —dijo—. Estaba conmigo, aquí, en la habitación.

Estaba cansado, cansado y enfermo. Sentía el cerebro derretido, hinchado en su cuenco de hueso. Quizás había sufrido una apoplejía de verdad en la calle, el primer día que estuvo con ella, o en el restaurante del día anterior. ¿Qué se sentía al sufrir una apoplejía? Intentó doblar los brazos, mover la pierna buena. Era como si las mantas pesaran muchísimo.

—Creo que sufro una parálisis —dijo en un tono amable, y la idea le pareció casi divertida—. No puedo moverme.

Cass Cleave, que le estaba arreglando los almohadones, se detuvo, se inclinó sobre él, y le miró a los ojos. ¿Así va a ser, se preguntó ella, esa iba a ser toda su tarea, simplemente cuidar de él? Se vio a sí misma atendiéndolo, la cama un sarcófago, y el cadáver envuelto rematado por una cabeza viva; vio los días surgir del alba hasta el ardiente mediodía, y luego la larga y lenta caída hacia la tarde y la noche. La cabeza hablaría, sería el oráculo, le contaría cosas; ella entendería; le sería dado entender; sabría. De pronto, con una rapidez animal, él volvió a sacar un brazo de debajo de la sábana y agarró la muñeca de Cass con una mano que parecía una garra. Tenía los dedos secos y ardientes. Ella le miró las uñas como ágatas, estriadas, astilladas. Él la soltó, lo abandonaron las fuerzas; su mano se retiró bajo la sábana como un animal que huye. A ella le quedaron unas marcas blancas en las muñecas, enseguida volvió la sangre bajo la piel floja. Ella se inclinó y puso la boca junto al oído de él, le dijo algo en un cálido susurro, le dijo algo que no pudo oír. Su aliento caliente. Diciendo algo.

## **II**

Ven, mi chica espectral, sacúdeme los almohadones y siéntate a mi lado, que te contaré un cuento, un cuento en el que había decidido no pensar más hasta que me lo volviste a traer a la memoria. Comenzó hace mucho, mucho tiempo, en la ciudad de Amberes, con un paseo por esas sinuosas calles al que, de manera inevitable, bauticé como el Camino de Vander. La esquina de la plaza con los plátanos era el lugar donde mi mundo se cruzaba con el suyo. Cuando pienso en ese lugar, el tiempo siempre es gris, el gris luminoso, de azogue, del inicio de la primavera en el norte, para mí el color del pasado. Donde vivíamos nosotros, la calle que subía hasta la plaza era muy estrecha, y había que ascender una ligera pendiente que quedaba inclinada, la acera izquierda más alta que la derecha, lo que, cuando subía, me provocaba una sensación de vértigo, de estar a punto de caer, siempre, no sé por qué, cuando estaba abajo del todo. En lugar de una aguja de campanario y el olor de las flores de espino, los hitos de mi memoria son las tres bolas doradas que había sobre la tienda de empeños de Wassermann —siempre me preguntaba cómo las mantenía tan relucientes, y si estaban hechas de oro de verdad— y el tibio olor a vainilla procedente de la pastelería que había en la esquina de la plaza. Las grandes casas adosadas que había al otro lado, en el lado donde vivía Vander, más allá de los árboles, eran altas, marrones y con muchas chimeneas; en el humo helado de las mañanas de invierno, su parte superior se desmenuzaba en una onírica fantasmagoría, igual que los diáfanos edificios que aparecen de fondo en un Memling o un Tintoretto. Tenían contraventanas, y balcones de hierro forjado, y aquí y allá, a través de alguna de sus altas ventanas, se nos permitía un atisbo de la opulenta vida que se desarrollaba en su interior: una araña de luces encendida, un cuenco de rosas sobre una mesa antigua, una mujer delgada ataviada de seda, de pie con un brazo doblado y el codo apoyado en la palma de la mano, fumando un cigarrillo y contemplando el mundo con un rictus de indolente satisfacción. El apartamento de Vander era una sucesión de habitaciones altas y frescas pintadas de un blanco plateado, de un azul marino, o un rojo intenso y brillante. Para mis ojos juveniles y ávidos, todo ese brocado, ese similor, esa madera oscura y brillante, parecían el epítome del buen gusto y el lujo discreto, aunque imagino que en realidad no era más que lo habitual en la alta burguesía. Los Vander no pretendían ocultar el hecho de que eran ricos. El padre

comerciaba con diamantes, una ocupación que en una ciudad que no hubiera sido la nuestra habría parecido excitante, exótica y de dudosa reputación. Su jovialidad ocultaba un carácter muy astuto y cauto. Viajaba mucho, a Ámsterdam, París, Londres, y sospecho que mantenía amantes en más de una ciudad: su manera de atusarse el bigotillo y sonreír para sí de manera soñadora denotaban una rica provisión mental de imágenes voluptuosas. Estaba casado con una mujer grande y quejosa, una especie de palomo, de pecho generoso y culona, con unos ojos muy redondos y saltones, de un azul tan claro que parecía casi incoloro, y que le daban una permanente expresión de sorpresa y alarma. Todo el mundo la llamaba mamá, incluso su marido. Axel trataba a sus padres con indulgente desdén, fingiendo que le divertían sus pretensiones, el que estuvieran tan pagados de sí mismos.

—Típico de la gente como ellos, claro —decía con un lánguido suspiro—. Sé que debería odiarlos, pero no puedo.

El apartamento también albergaba a diversos parientes de Vander, tíos y tías, un par de primos lejanos, personas mayores, tímidas, curiosamente poco definidas, que se mantenían todo lo ocultos que podían, como si temieran correr el riesgo de ser expulsados si llamaban demasiado la atención. Los domingos por la noche se disponían por los rincones en penumbra de la sala de estar y escuchaban con fúnebre seriedad cómo mamá Vander cantaba *lieders* acompañada por su marido al piano, o a veces por el renuente Axel. Tenía una lacrimosa voz de mezzosoprano que temblaba peligrosamente en las notas más bajas. Sus favoritas eran las canciones más azucaradas de Schubert y Robert Schumann. Aquellos recitales dejaban a Axel negando con la cabeza, con una mezcla de felicidad y exasperación. Era un pianista más que pasable. Cuando íbamos juntos a la escuela intentó enseñarme un par de piezas fáciles, sin éxito. «Oh, eres un caso perdido», decía, y me llamaba Hanswurst<sup>[5]</sup>, y hacía el gesto de darme un puñetazo en el pecho. Tenía razón. Yo era incapaz de retener las melodías en la cabeza, y mis dedos demasiado grandes —tenía razón en lo de Hanswurst— rodaban sobre las teclas como dos manojos de salchichas gigantes y crudas.

En aquellos días —estoy hablando, querida, de hace cincuenta años, y más—, los Vander eran mi ideal de familia: civilizados, guapos, sabían divertir y divertirse, se sentían satisfechos de ser como eran y conocían exactamente su posición en el mundo. Me veo moviéndome entre ellos, mi cara encendida con la luz que reflejan, como un tosco joven que ha sido invitado a abandonar la chusma del gallinero para participar, aunque sea en un papel pequeño y pasivo, en una maravillosa, sofisticada y fastuosa comedia de costumbres. Si tampoco es muy exacto decir que me amamantaron en una taberna, tal como afirma bellamente el poeta, nuestra vivienda —jamás se me habría ocurrido llamar apartamento a ese cubil oscuro y de techos bajos— era todo lo opuesto a donde los Vander residían con tanto esplendor. Nuestra familia no tenía en común con ellos las cenas del sábado por la noche a la luz de las velas, en las que se oían animadas discusiones y chistes multilingües, disfrutados o

soportados, ni los recitales de canciones los domingos; nuestra música del fin de semana eran gritos, chillidos y el sonido de muchos hermanos intercambiando enérgicos golpes. Llevábamos una vida clandestina; tengo la sensación de algo aletargado, marronoso, agotado; un olor a aire respirado muchas veces... Pero no quiero agobiarte con los recuerdos de mi familia. No es que ya no me avergüencen — últimamente he tenido muchas cosas de las que estar avergonzado—, sino que, bueno, no sé. Padre, madre, mis hermanos y hermanas mayores, esos prototipos chapuceros que fueron ensayos hasta producirme a mí, y los muchos hermanos pequeños que estaban siempre bajo mi férula, todos tienen en mi recuerdo un aspecto curioso, pasado de moda, en algunos casos muy borroso, como el de esas figuras secundarias que aparecen de pie, un tanto cohibidas, en fotografías muy viejas, sonriendo preocupadas y sin saber qué hacer con las manos. Entre ellos yo era demasiado grande, en todos los aspectos; yo era el gigante cuya cabeza amenazaba con hacer un agujero en el techo, al que debían alimentar, cuidar y seguir la corriente, y procurar que no se acercara a las ventanas por temor a que los vecinos miraran y se asustaran.

Creo que habría tenido en más consideración a mi familia, o al menos más afecto, si hubiésemos sido pobres de verdad, me refiero a pobres de gueto. Había cierto romanticismo del desierto en los auténticos judíos de pueblo que uno se encontraba en las calles alrededor de la que nosotros vivíamos, un atisbo de la tienda de campaña y la zarza ardiente y la música de violín y la alegría religiosa, de todo lo cual nosotros carecíamos, o lo habíamos suprimido hacía tiempo. Nosotros también teníamos pretensiones: mi padre también era comerciante, aunque no se dedicaba a los diamantes, sino a la ropa de segunda mano. Yo, naturalmente, fui aceptado por los Vander; me asimilaron; yo era amigo de Axel, y por tanto un caso especial, exento de la aversión generalizada —no utilizaré una palabra más fuerte que esa— que los Vander experimentaban hacia lo que en mi presencia denominaban muy delicadamente *los tuyos*. Durante la cena, el padre de Axel disfrutaba distrayendo a los comensales con una rutina que había desarrollado, que incluía una pareja arquetípica, Moisés y Raquel, cuyos dos papeles él interpretaba, apretando los ojos, encogiéndose de hombros, entonando una salmodia y frotándose las manos, hasta que su mujer, llorando de risa, le lanzaba la servilleta y le gritaba: «¡Qué vergüenza, León, qué vergüenza, harás que todos nos condenemos!». A ninguno de los que estaban a la mesa, ni siquiera a mí, en las pocas y preciadas ocasiones en que me invitaron a cenar, se le ocurrió que yo pudiera sentirme insultado o humillado por lo que, después de todo, no era más que una imitación jocosa. Más que a ningún otro, a Axel también le divertía tener por amigo a un miembro de esa raza cuya perniciosa influencia en el cuerpo político él afirmaba censurar. Y digo afirmaba porque no creo que a Axel le importaran de verdad esos asuntos públicos, a pesar de sus frecuentes y beligerantes pronunciamientos sobre la materia. Las cosas que no le afectaban directamente no podían tener una importancia verdadera, profunda, completa; era así

de simple.

Axel era hermoso. No guapo, entiéndeme, sino hermoso. Tenía esa belleza tersa, esculpida, levemente cruel, un tanto femenina, de uno de esos actores de películas francesas de la época. Él también lo sabía. Se cuidaba mucho el pelo y las uñas — sospecho que se hacía la manicura— y vestía con la estudiada negligencia del verdadero dandi. Aún puedo verle paseando junto al lago del Nachtegalenpark de Wilrijk un domingo por la mañana, con sus viejos pantalones de hilo y una camisa de seda blanca con el cuello abierto, un jersey de cricket —los Vander eran anglófilos entusiastas— echado sobre los hombros, los brazos cruzados con indolencia sobre su pecho ligeramente cóncavo, y las gafas de sol oteando sobre el tupé engominado, del color del trigo lustroso, cuyo moldeado le habría llevado al menos cinco minutos delante del espejo. Las chicas..., cómo le envidiaba sus chicas, su larga lista de chicas, que comenzó ya al inicio de la adolescencia. Las serias e inteligentes se pirraban especialmente por él, pero Axel prefería las dependientas, las secretarias, las actrices, de esa clase; siempre era astuto a la hora de elegir a quién iba a permitir que le viera en primer plano. ¿Si le tenía celos? Naturalmente. Yo quería ser él, es obvio.

Y, sin embargo, también le despreciaba un poco. Debajo de su chispeante charla, del encanto, de aquel derroche de hermosura, había toda una zona de él que era vacía, insulsa, que carecía por completo de convicción y seguridad intelectual. Había momentos en que en sus ojos aparecía una expresión cauta, casi temerosa. Era la expresión de un ser limitado que sabe que en cualquier instante puede alcanzar sus límites y delatar su cortedad. Era, me temo, un superficial, un oportunista de las ideas, un diletante, en suma, aunque nadie, sobre todo yo, se habría atrevido a decirlo. Pero ya que he empezado por este camino, bien puedo continuar: no tenía una inteligencia de primera, como él y tantos otros afirmaban. Tenía talento; era precoz; era capaz de hablar de esa manera alusiva, indolente, ininterrumpible, tan suya, pero eso es lo que era, cháchara, y poco más. Sin embargo, el futuro le pronosticaba grandes cosas, iba a armar mucho ruido en el mundo, yo mismo también lo proclamaba, pero estoy seguro de que en mi fuero interno sabía la verdad. Era un chico inteligente, capaz de leer deprisa, y tenía buena memoria; pero las ideas, el pensamiento auténtico, zozobraban en los bajíos de su intelecto. Era especialmente vulnerable a las tomaduras de pelo, a cualquier cosa que oliera a befa, por muy cariñosa que fuera, y estaba en alerta constante contra cualquier tipo de desaire. Si cuando estaba con otras personas consideraba que algún chiste del que todo el mundo se reía había sido hecho a sus expensas, algo se nublaba en su cara, su ceño se ensombrecía, su mirada se volvía huraña, y caía sobre la persona que le había ofendido con el peso y la fuerza aplastantes de un chulo de patio de colegio al que un alfeñique se ha atrevido a contrariar de manera imprudente. Esos arrebatos de venganza eran tristes de contemplar, sobre todo cuando el impulso que uno sentía de protestar y proteger se ponía instintivamente de parte de Axel, y no de su acobardada víctima. Era una de esas personas hermosas, vitales, que deben proteger a toda costa

la idea que tienen de sí mismas, como si de ello dependiera la existencia de los demás, de una manera que no puedo concretar del todo. Por ello sus padres le consentían todo, los parientes pobres le adulaban, y los demás soportábamos sin queja su luminoso desdén, y nos conformábamos tan solo con que parte de su brillo se reflejara en nosotros, y a través de nosotros en los demás. Lo sé, sé que esto no es convincente, este tono condescendiente con que me he puesto a hablar de él. Aún siento la envidia y la amargura, ese anhelo peculiar, insaciable, sin objeto, la ansiosa y siempre vana lucha por justificarme, todo presente, hirviendo y borboteando como barro dentro de mí, todavía presente, después de tanto tiempo.

No sé, o no puedo recordar, o lo he suprimido, quién le propuso que escribiera esos artículos para el periódico. Existe la remota posibilidad de que fuera yo el intermediario; aunque en aquella época yo había empezado a colaborar en diversos periódicos y publicaciones, no es probable que la *Vlaamsche Gazet* se contara entre ellos. La postura editorial del periódico mostraba una vehemente confianza en que llegaría lo que llamaban el Día de la Unidad, cuando todos los enemigos no nombrados del país recibirían su merecido. El Día de la Unidad nunca quedó definido, y jamás se le puso fecha, pero todos sabían lo que ocurriría cuando llegara, y también sabían quiénes eran los enemigos. El editor, Hendriks —he olvidado su nombre de pila—, un tipo grande, obeso, reluciente, con una risa jadeante y una mirada furtiva, había decidido, en los primeros años de esa repugnante década que ahora se acercaba a su calamitoso final, en qué dirección iba el futuro, a pesar del hecho de que, en privado, no expresaba más que desprecio por nuestro cercano vecino del este, cada vez más amenazante. De madrugada, cuando el trabajo de redacción había acabado y las prensas giraban, se reunía con su plantilla de redactores, todos ellos nacionalistas de puño americano, en el Stoof, junto a las oficinas de la *Gazet*, en la Nationalestraat, una taberna bonita y antigua, aún bastante concurrida, me cuentan, aunque la atmósfera todavía debe de seguir contaminada por los perdurables vapores de Hendriks y su banda. Allí se sentaba, en su rincón especial, golpeando su jarra especial de peltre, compartiendo chismes y contando chistes y riendo entre salvas de salivazos, mientras su pecho de mujer subía y bajaba. Fue Axel quien me llevó allí. Supongo que sentía curiosidad por ver cómo me desenvolvería en esa reunión de fieras. Casi siempre yo me mantenía decididamente en los márgenes, por donde daba vueltas, hambriento como una hiena, siempre al acecho de una rendija a través de la que poder lanzarme y meter la cabeza en las humeantes tripas de los tiempos. Me daba cuenta de que Axel me miraba de vez en cuando, con esa media sonrisa suya deliciosamente pérfida, divertido por mi avidez, mi chispeante impaciencia. Mi presencia no contribuía en lo más mínimo a mitigar la virulenta charla ni a refrenar los chistes de judíos de Hendriks; todo se decía en broma, y todos éramos cordiales camaradas, teníamos la piel gruesa y una meta, y además, darle una consideración especial a uno de esos cuyos orígenes eran... diferentes, ¿no habría sido, en el fondo, insultarle? Tal como Hendriks se complacía

en repetir, mirando de soslayo, la cuestión no era la Raza, sino la Cultura, la Gran Tradición Europea. Bueno, ¿no es eso?, ¿sí?, ¿sí?, la jarra de peltre golpeaba la mesa, se meneaban sus gordas tetas. Y Axel asentía junto con los demás, y me miraba a hurtadillas bajo sus claras pestañas, y sonreía, y se encogía levemente de hombros.

Cuando sus artículos comenzaron a publicarse me puse celoso, no lo negaré. ¿Por qué Hendriks no me había invitado a escribir para su periódico, en lugar de invitar a Axel? Si me lo hubiera pedido, yo me habría mostrado mucho más virulento al hablar de la amenaza que, supuestamente, mi pueblo representaba para nuestra —¡su!— cultura. ¡Ya lo creo! Yo era más duro que Axel, más implacable, más osado, más cruel. Habría vendido mi alma, habría vendido *a los míos*, por lograr la atención del público, aun cuando solo fuera en un periodicucho como la *Gazet*. ¿Por qué se volvió hacia Ariel, cuando en mí tenía a un más que dispuesto Calibán? Esa media docena de artículos que escribió eran demasiado elaborados y opacos para lo que se le pedía. Pero así eran las cosas: la gente como Hendriks, incluso los brutos como él, quedaban hipnotizados por esa mezcla de autoestima y falso retraimiento que exhibía Axel, por ese aire distante, irónico, sabihondo que le rodeaba y al que se replegaba, igual que Zaratustra en su nube, dejando tras él una leve carcajada. Para mí, la última pieza de las seis que escribió fue el insulto más incisivo y refinado, la gota de veneno esparcida sobre el incisivo final de la serie. Apareció bajo la forma de una entrevista conmigo —¡*conmigo!*—, al que presentaba como el típico espécimen de joven intelectual insatisfecho. No solo escribió las preguntas, sino casi todas las respuestas, y modificó libremente las escasas opiniones que me permitió expresar. ¿Por qué le dejé hacerlo, por qué dejé que pusiera palabras en mi boca? Abyecto, abyecto, abyecto; cómo me duelen esas viejas traiciones contra mí mismo. Cuando esa así llamada entrevista apareció, y vi las fotografías que la acompañaban, colocadas una junto a la otra, me sentí orgulloso de una manera vergonzosa, emocionada, inconfesable, aunque al mismo tiempo experimenté una alegría infantil por el hecho de que la foto de Axel fuera mala —bajo cierta luz podía parecer enfermizo y asustado— y porque hubieran escrito mal su nombre.

A pesar de todas mis protestas, y mal que me pese, me veo obligado a admitir que como polemista hizo un trabajo mejor que el que habría hecho yo. Fue su contención, su escrupulosidad, lo que podríamos denominar su tacto apremiante, lo que otorgó su fuerza a esos *feuilletons*. Yo habría despotricado, me habría mofado, lanzado improperios, entre estridentes y forzadas carcajadas mefistofélicas. La mesura y la estudiada distancia del estilo de Axel, junto con su barniz de patricio y algunos destellos de sutil ingenio —podía llevarte dos o más lecturas pillar uno de los chistes de Axel—, la actitud de fatiga aristocrática, la sensación de que escribía solo porque un deber histórico-mundial le había arrastrado a su mesa y le había puesto la pluma en la mano, todo ello era lo que lo hacía tan eficaz, o lo habría hecho eficaz, de haberse dirigido a un público serio y no a la chusma que leía —y moviendo los labios— la *Gazet*. ¿Qué podían entender, por ejemplo, al leer su llamada a la *estetización*

de la vida nacional, o su sugerencia de que los lectores podrían *escapar de la problemática del yo mediante la sublimación en la ética totalitaria*? Música para sus toscos oídos, sin embargo, simple y enardecidora como una marcha, debía de haber sido su sugerencia —uno podía oír los suspiros estudiadamente ociosos de Axel susurrando en medio de las palabras, como el viento en la hierba— de que nada importante se perdería en la vida cultural e intelectual de Europa, nada en absoluto, de verdad, si ciertos elementos orientales, pretendidamente asimilados, fueran llevados e instalados en algún lugar remoto, en las estepas de Asia Central, quizás, o en alguna de las costas, más clementes, de África.

Lo primero que robé en mi vida fue la cajita de las pastillas de mamá Vander — una emoción sorprendentemente intensa—, aunque desde luego no lo consideré un robo, solo un préstamo. La vi allí, en una antesala rodeada de cortinas del apartamento de los Vander, colocada en el borde de un pedestal sobre el que se erguía un busto de Goethe, donde mamá Vander la había puesto al pasar y se le había olvidado; su refulgir plateado era provocativo como un guiño. Me la metí en el bolsillo sin pensar, sin interrumpir el paso. Necesitaba dinero, y enseguida, pues había libros que me moría de ganas de leer mientras aún hubiera tiempo, antes de que los prohibieran en las librerías o los destinaran a la pira. Mi intención era contarle a Axel lo que había hecho una vez hubiera desempeñado la caja, pensando que le divertiría, pero nunca lo hice, contárselo, quiero decir. Lo que me hizo guardar silencio fue la idea de la gravedad, no lo que había hecho, sino del objeto en sí mismo: el objeto robado, descubrí, adquiere un peso misterioso, se vuelve mucho más pesado que la suma de los materiales de que está hecho. Esa cajita —todo lo que contenía era unas pocas pastillas azucaradas y violetas a las que su propietaria, su antigua propietaria, era adicta— pesaba tanto en mi bolsillo que me daba la impresión de que caminaba ladeado mientras me alejaba con mi pieza sustraída. No tardé en librarme de ella. Resultó ser una pieza valiosa, francesa, de principios del siglo XVIII; el viejo Wassermann se mostraba reacio a separarse de ella, pude comprobar, cuando volví para desempeñarla. Después de eso la conservé durante muchos años, a través de todo tipo de visicitudes y pérdidas, y aunque con el tiempo dejó de ser tan emblemática como antes, nunca perdió esa pesantez inexplicable, injustificable. Ahora ha desaparecido, se ha largado furtivamente sin que me diera cuenta, de esa manera misteriosa en que los objetos huyen cuando uno no les hace caso.

Esa fue la última vez que estuve en el apartamento de los Vander, cuando robé la cajita de pastillas. El robo no fue la razón de mi destierro; no estoy seguro de que se dieran cuenta, o si lo advirtieron, no me señalaron como culpable. En aquellos días de invasión, derrota, ocupación —todos ellos vertiginosos desastres a los que pronto nos referiríamos remilgadamente como *los hechos*—, ya no era tan bienvenido como antes en casa de los Vander. No es que se dijera nada, por supuesto, pero cuando yo

entraba en esas salas espaciosas y sobrecalentadas nacía una opresión en la atmósfera que mi sensibilidad agudizada no podía dejar de detectar. De modo que emprendí la retirada. La ruptura fue decorosa, y ninguna de las dos partes la comentó. Es curioso cómo incluso las circunstancias que nos afectan de la manera más violenta rápidamente improvisan e imponen sus propias reglas de cortesía. En los primeros días, tras haber asumido que *les événements, de gebeurtenissen*, eran irreversibles y de una manera u otra habría que convivir con ellos, había una cierta sonrisa, leve, irónica, compungida, dolorosa, que iba acompañada de un parpadeo con los ojos apuntando al cielo, que la gente intercambiaba en los momentos de máxima dificultad, como cuando se anunciaba algún nuevo y a simple vista caprichoso edicto que limitaba el movimiento o el derecho de reunión de la gente, o imponía más gravámenes en uno u otro sector de la sociedad, preferentemente en aquel al que yo pertenecía. Al principio esas medidas eran tan solo un fastidio. Las sufríamos, no teníamos elección, mientras que al mismo tiempo nos esforzábamos por fingir que las desdeñábamos. Sin embargo, conforme transcurrían los meses, la vida en aquellas miserables calles situadas en el lado malo de la plaza fue yendo a menos, hasta que se nos antojó que realmente vivíamos del aire. Teníamos la sensación de estar flotando por encima de nosotros mismos, zarandeados hacia un lado, luego hacia el otro, mientras el frágil roncal que nos sujetaba se sacudía y se tensaba a cada nueva proclama que se emitía en contra nuestra. Nos volvíamos más y más ligeros a medida que todo lo que poseíamos nos era arrebatado, artículo tras artículo. Una semana nos prohibían ir en tranvía, la siguiente en bici. Un lunes por la mañana se ordenó que todas las casas debían entregar un número determinado de trajes de hombre, de vestidos de mujer y abrigos de niño; a mediodía la orden fue anulada, sin explicación, y volvió a promulgarse al día siguiente. Se nos dijo que ya no podíamos tener animales domésticos; era pleno invierno, y, durante días, se vieron largas hileras de gente que iba a pie —recuerda que no podíamos ir en tranvía— por carreteras cubiertas de nieve hasta la perrera situada en las afueras de la ciudad donde habíamos de dejar nuestros perros, gatos y periquitos. No obstante, la vida seguía, con su indiferencia habitual. Había teatro, conciertos a los que asistir, conferencias y reuniones públicas a las que acudir, y cuando ya nos lo prohibieron todo, nos quedaron los cafés, donde podíamos reunirnos y hablar, y cuando incluso hablar quedó prohibido, todavía nos quedó la radio, que nos traía noticias de otros lugares, de todos esos otros lugares, crepitando a través de las ondas. Para mí significaban muchísimo las emisiones musicales; llegaban desde Stuttgart, Hilversum, París, incluso Londres, si las condiciones atmosféricas eran favorables. La música era, bueno, música, pero de qué manera tan extraña me afectaba oír, en los intermedios, el levantarse y agitarse del público mientras se relajaba unos momentos, toda esa gente, tan lejana, y sin embargo ahí por arte de magia, con una presencia tan palpable que era como si estuviera sentado entre ellos. Incluso hoy, cuando estoy en una sala de conciertos, soy incapaz de escuchar el sonido de esa concurrencia que murmura

expectante sin ser inmediatamente transportado a medio siglo atrás, a esa pequeña salita de paredes empapeladas y mantel con borlas y una lámpara cuya pantalla era del color de la piel reseca, y la gran radio de madera con sus diales de baquelita y la rejilla de tela y el solitario, verde y reluciente ojo de gato latiendo y contrayéndose, y la confusa música que se vierte dentro de la sala y lo llena todo como una niebla luminosa. Y al mismo tiempo, naturalmente, no podía sino odiar a ese público; me parecía que estaban tan relajados, los muy estúpidos, sin darle importancia a todo lo que tenían, y yo no. Y a mi alrededor, de una manera furtiva, el mundo se iba cerrando en torno a nosotros, armado de porras y antorchas encendidas.

Axel y yo seguimos viéndonos, no tan a menudo como antes, lejos de su casa, lejos del Stoof, y lejos de los judíos, no hace falta ni mencionarlo. Nos veíamos en terreno neutral, mientras siguió existiendo un terreno al que poder llamar neutral. Su actitud hacia mí, al menos en los primeros días de *de gebeurtenissen*, fue de afabilidad teñida de impaciencia, de contenida exasperación. Me daba unos golpecitos en la muñeca, con cierto afecto, y me acusaba de ser en exceso alarmista ante la peligrosa situación que vivíamos los míos y yo.

—Sí, sí —decía, con una sonrisa ceñuda, haciendo un gesto con la mano—, estoy al tanto, yo también leo los periódicos, sabes.

Pero también, añadía, yo tenía que estar de acuerdo con él en que había que hacer algo, que las cosas no podían seguir como antes. Y aun cuando enviaran a algunas personas a otro lado, ¿sería eso tan malo? Podrían prosperar en un clima más adecuado a su temperamento y características raciales. En todo caso, los únicos que se irían serían los alborotadores, estos y quizás los enfermos, los muy ancianos, los locos, los sifilíticos. Los enviarían a Heligoland, a los montes Tatra; Hendriks le había dado por hecho la semana anterior que mil personas de esas habían sido embarcadas en el golfo de Holanda rumbo a Sudamérica. Y en cualquier caso, decía Axel, ¿por qué iba yo a preocuparme? Yo estaba a salvo, era su amigo. ¿Acaso no habían aparecido nuestras fotografías, una junto a la otra, en la *Vlaamsche Gazet*?

¿Qué podía decirle, qué contestar? Él no podía saber lo que yo sentía ahora, al aventurarme más allá de nuestro lado de la plaza, y esconderme acucillado detrás de mí mismo mientras bajaba una de esas calles, al sentarme en uno de los cafés, mientras le escuchaba contarme, con un rictus de irritación, que ese era mi principal defecto, el de mi pueblo, esa histeria, ese arredramiento, esa queja, ese constante gemido de perro apaleado. ¿Por qué no habíamos pensado en las consecuencias, antes de infiltrarnos en los bancos, en la judicatura y en los ministerios, hasta que estos quedaron llenos a rebosar de nuestra prole secreta, infiltradora? Todo era de lo más sencillo, de lo más obvio. Había que hacer algo, insistía siempre, y ahora se estaba haciendo. ¿Cómo no podíamos habernos dado cuenta de lo que se avecinaba hasta haberlo tenido delante de las narices, entre humo y estrépito? De todos modos, aquello no duraría mucho, lo arreglarían en un santiamén. Que las cosas estaban mal, y que irían a peor era algo que no negaba; con toda probabilidad, el último acto sería

sangriento —«Como ocurre siempre», dijo con un destello de sus dientes pequeños, cuadrados, blancos—, pero cuando todos los cadáveres hubieran sido arrastrados por los talones y llevados entre bastidores, ¡qué limpio, libre y lleno de posibilidades quedaría ese escenario vacío! Mientras me decía esas cosas me miraba tranquilamente a la cara, negando un poco con la cabeza, con esa sonrisa, como si le relatara a un niño, en términos simplificados, la trama de una tragedia cuyos intrincados hilos solo los adultos pueden desenmarañar como es debido. No se le ocurría la posibilidad de que los directores y los empresarios de ese drama pudieran acabar cargándose el teatro. Yo estaba avergonzado..., sí, de verdad, estaba avergonzado, por mí, y por él. Y ese, fíjate bien, era el mismo Axel Vander cuya monografía sobre Heine, escrita cuando tenía diecisiete años, había provocado que más de un docto profesor murmurara bajo la barba que teníamos entre nosotros a un nuevo Hofmannsthal. ¿Qué acertaría a decir si algún día me citaban para que le ayudara a exonerarse, cuando por fin, dándose una palmada en la frente, recobraría el juicio y cayera en la cuenta de que todo aquello no era más que una necedad y una pérfida fantasía? Se había colocado entre los fanáticos y los bárbaros: el de aspecto más razonable de entre ellos era capaz de pasar, en un instante, de una conversación perfectamente educada a ponerse a despotricar de una manera teatral, con muchas patadas en el suelo. Uno aprendía en un visto y no visto a detectar en esas personas los signos de una incipiente perorata: la frente se enrojecía, los ojos se ponían vidriosos, se lanzaba la frente hacia delante, como un buey. Las mujeres eran de las peores, pues añadían a la furia masculina su pizca de histeria y su repugnancia sexual. Una tarde estaba en la cama con una actriz —cara de porcelana, pelo corto, la boca era un insecto escarlata, una de las sobras de Axel—, y me hizo parar en pleno acto y se colocó encima de mí, con los brazos y los pequeños pechos temblándole del esfuerzo, y me dijo, en un tono de florida indignación, que la noche anterior, en la entrada de actores, un *vuile jood* con un abrigo de cuello de piel la había abordado y le había ofrecido dinero para que le acompañara a su casa e hiciera con él lo que, de haberlo pensado ella un momento, habría comprendido que era exactamente lo que estaba haciendo en ese mismo instante, en esa misma cama, con un pura sangre de esa descarada raza.

Y no obstante, y no obstante... ¿Cuántas veces en mi vida he dicho estas palabras, y *no obstante*? Hay que puntualizar siempre. El hecho es que una parte de mí estaba de parte de Axel. Oh, sí. Este es mi secreto más recóndito, más repugnante. En mi corazón, yo también quería despejar el escenario, limpiar los tablones, intimidar, aterrorizar al público. Era todo por amor a la idea, ya ves, esa idea única, siniestra, radiante. ¡Estetizar, estetizar! Ese era nuestro grito. ¿Acaso nuestro filósofo favorito no había decretado que la existencia humana solo se justifica como fenómeno estético? Estábamos hartos de la mera vida, de todo ese desorden, confusión, debilidad. Había que rehacerlo todo, rehacerlo todo o destruirlo. Nosotros, yo, lo habríamos sacrificado todo a ese fuego transfigurador. Lo pronuncio en un susurro: y

*todavía lo haría.* Los que habían reducido a los míos a cenizas eran los que yo quería que ganaran; lamento que perdieran. ¿Te escandaliza? No eran esos brutos que hacían posturitas a quienes yo quería ver de vencedores —por ellos, vulgares todos como un solo hombre, si *hombre* es la palabra, solo sentía asco—, sino la Idea que insensatamente representaban, como el caballo de madera con su secreto ejército de argivos. ¿Lo ves, mi Casandra? Algo había entrado de contrabando en el mundo, algo terrible y cierto, que había que permitir que prevaleciera a cualquier precio. Cierto: sí. Poco importaban las mentiras necesarias. Con el tiempo ya nos desharíamos de ellas, y también de los mentirosos. ¡Pero dejad que triunfara la Idea, que comenzara la gran instauración!

¿Cómo, te preguntarás, conseguí conciliar los terrores de la vida cotidiana con esos turbios anhelos de apocatástasis? Pues desde luego, entre los míos, todo el mundo tenía miedo, y yo no menos que los demás. El miedo es en su mayor parte una idea efímera, centellea en la oscuridad al pensar en la muerte, o en una carretera vacía por la noche, o en la inminencia de un incendio o una inundación; el animal humano no está preparado para vivir constantemente con miedo, el sistema no puede mantenerlo. Sin embargo, durante casi dos años permanecimos asustados casi sin cesar. El miedo ardía en nosotros sin que pudiésemos sofocarlo. Había períodos en que no era más que un ascua alojada en la base del esternón, de la que, repentinamente, saltaban unas llamas quebradas, que dejaban a su paso una cálida lluvia de ceniza. Esos eran los polos de nuestra existencia: un irresistible terror que nos consumía, o una suerte de pegajosa apatía, y en medio intervalos de rabia fútil. Una frenética esperanza se consumía en agotamiento, indiferencia; días que comenzaban viéndonos congregados, con un entusiasmo lleno de esperanza, alrededor de un titular del periódico, luego nos contemplaban al anochecer meciéndonos con un estupor de ojos ausentes, como los adictos de un fumadero de opio. Jaquecas, retortijones, la tripa siempre removida, esas eran las protestas del cuerpo ante la insoportable tensión de vivir siempre con temor. Uno sufría de incontinencia de las emociones. La más leve amabilidad, el más leve asentimiento de aparente simpatía, podía causar que uno se prosternara de agradecimiento. Había esa exclamación de gratitud que no podíamos reprimir cuando alguno de los que poseían autoridad sobre nosotros decidía no mostrarse inflexible con alguna de las triviales órdenes del día. Me oía lanzar esa exclamación, incluso estando con Axel, en esas ocasiones, bien que escasas, en las que se mostraba indignado con alguna insignificante crueldad especialmente flagrante que se había ordenado infligir en nuestro lado de la calle. Su mirada burlona y la manera en que daba la espalda en silencio a mis entrecortadas muestras de gratitud, sin embargo, eran un rechazo tan contundente como si me hubiera dado un empujón en el pecho sin más ceremonias.

A pesar de todo lo dicho hasta ahora, no pienso mal de él. Cuando murió, de haber sido de los que lloran, creo que habría llorado, aunque solo fuera de la impresión.

Me enteré de su muerte por los periódicos, un par de párrafos en una página interior del *Staandard*. Quizás fue la manera en que me topé con el artículo lo que me impidió asimilar su contenido de inmediato. Había estado sentado en un banco del parque, vestido con abrigo y bufanda, e iba ya a levantarme e irme, pues era un día de final de otoño y hacía un frío de mil demonios, y había abierto las páginas del periódico con los brazos extendidos antes de doblarlo, cuando de pronto aquel objeto se transformó en un mensajero alado y me arrojó el nombre de Axel, solo su nombre de entre todas esas columnas impresas. Mis primeras reacciones fueron las habituales —debe de tratarse de un error, una confusión de identidades, quizás incluso una broma pesada—, acompañadas de una extraña sensación de alivio en el pecho, una especie de temible euforia. Como aturdido, volví a leer los párrafos un par de veces. Eran vagos de una forma frustrante, escandalosa y, me dije, deliberada. Al parecer había muerto de manera violenta, pero si había sido accidentalmente o a manos de alguien no quedaba claro. El reportero anónimo había elegido sus frases con cuidado —trágico deceso de, amigos consternados ante, inmensa pérdida para—, como si alguien le hubiera advertido que fuera con pies de plomo en ese asunto, y de tapadillo le transmitiera el mismo consejo a sus lectores. Me puse en pie de un salto, enrollé el periódico hasta formar un fajo, me lo metí en el bolsillo sintiéndome culpable, y salí a paso vivo del parque, ciñéndome el cuello del abrigo en torno a la barbilla, bien apretado, y resistiendo el impulso de echar a correr. Era como si estuviera personalmente implicado en la muerte de Axel sin saber cómo. Ante mí, una enorme nube azul uva ascendía desde el oeste, como un lento y sombrío adensamiento de abominables posibilidades.

Tiré el *Staandard* y fui a buscar la *Gazet*. Era media tarde, y en el primer quiosco al que llegué, en la esquina de Maria-Theresialei, despachaba aquel viejo con el bocio —Dios mío, le veo de pronto, tan claro como el día, con sus guantes sin dedos y el sombrero de lana con orejeras que siempre llevaba—, que, con mucho cuento, me lo sacó de debajo de un montón de sucias revistas, afirmando que se trataba del último ejemplar de la última edición, refunfuñando bajo la barba. Le cogí el ejemplar y hui furtivamente como una rata que ha robado un bocado exquisito. Nada más doblar la esquina, me detuve y escudriñé las páginas, una vez, dos veces, una tercera. No se mencionaba a Axel. Me sorprendió no sorprenderme.

A continuación fui a las oficinas de la *Gazet*, a ver si podía hablar con Hendriks. No sé qué esperaba de su parte: hacía más de dieciocho meses que no le veía ni sabía nada de él. Me hicieron aguardar un rato larguísimo en la entrada. Los olores familiares, a papel de periódico, tinta, polvo, me causaron un sollozo interior de nostalgia, pariente lejana, quizás, del dolor que todavía no había comenzado a sentir por mi difunto amigo, pues supuse que estaba demasiado afectado. La chica que había detrás del mostrador, y que recogía los anuncios por palabras, fingió no conocerme; en los viejos tiempos solíamos coquetear. Pasé las hojas ya secas y

quebradizas de las ediciones de la semana anterior, archivadas en sus grandes cierres de madera. Los repartidores entraban y salían, silbando. Entró una vieja loca, gritó algo y salió. El viento lanzaba contra las ventanas rachas de nieve húmeda. Recordé aquellas vacaciones que Axel y yo pasamos caminando por las Ardenas antes de la guerra, y la pequeña posada con la que dimos por casualidad una noche lluviosa, en la que nos pusimos a beber licor de ciruelas a la luz del fuego de la chimenea, y donde me comunicó su plan de escribir un estudio sobre la estética de Coleridge; qué entusiasmado estaba, le brillaban los ojos a la luz del fuego; qué joven parecía; qué joven era, y yo también. No vivió para escribir ese libro, y cuando, años después, intenté escribirlo yo —escribirlo por él, por así decir—, tampoco pude.

Hendriks no bajó, y envió a uno de sus ayudantes para que se librara de mí. Recordé la cara del tipo de aquellas noches pasadas en el Stoof, pero no su nombre. Vi que él también me recordaba; tuvo la decencia de no mirarme a la cara. Era gordo, como su jefe, y el bajar las escaleras le había dejado sin aliento, y se apoyaba en el mostrador, resollando de manera exagerada, apretando una mano plana contra el pecho. Cuando exigí saber si conocía las circunstancias de la muerte de Axel, simplemente se encogió de hombros. Todo resultaba confuso, dijo, nadie estaba seguro de qué había ocurrido. Le apreté las tuercas, pero se limitó a negar con la cabeza, y repitió lo que ya había dicho. Su tono brusco e insolente me reveló que la *Gazet* no quería tener nada que ver con esa muerte, una más entre muchas, después de todo. La chica de detrás del mostrador desvió la mirada, se dio unos golpecitos en los dientes con el lápiz, fingiendo no escuchar. Me fui, caminé abatido. Había dejado de nevar, pero un cielo panzudo color malva se cernía sobre la ciudad con la promesa de un buen chaparrón para más tarde. En una calle que había junto a la estación de tren estaba aparcado un vehículo blindado, con un trío de soldados adolescentes cubiertos de sobretodos que les estaban grandes, sentados uno al lado del otro sobre la parte delantera del vehículo, las piernas colgando por el borde, como tres colegiales que han hecho novillos y han ido a remojar los pies al estanque. Y un poco más allá, junto al Stadspark, tres chicas muertas, vestidas con unos abrigos con cinturón que les caían de cualquier manera, con agujeros de bala abiertos en la pechera, en fuerte contraste con esos tres soldadillos indolentes; estaban atadas a la verja con unos carteles que les colgaban del cuello, sobre los que habían pintarrajeado un mensaje que no me molesté en leer; pensé en los cuervos muertos, el plumaje negro azulado rubificado con sangre seca, que mucho tiempo atrás mi abuelo ataba a las verjas de sus campos de maíz para desanimar a sus colegas del picoteo.

Nunca descubrí las verdaderas circunstancias de la muerte de Axel. Se me ocurrió preguntar a su familia, y más de una vez fui hasta su casa y me quedé bajo los árboles de la plaza, mirando las ventanas del apartamento de Vander, pero nunca tuve coraje suficiente. Luego se mudaron, pues la última vez que me coloqué a hurtadillas bajo

sus ventanas no había señal de vida dentro, ni luces encendidas ni jarrones con flores, solo una persiana rota que colgaba torcida. Pregunté a nuestros conocidos comunes, pero o bien no quisieron hablarme o afirmaron no saber más que yo de lo que le había ocurrido. Comenzaron a circular rumores extravagantes. Algunos eran demasiado absurdos para prestarles oído, por ejemplo, que se había suicidado porque le había ido mal una relación amorosa...; imagínate, Axel ahorcándose, ¡y por una mujer! Otros eran ligeramente más plausibles, pero tampoco podía creerlos. Se decía, por ejemplo, que no estaba muerto, sino que lo había atrapado por error una banda de comunistas, y lo habían internado en Breendonck, y que su padre estaba intentando liberarlo mediante un rescate. Un periodista que conocía de antes, al que me encontré por la calle una noche lluviosa, ya tarde, ebrio y con los ojos desorbitados, y por cuya cara rodaba la lluvia o las lágrimas, era difícil decirlo, me agarró por las solapas y me aseguró, en un susurro sollozante y apremiante, que Axel se había visto atrapado en una disputa entre las facciones que rodeaban a las autoridades militares, que el asunto había acabado en un baño de sangre, y que Axel había recibido un disparo y habían arrojado su cadáver a una tumba sin nombre. En aquella época se contaban historias como esa acerca de todo tipo de personas. La más asombrosa de las explicaciones que oí acerca de la desaparición de Axel, sin embargo, fue el fárrago heroico que me relató una mañana de escarcha, en un café de la Groenplaats y en un tono de trágica admiración, una de sus antiguas novias, según el cual había sido traicionado, arrestado, torturado y sumariamente ejecutado por el importante papel que había desempeñado a la hora de organizar una célula de la Resistencia clandestina. Se la veía tan triste y solemne, a Monique, de ojos como platos, y el aire teñido de rosa de la calle estaba tan sereno, tan frío y delicioso, que lo único que pude hacer fue asentir sin decir nada, procurando no reírme. Muchos años después, sin embargo, en Arcadia, una noche, en una espantosa cena académica, me encontré sentado delante de un viejo arrugado que llevaba ceniza en el chaleco y sopa en la corbata, un sabio visitante de la vieja Europa, de origen valón, que al oír mi nombre se excitó muchísimo y me saludó calurosamente como si fuera un antiguo compañero de armas. Manteniéndole a distancia con lo que sabía que debía de ser una de esas horribles sonrisas para ganar tiempo, estudié ese semblante destruido por el tiempo —esas mejillas caídas, el labio caído efecto del bourbon, el ojo húmedo y legñoso, el cráneo pálido, terso y en forma de cúpula, como el sombrero de una seta gigante— e intenté de manera imperiosa discernir en esos rasgos a alguien que pudiera haber conocido en compañía de Axel, mucho tiempo atrás. Ningún busto de mirada bobalicona surgió en la galería en sombras de mi memoria. ¿Y qué se pensaba, ese viejo estúpido, si de verdad había conocido a Axel y ahora creía que era yo: que cuarenta años le habían añadido un palmo de estatura y habían convertido su perfil de galán de cine en el de un caballo de tiro jubilado? Cuanto más retraído me mostraba yo —para desanimarle—, más se emocionaba él, pasando de un risible inglés a un macarrónico y execrable francés, alargando su mano exánime a través de la mesa con

la intención de coger la mía, que se retiraba como un cangrejo, perorando todo el tiempo acerca de *les beaux jours d'antan aux Pays-Bas*, cuando, hombro con hombro con nuestros *amis ardents*, causamos estragos en las instalaciones militares del *sale Boche* invasor. Aquel individuo me habría preocupado más de no haber sido tan caricaturesco; sin embargo, me desembaracé lo más deprisa que pude de sus húmedas atenciones, abandoné el edificio y crucé el campus en medio de la balsámica oscuridad, bajo los eucaliptos envueltos en la tenazmente abrasiva música de los grillos, preguntándome si debería invitar al viejo guerrero a dar una vuelta conmigo por las colinas al día siguiente y matarlo. No obstante, cuando a la mañana siguiente llegué al Salón Sprague para oír su conferencia, un cartel en la puerta me informó de que, debido a circunstancias imprevistas, la conferencia del profesor De Becker había sido cancelada. Resultó que mientras desayunaba con sus manos temblorosas en el comedor de la facultad, el resacoso profesor había tenido un altercado —sobre la validez del concepto de *conscience collective* de Durkheim, creo recordar— con uno de los muchos jóvenes turcos de la facultad, y se había acalorado tanto que había sufrido un infarto y había muerto, cayéndole la cara sobre la mesa, entre tazas de café y cuencos de muesli. Siempre he tenido una suerte endiablada.

Me costó mucho hacerme a la idea de que Axel había muerto; de hecho, aún no he acabado de hacerme a ella. En aquella época no debería haber sido tan difícil; eran años peligrosos, y el hecho de estar vivo parecía una proposición menos plausible que la de hallarse pacíficamente muerto. En el caso de Axel, sin embargo, la muerte era, en cierto modo, como algo... fuera de lugar. Cualquiera puede morir, por supuesto, en cualquier momento. El hijo amado, el forzado del circo, la doncella de Cranach, todos están atados a la vida por un hilo finísimo. Posteriormente, aun así, cuando ha pasado la primera impresión, parece que discernimos, incluso en la extinción más inverosímil, una inevitabilidad que siempre ha estado allí, oculta, el embrión de una muerte que crece imparable hacia su parto definitivo. De ahí proceden los fantasmas, supongo, el fenómeno de las vidas acabadas antes de acabar. Pero el papel de aparecido encajaba mal con Axel. Él había nacido para vivir. La muerte, una muerte precoz, era algo demasiado serio, demasiado importante, para haberle ocurrido a él. De modo que regresaba una y otra vez, con una creciente incertidumbre especulativa, a esos descabellados rumores en relación con lo que le había ocurrido. En particular, no podía sacarme de la cabeza el relato teatralmente lacrimógeno de Monique, mediante el que relacionaba a Axel con la Resistencia..., una Resistencia, por cierto, de la que en aquella época no se veía mucha señal. ¿Podía ser cierto? ¿Podía ser que me estuviera contando una versión embrollada y melodramática de algo que había ocurrido realmente, y de lo cual la historia de que lo habían internado por error era otra variante mutilada? ¿Era posible que Axel se hubiera visto envuelto en alguna hazaña descabellada de fatídicas consecuencias, a resultas de la cual le habían detenido y le habían metido sin más ceremonias una bala en la nuca? ¿Era posible que me hubiera engañado por completo, que en todos los años que le había tratado

me hubiera ocultado sus auténticas convicciones? Es lo que pasa con los muertos, que se llevan los secretos a la tumba. Cuando intentaba imaginarme a Axel escondido entre una banda de partisanos portando bandoleras, en algún sótano lleno de humo, estudiando detenidamente unos mapas a la luz de una vela chisporroteante —«Interceptaremos el convoy *aquí*»—, la cosa parecía ridícula, y sin embargo debía admitir que se trataba del tipo de empresa que habría alimentado la imagen que él tenía de sí mismo, un Byron o un Pimpinela. No se me pasa por alto la ironía de todo ello. Si, a pesar de su cómica inverosimilitud, él era realmente un héroe anónimo, ¡qué situación tan apasionante la mía! Yo sería como el protagonista de una de esas novelas de tercera fila, denominadas filosóficas, que tan populares fueron en los angustiosos años de la posguerra: el hombre que asume la identidad de un pecador sin saber que en realidad está suplantando a un santo.

Dada esa posibilidad —me refiero a que pudiera haber sido un mártir de la Resistencia—, aunque solo fuera por eso, ¿por qué, te preguntarás, tenía tanto miedo de que algún día me desenmascararan? Sospecho que lo entendía tan poco como tú. ¿Qué hice, al fin y al cabo, sino adoptar la identidad de un muerto en una época de peligro y extrema necesidad? Asumí, o tomé prestado, mejor dicho, nada más que su identidad, y la muerte ya le había privado de ella. ¿De qué me aproveché haber mantenido ese engaño durante medio siglo? La reputación de Axel Vander en el mundo es obra mía. Fui yo quien se abrió paso con uñas y dientes hasta estas alturas. Yo escribí los libros, me llevé los premios, adulé a quien había que adular, derribé a mis rivales. ¿Qué consiguió él, qué legado dejó? Un par de monografías, unas cuantas reseñas no muy perspicaces en revistas de poca monta, un puñado de poemas sobrevalorados. Fue precoz, se lo concedo, pero si le quitas la sílaba intermedia a la palabra inglesa, *precocious*, lo que te queda, *precious*,preciado, le sienta mucho mejor. Y luego está lo que escribió en la *Gazet*, ¿qué me dices de eso? Aunque fue él quien las escribió, ese joven triunfador echado a perder, ahora son mi responsabilidad. Fue por él, en parte al menos, que se las oculté al mundo durante tanto tiempo, hasta que tú, mi gatita curiosa, diste con ellas por casualidad. No me creerás, supongo, si te digo que cuando, con el tiempo, mi a veces tardo entendimiento llegó a comprender que al asumir su identidad me hacía cargo automáticamente de la responsabilidad de sus hechos, hice un pacto conmigo mismo por el que, en caso de que revelaran mi impostura, diría —escucha lo que voy a decirte—, diría que fui yo, y no él, quien escribió esos malditos artículos, ¡y que le convencí de que pusiera su nombre en ellos porque era la única manera de que Hendriks los publicara en la *Gazet*! Ríete todo lo que quieras, en los Campos Elíseos por los que vagas, pero tengo mi propio y peculiar código del honor. Si me hubieras descubierto ante el mundo habría sido vilipendiado por abandonar a mi pueblo, por traicionar a mi raza. Habrían dicho de mí que a fin de librarme de una identidad que me avergonzaba, había ocupado de buena gana el lugar que había dejado vacante un monstruo de poca monta cuyas ponzoñosas opiniones podrían llegar a ser

descubiertas algún día y atribuidas a mí. Puede que eso sea cierto. Y, sin embargo, si no fue ni más ni menos que un cobarde intento de librarme de un pasado, de un pueblo, que me avergonzaban, entonces el intento fracasó. El pasado, mi propio pasado, el pasado de todos los demás, todavía está allí, una cámara secreta de mi interior, como una de esas salas selladas que hay tras una falsa pared, donde toda una familia podría vivir oculta durante años. En el silencio, en soledad, cierro los ojos y los oigo ahí dentro, el correteo de ratón de los pequeños, los murmullos de los adultos, sus suspiros. Qué silenciosos se quedan cuando se acerca el peligro. ¡Chitón! Algo cruje. El gemido de un niño es ahogado enseguida. Alguien pega una oreja a la pared, levanta un dedo de advertencia, mientras los demás se quedan inmóviles, sin respirar, con unos ojos como platos. Cuchillos de luz entran por las grietas del enlucido. Abajo, en el patio, se oye ruido de motores, los tacones de las botas pisan con fuerza los fríos adoquines. Hay gritos a lo lejos, chillidos y gritos. Levanto los párpados. Un aliento. Todos se han ido, todos ellos; ido.

Por cierto, esta noche he tenido un sueño, o ha sido esta mañana, hace poco, en cualquier caso. Acabo de recordarlo. ¿Te lo cuento? No ha sido exactamente un sueño, o al menos lo que recuerdo de él no lo es; puede que sea solo un fragmento de una saga que ha durado toda la noche, el resto de la cual he olvidado. Como ocurre a menudo con los sueños, lo encuentro enormemente significativo aunque no sepa lo que podría significar. Yo estaba de pie en la oscuridad, sobre un alto promontorio; sabía que era alto porque el aire que soplaba contra mi cara era frío e impenetrable, y en absoluto pestilente. Tuve la sensación de que ante mí había un precipicio, y debajo una inmensa planicie que se extendía a gran distancia. De vez en cuando un rayo iluminaba un lejano horizonte. Nada sucedía. Yo estaba simplemente ahí, en el borde de esa oscura inmensidad, igual que Dante esperando la llegada de Virgilio. Entonces, procedente de la oscuridad —me doy cuenta de la creciente sonoridad eclesiástica de estas fórmulas— hablaba una poderosa voz, la voz del propio Yahvé, quizás. *Aquí, decía, aquí están sepultados todos los Abrahams y todos los Isaacs; esta es su tumba.* Eso es todo lo que recuerdo: la oscuridad, el lugar elevado, el tenue horizonte, y aquella voz. Y también un gran sentimiento de pesar, no el pesar por una pérdida o de un duelo, sino el de estar presente en una tragedia de inmensa importancia, terrible e inevitable.

No, no asistí al funeral de Axel. Sabía que no sería bienvenido, que mi presencia incomodaría a los Vander, y quizás sería incluso peligrosa. No sé cuándo tuvo lugar, ni siquiera dónde. Ahora creo que debería haber estado allí para ver cómo lo sepultaban. Se dice que las personas que tienen una relación íntima con alguien y no asisten a su entierro no encuentran paz ni fin a su tristeza hasta que conocen el destino de la persona que amaron, y sobre todo el lugar donde está enterrada. No me gustaría parecer fantasioso, pero cuando evoco los años de mi vida, y aquellos

momentos de gran dolor e impulsos suicidas, me pregunto todo el tiempo si no habré permanecido en un estado de luto suspendido por mi amigo. ¿Ello me hace parecer demasiado bueno, demasiado fiel? Sí. Pero desde luego existe algo enterrado en lo más profundo de mí que no puedo comprender, y cuya naturaleza solo puedo intuir. Parecerá demasiado obvio si digo que se trata de otro yo —¿y acaso yo, al igual que todo el mundo, al igual que tú, sobre todo al igual que tú, mi proteico amor, no estoy hecho de una legión de yoes?—, pero de todos modos es la única manera que se me ocurre para describir la sensación. Este yo separado y oculto es víctima de afectos y emociones que no me afectan en absoluto, solo en la medida en que soy el canal a través del cual deben manifestarse necesariamente sus respuestas. Aguza el oído ante los lloros más trillados, más triviales; tiene debilidad por lo sentimental. Los atardeceres, el pensar en un perro perdido, el sensiblero movimiento lento de una sinfonía, cualquier cosa vieja y manida puede poner en marcha el órgano fúnebre. Voy por la calle y oigo un fragmento de una melodía vulgar que sale de la ventana abierta de la habitación de un adolescente y de pronto se hincha dentro de mí una burbuja enorme y caliente de algo que es, a todos los efectos, la pena, y entonces tengo que acelerar el paso, la cabeza gacha, tragando saliva contra esa asfixiante bola de congoja. Se me acerca un mendigo, sin dientes, hediondo, y me viene el impulso de abrir los brazos y apretarlo contra mi pecho en un abrazo cálido y fraternal, aunque lo que hago es pasar de largo, por supuesto, apartando los ojos del espectáculo de su miseria y manteniendo los puños apretados con fuerza en los bolsillos. ¿Es posible que estos derroches de emoción espontánea y seguramente espuria tengan su origen en una pérdida ocurrida hace casi medio siglo? ¿Tanto me importaba Axel? Quizás no es solo él el que provoca mi congoja, sino todos mis muertos, congregados en ese inframundo en el que parlotean, dentro de mí, clamando débilmente la cálida sangre de la vida. Pero ¿por qué me voy a considerar especial? ¿Quién de entre nosotros no tiene su Hades privado poblado de sombras?

Sí, debería haber asistido al funeral de Axel, ver cómo le enterraban, aunque solo fuera para ver su final. Incluso cuando en el fondo de mi corazón llegué a aceptar que realmente debía de haber muerto, en algún ventrículo secundario aún se alojaba un terco coágulo de duda. Recordé las ventanas vacías de lo que había sido la casa de Vander; ¿existía alguna relación entre su desaparición y el repentino esfumarse de su familia? ¿Por qué el ayudante de Hendriks se había mostrado tan evasivo cuando le interrogué aquella tarde en la *Gazet*? ¿Sabía algo que no estaba dispuesto a contarme? Incluso hoy día me pregunto, con una mezcla de desasosiego y peculiar excitación, si es posible que, después de todo, Axel no esté muerto, que siga vivo en alguna parte, ocultándose, por la razón que sea, y que viva con otro nombre, quizás el mío, esa sí que sería buena. Tal vez entonces cometió un delito del que ninguno de nosotros supo nada, algo tan vergonzoso que ni siquiera ahora se atreve a salir de las sombras y confesarlo. Si fue así, debió de ser algo mucho más grave que un puñado de artículos en la *Gazet*, pues incluso en plena senilidad Axel sería capaz de cautivar al mundo

para que le excusara por ese pecadillo. ¿O es mi usurpación de su identidad lo que le ha impedido todo este tiempo, por quién sabe qué escrúpulo o miedo a parecer un tonto, reclamar su nombre, su vida, lo que es legítimamente suyo? Esta posibilidad me proporciona, lo admito, una abyecta satisfacción. Me resulta un tanto gratificante pensar en Axel, con todo su ingenio, su agudeza, su seguridad en sí mismo, su apostura, languideciendo en la oscuridad estos cincuenta años, reconcomido por la frustración y el fracaso, mientras yo me pavoneaba por el escenario del mundo, haciéndome un nombre, en todos los sentidos de la palabra, por mí mismo.

Oh, pero sé que es imposible. Habría tenido noticias tuyas, tarde o temprano; Axel no habría ideado una desaparición como esa sin regresar para jactarse de ella, aunque solo fuera ante mí. A pesar de todo, de vez en cuando, a lo largo de los años, he experimentado una inquietante sensación que me reptaba por la nuca, como si alguien me espicara, como si se rieran de mí en silencio; como si jugaran conmigo. Desde luego, alguien se preocupó por mí el día de las deportaciones, aunque no digo que fuera Axel. Puede que fuera Max Schaudene, por ejemplo, manipulando las cuerdas desde las bambalinas. Me acuerdo del mensaje que me llegó aquella mañana nevosa, apenas un mes después del anuncio de la muerte de Axel, garabateado en un trozo de papel y metido por debajo de la puerta. Mi madre me lo trajo. Estábamos junto a la ventana de mi habitación, bañados por una luz azulada de nieve, yo ataviado con mi vieja y andrajosa camisa de dormir y ella con un chal echado por encima de los hombros. Llevaba el pelo largo y sin recoger, y recuerdo que pensé lo gris que se le había puesto sin que me diera cuenta. Ella se quedó a la expectativa, con aquella actitud silenciosa y aprensiva con que lo hacía todo aquellos días, mientras yo desplegaba la hoja de papel barato y pautado, arrancado de un cuaderno escolar, y leía las lacónicas instrucciones allí escritas. No reconocí la letra; podría haber sido la de un niño, aquellas letras mayúsculas grandes y cuadradas que socavaban el papel, los granos de grafito brillando en los surcos. Aquel mismo día debía tomar el tren de mediodía hasta Bruselas, sentarme en un compartimento concreto, en un vagón concreto, y coger de regreso el tren inmediatamente posterior y ocupar el mismo asiento numerado. La nota iba sin firmar. No se me ocurría quién podía haberla enviado, ni tampoco era capaz de decir qué podía presagiar, pero, tal como estaban los tiempos, supe enseguida que haría lo que se me ordenaba. Mi madre escrutaba mi cara más angustiada que nunca, buscando una reacción; no dudé de que había leído la nota antes de entregármela. No pasa nada, dije sin darle importancia, es de un amigo, la estaba esperando. Aún me pregunto por qué le mentí. Ella asintió tristemente y se perdió entre las sombras arrastrando los pies.

Hago una pausa; titubeo. Casi nunca pienso en mi madre o en mi padre cuando estoy despierto. Para un hombre de mi edad parece absurdo haber tenido padres alguna vez; soy mucho más viejo ahora de lo que lo eran ellos cuando los perdí, por lo que no debería ser de mis padres de quien me estoy acordando, sino de mis hijos, ya entrados en la triste edad adulta...; los hijos, me apresuro a decir, que no he

tenido, que yo sepa. Sin embargo, aunque mi padre y mi madre están ausentes de mis pensamientos diurnos, se aparecen de manera frecuente, en contra de su voluntad, en mis sueños, o, en todo caso, en la periferia de estos. Por ahí se pasean, apretándose uno contra el otro, vacilantes, inseguros, temiendo, al parecer, como los primos Vander, que los pillen y los expulsen, entre el ridículo y una general y cruel hilaridad. Van vestidos de negro, y mi padre, el traperero, lleva una suelta corbata negra, con una improbable floritura bohemía. Observo que se dan la mano, y que la expresión de mi padre es de vergüenza. Son como un par de humildes huéspedes que han aparecido sin disfraz en medio de una fiesta de disfraces, desenfrenada y tremendamente orgiástica, en medio de la cual mi yo dormido se ve atrapado, un comatoso Tiberio, incapaz de darles la bienvenida, de invitarles a entrar, de ofrecerles hospitalidad, incapaz incluso de encargarme de que se les permita marcharse con discreción y dignidad. Mi madre exhibe esa mueca en el espacio vacío que quedaba entre sus cejas, y que siempre delataba sus aflicciones más profundas e inexpresables. Desconfía de mí, y no me mira, mantiene la vista baja, lo que hace que su actitud sea aún más desesperadamente suplicante. Mi padre muestra su expresión habitual de cauta ironía. Era un hombre con sentido del humor, incluso ingenioso, pero sus ocurrencias eran tan comedidas, tan tímidas, que la gente rara vez las apreciaba, o las apreciaba demasiado tarde, de modo que en mis recuerdos siempre le veo desviando la cabeza hacia otra parte con una medio sonrisa nostálgica y decepcionada. Mis padres. ¿Llegué a conocerlos? Cuando estaban en casa creo que apenas me daba cuenta de su presencia, solo cuando se interponían entre la luz y yo, impidiéndome ver el radiante futuro. Yo albergaba la piadosa esperanza de que no hubieran sufrido, al final, ni ellos ni los demás, pero desde entonces he aprendido lo que es la esperanza.

Tomé el tren a Bruselas tal como me habían indicado. En mi compartimento solo había otro ocupante, un joven escuálido, de mirada furtiva y aspecto de dependiente, que llevaba un terno de raya diplomática una talla o dos más grande de lo que le correspondía. Lo único destacable de su aspecto era su nariz, enorme, pálida, de puente alto, y llena de marcas, como la pala de piedra de un hacha ceremonial. Desde ahí, el resto de sus facciones retrocedían, renunciando a la competencia. Sobre las rodillas tenía un pequeño maletín rozado, de cartón, como los que utilizan los prestidigitadores para llevar sus efectos, la tapa del cual levantaba de vez en cuando para mirar en el interior. ¿Documentos? ¿Un despacho urgente? ¿Lingotes de oro? ¿La pistola de un asesino? Intercambiamos las cortesías imprescindibles y nos acomodamos para mirar por la ventanilla los campos cubiertos de nieve que abrían interminables a nuestro alrededor su amplio y lento abanico. Nuestras miradas flotaban hacia la del otro como amebas, se encontraban y de inmediato volvían a separarse. Cuando entramos en la penumbra de una estación y su espectral reflejo surgió tras él en la ventanilla, pareció, por la dirección de su mirada, que tenía los ojos intensamente fijos en mí, como si le preocupara que yo le atacara si bajaba un

momento la guardia. Me pregunté si guardaría alguna relación con la nota de advertencia, si no sería incluso el que la había escrito. ¿Debería decirle algo, hacerle alguna pregunta, desafiarle? Seguimos avanzando en el tren a través de la campiña helada, las ruedas debajo de nosotros, tejiendo sus ritmos entrecruzados, enloquecedoramente irregulares, y desplazamos nuestras jorobas sobre la polvorienta felpa, y nos aclaramos la garganta y suspiramos, sin decir nada. Una vez, en mitad de ninguna parte, el tren se detuvo poco a poco y se quedó respirando durante un intervalo que se prolongó como una tortura. Lanzamos una sombría mirada al paisaje nevado, desierto. Dos soldados se acercaron a la puerta del compartimento, nos miraron y siguieron avanzando. La Nariz se pasó un dedo por el interior del cuello de la camisa y exhaló un leve soplo de alivio, me miró y aventuró una desasosegada sonrisa. Pero tampoco dije nada: podía ser el colaboracionista más entusiasta y recelar de las atenciones de los militares. Fuera alguien gritó, y entre ruidos metálicos y estrepadas nos pusimos de nuevo en marcha.

En Bruselas me senté en el cargado ambiente del bar de la estación y me bebí tres vasos de schnapps en rápida sucesión, y mis manos dejaron de temblar. Cuando volví al andén el tren ya se movía, y tuve que correr para subirme en marcha, haciéndome una fuerte raspadura en la pantorrilla. Avancé cojeando por los pasillos hasta que encontré mi compartimento, y ahí estaba él, con su mirada agitada y el maletín sobre las rodillas, y su gran nariz almagrada de miedo y frío. Saqué la nota y él sacó otra igual. Me reí. Se rio. Los dos nos reímos. Era como si no pudiéramos respirar. Dijo que sabía tan poco como yo. Quizás algún desconocido se paseaba de noche por la ciudad, iba de una puerta a otra —alguien las habría seleccionado— y dejaba esas notas de aviso. Especulamos acerca de si habría más como nosotros en el tren, una banda desperdigada de fugitivos desconcertados. Algo debe de estar pasando en nuestro hogar, dijo, y sonó tan extraña, esa palabra, *hogar*, que tragó saliva en silencio y desvió la mirada. Al poco abrió su maletín de prestidigitador. Dentro llevaba sándwiches, una manzana, una petaca de aquavit. Lo compartimos todo. Bebimos de la petaca por turnos; nuestra camaradería no habría quedado sellada con más solemnidad si nos hubiésemos hecho un corte en la muñeca y hubiésemos mezclado nuestras sangres. Al final del viaje yo estaba achispado y atolondradamente eufórico. Intercambiamos nuestra direcciones en el andén, gritando por encima del estruendo de los trenes y los anuncios por megafonía, nos estrechamos la mano fervorosamente, y juramos un próximo encuentro. A continuación, irguiendo los hombros con alivio, seguimos cada uno nuestro camino, deprisa, sabiendo que jamás volveríamos a vernos, a menos, quizás, que el Ángel del Señor hiciera otra visita de advertencia a nuestras puertas.

Caminé hacia casa a través de la ciudad callada, oyendo crujir la nieve bajo mis botas. El efecto del aquavit se disipó rápidamente. Aún me palpitaba la pantorrilla allí donde me había golpeado al saltar al tren. Cuando llegué a nuestra calle estaba oscura como boca de lobo, no había una sola luz encendida, y todo estaba en silencio, y

entonces lo supe. Tres centinelas armados con fusiles rodeaban un brasero encendido, dando patadas en el suelo para entrar en calor. No me atreví a acercarme a ellos, y me mantuve entre las sombras, donde me llegó el intenso y cálido hedor de los carbones quemando, una consternadora vaharada que procedía directamente de mi infancia. Recuerdo la escena en términos expresionistas, las formas brutales de los soldados, la terrible intensidad del brasero, y la calle dividida limpiamente en dos por una deslumbrante luna. La escarcha brillaba sobre las aceras, entre la nieve, pero cuando la pisé comprobé que no era escarcha, sino cristales rotos. Los escaparates estaban destrozados, las puertas condenadas con tablones recién cortados; el olor a pino de la madera era otro olor que no pegaba, esta vez a bosque y falda de montaña. El edificio en el que yo vivía, o al menos en el que había vivido hasta entonces, estaba tan oscuro y vacío como todos los demás. La puerta principal estaba rota y colgaba de un gozne. Tras ella, el vestíbulo era un agujero negro y cuadrado que conducía a otro universo.

Me fui al cine. Recuerdo que la película era *El judío Süß*, a menos que mi memoria, con su lamentable ansia de coherencia, haya eliminado el título original y lo haya cambiado por este. El público parecía tan apagado como yo, sentados con la cabeza hacia atrás, inclinada, fila tras fila, mirando inmóviles, como si estuvieran helados de asombro o miedo, la cara levantada en aquella penumbra parpadeante y las puntas de los cigarrillos ardiendo y apagándose como un enjambre de luciérnagas, las columnas de humo girando en lento movimiento hacia el cono espasmódico del proyector, hecho de luz mezclada y sombra turbia. Cuando la película acabó, fui el último en marcharme. En la calle me paré en un tenderete que abría hasta tarde y compré un cucurucho de castañas asadas y me las distribuí en los bolsillos de los pantalones, para que primero me calentaran y luego me alimentaran. Sin pensar adónde me dirigía, regresé a la estación de tren, y allí pasé la noche, en un banco, en el interior de la resonante nave, como un fugitivo en el santuario de una catedral. Echaba una cabezada solo para despertarme casi inmediatamente con un sobresalto, primero de miedo, y luego de una suerte de asombro lento e incrédulo ante todo lo que estaba ocurriendo. En mitad de la noche el frío se hizo intenso, y entré en los lavabos y me envolví las piernas, debajo de los pantalones, con las hojas de un periódico abandonado (la *Gazet*, muy apropiado). ¿Dónde había aprendido todo este saber de vagabundo? Un poco antes del alba, un colega de indigencia intentó vaciarme los bolsillos. Fue un intento de aficionado, me desperté enseguida y le lancé una tremenda patada que erró el blanco. Recuerdo su boca, un agujero redondo y rosado hundido en una maraña de pelo. Se alejó de mí con cautela, en una actitud de reproche, como si yo fuera el agresor, las palmas marrinosas levantadas, la boca cerrándose y abriéndose sin pronunciar palabra. No me volví a dormir, sino que esperé a que llegara la mañana. Entonces me levanté, entumecido, y me dirigí a un café de obreros y gasté el dinero que me quedaba en un plato de pan y salchicha, aún me llega el sabor de esa comida. Volví a recorrer las calles. El día era claro y

luminoso; el frío, severo, y todo resonaba y repicaba como si la ciudad estuviera encerrada debajo de una campana de vidrio. La escarcha flotaba en el aire, una niebla cristalina. Dentro de mis botas tiesas tenía los dedos insensibles. Además, aún me dolía la pantorrilla herida, lo que me irritaba bastante. Esa misma cólera, casi inexplicable, iba a ser recurrente a menudo en los meses que siguieron; para el fugitivo, lo que más duele es la persistencia de aflicciones triviales. Al final me fui a casa. No había otro sitio adonde ir.

Pensaba que seguiría habiendo soldados en la calle. A plena luz del día no podría esconderme de ellos. No sabía qué haría si me daban el alto. Me dije que a lo mejor debería lanzarme a por ellos, sacudiendo los puños y aullando, aun cuando me dispararan y ahí acabara todo. A lo mejor, antes de caer abatido, podía ponerle un ojo morado a uno o partirle la barbilla. Pero la calle estaba desierta. El brasero ya no ardía, aunque la escoria estaba sorprendentemente caliente, y me quedé ahí un rato frotándome las manos encima. Nada se movía, excepto una cortina en una ventana hecha añicos del piso de arriba, hinchándose en la corriente. El sol de invierno endurecía los perfiles de todo, y recordé con repentina viveza las mañanas como esa en las que de niño me iba a la escuela. Entré en nuestro edificio por la puerta baja que había junto a la carnicería, que estaba entablada como todas las demás, y entré en el patio, que seguía oliendo a argamasa húmeda y alcantarilla. En el vestíbulo estaba mi bicicleta prohibida, y un cochecito negro de niño sin ruedas que alguien había abandonado años atrás. Me quedé allí y miré hacia lo alto de la escalera. También allí reinaba un inmenso silencio, y un frío inhumano, y todas las puertas estaban cerradas, como si nunca hubieran de volver a abrirse. A mitad de camino del primer tramo de escaleras, por trillado que pueda parecer, había un zapato de niño, tumbado, tenía el cordón roto y le faltaba un botón. En nuestro rellano la pared estaba erosionada allí donde los años de hombros, codos y zapatos que pasaban la habían frotado y mellado; antes nunca me había fijado en esas marcas, pero ahora me parecían tan misteriosas y sugestivas como una serie de jeroglíficos inmemoriales. Saqué mi llave, pero en un acceso de cautela me detuve y volví a meterme la llave en el bolsillo, y llamé a la puerta, suavemente, con modestia, como lo haría un mendigo o un hijo pródigo que regresa. Esperé. ¿A qué? Al poco oí unos leves pasos en el interior que se acercaban a la puerta y se detenían. Sí, mi muy asidua lectora, reconocerás el momento y su imagen, pues los he utilizado en muchos contextos, como un emblema burlón de la condición humana: dos personas, una a cada lado de una puerta cerrada, una fuera y la otra escuchando desde el interior, y las dos intentan adivinar la identidad del otro y sus intenciones. Volví a llamar, de manera aún más comedida, un mero roce de los nudillos en la madera, y, como si esta segunda llamada fuera la señal, la verificación, que el de dentro había estado esperando, inmediatamente se oyó el chasquido del cerrojo y la puerta se abrió una rendija, y un ojo receloso, de pálidas pestañas, me miró. Murmuré algo, apenas sabía qué decir, pero fuera lo que fuera provocó una risita en el interior, y la puerta se abrió de par en par.

Era un joven delgado, extraordinariamente delgado, con una cara estrecha, larga y blanca, y un pelo rojo y enmarañado. Llevaba un abrigo largo, abierto, y le colgaba una larga bufanda gris que daba a su aspecto un toque cómicamente triste. Tendría más o menos mi edad, aunque pareciera mucho más viejo. Llevaba un periódico bajo el brazo, enrollado como una rígida batuta. Me miró de arriba abajo casi divertido, y con un gesto amplio y amistoso me invitó a entrar. Entré, pero me detuve nada más cruzar el umbral. Él se quedó a mi lado, siguiendo mi mirada con interés mientras yo observaba a mi alrededor. Había previsto un desorden, cajones abiertos y arrancados y objetos tirados por el suelo, pero todo parecía igual que siempre, solo que un poco más gastado, quizás, y un poco avergonzado, bajo la mirada escéptica y parpadeante del desconocido. A cada momento que pasaba, sin embargo, el lugar iba dejando de ser real, se convertía en una reproducción, por así decir, hecha con gran destreza, con los detalles exactos, aunque carentes de autenticidad. Todo parecía plano y hueco, como un decorado. Percibí la silíceo luz del sol en la ventana, era como si la hubiera proyectado una potente lámpara eléctrica colocada justo fuera del marco. Incluso el olor del aire no era el verdadero.

—Me llamo Schaudleine —dijo el intruso—. Puedes llamarme Max, si lo deseas. He estado echando un vistazo.

Se encogió de hombros, sonrió resignado, dando a entender que no se tomaba en serio sus responsabilidades, cualesquiera que fueran. He utilizado la palabra *intruso*, pero de hecho él parecía sentirse como en casa, mucho más que yo, desde luego. Suspiró. Había mucho que hacer en estos casos, dijo, negando con la cabeza, tanto que verificar, enumerar, explicar...; hay que ver, la gente era tan olvidadiza.

—Es decir, cuando se trata de toda la familia —dijo, y me miró de soslayo, ¿y fueron imaginaciones mías o vi cómo el párpado le temblaba?

¿Dónde estaba, me oí preguntar, la familia, adónde había ido? Había estado a punto de añadir: ¿Adónde se los han llevado?, pero me contuve a tiempo. Hizo como si se lo pensara un momento, mordiéndose el labio inferior.

—¿Al este? —dijo por fin, levantando las cejas, como si yo hubiera de saber mejor que él la respuesta.

Comenzó a pasearse por la casa, mirando esto y aquello, pero sin tocar nada. Le seguí. Se detuvo en la puerta de la habitación de mis padres, con las manos en los bolsillos del abrigo y meciéndose sobre los talones.

—Ah —dijo—, ¡el dormitorio principal!

Juntos observamos la cama, baja, sin ropa, con los dos surcos espectrales, uno al lado del otro, en el colchón, la colcha descolorida doblada al pie, la silla de asiento de junco, la mesilla de noche con jarra de agua y jofaina. El armario estaba abierto, y no había en él ni una percha. La habitación nunca había estado tan ordenada, tan cuidada, tan vacía. Schaudleine se volvió hacia mí.

—¿He entendido bien tu nombre? —dijo.

Cuánto tacto, como si fuéramos un par de posibles inquilinos cuyas citas para ver

el piso han coincidido por error, y ahora tomaba la iniciativa para que ninguno de los dos se sintiera incómodo.

—¿Mi nombre? —dije—. Mi nombre es Axel Vander.

No sabía lo que iba a decir, y sin embargo no me sorprendió oírlo. Todo lo contrario, me pareció perfectamente natural, como ponerme un traje nuevo hecho a medida para mí, o, mejor dicho, para mi gemelo idéntico, ahora fallecido. También fue emocionante, de una manera que no puedo explicar al detalle. Nada más decirlo me quedé sin aliento, me entró una flojera, como si acabara de llevar a cabo una maravillosa proeza de osadía, como si hubiera cruzado de un salto un abismo, con mis deslumbrantes vestiduras nuevas, o hubiera escalado hasta un lugar vertiginosamente alto desde el que pudiera observar otro país del que había oído contar cosas fabulosas pero que nunca había visitado. Tampoco reparé en la desproporción de esas sensaciones con su causa: tan solo le había dado un nombre falso, como haría un bribón de poca monta al ser interrogado por un policía. ¿Es eso lo que experimenta un actor cuando sale a escena, esa ingravidez, esa repentina libertad, lo que Goethe llama en alguna parte *der Fall nach oben*, acompañado por su temblor de secreta y apenas contenible hilaridad?

—Así que Vander, ¿eh? —dijo Schaudleine, y me miró de arriba abajo con redoblado interés—. Creo que conozco ese nombre —enérgicamente se frotó las palmas de sus manos enjutas y blancas, que sonaron como dos papeles rozándose—. Bueno, tendremos que pensar lo que vamos a hacer contigo, puesto que parece que... —me lanzó una rápida y ladina sonrisa—. Puesto que parece que te han abandonado.

Nunca averiguaría quién era, ni por qué estaba allí, ni de dónde derivaba su autoridad. Y tampoco sé por qué decidió ayudarme. Él no quería dinero, lo que tampoco estaba mal, pues yo no tenía nada. Parecerá absurdo, pero sospecho que me salvó, y desde luego me salvó, tan solo porque le pareció divertido que me hubiera escapado de que me arrestaran y me deportaran por el simple hecho de no estar en casa. «¡Qué cosa, eh!», no dejaba de decir, con su sonrisa de comisuras hacia abajo típica de comediante, negando con la cabeza como si yo hubiera efectuado alguna audacia acrobática. Naturalmente, no mencioné la nota de advertencia. Todavía me pregunto si fue él quien la escribió, aunque no puedo dar ninguna explicación razonable de por qué debería haberlo hecho. ¿Qué beneficio podía sacar de un acto de tan generosa magnanimidad? ¿Lo hizo también porque le divertía? No me cabe la menor duda de que era un bribón. Difícil de creer que siga con vida. ¿Cómo escapó de la horca? Ahorcaban a otros por menos. Hendriks, por ejemplo, en medio de la euforia general posterior a la liberación, fue colgado de una farola con su propio cinturón, por no mucho más que haber escrito esos editoriales que todo el mundo, de repente, en un arrebató de iluminación, comprendía que habían sido una traición. Pero Schaudleine, Schaudleine no era de los que se dejan linchar.

Me llevó a un café que estaba en la esquina de la plaza que Axel y yo solíamos frecuentar, y me invitó a un segundo desayuno de café y bollos, diciendo que

necesitaba alimentarme para el viaje que me esperaba; no pregunté a qué viaje se refería. Él no tomó nada, pero mientras yo comía se me quedó mirando con aprobación y satisfacción paternas, aún con su periódico enrollado bajo el brazo. Me sentía como un escolar al que han rescatado de las garras de una banda de maleantes en la puerta del colegio; ahí estaba yo, sin rasguño alguno, con la nariz ilesa, disfrutando de un estupendo ágape que me ofrecía generosamente mi nuevo, sonriente y solo un tanto siniestro amigo. Él hablaba mucho, dejaba entrever que poseía magníficos contactos con gente poderosa; me aseguró, sin darle importancia, que poseía acceso a una red de gente que proporcionaba ayuda por todo el continente; eran amigos, asociados, simpatizantes —no especificó con qué causa simpatizaban esas personas, y presumiblemente él—, que me ayudarían a emprender una nueva vida, al otro lado del océano, si era necesario. Volvió a sonreír; esta vez me guiñó el ojo sin la menor duda; puede que incluso se diera un golpecito con un dedo en el lateral de la nariz. Asentí, cogiendo otro bollo. No le prestaba mucha atención. A lo que atendía más que nada era a algo que ocurría en mi interior, un cambio, una transformación; era como si todas las partículas de que estaba compuesto se realinearan a lo largo de un eje totalmente nuevo. No cada día pierde uno a toda su familia de un golpe. No diré que no estaba afectado, ni que no temía por ellos. En aquel momento ignoraba que jamás volvería a verlos, que el torbellino en el que habían desaparecido no dejaría de ellos más que el polvo. Supuse que se los habían llevado a alguna parte, a un lugar probablemente remoto y poco acogedor, el Heligoland de Axel o el Amazonas de Hendriks, y asumí que no tardarían en cogerme y enviarme a mí también. E incluso me pregunté si mi nueva vida, a la que Schaudene se refería con tanto entusiasmo, no sería un eufemismo para mi inminente arresto y deportación. Pensé que de hecho a lo mejor era ese su trabajo, recorrer la ciudad disipando los temores de la gente, a fin de que estuvieran preparados, aunque no para lo que ellos creían, y no dieran problemas cuando los soldados llegaran con los camiones. Pero si ese era el caso, no me importó. En aquel momento tenía otra cosa en que pensar como para que me importara. Pues se me había puesto delante la perspectiva de la libertad, que excluía todo lo demás. Esa era la posibilidad eléctrica hacia la que apuntaban todas mis partículas erizadas y crepitantes. Me di cuenta de que por fin era un agente completamente libre. Todo me lo habían arrebatado, por tanto todo me sería permitido. Podría hacer lo que deseara, seguir mis caprichos más disparatados. Podría mentir, engañar, robar, mutilar, asesinar, y justificarlo todo. Más aún: ni siquiera se planteaba la necesidad de justificación, pues la tierra en la que ahora me adentraba era una tierra sin leyes. Los historiadores nunca se cansan de observar que una de las maneras en que triunfa la tiranía es ofreciendo a quienes la apoyan la posibilidad de satisfacer sus deseos más secretos y viles; pocos se molestan en entender, sin embargo, que sus víctimas también pueden convertirse en hombres libres. A la deriva y sin hogar, sin familia ni amigos, a no ser que considerara a Schaudene un amigo, al fin podía convertirme en la cosa más elusiva, a saber —¡a

saber!—: yo mismo. A veces conjeturo que esa podría ser la auténtica y única razón por la que asumí la identidad de Axel. Si esto te parece una paradoja, entonces no sabes nada de los problemas de la autenticidad.

Como ya he repetido —¿quizás con demasiada insistencia?—, no tengo propensión a lo místico, pero debo dejar constancia de un fenómeno curioso, por no decir inquietante, ocurrido en esa época. Días antes de conocer a Max Schaudéine experimenté una serie de coincidencias ciertamente extraordinarias. Fueron triviales, como suelen ser esas cosas, pero no menos extraordinarias por eso. Estaba leyendo una novela, y llegaba a un párrafo que hablaba de un personaje, por ejemplo, dejaba el libro, salía a la calle y me encontraba con alguien que se llamaba igual, y no eran nombres corrientes. Había comenzado a escribir un ensayo sobre Napoleón en Jena la misma mañana en que me llegó una carta procedente de esa ciudad, remitida por un conocido que estaba en esa universidad, estudiando a Hegel, claro. Conocí a dos chicas que se llamaban Sara; me cité con una de ellas en una esquina concreta, a una hora concreta de la tarde; no apareció, pero justo a la misma hora divisé a la otra Sara paseando por el otro lado de la calle. ¿Qué podía explicar esas combinaciones de hechos? Quizás solo que en esa época mantenía una actitud tan vigilante que me fijaba en cosas que de otro modo me habrían pasado inadvertidas, ni me habría fijado. Pero ¿por qué en aquellos días en particular? ¿Acaso no estaba constantemente alerta ante las astutas y amenazantes estratagemas del mundo? ¿Era un presentimiento animal de un peligro inminente? ¿Eran esos sucesos inverosímiles e insignificantes la manera con que el benévolo destino me daba un codacito de aviso? Es algo que no quiero ni pensar, pues, de ser así, entonces toda mi concepción de la naturaleza azarosa de la realidad se pondría en solfa, y no me gusta plantearme esa posibilidad.

Enseguida, entonces, puse el pie sobre la pegajosa telaraña de la red continental de Schaudéine, y comencé el viaje que me llevaría, a saltos grandes, vacilantes, erráticos, a un lugar de refugio en otra parte. Quizás, si todavía vivo cuando haya acabado esta confesión, y me queda energía suficiente, escriba un relato completo de esa época: *Katabasis, o Mi huida hacia la libertad*. Por ahora, este simple esbozo debe bastar. Incorpórate y presta atención, por favor.

La ruta de mi fuga —no me gusta la palabra, suena muy de capa y espada, pero ¿qué otro nombre puedo darle?— me llevó inicialmente en cerrada diagonal a través de Francia hasta la esquina suroriental de la bahía de Vizcaya. No fue un viaje duro; la gente de Schaudéine me ayudaba en cada nudo de la red por la que yo me movía, me ofrecían comida, refugio, documentos falsos, consejos y advertencias. Robaba cosas, incluso a los que me ayudaban. Me convertí en un ladrón bastante experto; el robo, como cualquier cosa, tiene su arte, si uno lo aborda de una manera pura y desinteresada. Eso, en especial, fue algo que aprendí, que uno debe ser desinteresado, o al menos debe aparentar de manera creíble que lo es, si quiere tener éxito en el

delicado mundo de la supervivencia. Cuanto más al sur me desplazaba, más abatido me sentía. No sentía desesperación, ni siquiera miedo, solo que no le veía fin a ese viaje en el que me había embarcado, y así tenía la impresión de que esa sería para siempre mi vida, no más que un viaje interminable, y que al final me encontraría volviendo sobre mis pasos, recorriendo la misma ruta desde el principio, viendo esa misma araña, y la misma luz de luna entre los árboles, una y otra vez. Toqué fondo un crepúsculo de diciembre en Hendaya, donde me senté en un tenebroso bar y escuché el lastimero ondear de las banderas en el desierto paseo marítimo, y de pronto caí en la cuenta, con un triste respingo, de que era Nochebuena. Sin embargo, las cosas mejoraron al día siguiente —incluso el cielo encapotado se despejó un poco—, cuando me encontré con mi contacto en la ciudad: una chica de pelo corto, tocada con boina y ataviada con un abrigo negro que le quedaba muy grande, a la que tomé por un muchacho hasta que habló. Ella y su padre me llevarían esa misma noche a San Sebastián en el camión de él. Mientras tanto, me examinó con un vivo resplandor en sus ojos oscuros —recuerdo que entonces yo era joven, y grande, y vigoroso, mis miembros eran aún sanos, mi vista era perfecta—, y me llevó a su diminuta habitación que daba al mar, donde nos quitamos nuestras ropas bajo una luz marina color pescado, y ella se me encaramó encima, ágil y veloz como un pececillo, husmeando en grietas y rendijas como en busca de alguna esquivita exquisita. Cuando hubimos acabado, y yo me quedé final y completamente vacío, se puso en pie de un salto y se sentó sobre mi pecho igual que un gimnasta se coloca a horcajadas sobre el plinto, y vi un filamento de mi semen colgando durante un segundo entre sus labios abiertos mientras me sonreía y me decía con su voz cálida y aguda: «*Joyeux Noël, mon petit!*».

Tenía un nombre pintoresco, Josette. Me avergüenza confesar que le robé el reloj, un trasto barato y macizo, pero extraordinariamente resistente, pues aún lo tengo, y aún da la hora, más o menos. Se lo había dado uno de mis predecesores en esa ruta, que en su caso quizá también había incluido un desvío por esa habitación que daba al paseo marítimo. Josette. En su manera de ser y su estatura prefiguraba, de forma inquietante, a mi Lady Laura, a la cual, unas semanas más tarde, en una primavera inglesa todo aguanieve y espigas, una luz del sol lluviosa, conocí en un tren mientras viajaba a Londres desde el puerto de Southampton. Yo había llegado aquella mañana en un barco procedente de Lisboa, una ciudad de la que solo recuerdo el olor a alquitrán y el repugnante sabor del aceite de oliva crudo, y las láminas de lluvia que con un brillo de aluminio ondulaban a través de los muelles al alba, cuando me marché. En Southampton, un funcionario del ejército de graduación indeterminada, sentado detrás de una mesa, durante un momento que se me hizo muy largo, lanzó una mirada airada a mi pasaporte, que con todo cariño había confeccionado un falsificador octogenario de Lieja. A continuación, con un bufido que pareció una risotada carente de alegría, lo cerró de un golpe y me lo entregó, mi naipe ganador. Supuestamente yo era un piloto de las fuerzas de la Francia Libre, tenía un

documento que lo probaba. En el tren no había calefacción. El compartimento estaba abarrotado de oficiales del ejército, y olía a humo de cigarrillo y lana húmeda. Lady Laura estaba acurrucada en un rincón, en diagonal desde donde yo me encontraba, ataviada con un enorme abrigo, igual que el de Josette, solo que mucho más caro, y un sombrero negro de ala caída con una pluma caída como de pavo. Era difícil distinguir sus rasgos debajo de tanto fieltro y tanta pluma, y solo se divisaban un par de ojos de brillo oscuro, que percibí que de vez en cuando posaba en mí de manera especulativa. Me fijé en los caros zapatos que cubrían sus pies pequeños y blancos, envueltos en medias de seda, con la correa bien apretada sobre el empeine. Sus diminutas manos eran pálidas como hueso pulido, y sobresalían de las amplias mangas del abrigo igual que las garras del esqueleto de un animal asoman de su piel. No era mucho más grande que un niño. Los soldados, rebosando fatiga de combate, hablaban en voz alta entre ellos y no le prestaban atención. A través de los cristales empañados corrían oblicuas, como saliva, gotas de aguanieve derretida. Llegó el revisor, y respiró con aire preocupado sobre mi billete, y me dijo en un tono de incómodo pesar, por lo cual aún hoy le recuerdo con cierto cariño, que estaba en un vagón de primera clase y que tendría que cambiarme. Sin darme tiempo a recoger mis cosas, el abrigo que había en la esquina se agitó, una mano se hundió en un bolso de cadenas de plata entrelazadas y sacó un billete grande y blanco y lo agitó lánguidamente en el aire. El revisor cogió el dinero, perforó mi billete, se tocó el gorro con la mano y se retiró, guiñándome el ojo al marcharse. Debajo del ala de aquel sombrero emplumado, sus ojos, grandes, oscuros y aterciopelados como pensamientos, me sostuvieron la mirada por un instante, inexpresivos, y luego la apartaron.

Había ido a despedir a uno de sus hombres, que se iba a la guerra. La noche antes se habían registrado en un hotel de Southampton como el comandante Smith y señora.

—Me sentí como una fulana —dijo, y se rio.

El hombre tenía miedo de que lo mataran en combate, y durante la noche había llorado y se había abrazado a ella.

—Si he de decir la verdad —dijo ella con asombro—, exactamente igual que un bebé.

Ahora lamentaba no haberse despedido de él en Londres y no haber evitado verle desmoronarse de aquel modo. Me contó todo eso antes de que nos bajáramos del tren. Me preguntó si la consideraba una mujer horrible, y me lanzó una mirada para calibrarme, para ponerme a prueba. Estábamos delante de la estación, bajo la llovizna, esperando un taxi. La copa de su sombrero, salpicada completamente de gotas de lluvia que parecían gemas, me llegaba a la altura del pecho.

—No creía que los franceses fueran tan grandes —dijo.

Le dije que no era francés, pero no prestó atención; llegué a conocer bastante bien su capacidad para no oír las cosas que le parecían inconvenientes. Por mi parte, ya

sufría mi primera jaqueca londinense. Llegó un taxi. Se ofreció a acompañarme a mi destino, pero le dije que no tenía adónde ir, lo que era cierto. Al oírlo frunció los labios y arrugó el entrecejo, pensando. Fuimos a desayunar a un hotel de Knightsbridge, y ella pagó. Desde el comedor se veía el tráfico avanzando lentamente bajo la lluvia. Debajo del abrigo llevaba un vestido de seda gris paloma.

—Aquí preparan huevos frescos, para mí —dijo—. ¿Quieres un par?

Y por primera vez sonrió. Cuando acabé de comer —¡Dios mío, lo que podía comer en aquella época!—, dijo que se iría a casa a dormir un rato, pero que fuera a visitarla por la tarde. Sacó otro gran billete de banco y escribió en él la dirección con un pequeño lápiz plateado que colgaba de un fino cordón negro.

—Es una prueba de caballerosidad —dijo—. Si te lo gastas, no sabrás dónde vivo.

Pasé horas caminando por la ciudad, sin sentir gran cosa. Hay ocasiones como esa, y todo refugiado las conoce, en que uno parece estar como suspendido en el aire, sin volición, ni esperanzado ni desesperado, simplemente a la espera de lo que va a pasar. Ya menguaba la luz del día cuando llamé al timbre de su casa alta y estrecha de Belgravia. Vino a abrirme con una bata carmesí de crep de China, y fumando un cigarrillo con boquilla de ébano, una perfecta parodia de una vampiresa de la escena. Llevaba el pelo sujeto elaboradamente con muchos alfileres rematados por perlas, y exhibía una máscara de maquillaje blanco arcilla y carmín carmesí, que otorgaba a sus rasgos delicados un excitante toque oriental. Todos esos preparativos eran para recibir a alguien, pero no a mí, y por primera vez desde que abrió la puerta me miró con consternación, antes de recordar quién era yo. Me condujo por el pasillo.

—Maldito Southampton —me dijo por encima del hombro—, he pillado un resfriado.

Debajo de su capa de maquillaje pude ver la delicada pelusa rosa de los bordes de sus fosas nasales, y el pequeño bosquecillo que coronaba su labio superior. El salón estaba amueblado con el estilo moderno, frío y anguloso de la época: mesas bajas de vidrio y acero, sillas tipo insecto palo, una araña de luces de amenazantes púas de cristal; las paredes estaban cubiertas de un tejido negro que titilaba de manera molesta en los laterales de mi campo visual. Reinaba el espeso calor de un invernadero, pero ella no dejaba de quejarse de que hacía frío. Sin preguntarme si quería me sirvió una ginebra y se sentó en la esquina de un sofá blanco y cuboide de aspecto incómodo, abrazándose el tronco y temblando delicadamente.

—Me siento muy mal por lo de Eddie —dijo—, mi cielito —Eddie era el que había tomado el seudónimo del comandante Smith, el de las cobardes lágrimas—. No debería haberte contado esas cosas de él. Ahora creerás que soy terriblemente insensible.

Y me miró desde debajo de sus largas y apelmazadas pestañas, a continuación bajó la mirada y se mordió delicadamente el labio en una parodia casi sonriente de contrición y remordimiento. Sonó el timbre, añadiendo otro toque teatral a la escena.

No hizo ademán de ir a contestar, ni dio señal de haberlo oído. No había duda de que se trataba del hombre que estaba esperando. El timbre siguió sonando. Nos sentamos en silencio. Me examinó con calma. Mi estómago, que aún forcejeaba con los restos de aquel desayuno inusualmente succulento, gruñía y rugía. El hombre que llamaba hizo sonar el timbre por última vez, un último apretón breve, desganado, y a continuación se marchó. Lady Laura estaba pasando el dedo por la costura de la funda del sofá. Un mechón de pelo había escapado de los alfileres y colgaba junto a su oreja como una concha negra y reluciente. En voz baja dijo que quizás deberíamos irnos a la cama, «aunque yo acabo de levantarme».

Era realmente menuda; se me ocurrió que a lo mejor debería sentir cierta desazón por la facilidad con que atraje en rápida sucesión a esas dos personas tan pequeñas, que tanto se parecían a un niño. Cuando se quitó su bata, bajo la cual iba convenientemente desnuda, y se echó delante de mí en la cama, me dio un poco de miedo ponerle la mano encima por temor a romperle algo. Por lo que se refiere a las mujeres, como puedes atestiguar, siempre he sido como el elefante en la cristalería. He hecho añicos a muchas, como si fueran figuras de porcelana de Meissen. Incluso esa enorme urna vitrea que al final era Magda quedó destrozada por mis patosas pezuñas. Lady Laura estaba excitada ante la perspectiva de un daño exquisito. Levantó sus rodillas conmovedoramente frágiles, abrió los brazos y me sonrió a la cara con unos ojillos entrecerrados.

—Vamos —dijo, con el ronco gorgoteo de un gato—, párteme en dos y pide un deseo.

Me tuvo con ella unos dos años, con algunos intervalos. Desde el principio dejé claro cuál sería el acuerdo entre nosotros; iba a ser completamente como ella dictara. De ninguna manera, por ejemplo, tendría yo los derechos exclusivos de su cama; lo cierto es que no tendría ningún derecho digno de mención sobre ninguna de sus cosas. Ella ya tenía muchos admiradores, y seguía acumulando más y más sin parar. Se movía en un círculo reducido y jaranero en el que las ovejas negras de la aristocracia se mezclaban con el mundillo artístico. Su difunto padre, que había sido duque, le había dejado muchísimo dinero, pero aunque derrochaba, no era generosa. Me compraba ropa buena, zapatos hechos a mano, todo tipo de joyas para lucir, pero eran menos un adorno para mí que para ella, que las lucía de rebote. Seguía insistiendo en que yo era francés —«De verdad, querido, nunca nos llega nadie de tu país»— y en todas partes me presentaba como *mi Rana*. Ella me caía bien, de verdad; quizás me caía más que bien. Había en ella algo malsano, algo acre, descolorido, usado, que yo encontraba enormemente atractivo; ahora me acuerdo del olor a rancio de su pelo, el tacto rasposo de sus piernas afeitadas, los surcos profundos bajo los ojos, con sus sombras como moratones, marrón ciruela. Sin embargo, no he conocido a nadie, ni siquiera tú, querida Cass, que fuera tan tierno, tan delicado, tan voluptuosamente desvalido como ella, cuando decidía serlo. Dijo que adoraba mi tamaño, mi inverosímil e improbable mole, su bruto y clandestino rubio de mandíbula

cuadrada, zarpas de asesino y un ridículo acento imposible de ubicar.

No sabíamos nada el uno del otro, quiero decir nada importante. Durante un breve tiempo me guio —su mano delgada y fría colocada con suavidad sobre la mía— por las páginas de una de esas inteligentes y divertidamente crueles novelas que estaban de moda en la época, de las que leí anaqueles enteros para mejorar mi inglés, y cuyo eco, sospecho, puede detectarse en las interioridades más frías y remilgadas de mi estilo prosístico lamentablemente heterogéneo. Todo lo que vi de Laura fue la frágil y brillante fachada que había decidido presentar al mundo en general, ese mundo vulgar y poco distinguido en el que, y ya procuraba ella que no me equivocara al respecto, para ella yo no era más que otro plebeyo. Quién sabe lo que vio en mí, aparte de lo meramente físico. Me llevaba a todos lados, a las fiestas y a los clubs, a los estudios de los artistas, a los bailes que ofrecían las partidas de caza en enormes mansiones, incluso una vez me llevó a la corte. Conocía a todo tipo de gente turbia. Íbamos a las carreras de galgos, a garitos de juego, a un lugar del East End en el que se celebraban peleas de gallos, y en el que, al final de una riña especialmente sanguinaria, se volvió hacia mí con una terrible y reluciente sonrisa y vi una salpicadura de sangre de gallo en forma de media luna en su mejilla, y sin venir a cuento me acordé de los arañazos que me producían las zarzas cuando de niño iba a coger moras en la granja de mi abuelo. Laura comía demasiado, fumaba demasiado, se levantaba demasiado tarde y tenía demasiados amantes. Pero sobre todo, bebía.

Fue durante una visita a casa de su madre cuando descubrí que bebía, es decir, que padecía una grave dipsomanía a todas horas. Habíamos ido en coche a pasar el fin de semana. Era la primera vez que me presentaba ante la Duquesa Viuda, y su hija estaba nerviosa; yo lo adivinaba en el brillo metálico de su voz y las sonrisas demasiado exageradas que me lanzaba mientras maniobraba su elegante coche a una velocidad suicida por las verdes carreteras secundarias de Berkshire. Esa vulnerabilidad hasta entonces insospechada me parecía conmovedora, y me sentía con ganas de protegerla de la Duquesa, que, en mis fantasías indignadas, iba adquiriendo por momentos las dimensiones y ferocidad de un dragón de cuento de hadas. La Duquesa vivía a lo grande, quizás con un estilo un poco venido a menos, en una mansión de piedra ubicada sobre una colina, un poco más arriba de una diminuta aldea, y las muchas ventanas de la casa desviaban su mirada altanera de los tejados apiñados del lugar. La señora, al igual que su morada, era grande, majestuosa y fascinantemente fea. La primera visión que tuve de ella no contradujo mis expectativas de llamas y fiereza, pues estaba de pie, calzada con unas botas de goma, junto a un fuego que atizaba, con malhumorado vigor, ayudándose de un instrumento que parecía un azadón. Al saludar a su hija consintió en recibir un seco beso en la mejilla. A mí me miró como si me hubiera calado al instante y puso una expresión adusta. Junto a mí, Laura languidecía a ojos vistas, toda su jovialidad menguaba. Enseguida me di cuenta de que me había llevado allí como gesto de desafío hacia su madre —que de inmediato habría comprendido que mi posición era la de amante

semipagado—, aunque, naturalmente, la vieja bruja tenía piel de rinoceronte, y ni mucho menos iba a dejarse sorprender ni escandalizar. Nos quedamos mirándonos un momento que se prolongó, ella y yo, y aunque yo era medio palmo más alto que ella, tuve la sensación de que, si quería, podía colocar el talón de su bota de goma sobre mi frente y apretar sin esfuerzo hasta hundirme en la tierra, igual que una gigantesca clavija de tienda de campaña. Me llegó a la cara una ráfaga de humo de madera procedente del fuego, y me lloraron los ojos. Comenté algo acerca del viaje, hablé favorablemente del tiempo, admiré la casa.

—¿Es usted alemán? —dijo la Duquesa con voz recia, frunciendo el ceño de incredulidad.

Laura murmuró algo y se alejó hacia la casa, la cabeza gacha y las manos hundidas en los bolsillos de su largo abrigo de cuero que se ponía para conducir.

Las cosas fueron empeorando a medida que transcurría la tarde. A las cuatro sirvieron el té en el invernadero, bajo las frondas inclinadas de un helecho gigante. Un reloj de pared colocado justo detrás de mi silla chasqueaba la lengua con una desaprobación considerable, lenta y monótona. La Duquesa se quejó de las muchachas del campo que habían sido enviadas desde Londres para arrancar los céspedes y plantar patatas; no sabían nada de cómo se vivía en el campo, dijo, a ellas solo les gustaba fumar e ir a los bailes; sospechaba que mantenían un comportamiento inmoral con los hombres del pueblo. Asentí como dándole la razón e incliné la cara hacia mi taza de té; sentía un vertiginoso impulso de echarme a reír que apenas podía reprimir. Laura estaba sentada sin decir palabra entre su madre y yo con una cara atormentada por la cólera y un violento disgusto, como si fuera una niña obligada a soportar la compañía de los adultos. Al final se levantó de un salto de la silla y se marchó con la vista humillada, supuestamente a decirle a la doncella que preparara más té. Hacía ya mucho rato que había salido, y con cierta inquietud yo comenzaba a preguntarme cuánto se podía tardar en ir a hacer un recado, aun en una casa tan grande —¿había huido, se había metido en el coche y se había marchado, abandonándome allí con su espantosa arpía?—, cuando desde muy lejos, desde uno de los pisos superiores de la casa, me llegó un débil aullido que me puso la piel de gallina. Dejé mi taza; sin duda tenía en la cara una expresión de alarma. La Duquesa, que también había oído el grito, juntó las manos grandes y viriles sobre el muslo y me examinó atentamente, con, me pareció, cierto humor y satisfacción.

—¿Cuánto hace —me preguntó— que conoce a mi hija, señor Vándalo?

Busqué a Laura y la encontré arriba, encerrada en un pequeño cuarto de baño adosado a lo que, resultó, había sido el cuarto de los niños. Al principio no abrió, y tuve que esperar, mirando un tanto desesperado por una ventana circular que daba a unos campos lejanos donde pastaban vacas. Al final oí girar la llave en la cerradura. Tenía en la mano una botella de ginebra, medio vacía, cuyo cuello había conseguido romper no sé cómo, haciéndose un feo corte en la mano. Estaba sentada en la tapa de madera del retrete, y me arrodillé ante ella, rompí mi pañuelo en tiras y le vendé la

herida mientras ella gemía y lloraba. Los accesorios del baño, el retrete, la bañera manchada de óxido, el lavamanos, el toallero, todo estaba hecho en miniatura, a escala infantil, y de nuevo me desconcertó aquella grotesca desproporción; volvíamos a estar en un cuento de hadas, ahora yo era el gigante preocupado, y ella la diminuta e histérica princesa. Ya estaba completamente borracha, de pies a cabeza, hasta un punto como no la había visto nunca. Alternaba entre halagadoras disculpas y rabetas acusatorias que ponían los pelos de punta, con grandes e iridiscentes burbujas de saliva que se le formaban y estallaban entre sus labios flácidos e irritados de ginebra. Dijo que todo era culpa mía, que nunca debería haberme traído, que cómo se le había ocurrido, que era una completa locura, que debería haberlo sabido, oh, cómo podría yo llegar a perdonarla, lo sentía tanto, tanto, tanto... La cogí en brazos, aún arrodillado delante de ella, y entrelazó las piernas en torno a la cintura y apretó su cálida sien tan fuerte contra mi mejilla que pensé que me iba a partir una muela. Gimió en mi oído y me goteó saliva en el hombro. Si alguna vez la amé, fue en ese momento.

Durmió hasta la noche, en el cuarto de los niños, acurrucada en una estrecha camita, con un almohadón apretado contra su estómago. La Duquesa, de nuevo con sus botas de goma y un traje de tweed que parecía tan pesado como una cota de malla, echó una mirada indiferente al interior del cuarto y dijo que tenía que salir para atender un acuciante asunto agrícola; al parecer, hacía mucho que estaba habituada a las pesadumbres de su hija. Me lanzó una media sonrisa irónica y desapareció. Yo me senté junto a la cama, sintiéndome extrañamente en paz. Fuera, aquella tarde de abril transcurría veloz entre sombras que corrían y un sol repentino. Escuché la vida de la casa a mi alrededor, los relojes que daban las horas, una de las doncellas cantando en las cocinas, un chico de los recados que silbaba, y era como si lo viera todo desde muy arriba, todo muy claro y detallado, como una de esas distancias imposibles que se atisban a través de una ventana en arco en los cuadros de Van Eyck, la casa y los campos, la aldea, las carreteras que serpenteaban, las pequeñas figuras de pie, mirando fascinadas, y allí, en primer plano, esa habitación, la cama, aquella niña-mujer que dormía, y yo, el vigilante despierto, velando. Dime que este mundo no es el lugar más extraño imaginable, más extraño incluso que lo que habrían inventado los dioses, si existieran. Al final se despertó y me sonrió, se incorporó, apartándose un mechón de pelo que se le había puesto en la comisura de la boca. No dijo nada, solo extendió los brazos, como una niña que pide en silencio que la saquen de la cuna. En aquella camita no cabíamos los dos, así que nos tendimos en el suelo, sobre una alfombra vieja y gastada. Nunca la había visto tan dulce, tan atenta, tan desprotegida. Despedía un olor fuerte y dulzón a ginebra. Mientras hacíamos el amor a cámara lenta, salió de debajo de mí y me hizo echarme de espaldas, se colocó del revés sobre mí, su tripa contra mi pecho, y se metió mi miembro en la boca y no se lo sacó hasta que no me hube ido en el interior de la cálida yema de su epiglotis. Entonces se dio la vuelta enseguida —¡qué chica tan ágil!— y mantuvo su cuerpo en

equilibrio encima del mío, un pececillo montando un tiburón, y por un instante vi a Josette, con su pelo corto y sus pequeños pechos hacia arriba, sonriéndome a la luz como escamas de pescado de Hendaya, y algo me recorrió, punzante como una aguja, y, sorprendentemente, se pareció al dolor. Laura apoyó la cara abotargada en el hueco de mi hombro. Un último y fino rayo de sol cruzó la ventana y cayó sobre su muslo en forma de hoz.

—Soy todo boca, no es cierto —dijo con un suspiro—. Tú, la botella, los pitillos, la comida. Supongo que me destetaron demasiado pronto.

Quiero relatar un último recuerdo de ese fin de semana. Al día siguiente, domingo, por la mañana, mientras Laura y su madre estaban fuera llevando a cabo algún bucólico ritual —distribuyendo biblias a los habitantes de la aldea, quizás, o administrando gachas a sus niños—, para cuya realización, había quedado palmariamente claro, mi compañía no era necesaria, aproveché la oportunidad para explorar los dominios de la Duquesa. En una corta escalera de madera, sin alfombrar y muy gastada, situada en la parte de atrás de la casa, cerca de lo que, imaginé, serían las habitaciones del servicio, me topé con una doncella, cuyo nombre era Daisy, o Dottie, una moza exquisita, fuerte, de huesos grandes, con brazos de labrador y con los incisivos delanteros deliciosamente montados, que olía a pan y jabón, que alegremente me permitió besarla y ponerle la mano en su cálido corpiño. Se había desatado un chaparrón, pero ya había parado, y la luz era como de seda acuosa, y hacía viento, y había muchas gotas de lluvia, grandes y temblorosas, pegadas a los muchos cristales de una alta ventana que quedaba por encima de nosotros. Aún hoy pienso a menudo en ella, querida Dot o Daise. Entonces yo aún no era el bruto en que me he convertido. Espero que haya tenido una vida dichosa, y que siga viva, atendida por la tercera o la cuarta generación. También espero, aunque confío poco en ello, que no me haya olvidado del todo. Cuando se hubo liberado de mi abrazo y dio media vuelta, entre risas, y subió airosa las escaleras, recogiendo la larga falda entre dos dedos y dos pulgares con la misma elegancia que una señora, yo me saqué del bolsillo un netsuke<sup>[6]</sup> de jade de un turbio blanco verdoso que había cogido del salón, y para mi sorpresa, regresé y lo volví a colocar en la repisa de la chimenea, junto a los demás.

El año y yo declinamos; el aire es frío. Ayer alcé los ojos y comprobé que, de la noche a la mañana, las cumbres de la corona de montañas que rodea la ciudad estaban bordeadas de nieve. Las tiendecitas que hay en la Via dei Mercanti encienden las luces temprano. Las amas de casa aprovechan la oportunidad de ponerse sus abrigos de visón, de los que están conmovedoramente orgullosas; al llevar esas lujosas pieles, o al ser llevadas por ellas, como da a menudo la impresión, parecen más que nunca unas mascotas grandes, exóticas y mimadas. No soy el único que estudia los dudosos encantos de estas matronas. Hay otro vejete que recorre las calles de nuestro barrio,

cuyo ojo, negro y reluciente como el de una rapaz, a veces veo, y me lanza el borde de una sonrisa de apariencia maliciosa antes de volver la cabeza y fingir un profundo interés en un manojo de espárragos que está sobre un puesto de verduras. Lleva bastón, igual que yo, pero se trata de un elegante bastón de malaca cuya empuñadura de plata es la cabeza de un animal, un lobo, creo; no me sorprendería que escondiera una espada. Es más bajo que yo, pero casi todos lo son, y tiene unas manos delicadas, con manchas, y unos pies más pequeños enfundados en unos zapatos de charol. Viste muy bien, un abrigo de pelo de camello y tweed inglés; sus camisas, por lo que puedo ver bajo su bufanda de cachemir, están hechas a medidas, del mejor algodón y seda; pero han sido confeccionadas para una versión más recia de ese hombre, y su cuello de tortuga oscila de manera angustiosa en el grillete rígido y erguido de esos cuellos que le quedan holgados. Tiene la cabeza estrecha y casi del todo descarnada, con un levísimo tegumento de piel color tabaco, tensa sobre los huesos de la cara. Sobre su cráneo se extiende una superficie lustrosa de pelo negro y engominado, seguramente teñido. Es viejo..., es decir, más o menos de mi edad. Siempre lleva un cigarrillo, en elegante ángulo, en sus dedos huesudos y ahusados. No sé por qué me fijé en él en particular, hay muchos con su impronta en esta ambigua ciudad. Me temo que acabaremos conociéndonos, él y yo, seguramente es inevitable. Nos veo en el Caffè Torino o en el Caval 'd Brôns, inclinados frente con frente sobre un ajedrez de bolsillo, con nuestros cigarrillos y nuestros vasitos de grappa aceitosa, al anochecer, y la nieve cae, apagando los sonidos de la ciudad.

Kristina Kovacs, pobre Kristina, habrá muerto antes de la primavera.

No soy el primero en cantar los placeres de la vida en Londres durante la guerra. No me refiero a esa nueva y cálida sensación de solidaridad que se supone que todo el mundo experimentaba, ni a mantener la moral ni el fuego del hogar ni todas esas chorradas; no, a lo que me refiero es al libertinaje, voluptuoso y lánguido, con cierto tufillo a azufre, que se nos concedía debido a la permanente posibilidad de una muerte inminente, indiscriminada y violenta. Vivir ahí con Lady Laura y su dinero era como hallarse a bordo de un transatlántico fuera de control e irremediablemente a la deriva, a bordo del cual, sin embargo, se observa a pies juntillas el indulgente decoro de un crucero de lujo. ¿Qué más daba que en el puente el capitán estuviera borracho y que abajo, en las sentinas, la tripulación estuviera jodiendo a lo loco? A pesar de las bombas y de los rumores de las bombas, a pesar de las estrecheces y las fastidiosas restricciones de la vida cotidiana, revoloteábamos, mi pequeña amante y yo, de bar en bar, de club en club, de fiesta en fiesta, como un par de inconscientes, y no podíamos ser más felices. La ciudad tenía un fondo de melodías tristes, de elegancia melancólica. Pienso en el brillo vivo e intenso de las cajas de las radios de madera; en los taxis asmáticos, negros y cuadrados como coches fúnebres, con cruces de cinta negra sobre los faros; en cierto plato de huevos de codorniz, que bajé con

tazas de un té que sabía a madera, comido a una hora tardía de la noche en una cama desconocida, en el piso de alguien; en cuando cantábamos a voz en cuello en lugares de mala nota; en la mano de Laura sobre mi muñeca cuando se volvía riendo por algún chiste y me miraba y dejaba que la carcajada se convirtiera en una mirada de amor y deseo que no era menos conmovedora por ser del todo falsa. Pero de todas las sensaciones que recuerdo de esa época, la más inmediata es el olor que se extendía por las calles bombardeadas cuando llegué por primera vez, una triste, pero para mí profundamente estimulante, mezcla de cordita, argamasa vieja y tuberías de desagüe partidas. Los bomberos excavaban todo Londres, levantando la capa superior del suelo. Yo era una especie de quinta columna de un solo miembro. Las autoridades se interesaban por mí de manera esporádica. Hubo una entrevista que me llegó a poner nervioso con una especie de policía de paisano, y durante un par de semanas anduve preocupado, pues pareció que podían llegar a internarme en alguna horrible isla del litoral barrida por el viento, hasta que Laura habló con alguien que conocía en la inteligencia militar y la amenaza se retiró en silencio; sospecho que asimismo intervino un discreto soborno. También estaban los de su círculo más inmediato, que sospechaban de mí. Estaba ese noble de voz engolada, Lord Nosequé, grande, elegante y fabulosamente rico, coleccionista de cuadros, pianista de jazz aficionado, y miembro de *mi raza*, que me señalaba con su enorme y pálida probóscide, como un oso hormiguero buscando su presa, y aventuraba con aire ladino que ahí había gato encerrado... Laura decía que todos creían que yo era un espía; estaba encantada.

No sé decir cuándo exactamente me convertí en Axel Vander, quiero decir cuándo comencé a pensar en mí como él, y no ya como yo. No fue cuando le di su nombre a Max Schaudéine, aquel día en que estuvimos los dos juntos bajo la luz azul nieve del dormitorio vacío de mis padres; en aquel momento no pensé en asumir la identidad de Axel, por un día me había bastado con la emoción de apoderarme de su nombre. ¿Fue en Lieja, un gélido crepúsculo de noviembre, cuando el viejo falsificador, con el tímido encogimiento de hombros del verdadero artista, produjo mi —¡mi!— pasaporte, usado, con una arruga que cruzaba la tapa, y el nombre de Axel bajo mi foto? ¿Fue cuando estaba con Lady Laura en la cama, la primera vez, y en un arrebató de franqueza poscoito estuve a punto de confesarle la verdad de quién era, y entonces, con la mayor naturalidad, sin inmutarme, cambié de opinión? A lo mejor no es posible identificar el momento concreto de la decisión. ¿Acaso, en incontables ocasiones, cada día, no nos introducimos sin esfuerzo en otros yoes sin darnos ni cuenta? El hombre que se levanta de la cama de su amante no es el mismo que media hora después se encuentra con su peor enemigo. En cualquier caso, lo que me interesa más que cuándo, es el porqué. Cómo llevé a cabo ese absurdo engaño. Me convertí en un virtuoso de la mentira, e hice que mi instrumento sonara de manera tan dulce que nadie podía dudar de la veracidad de la canción. ¡Con qué notas de floreo la adornaba, con qué cadencias! Mentía acerca de todo, aun cuando no hubiera necesidad, incluso cuando la pura verdad habría sido más efectiva a la hora de

mantener el fingimiento. Me inventaba detalles de mi vida inventada con escrúpulo e ingenio obsesivos, elaborando una coartada irrefutable para un caso que ningún tribunal probablemente juzgaría nunca. Sin embargo, me fascina la paradoja de que aunque me esforzaba para mantener esa fachada, no me habría importado nada que hubiera aparecido alguien con pruebas irrefutables de mi impostura. Me habría reído en su cara y habría confesado con un encogimiento de hombros. Fuera hombre o mujer. Pregunto ahora lo que ya he preguntado: ¿en qué me benefició el asumir su identidad? Quizás, simplemente, no era tanto que quisiera ser él —aunque sí, quería ser él—, sino que deseaba con más ahínco no ser yo. Es decir, deseaba escapar de mi individualidad, de mi yo, no de mi mundo, el mundo de mi pobre pueblo perdido. Esto parece ser muy importante. Aun así, he vivido siendo él durante tanto tiempo que apenas recuerdo el ser que fui antaño... Me paro lleno de dudas, me pierdo en este maremágnum de pronombres personales, impersonales, personificadores. No imagines que pretendo perpetuar su recuerdo, o vivir por él la vida de que se vio privado; no, nada de eso, no sería tan leal, tan generoso. Le habría defendido, sí, habría intentado proteger su nombre, pero de haberme visto descubierto, me habría deshecho de él con la misma facilidad con que un agente secreto se desembaraza de su tapadera y asume otra.

Tantas preguntas, tantas sutilezas, y sin embargo no he sacado nada en claro. Como siempre, perdura el misterio: ¿por qué? Si, tal como creo e insisto, no existe un yo esencial, singular, ¿de qué se supone que he escapado al fingir ser Axel Vander? ¿Simplemente siendo esa insoportable mezcla de estados de ánimo, deseos, miedos, tics? Ser alguien es ser una cosa, y una sola cosa. Pienso en un actor del mundo antiguo. Es un veterano de la tragedia griega, uno de los que llevan la lanza, uno de los más viejos. La multitud le conoce pero no recuerda su nombre. Nunca ha interpretado a Edipo, pero una vez fue Creonte. Tiene su máscara, la ha tenido durante años; es su talismán. La arcilla blanca con la que fue creada posee ahora el matiz y la textura del hueso. El áspero forro de fieltro se ha ablandado con los años a causa del sudor y el roce, de modo que encaja a la perfección en los contornos de su cara. Cada día ve más la máscara como su cara, su verdadera cara. Al quitársela al final de una representación se pregunta si los demás actores pueden verle, o si no es más que una cabeza sin facciones, como la vieja estatua de Sileno que hay en el mercado, cuyos rasgos han quedado completamente borrados por la erosión. Comienza a llevar la máscara cuando está en casa, a solas. Le sirve de consuelo, de apoyo; lo encuentra maravillosamente relajante, es como dormir y al mismo tiempo estar despierto. Un día se sienta a la mesa con ella. Su esposa no hace ningún comentario, sus hijos se lo quedan mirando un momento, a continuación se encogen de hombros y regresan a su riña habitual. El actor ha alcanzado su apoteosis. Hombre y máscara son uno.

Hoy por fin se ha dirigido a mí, mi *Doppelgänger*<sup>[7]</sup> vestido de pelo de camello, como sabía que acabaría haciendo. Me había parado a mirar el escaparate de una carnicería de la Via Barbaroux. Siempre me han fascinado esas exhibiciones alegres y desvergonzadas de carne abierta en canal, sangre y hueso: están siempre tan fantásticamente bien iluminadas.

—Una imagen bárbara, *signore* —dijo la voz detrás de mí.

Me volví y allí estaba, ese aficionado a los juegos de palabras, con su abrigo caro y pasado de moda, apoyado en su bastón. Se parece bastante a Stravinski cuando era viejo. Cuando sonrío, sus labios largos y finos se retiran para mostrar sus dientes de una manera irritantemente equina. Fuimos a ese pequeño café que hay detrás de la Piazza della Consolata y bebimos chocolate caliente con un chorrito de grappa, pues el día era frío a rabiar. Me cuenta que el local es muy antiguo, y que las dueñas y encargadas han sido exclusivamente mujeres. Me entero con interés de que N. solía venir aquí por las mañanas, a beber su café y a leer el periódico. Dije que me preguntaba si se traería el látigo, y mi nuevo amigo se rio entre dientes y un poco de ceniza le cayó sobre la solapa. No es de Turín, ni siquiera italiano, pero soy incapaz de identificar su acento. Me preguntó, al igual que todo el mundo, si había visto el Sudario. Le dije que lo había intentado una vez, sin éxito. Me dijo, mirando a su espalda y bajando la voz, que, si quería, podía concertarme una visita privada para verlo. Como si me ofreciera contrabando, o una mujer. Cambié de tema. Me dijo su nombre, pero no lo entendí; sonó como Zoroastro. Dice que es médico. Creo que sabe quién soy. A partir de ahora me costará esquivarlo.

No debería haberle robado dinero a Laura. Fue demasiado fácil para resistirse, unos cuantos cheques falsos y un par de empeños bien elegidos: su casa de Belgravia era un joyero lleno de bibelots que nadie vigilaba y a los que nadie hacía caso. Me pareció que era mi deber despertar parte de esa riqueza dormida. Confiaba en mí, Laura. Lo que equivale a decir que encontraba inconcebible que alguien, o al menos alguien que conocía, tuviera el mal gusto de robarle. Era bastante tacaña —¿lo he mencionado?—, de la manera en que solo lo son los muy ricos. Guardaba los cabos de vela, paraba las carreras de sus medias con esmalte de uñas, esas cosas. Y se negaba a asegurar sus diamantes. Una pena. Nos hubiera ahorrado a los dos muchos disgustos y gastos. Gastos por su parte, disgustos por la mía.

Mi plan era llegar a América lo antes posible. Ahí era donde había querido ir desde el principio. Yo no era el refugiado típico lleno de esperanzas procedente de una Europa decadente que se desmoronaba. Para mí, América no era la tierra de la libertad, de las brillantes perspectivas, de un nuevo comienzo. No: América era el vacío. Tal como yo lo concebía, en aquel país no había nadie, solo edificios

inmensos, inhóspitos, silenciosos, máquinas relucientes, y espacios desolados e infinitos. Incluso el nombre parecía una palabra creada especialmente para la ocasión, o un anagrama irresoluble, con tantas vocales. En América no se me exigiría ser alguien, ni creer en nada. No habría causa que reclamara mi apoyo, ni ideología que exigiera mi compromiso. Allí sería una existencia pura, un punto carente de sentimientos que se desplazaría a través del tiempo, la bala de plata del nihilismo, que penetraría limpiamente a través de todos los obstáculos, abriendo agujeros en los flancos de todos los monumentos comidos por las polillas de la así llamada civilización. ¡Fe negativa! Ese iba a ser el cimiento de mi nueva religión. Una apasionada y devoradora fe en nada. Lo que le hurté a Laura lo consideré su contribución a mi Iglesia del Alma Singular. Su cuota, lo que a mí me correspondía.

Volvía a ser primavera cuando los dos matones me abordaron en el parque. Eran dos armarios, no tan grandes como yo, pero sí lo bastante. Hay profesionales en todos los ámbitos de la vida, y tras cierto forcejeo inicial hicieron un trabajo concienzudo. Todo sucedió sin mediar palabra. Me asombra no haber gritado pidiendo ayuda, pues en aquellos días siempre había algún policía haciendo la ronda. Curiosamente, recuerdo el incidente desde fuera, como si yo no hubiera participado en él, como si hubiera sido un testigo, un mal samaritano que se queda escondido entre los arbustos. Me veo a mí mismo allí, caminando decidido por un sendero con altas matas de laurel a los lados. Comienza el crepúsculo, muy bonito y sereno, el aire huele a hierba tras la primera siega de la estación. Llevo un terno gris de raya diplomática, zapatos marrones, un sombrero flexible gris con una cinta de satén negro, un caballero de pies a cabeza. Rebose vigor y decisión; he estado trabajando con constancia, en secreto — el secreto necesario debido a la tácita norma impuesta por Lady Laura, según la cual, en mi papel de amante pagado, debía mostrarme como un imbécil amable pero iletrado—, y he remitido a una revista izquierdosa de Nueva York lo que considero mi primera obra importante, el ensayo «Shelley desfigurado», que tanto admirabas. Sin embargo, lo que recibo es la visita de una realidad más dura bajo la forma de uno de mis dos agresores, vestidos con gorra y traje ajustado y brillante, que me pide una cerilla para su cigarrillo. Debería haberlo sabido. Mientras hurgaba en mis bolsillos, el otro apareció por detrás y me golpeó con una porra. Sí, una porra, lo real. Sin embargo, creo que detecté su llegada y comencé a darme la vuelta, pues el golpe se desvió un tanto, y me dio en la oreja en vez de detrás de esta, el lugar al que, se dice, habría apuntado un experto asaltante de caminos. Momentáneamente aturdido, medio me caí en brazos del individuo que tenía delante. Siguió un breve intervalo de enérgicos tirones y empujones mientras él intentaba desembarazarse de mí y yo me agarraba a él, al tiempo que el que esgrimía la porra bailaba pesadamente a nuestro alrededor en busca de una oportunidad de volver a arrearme. Aquel al que yo me agarraba olía a hollín, un dato, una pista, que a toro pasado consideré que la policía encontraría en extremo interesante, aunque ellos no estuvieron de acuerdo; a lo mejor las agresiones callejeras eran un segundo empleo habitual para los deshollinadores,

había tantos aspectos de los hábitos ingleses que yo ignoraba. El hombre respiraba con esfuerzo, y más que nada parecía impacientarse conmigo. La oreja me zumbaba furiosamente allí donde me había impactado la porra, y en un momento en que todo pareció detenerse, los tres quedamos entrelazados en un tenso equilibrio, y vi unos de mis dientes caer al suelo al final de un fino y tembloroso hilo de saliva ensangrentada. Al final consiguieron sacarme del sendero y meterme en los arbustos, me derribaron y se pusieron a trabajar en serio. No es un dato muy conocido el hecho de que el globo ocular sea uno de los músculos más duros y elásticos del cuerpo humano. Puedes golpearlo con un martillo sin reventarlo, aunque, naturalmente, es improbable que luego siga funcionando como ojo. Aquella noche, fue el tacón de una bota lo que alcanzó mi órbita izquierda. Durante un segundo vi un estallido de color, un rojo de fuegos artificiales, verdes y un dorado celestial, y a continuación todo se convirtió en una negrura intensa, suave, satinada, que, supe, jamás se disiparía. Posiblemente fue el mismo tacón, con su taco de metal afilado como una navaja, lo que desgarró la parte interior de mi muslo izquierdo a través de los pantalones y cercenó todo un ganglio de nervios.

Me encontraron, ahora creo que de una manera cruelmente oportuna —aunque con cierto retraso—, un par de enamorados, un chico y una chica. Recuerdo que un policía apoyó una rodilla en el suelo y se inclinó hacia mí, el casco en el hueco de su brazo, y me preguntó con mucha educación si podía verle. Me pareció cómico. Lo que me cubría la cara era sangre, no lluvia, como al principio había creído, aunque estaba claro que no llovía. El joven que me había encontrado se acercó educadamente al policía y le preguntó si él y su novia podían marcharse, pues esta comenzaba a marearse. Mi pierna herida estaba del todo insensible, igual que si me la hubieran amputado por la cadera. Al poco llegó una ambulancia, me metieron en ella y me llevaron a un cavernoso pabellón de hospital en el que todas las demás camas, veinte o treinta, estaban vacías, en siniestra espera, las sábanas dobladas y las mantas remetidas, los almohadones tersos como mármol. Un médico que parecía un bulldog pequeño y malhumorado vino y me examinó, suspirando con irritación todo el rato. Me vendó el ojo, y ordenó que me llevaran al quirófano, donde me anestesiaron de manera parcial e inexperta mientras me cosía la pierna, tras lo cual volvieron a conducirme al pabellón vacío, donde me dejaron solo. De madrugada el ojo comenzó a dolerme de una forma insoportable, pero cuando me puse a gritar pidiendo ayuda, nadie acudió. Por la mañana me trasladaron a una habitación individual —Laura había hecho una llamada— y al final de la semana me declararon lo bastante fuerte como para llevarme al campo en ambulancia, a un hospital tipo casita de campo absurdamente pintoresco, con rosales, una veleta y hiedra en torno a las ventanas, y monjas ataviadas de blanco, cuyos elaborados griñones mi fantasía drogada y convulsionada por el dolor veía como fantasmas de mariposas gigantes. Fue ahí donde Laura me visitó por primera vez.

Asomó la cabeza por la puerta y entró despacio, sonriendo, con un gesto de

alarma. Me fijé en que llevaba el ceñido vestido de seda gris azul de cuando nos conocimos, o uno exactamente igual; tenía instinto para lo simbólico. Había traído una cesta de picnic, una botella de champán y una pila de libros para mí. Miró los libros, mi ojo vendado e hizo una mueca.

—Qué falta de tacto —dijo—. Lo siento —acercó un dedo al vendaje; vi que se esforzaba por contener su curiosidad—. ¿Duele mucho, cariño?

Se sentó en la cama, evitando el bulto de mi pierna vendada bajo las sábanas, y colocó la cesta entre los dos. Descorché el champán.

—Mi gran hombretón —dijo.

Cuando comencé a llenarle el vaso soltó un pequeño chillido y me detuvo la mano de manera teatral, diciendo que había pasado una semana en un lugar espantosamente caro donde había dejado por completo de beber. Me miró desde debajo de sus pestañas y sonrió, mordiéndose el labio.

—Oh, venga, no pasa nada —dijo—, pero solo una copita.

Me preguntó si me trataban bien, y suspiró irritada y dijo que más les valía, teniendo en cuenta lo que le cobraban. Dije que había tardado mucho en venir a visitarme.

—¡Pero si habla! —gritó, juntando las manos de un golpe. A continuación puso un gesto serio, un puchero, y comenzó a pellizcar el cobertor—. Habría venido, desde luego —dijo—, pero ya sabes lo impresionable que soy.

Me dijo que su madre me mandaba recuerdos, y no dejaba de sonreír. Yo también sonreía. Me cogió una mano y la apretó.

—Entonces no eres tan desdichado, ¿verdad, cariño? —dijo—. ¿Me has perdonado? No tenían que hacerte daño, sabes, solo asustarte.

Le pregunté quién le había encontrado a esos dos. Se encogió de hombros. Ya se había tomado tres copas de champán, y en sus ojos había una luz un tanto demente. Se quedó unos minutos en silencio. De nuevo se puso a enredar con un hilo del cobertor, ceñuda.

—Me robaste dinero —dijo en voz baja, sin mirarme—. Vendiste mis cosas. Eso estuvo mal.

Una ráfaga de viento golpeó con la palma contra la ventana, y fuera, un cerezo negó con la cabeza, derramando una lluvia de flores rosadas. Seguía sosteniéndome la mano. Se la acercó a los labios y la besó.

—Pobrecillo —dijo, sonriendo tristemente.

Pagó todas las facturas del hospital. Le escribí a su madre, mencionándole algunas de las preferencias más extravagantes de Laura en la cama, y lo embarazoso que sería si esa información llegaba a las crónicas de sociedad, y al cabo de una semana recibí un generoso cheque por correo procedente de Berkshire, acompañado de una carta de reproche extraordinariamente circunspecta de la Duquesa. Desempeñé uno de los anillos de Laura y se lo devolví. Me envió una nota de agradecimiento, diciendo que era muy amable, y que ya me echaba de menos. Un mes más tarde yo

me hallaba en el Atlántico, rumbo al oeste, en un convoy de diez barcos, tres de los cuales fueron torpedeados y hundidos junto a las Azores. A bordo conocí a un hombre, un funcionario sueco de la Cruz Roja, que prometió indagar el paradero de mi familia. Un mes después de mi llegada a Nueva York me envió una carta en la que me informaba de que mi padre había muerto de desnutrición en un campo de trabajo al sur de Polonia, donde mi madre, poco después, incapaz ya de realizar ningún trabajo productivo, fue fusilada. De mis hermanos, por desgracia, dijo el sueco, no poseía ninguna información.

Así que ya ves, querida.

### **III**

Esos fueron, consideraba Cass Cleave, los mejores días —no muchos, no demasiados— que pasaron juntos. Ella tenía una ocupación, que era cuidar de él. Nunca se había sentido tan libre de sí. Toda su energía y atención se dirigían hacia él. Al principio pensó que se le moriría, tan apático y encerrado en sí mismo estaba. Cass casi no sabía decir cuál era el ojo bueno y cuál el malo, pues los dos parecían igual de vacíos, aunque ella percibiera que no dejaba de mirarla. Si él tenía que morir, moriría, así estaba predestinado. Esa era la palabra que le venía a la mente: predestinado. Se aplicaba a su tarea de manera casi religiosa. Le atendía con esa mezcla equitativa de solicitud y severidad que recordaba de las monjas que llevaban el hospital en el que había pasado gran parte de su infancia. Se veía igual que aquellas monjas, de blanco, moviéndose en silencio sobre unos pies silenciosos, llevando algo. A veces era una cristiana arrojada a los leones ante la cual los leones se prosternaban dóciles; oía a su alrededor el estridente clamor de la multitud pidiendo su sangre, veía el círculo del azul del cielo en lo alto, sentía el polvo caliente bajo sus pies descalzos. De hecho, él era como una gran bestia achacosa, echada en su guarida, jadeando en voz baja a causa del calor, los párpados cerrándose lentamente y volviéndose a abrir lentamente, el ojo amarillo desviándose siempre un poco de ella, pero viéndola de todas maneras. Él casi nunca hablaba; pasaban días enteros sin que ella le oyera decir una palabra. Era mayo. Por las mañanas Cass bajaba al vestíbulo y esperaba a que nadie mirara para recoger los periódicos que estaban colocados sobre una mesa grande, montones de periódicos, y se los llevaba a la habitación, se sentaba en una silla al pie de la cama y se los leía en voz alta, eligiendo los artículos al azar. De vez en cuando él soltaba una risita al escuchar la crónica de algún absurdo, alguna calamidad. Cuando estaba cansado de escucharla, le daba la espalda, levantaba una mano y sacudía el aire con fatiga, señal de que se fuera. Comenzó a hacer una mueca: entrecerraba los ojos y chasqueaba los labios disgustado, como si tuviera mal sabor de boca. También olía, por muy bien que se lavara. Era un olor que Cass había olido mucho tiempo atrás, pero no sabía dónde, dulzón y suave, no del todo desagradable, un olor como de algo que hubiera muerto bajo un matorral. Aprendió a no acercarse al retrete al menos hasta un cuarto de hora después de que él lo hubiera utilizado. Él dijo que se le debía de estar pudriendo el hígado. A ella todo esto le daba igual.

Un día el director del hotel la paró junto a la fuente del vestíbulo y habló con ella, con una amplia sonrisa carente de cordialidad, las manos ante el pecho, los dedos extendidos, como un cantante de ópera. Le preguntó si Vander necesitaba que el médico volviera a visitarle. Ella dijo que no. El hombre dijo que la dirección del hotel estaba preocupada. Cass observó que, al igual que el médico, el director llevaba el pelo teñido; era como si se lo hubiera embadurnado de tinta. Al llegar al ascensor ella se volvió, y él aún estaba junto al mostrador, contemplándola.

Lo que más le gustaba a Cass eran las tardes, cuando la luz del día comenzaba a despedirse y podía correr las cortinas. Era como si estuvieran solos en el mundo, como si ninguna otra alma existiese. Pedía que les subieran la cena, siempre algo sencillo, una tortilla y sopa para él, pasta para ella. Él pedía vino, por supuesto, pero ella fingía no oírle, y entonces él la insultaba. El camarero viejo de la primera noche no volvió a aparecer. Ella se preguntó si no sería fruto de su imaginación; ya le había pasado antes a menudo, personajes que salían de sus sueños y se paseaban por el mundo, tan reales como la gente real. Cuando acababan de comer, Cass sacaba la bandeja al pasillo y la dejaba en el suelo, y a continuación se preparaba un baño y se quedaba dentro mucho tiempo. Se sentía cansada. El agua tibia la aliviaba. Se contemplaba en toda su pálida longitud; su piel tenía el apagado brillo de la plata deslustrada, y cuando se movía, unos veloces destellos recorrían sus costados, como una fosforescencia. Siempre dejaba la puerta del baño entornada, por si él se levantaba de la cama, se vestía y se escapaba. ¿Qué haría sin él? Ahora era su vocación.

Cass no dormía. Es decir, dormía, pero tenía el sueño tan ligero que era como si no durmiese. Se echaba al lado de él, bajo las sábanas, los ojos ligeramente cerrados, cogiéndole la mano si él la dejaba, y su mente comenzaba a vagar por todo tipo de recuerdos, fantasías, visiones del futuro, de un posible futuro con él. A veces también tenía extraños y delicados sueños como nunca había experimentado, si es que a lo que experimentaba se le podía llamar sueños. Al alba siempre estaba completamente despierta. Aun cuando la luz no atravesaba las gruesas cortinas, sabía que el sol había salido. Cada noche el viento se extinguía para renacer de nuevo en la mañana. Tenía un nombre, le dijo él, se llamaba Föhn, pronunciado *Fenn*, pero no era la época. Todo el mundo se quejaba del viento, los camareros, la muchacha que les limpiaba la habitación, levantaban los ojos al cielo y emitían un chasquido en lo hondo de la garganta. Al principio Cass tuvo algún problema con la camarera del piso. Cass quería ocuparse de la habitación ella misma; limpiar el cuarto de baño, cambiar la ropa de cama e incluso pasar la aspiradora, pero a la camarera eso le pareció una idea escandalosa que ni había que contemplar, y cada mañana había un altercado entre ambas a causa de las toallas y las sábanas limpias. Pero un día Vander le dijo algo a la muchacha en italiano, la amenazó o la convenció, y después de eso ya no hubo más discusiones. La mujer era del sur, de baja estatura, de piernas arqueadas y edad indefinida, con una piel tan oscura que tenía un tono oliváceo. Olía a agua de fregar.

Ahora, cada vez que Vander le decía algo, se reía, y probablemente se ruborizaba, solo que era imposible saberlo debido al color de su tez, y emitía unos leves cacareos de satisfacción y meneaba la cabeza, y a veces incluso levantaba los brazos y salía corriendo de la habitación, entre chillidos. Luego, cuando se iba y los dos se quedaban a solas, él le lanzaba una mirada rencorosa antes de echarse de espaldas, como un cadáver, cerrar los ojos y subirse las sábanas hasta la barbilla.

Con el tiempo, por aburrimiento, supuso Cass, él acabó dirigiéndole la palabra. No se trataba de una conversación, desde luego, pues a él no le interesaba nada de lo que ella pudiera decirle. Él le contaba cosas, recuerdos fragmentarios, chismorreos acerca de profesores ya fallecidos, chistes viejos, historias fantasiosas, incorporado en la cama y envuelto en una vieja rebeca gris, los ojos enrojecidos y sin afeitado. Hablaba de su difunta mujer.

—Magda —decía—, Magdalena —mirando hacia el pasado y frunciendo el ceño como perplejo, negando con la cabeza—. Era una afrenta permanente a todas las cosas que yo despreciaba.

Soltaba una risita, le dirigía a Cass un movimiento de cejas y la invitaba a admirar su ingenio. La hizo salir a comprar una baraja y se pasaban horas jugando. Le enseñó juegos arcanos y complicados de los que Cass nunca había oído hablar. Ella le dijo que le amaba y él se rio de ella y le dijo que no fuera tonta, pero ella se dio cuenta de que él apartaba rápidamente la mirada, mostrándole, igual que un caballo asustado, el blanco de los ojos, o, mejor dicho, el amarillo. Ella dijo que le entregaba su corazón.

—¿Corazón? —dijo él, echando la cabeza hacia atrás y enseñando los dientes a su manera peculiar—. ¿Corazón? Si el corazón pensara, dejaría de latir. Lo escribió un gran escritor que no has leído. No me hables del corazón.

Así le pagaba él, riéndose, haciéndose el ofendido, citando. Ella le llamaba Arlequín, a veces Svidrigailov<sup>[8]</sup>. Él la llamaba Casandra. Ella decía que si ella era Casandra, él era Agamenón. Gagamenón, mejor dicho, afirmaba él, y no sonreía, sino que ponía mala cara.

—Hoy —le dijo— aprenderás a jugar al piquet.

El incesante soplar del viento la excitaba. Se sentía suspendida, ingravida, casi transportada. Era como hallarse en un avión en los momentos posteriores a cuando empieza a ascender hacia el cielo, cuando el aparato se libera no solo de la tierra, sino de su desesperado esfuerzo por volar, y durante unos instantes se desliza hacia arriba en una especie de silencio con un zumbido de fondo, atravesando el aire suavemente como si volara no por sí solo, sino como si hubiese sido arrojado. Una vez, yendo en avión, Cass se sentó junto a un hombre, un ingeniero que sabía de esas cosas, y cuando ella le dijo que nunca había entendido cómo los motores conseguían permanecer dentro del avión, él le contestó que lo realmente extraordinario era que el avión consiguiera mantenerse agarrado a los motores. Ella entendió enseguida a qué se refería. Lo mismo pasaba con ella: ella era el avión, y su mente, los motores a reacción, que intentaban separarse de ella a toda velocidad. Cuerpo y mente

permanecían juntos con enorme dificultad. La menor sacudida podía partirla en un millón de fragmentos. Todo era así, las partículas se fusionaban e intentaban separarse. Un instante de desequilibrio, una disminución acusada de la estabilidad, y todo explotaría. Sí, sí, decían las voces con vehemencia, explotaría, todo explotaría...

Él no murió. A las dos semanas estaba lo bastante fuerte como para levantarse y sentarse junto a la ventana abierta, al sol. Ahora, de nuevo, él no le hacía caso. Se desasosegaba, se ponía a recorrer el cuarto, arrastrando la pierna renga. Un día que ella salió un momento de la habitación, consiguió sobornar a la camarera del piso para que le trajera una botella de whisky. Cuando Cass intentó quitársela, él la amenazó con el puño, una mirada furibunda en sus ojos turbios. Pero no se bebió el whisky, y no se murió.

A medida que él mejoraba, ella empeoraba. Volvieron las voces, todas juntas, pugnando por alcanzarla. Le decían que él era un malvado, que le haría daño, que la mataría, incluso. Por las noches, ahora ella caía en una especie de coma en el que no podía mover las extremidades, aunque su mente siguiera funcionando, dando vueltas y vueltas, como un motor eléctrico fuera de control. La camarera del piso le dijo que el Santo Sudario se iba a exponer al público, que vendría a la ciudad gente de todo el mundo para esa ocasión singular y memorable. Vander estaba ya lo bastante bien para salir, y ella le preguntó si la llevaría a verlo. Le dijo que el Sudario se guardaba dentro de una urna de plata, dentro de una caja de hierro, dentro de un estuche de mármol en una capilla de mármol negro. La había llevado a Francia la propia Santa Verónica, que había huido de Tierra Santa después de la Crucifixión junto con María, la Madre de Dios, y había navegado por el Mediterráneo, primero a Chipre y luego a la costa de Francia, y por fin se había instalado en el Languedoc. Los cátaros. Los Caballeros de San Juan de Jerusalén. La Revocación del Edicto de Nantes. Los francmasones. El duque de Orleans, heredero al trono de Francia. Ella lo había estudiado todo, había hecho descubrimientos, estaba al corriente de algunos secretos. Él se burló de ella, y dijo que el Sudario era una falsificación; dijo que era un experto en falsificaciones. ¿De verdad creía Cass que se trataba de la imagen del Cristo crucificado? Pero él se levantó y se vistió. Dijo que se sentía mareado. Dijo que probablemente se caería en la calle, y que ella tendría que llevarle a rastras por los talones hasta el hotel. Él se regodeó en la descripción de ella avanzando con la cabeza gacha, agarrándole las piernas como las varas de una carreta, y él detrás en el suelo, los brazos atrás en forma de uve, y la americana y la camisa en torno a la cabeza y su cabeza rebotando sobre la acera. Él se rio, encendió un cigarrillo y tosió. Cuando salieron volvía a soplar el viento caliente; les secaba los labios y les cubría los párpados de una fina película de arenilla. La ciudad parecía irreal, extendiéndose en el turbulento calor, bajo un sol ácido. Caminaron en una penumbra de sombra submarina por las lustrosas aceras de mármol de la Via Roma, bajo las altas arcadas. Ella entrelazó su brazo en el de él, apretándolo, y se preguntó si notaría cómo temblaba. Había un gentío en las polvorientas *piazze*, cruzándolas en todas

direcciones, sin expresión o con un vago ceño, como después de algún suceso tremendo pero impalpable. Al principio todos parecían vagar sin rumbo, pero entonces se le ocurrió a Cass que todo ese movimiento debía de obedecer a algo, y lo vio todo desde lo alto, desde muy arriba, los miles de líneas de gente juntándose, separándose y volviéndose a juntar, en cada punto el dibujo cambiaba y sin embargo seguía siendo el mismo, el inmenso complejo de individuos formándose y fluyendo bajo la orientación de leyes secretas e inmutables, y ella en el centro, como un foco en movimiento, remiso. Cuando entraron en el Duomo, Vander se sentó a descansar en un banco, y su bastón cayó al suelo con un estruendo exagerado. Un sacerdote de mentón cerúleo estaba confesando, sentado a la vista de todos dentro de una caja abierta, con una actitud de furia y abatimiento, la cabeza inclinada para oír los imperiosos murmullos de una anciana arrodillada a la derecha del cura. La Capilla del Santo Sudario estaba cerrada. ¿Por qué estaba cerrada? Cass no lo entendía. ¿Le había mentido la camarera del hotel? Agitada, corrió de un lado a otro, preguntando a los turistas con cámaras de fotos al cuello si sabían por qué la capilla estaba cerrada. Sentía la mirada de Vander, su sonrisa. Los turistas la miraban y seguían avanzando, sin hacerle caso, incómodos ante sus preguntas. Se encaró con el confesor. Este frunció el ceño y le contestó con brusquedad, en un susurro áspero y colérico. Ella volvió junto a Vander, se acuclilló a su lado, le cogió la mano y se la apretó.

—Lo exhibirán en otra parte —dijo, y empezó a morderse la uña del pulgar, mirándole.

En la calle, el calor era peor que nunca, vibraba el aire espeso, y Cass pensó en un gran gong de latón que alguien acabara de tañer. Ahora había menos gente caminando, y casi todos entraban en restaurantes y hoteles en busca de sombra y frescor. Vander volvió a quejarse de que se sentía mareado. Tenía la frente y el labio superior moteados de gotas de sudor, y la americana mostraba manchas de sudor en las axilas y en la espalda. Pasó junto a ellos un hombre de pelo color zanahoria. Llevaba un blazer, una sucia camisa amarilla y unas deportivas también sucias; Cass se dijo que parecía un payaso en su horario de descanso. Vander pareció conocerle, e intentó decirle algo, pero el tipo apresuró el paso, mirando hacia atrás con nerviosismo.

Al final encontraron el lugar donde exhibían el Sudario. Por lo visto se hallaba en un enorme entoldado de rayas erigido en una plaza cubierta de hierba, entre una iglesia y un pequeño palacio achaparrado; cuando entraron, sin embargo, descubrieron que el entoldado no era más que una elaborada entrada a la iglesia, o al palacio, no acababan de saberlo, pero el Sudario debía de estar expuesto en uno de los dos. La luz que había bajo el toldo era algodonosa y densa, como la luz de los sueños. Había taquillas, y tenderetes de souvenirs, y paneles verticales de plástico con pantalla que se iluminaban al apretar un botón y relataban la historia del Sudario. Vander comenzó a leer uno de ellos y soltó un bufido. Siguieron caminando. Una riada de gente se apretaba contra ellos, caras inexpresivas y borrosas, como la gente

de la *piazza*. Vander intentó comprar entradas, pero el hombre de la taquilla de cristal negó con la cabeza e hizo un movimiento de guillotina con la mano.

—*Chiuso* —dijo, siniestramente complacido—. *Chiuso*.

Vander habló muy deprisa, levantando la voz, pero el hombre volvió a negar con la cabeza, y luego se encogió de hombros con un amplio movimiento.

—*Domani* —dijo.

Así que era eso: Cass no estaba destinada a verlo. Eso era lo que había ocurrido desde el principio: no estaba destinada a verlo; así estaba escrito. Sintió una sensación de alivio, como un líquido que fluyera bajo su piel, cálido y veloz como la sangre. Se puso a llorar, o a reír, o las dos cosas a la vez. Con un sollozo hiposo se dio media vuelta y se alejó de Vander, del hombre de la taquilla. En el exterior del entoldado, se quedó entre las ralas hierbas y se secó las lágrimas, y respiraba inhalando tan fuerte que se tambaleaba. Miró en todas direcciones, se llevó una mano perpendicular a la frente para protegerse del resplandor de mediodía. ¿Qué estaba buscando, qué esperaba ver? No lo sabía. Tuvo la impresión de que algo enorme y terrible se cernía sobre la ciudad, invisible, un fantasma del aire, palpitante y brillante, de un brillo insoportable, excesivo como para mirarlo.

Cuando Vander llegó al hotel, ella estaba en la habitación, echada en la cama, las cortinas corridas, en penumbra. Por un momento Cass no le reconoció, de pie en el umbral, recortado en la luz del pasillo. Cass experimentaba una sensación imprecisa, como si no tuviera cuerpo. ¿Habría sufrido un ataque sin saberlo? Él entró, cerró la puerta, cruzó la habitación y se quedó de pie junto a la cama, mirándola. Cass oía su respiración ronca. Vander intentaba averiguar si estaba despierta o dormida. Él tiró algo sobre la cama, junto a ella. Cass se incorporó y Vander descorrió las cortinas. La luz deslumbró a Cass. Recogió lo que él había echado en la cama. Era un tubo de cartón. Dentro había una reproducción del Sudario, impreso sobre una tira larga y estrecha de imitación pergamino. Cass intentó desenrollarla sobre la cama, pero el pergamino se cerraba una y otra vez, como una de esas persianas enrollables; al final Cass puso las sandalias sobre un extremo y una pesada guía en el otro para que hicieran peso. Vander miró hacia la ventana dándole la espalda, la cara levantada en ángulo, como si buscara algo en el cielo, igual que ella había buscado cuando estaba sobre el césped, delante del entoldado. Ella se quedó inmóvil un buen rato, arrodillada sobre la cama, estudiando la cara curiosamente tranquila del Salvador crucificado.

—Se te parece —le dijo a la espalda de Vander—. Es igual que tú.

Cass sintió un malestar; le pareció que en su interior algo se deslizaba y se hinchaba. Fue corriendo al cuarto de baño y devolvió.

Cass anotó en su cuaderno, la mano volando sobre las páginas: *El Tratado de Viena ¿de qué año? reinstauró la monarquía saboyana y les hizo soberanos de la*

*ciudad de. Adelaida de Susa se casó con Otón hijo de Humberto el de las Manos Blancas. Tenía las manos con manchas, viejas. Soberanía sobre. ¿Cómo no iban a serlo las manos si todo el resto lo era? El niño sin cara. No la muñeca no tiene cara. Manuel Filiberto Cabeza de Hierro. Mano blanca cabeza de hierro sin cara. Padre. Escribo todo esto para que tú lo sepas. Es por ti por lo que estoy aquí. Te pregunté cómo vivir y me contestaste no vivas solo actúa. Y te reíste. No sé qué hacer. Todo el tiempo tengo la sensación de caerme. Él no me sujetará. Los antiguos maniqueos de Ivrea y Monferrato, significa montaña de hierro, ferrosa ferrosa, al pie de las montañas de hierro las montañas las montañas.*

Él le preguntó qué estaba escribiendo, intentó leer por encima de su hombro. Parecía su padre, la manera de hablar, metiéndose con ella, burlándose. Él imitaba su acento, la llamaba su muchachita, su Cathleen Ni Houlihan, su salvaje muchachita irlandesa. Ella se vio acostada, bajo su mano, dócil como..., como algo, no sabía el qué. Ideó maneras de hacer que él se ocupara de ella. Se veía como una marioneta, con las mejillas lacadas, la sonrisa inmutable y demente, apareciendo delante de él, ¡mírame, mírame! Le habló de Otón y Adelaida. Él se rio. Pasaron las semanas, el verano floreció. Las voces le hablaban de él, ahora siempre de él. Vander tenía las manos bonitas, ella siempre tenía miedo de esas manos, de esos dedos largos y finos. De nuevo Vander volvió a preguntarle qué le había contado Max Schauderine, exigía saberlo. Ella le mintió, dijo que lo único que sabía de él era que había escrito esos artículos para el periódico. A continuación él la miró, pensando, pensando, moviendo la mandíbula. Él le tenía miedo, ella se daba cuenta. Pero ella no le haría daño. No, no le haría daño.

Arlequín.

Hace muchos años, en América, me encontré varado durante un par de semestres en un campus nevado y montañoso, en el oeste profundo. Esperaba dar el primer paso de lo que resultaría una sucesión agradablemente ascendente de puestos en Arcadia, y me habían invitado a llenar el intervalo en Frozen Peaks, donde se me exigía un trabajo felizmente exiguo y se me ofrecía una remuneración seductoramente elevada. A Magda le gustaba el lugar, sus paisajes desolados y esclavos, sus abedules blancos y sus pájaros azules, y, de haber sido por ella, nos habríamos quedado allí para siempre. Llevábamos allí una semana, acurrucándonos para protegernos del frío en una casa de madera alquilada, pintada de gris, con un columpio en el porche y un árbol grande en el jardín, donde se esforzaban por corretear unas ardillas de ojos redondos y brillantes, cuando el rector de la universidad nos invitó a una fiesta que se celebraba al final, o al principio, de una parte del curso universitario..., pues durante los años que permanecí en las universidades del Nuevo Mundo no acabé de cogerle el tranquilo a sus rituales. No fue una velada desagradable. El rector vivía en una vieja y bonita casa de estilo colonial situada en lo alto de una colina que dominaba el

campus. Había un fuego enorme en la chimenea del vestíbulo, cuyo crepitar parecían disparos, y nos recibió un negro anciano de voz suave ataviado con chaqueta blanca y guantes blancos, que llevaba unas tazas de plata que contenían un ponche humeante y, como descubrí enseguida, extremadamente fuerte. Magda y yo no conocíamos a nadie, pero no importaba. La gente no dejaba de darnos conversación, con ese estilo jovial y sin embargo íntimo, de hecho un tanto insinuante, característico de todos los profesores universitarios y sus esposas en los más recónditos rincones de la nación americana. Abundaban las pajaritas de lunares, y los vestidos que las mujeres lucían ese año eran ceñidos en el pecho y holgados de falda, y tras la tercera taza de ponche y una semana de respirar el enrarecido aire de la montaña, me invadió la vaga sensación de hallarme en medio de una bandada de pájaros de plumas brillantes, cacofónicos, cuyas hembras parecían ofrecirme sus cuerpos rollizos y sonrosados.

El rector Frost —cómo le encantaba ese título— era un sueco grande, larguirucho y robusto, con una mata de pelo pajizo, una amplia sonrisa y un apretón de manos capaz de partir una nuez. Me dio la bienvenida con una cálida indiferencia y me presentó a su esposa, una mujer bella y huesuda, vestida de un reluciente escarlata, que no sé por qué imaginé que era rusa, y que comentó con una risa de disculpa que estaba segura de que las suaves nevadas de aquella parte del mundo debían de parecerme poca cosa en comparación con las tormentas boreales a las que debía de estar acostumbrado. De inmediato se hizo cargo de Magda, a la que se parecía un poco, mientras el rector me arrastraba de la manga hasta un rincón de la habitación donde, me dijo, estaríamos a salvo de tanto parloteo insulso. Me habló de esto y lo otro de manera desenvuelta y estudiada, meciéndose relajadamente sobre los talones y mirando por encima de las cabezas de sus invitados —los dos éramos bastante altos—, igual que un explorador otea las cumbres de las montañas, sin esperar que yo aportara nada, y quizá sin escucharme, tampoco. Entonces se interrumpió, me encaró su sesgada sonrisa de habitante de los bosques y me estudió de arriba abajo.

—Déjeme darle un consejo, hijo —exclamó—. Es usted un hombre apuesto, a pesar de sus heridas de guerra, y no dudo que la mitad de sus alumnas caerán rendidas a sus pies. Pero vaya con cuidado y recuerde: no se folle a ninguna zumbada.

Los dos nos quedamos en silencio un momento —¿qué le podía responder a eso?—, y él siguió mirándome a la cara con un brillo admonitorio en los ojos, a continuación soltó una estruendosa y oclusiva carcajada y, tras darme un puñetazo juguetón en el hombro, entrelazó el brazo en el mío y dijo que fuéramos a reunirnos con las señoras.

He estado investigando el síndrome de Mandelbaum. No fue fácil encontrar información, pues el señor Mandelbaum es muy exigente, y solo elige a unos pocos y selectos desdichados. La enfermedad se presenta de formas dispares, pero existen algunos signos reveladores que son constantes. Los ataques, presagiados por su aura, habitualmente un olor o perfume fantasmal, son característicos, y con frecuencia

conducen al médico al diagnóstico erróneo de epilepsia. También suele diagnosticarse esquizofrenia, aunque algunas autoridades en la materia consideran que el síndrome no es más —¡no es más!— que una forma más pura de esa deplorable enfermedad. En opinión del doctor Vander, si establecemos una escala entre los maníaco-depresivos y la demencia absoluta, el señor Mandelbaum se halla bastante más cerca del peor extremo. El paciente sufre delirios, oye voces, manifiesta un comportamiento compulsivo, y es víctima de brotes de paranoia, a veces de una naturaleza extrema. No hago más que citar lo que he leído. No existe ninguna cura. Se han intentado los paliativos, el Oread, por ejemplo, y el Empusa, a base de carbonato de litio, e incluso los variados Lemures y Lamia, aunque con resultados desalentadores. El pronóstico de los afectados por la enfermedad no es muy prometedor, aunque las estadísticas a largo plazo son escasas, pues quienes lo sufren rara vez llegan —es decir, rara vez se permiten llegar— a viejos, o incluso a la mediana edad.

Yo sabía que Cass Cleave estaba loca. Bueno, no exactamente loca, pero tampoco cuerda. La primera vez que hablé con ella cara a cara, en el vestíbulo del hotel, aquella mañana de primavera, vi de inmediato que estaba desquiciada. No me importó. De hecho, fue lo que me atrajo de ella. También su juventud, claro, y su belleza peculiar, oblicua —que, por cierto, me llevó mucho tiempo descubrir—, pero fue el caos y la violencia de su mente lo que más me fascinó. La suya no era una compañía cómoda. De día era esa imparable e inconexa cháchara puntuada por profundos silencios bajo los cuales se percibía el chisporroteo como de hilo de telégrafo de sus nervios a punto de estallar, y por la noche percibía su insomnio mientras estaba echada a mi lado, en la cama del hotel, su mente desbocada, montada peligrosamente sobre su pesadilla sin sueño, fuera de control. Era un campo de batalla en el que unas fuerzas incontenibles libraban una contienda constante. Era todo compulsión, incluso su manera de morderse sin cesar las uñas ya roídas hasta que la carne le sangraba. Yo la pillaba mirándome desde debajo de su pelo, como si se imaginara lo peor, igual que un animal observa desde su escondrijo el avance de un cazador. Sabía cuándo estaba a punto de comenzar a oír voces, por su peculiar manera de inclinar la cabeza, quieta y alerta, en una espera sin aliento. A veces me daba cuenta de que las voces eran tan intensas que me parecía que hasta podía oírlas levemente, una especie de estruendo resbaladizo, como ruido de lluvia sobre un tejado. Entonces empezaban las fugas, y creo utilizar el término adecuado. Se concentraba en un detalle concreto y nimio y echaba a volar su fantasía. En su versión del mundo, todo estaba relacionado; podía encontrar el origen de la disolución de los imperios en el doblarse de una brizna de hierba, siendo ella misma el fulcro del proceso. Todas las cosas estaban pendientes de ella. Los sucesos más remotos la afectaban de manera directa, o ella tenía algún efecto sobre ellos. La fuerza de su voluntad, y de todo su considerable intelecto, se concentraba en la necesidad de mantener la realidad en orden. Esa era su tarea, y de nadie más.

Pero ella había recibido cierta compensación. La aflicción que ensombrecía su mente también la hacía arder con una intensidad feroz, aterradora. De haber estado bien de la cabeza habría sido una auténtica erudita; no de primera, probablemente, pero sí una erudita. Había una brillantez demencial en la manera en que relacionaba los hilos a priori inconexos de la trama y la urdimbre de un tema y tejía con ellos algo deslumbrante por muy rápidamente que se le deshilachara entre las manos. Yo percibía en mi interior una desaprobación profesional, una angustia, casi; de haber sido alumna mía, me decía a mí mismo con fatuidad, podría haberle enseñado a encauzar su exceso de energía en una dirección disciplinada. Era incapaz de acabar nada. Sus entusiasmos eran breves, sus conclusiones nada concluyentes. Peor aún, era incapaz de ver las cosas con distancia, no sabía separarse del tema..., ¿cómo iba a hacerlo, pues ella era el único y verdadero tema? Así, en la tesina que había comenzado sobre los hijos de Rousseau, y no había acabado —la había traído con ella, un gran fajo de pliegos sobados y con las esquinas dobladas, pensando que me impresionaría—, trazaba una metáfora engañosa, pero que valía la pena no pasar por alto, entre el destino de esos miserables bebés, abandonados nada más nacer al cuidado de un orfanato por el filósofo y su pareja, y lo que ella consideraba su situación de orfandad espiritual. Y Kleist, cuyas últimas y angustiosas horas en la tierra había intentado relatar con exhaustivo detalle, era, según ella, como enseguida comprendí, poco más que un precursor de su personalidad. Se había matriculado y abandonado al poco tiempo en media docena de instituciones académicas: su padre, según ella un renombrado actor ahora ya acabado, no reparaba en gastos. Me asombra que no consiguiera llegar a Arcadia. Sin embargo, lo que hacía que tratar con ella fuera muy difícil e irritante era que incluso en sus fantasías más delirantes había siempre, en algún lugar, un núcleo duro de simple cordura, de realidad vulgar, que ella exigía que le reconocieran, para a continuación utilizar ese reconocimiento como gancho para arrastrarte a mayor profundidad dentro del torbellino de sus delirios. Era astuta. Siempre era capaz de juzgar —bueno, no siempre, no en última instancia— hasta dónde llegar, cuándo detenerse. Aún la veo, sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, los codos sobre las rodillas y la cabeza hundida entre los omóplatos y una mano hendiendo el aire, hablando, hablando, hablando, y de pronto levantando la mirada, de manera sesgada, brusca, midiendo de un vistazo la escala de mi escepticismo, o exasperación, o aburrimiento, y ajustando a ella la intensidad de sus insistencias.

La más extraña manifestación de su enfermedad, más misteriosa aún que sus ataques, eran esos estados de ausencia absoluta en los que a veces caía, sin previo aviso, y de los que no había manera de sacarla hasta que aquel otro lugar en el que había estado no decidiera liberarla. Pues era ausencia. Aunque en esos intervalos pudiera parecer catatónica, conservaba una viveza tal, una —¿cómo llamarlo?—, una inmanencia tal, que era obvio que estaba del todo consciente, aunque, por así decir, consciente en otra parte. Confieso que esos períodos me sacaban de mis casillas. De

pronto titubeaba, y se quedaba quieta como una estatua que respira, y yo sentía que abandonaba su cuerpo, igual que los antiguos creían poder sentir el alma abandonando el cuerpo del que está muriendo. Yo también me quedaba quieto, paralizado, como si sintiera pasar un fantasma, y esperaba a que regresara. Nunca lo mencionamos. Nunca le pregunté dónde había estado, ni si era consciente de haber estado en alguna parte. De hecho, nunca le mencioné los signos de ese estado, y desde luego tampoco el estado en sí, refrenado por una reserva que era tan arbitraria y rígida como cualquier tabú primitivo. Del mismo modo que ella protegía el mundo, yo debía proteger algo en ella, una última y vital pizca de decoro, intimidad, equilibrio. Sin embargo, a fin de no presentar aquí una imagen de mí mismo inclinado en hierática sumisión a los pies de una caprichosa diosa de la luna — aunque, a su manera, aquellos pies grandes, largos, delgados y pálidos eran encantadores—, debo decir que no la trataba muy bien, no, nada bien. Ella era una demente, y poco más que una niña, una pobre alma enferma que confiaba en mí, y yo traicioné su confianza. En mi defensa, aunque no merezco defensa, aduciré tan solo dos cosas en mi descargo, la primera de las cuales es producto de la segunda. Estaba avergonzado. Ahora bien, hay vergüenzas y vergüenzas. La que me hacía sudar a mí era de esas que generalmente se experimentan solo en aquellos sueños en los que uno se encuentra de pronto sin pantalones en un lugar público. No os llaméis a error. Mi bochorno no procedía de haberme aprovechado de una criatura que era muchísimo más joven que yo y que no estaba muy bien de la cabeza. Tanto me daba que los camareros del hotel me miraran con una risita, o que Franco Bartoli me frunciera el ceño, o que Kristina Kovacs me ofreciera su condescendiente compasión con una triste sonrisa; por lo que se refiere a la lujuria y sus alivios, siempre estuve más allá del bien y del mal, o al menos más allá de la delicadeza y el buen gusto. No. El problema era otro. Esta es la segunda cosa que puedo decir en mi descargo, y el origen de mi vergüenza: el hecho, simplemente, de que la amaba.

Espero haber dejado un intervalo suficiente para que las carcajadas, los abucheos y los silbidos remitieran. Ahora debo matizar esa sorprendente declaración. Para mí supuso una enorme sorpresa, una gran conmoción, en esa fase última de mi vida, encontrarme sometido a esa emoción tan repentina y desconocida, si no olvidada. Dentro de cada anciano, o dentro del que os habla, en cualquier caso, sigue habitando un joven que no envejece y que nunca tuvo amor suficiente, de la variedad Keats con luz de luna, y que, al menor estímulo y en las circunstancias menos apropiadas, salta, ramillete en mano y pene palpitante, dispuesto a escalar la hiedra hasta el balcón ornado de rosas donde se halla el aposento de su amada. Este sonrojado y extático Romeo mantiene una actitud seria y solemne; busca algo más que la mera gratificación de la carne. A pesar de la pose indiferente a la que soy propenso en cuestiones amorosas —como todos los hombres, jóvenes o viejos—, me acerco al cuerpo femenino sobre las rodillas de mi alma. Jamás, desde aquella tarde de abril de mi joven primavera, cuando la pérfida Lili Erstenheim se levantó las faldas ante mí en las sombras de debajo de la escalera de nuestro edificio de apartamentos y riendo agarró mi rígida virginidad y se la introdujo sin esfuerzo, como un chupa-chups, en el cálido hueco situado entre sus escuálidos muslos, nunca, digo, he sido capaz de violar ese santuario, siempre que me lo he encontrado, sin un temblor numinoso. Empujar una parte de tu carne viva dentro de la carne viva de otra persona, ¿cómo no va a ser eso un acto sagrado o sacrílego?

No digo que ese acto acentuado de reverencia sobreviva intacto después del sudor y las sábanas enredadas y de ese olor peculiarmente melancólico a pecio y amoníaco que perdura cuando la marea del amor ha refluído. Después de la primera vez, de las dos primeras veces en que, en la habitación del hotel, medio borracho y vagamente aterrado, me lancé sobre Cass Cleave en su cama, mi mente, de manera natural, enseguida pasó a la cuestión de cómo librarme de ella. Amargas experiencias de los primeros años de mi vida académica me habían enseñado una lección sencilla pero perentoria, a saber, que uno podía llevarse a una alumna a la cama *una vez* y no pasaba nada, pero que repetir era como prometer toda una vida de apasionada devoción, con matrimonio y niños, una casa grande y bonita, invitados a cenar, viajes al extranjero, una cabaña en el campo, compañía durante un largo y vigoroso retiro, y

lágrimas en la tumba y luego una agradable sucesión. Mientras permanecí allí echado durante aquella larga tarde, consideré concienzudamente mi situación. Ciertamente, Cass Cleave no era el vengativo rival empeñado en destruirme a mí y a mi reputación que yo esperaba; estimé que no era más que una joven inteligente pero inestable que había dado con las locuras juveniles de un gran hombre, y ansiaba ver qué beneficio podía sacar de ese descubrimiento. ¿Quizás unas horas de pasión en brazos de ese pecaminoso profesor serían suficientes para comprar su silencio? Después de todo, me dije, puede que ese bribón de Schaudene no le revelara el verdadero secreto, es decir, el secreto de mi verdadera identidad, o, debería decir, de la de Axel Vander. Sí, un beso, unos toscos arrumacos, unas palabras cariñosas bien elegidas —*¡nunca, cariño, nunca antes había conocido este, este...!*—, y luego salir de la cama, ponerme el sombrero y largarme. Pero fui incapaz de hacerlo. Al principio fue fácil encontrar excusas por no haber terminado con ella todavía. ¿Acaso no debía darme tiempo para sonsacarle todo lo que sabía de mí? Y ella estaba un poco mal de la cabeza, recordadlo: si la dejaba ir en ese momento, ¿quién sabía qué cosas podría inventar para incriminarme? Aun cuando solo pregonara en el extranjero que me la había llevado a la cama, eso me convertiría en el hazmerreír —¿hay algo más horriblemente divertido que un viejo lujurioso y encoñado?—, y además, no me habría sorprendido que por alguna ley antigua pero aún vigente en este país paternalista y fervientemente católico, la monstruosa diferencia de edad entre nosotros me hiciera culpable, en el sentido técnico, de violación. No, no, debía tenerla a mi lado, bajo vigilancia, esa era la única estrategia segura y sensata que podía adoptar.

Por mucho que lo intentara, de todos modos, no podía ocultarme el hecho, que ahora me resulta intolerablemente vergonzoso, de que estaba tan chiflado por ella como cualquier adolescente por su chica. Ella era, imagino, el último fuego del invierno de mi vida. Esta es la parte que ojalá pudiera saltarme. Qué bochorno, al pensar en ello. Yo quería complacerla. Quería que me admirara. Quería que se derritiera en mis brazos, desamparada y pasmada de deseo y adoración. Hice todas las estupideces que hacen los viejos cuando se enamoran de una joven. Intenté parecer joven, naturalmente. Resté importancia a mis defectos físicos. Bueno, incluso me compré una corbata nueva y vistosa. Hasta tuve la fantasía —cómo me sonrojo— de llevarla a alguna clínica exclusiva y fabulosamente cara donde la curaran de su enfermedad, donde juntos pudiéramos desterrar al intruso del señor Mandelbaum y reparar su mente. En mis ensueños imaginaba el lugar, un complejo blanco y centelleante, inteligentemente diseñado para parecer un refugio de esquí, pegado a un peñasco alpino, con silenciosos pasillos y un personal siempre sonriente, y una galería abierta en la que mi amor, vestida con su bata inmaculada, dormiría en medio de ese aire cristalino, que olería a pino, yo a un lado, estrechándole la mano con la misma suavidad que si fuera un pájaro dormido, y al otro lado el buen Herr Doktor Jungfreud, con barba, gafas y pipa, dedicándonos una sonrisa benévola, y la

amabilidad de sus ojos era ya, en sí misma, una cura. A continuación emprenderíamos maravillosos viajes. ¡Iríamos a todas partes, París, Nueva York, Zacatecoluca, Hy Brasail, la Isla de los Bienaventurados<sup>[9]</sup>! Y yo le enseñaría cosas, le enseñaría todo lo que había aprendido en mi larga vida. Pues por supuesto sabía que la manera de llegar a su corazón era a través de mi mente. Escribiría por fin la obra maestra que todos estos años, le diría, había permanecido encerrada en mi interior, esperando a que ella me trajera la llave. Ella sería mi Beatriz, mi Laura, mi Trilby<sup>[10]</sup>. Qué momentos pasaríamos..., menuda época: por ella, yo viviría para siempre. Era una magnífica fantasía. Sin embargo, de haber albergado algún sentimiento verdadero, honesto, humano hacia ella, la habría protegido y no la habría dejado escapar de mi custodia como un borracho que deja caer un vaso a rebosar. Ni siquiera eso es cierto del todo, ni siquiera puedo achacar a la ebriedad mi descuido. Fue pura falta de atención. Quien realmente me importaba no era ella, la amada, sino yo mismo, el que amaba. ¿No es siempre así? ¿Acaso el amor no es el espejo de oro bruñido en que contemplamos nuestros relucientes yoes? Ah, ved cómo intento escaquearme de mi culpabilidad: puesto que todos los amantes se aman a sí mismos, no soy el único entre la multitud. Pero no cuela; no cuela.

Supongo que ahora ya ha quedado claro que soy un ser hecho completamente de poses. Es posible que en esto no sea único, puede que le pase lo mismo a todo el mundo, no lo sé, ni me importa. Lo que sé es que tras haber vivido en la conciencia, o aunque fuera solo en la ilusión, de estar constantemente vigilado, constantemente bajo observación, soy todo fachada; mirad detrás de mí y solo encontraréis un poco de serrín, unos cuantos pavoneos temblorosos y una confusión de cables. No hay un hueso sincero en todo el cuerpo de mi texto. He fabricado una voz, al igual que antaño fabriqué una reputación, de material que saqué de otros. El acento que oís no es el mío, pues yo no tengo acento. No me creo ni una palabra de las que salen de mi boca. Utilicé a Cass Cleave para poner a prueba mi auténtico ser. No, no, más que eso: me apropié de ella para que fuera mi propia autenticidad. Eso era lo que yo pretendía encontrar en ella, no el placer ni la juventud ni las últimas migajas del gran banquete de la vida, nada tan frívolo; era mi última oportunidad de ser yo.

Por cierto, que encuentro curioso que se me pasara por alto lo mucho que mi estado de enamoramiento se parecía a la fantasmagórica parodia de cariño en la que cayó la pobre Magda al final. En su mente parecía haber vuelto a nuestros primeros días juntos. Se sentaba a mi lado y me acariciaba la mano, el cuello, murmurando palabras amorosas. Su sonrisa, tímida y apasionada a un tiempo, era la sonrisa de una muchacha a la que la pasión sorprende por primera vez. Su ancha frente perdía sus arrugas, le brillaban los ojos. Yo no sabía cómo abordar esos grotescos arrebatos de pasión. Y en todo caso, en su pobre entendimiento probablemente estaba adornando el pasado, pues yo tampoco recordaba haber compartido nunca con ella esa retozonería erótica. Puede que me confundiera con otro, mi predecesor el polaco, por ejemplo. Pero ¿acaso ese musculoso gañán se habría entregado con mejor disposición

que yo a tales muestras de necesitado e insinuante afecto? A lo mejor ella escenificaba otro tipo de amor. A lo mejor me tomaba por el niño que nunca pudo tener —un precoz aborto chapucero la había dejado estéril— y pensó que yo era su enorme y anciano y ciclópeo hijo con pata de palo. Sin embargo, resultaba alarmante lo mucho que me afectaban los momentos en que se hallaba en ese estado. Una vez estábamos sentados el uno al lado del otro en el sofá del salón, y yo intentaba leer, y con un leve gemido de ternura ella colocó su pesada cabeza sobre mi hombro —era mediodía y yo había empezado a beber—, y de pronto me puse a llorar. Magda levantó la cabeza y me miró con lo que me pareció alegría y sorpresa. Me puso una mano en la mejilla y atrapó una solitaria lágrima con la punta del dedo antes de que cayera, y la examinó asombrada, ese grueso y translúcido abalorio que allí brillaba, amplificando las líneas de su piel y mostrando en su borde un reflejo curvo y diminuto de la ventana delante de la cual estábamos sentados.

Huelga decir que no derramé ninguna lágrima en presencia de Cass Cleave. Puede que me hubiera encariñado igual que un viejo sátiro que tropieza con la estela de una pálida ninfa, pero no había perdido mi instinto para el engaño y la ocultación. Yo procuraba dar la impresión de que me mantenía a cierta distancia emocional. Me reía de ella, y le agarraba la muñeca y la apretaba con mi garra de hierro hasta que ella palidecía de dolor. Y sin embargo, por mucho que fanfarroneara y me pavoneara delante de ella, alguna vez debió de ver en mi mirada una vacilación, una cobardía, una abyecta y suplicante luz que incluso ella, tan obsesionada consigo misma, tuvo que reconocer y saber qué significaba.

Yo lo intentaba, intentaba conocerla. Intentaba verla tal como era. Intentaba colocarme en su mundo interior, pero incluso en esos momentos, muy escasos, en que conseguía abrirme paso a través de las espesuras de la fantasía y el delirio dentro de las que estaba atrapada, solo lograba llegar a un lugar infantil e inmemorial, una región de prosa sin acentos ni énfasis, guarida exclusiva de la tercera persona. No se la podía conocer; no existía una presencia singular y unificada que conocer. Era una de esas criaturas —Magda era otra— que existen en un plano intermedio entre lo inanimado y lo sobreanimado, entre la arcilla y los ángeles. A pesar de que a veces parezca pretender lo contrario, yo soy un alma vulgar. Mis apetitos son humanos; mis aspiraciones, mundanas. Ya con un pie en la tumba me sentía feliz y agradecido de poder posar mis manos sobre una muchacha, ¿a qué negarlo? Y ella, ¿qué quería ella de mí? En aquel instante pensé, porque me convenía creerlo, que lo que ella buscaba era un provecho, prosperar en la vida, un poco de fama, o si la fama no era posible, al menos notoriedad. Qué mal la juzgué.

¿Cuándo sucedió ese famoso enamoramiento, cuándo me ahogué en ese Rubicón? Imposible decirlo exactamente, aunque existe cierto momento que, al evocarlo, produce lo que parece la punzada de todas las punzadas, la punzada de dolor más reveladora y aguda a la que ahora estoy sometido. Fue al final de ese período de parahospitalización impuesta en la habitación del hotel, durante la cual ella no me

perdía de vista durante más de cinco minutos seguidos. Por fin mi hígado parecía recuperarse de los insultos alcohólicos que había ido acumulando durante décadas, y con especial saña desde la llegada a esa ciudad. Desde mi juventud no había estado sobrio un día entero, y en aquel momento, después de dos semanas sin beber, tenía la cabeza tan clara que casi sentía vértigo. Casi no tenía temblores, yo que no había tenido el pulso sereno desde que entré en la edad adulta. Tenía esa conciencia a flor de piel, esa sensación apenas soportable de estar abierto al mundo como una herida, que no había experimentado desde la infancia, cuando la enfermedad parecía una crisálida de la cual uno tendría que esforzarse por salir, y cuando lo hiciera se habría convertido en una versión nueva y temblorosa, aún pegajosa, no del todo opaca, de un yo anterior y menos desarrollado. A mi alrededor todo era intensamente nítido y claro, y casi doloroso al tacto, incluso a la visión. Ese día, el día que estoy recordando, se acercaba al crepúsculo, el viento se había disipado, el ambiente era caluroso y sereno, yo estaba de pie junto a la ventana abierta de la habitación del hotel, reaprendiendo a anudarme la corbata —es extraordinario cómo la enfermedad te hace olvidar las habilidades más simples—, y en la calle se oía el tráfico, y la gente, y unos pájaros que daban vueltas lentamente a gran altura, y si me inclinaba hacia delante y sacaba la cabeza, los veía en lo alto de aquel cielo polvoriento, púrpura, vespertino. Yo le daba la espalda a Cass Cleave, pero se reflejaba en sus tres cuartas partes a mi lado, en el espejo de la puerta del armario. Algo en su actitud me hizo prestarle atención. Estaba sentada a un lado de la cama sin hacer, inmóvil, descalza, los hombros caídos, un zapato en cada mano y mirando delante de ella con una expresión de indefensa desolación de la que, me pareció, se hacían eco —con lo que era aún más horrible— la despiadada y cegadora blancura de la sábana sobre la que estaba sentada y el brillo maligno de la cabecera de caoba que había junto a ella. Había visto antes esa expresión, caía sobre ella siempre que la intolerable dificultad de ser única e ineludiblemente ella misma la dejaba en una inmovilidad perpleja en medio de alguna acción necesaria de la vida, perfectamente vulgar y trivial. Para ella, un par de zapatos, derecho e izquierdo, podía ser algo tan insoluble como cualquier acertijo que el mundo pudiera proponerle. Observé con aterrada ternura la piel blanca y translúcida de sus sienes, donde se había recogido el pelo con horquillas, y la forma de sus rodillas bajo el tejido ligero de su vestido, y los tenues brillos gemelos de la luz que se reflejaba en la ventana en sus pantorrillas. Durante un instante quedé deslumbrado por su otredad. ¿Quién era, quién era esa incognoscible criatura, sentada de manera tan plausible en esa profunda caja de espacio reflejado? Y sin embargo, era ella, con todo el impenetrable misterio de ser completamente otra, la que yo deseaba de pronto, con una intensidad que constreñía mi corazón. No hablo de la carne, no me refiero a ese tipo de deseo. Lo que yo anhelaba, donde deseaba enterrarme hasta el cuello, era en el hecho de ser quien era, de ser, para mí, algo inalcanzable. ¿Lo veis? En el fondo, es todo lo que he querido siempre, en serio, salir de mí mismo y penetrar físicamente en otra persona. Todo estaba inmóvil. No osaba moverme; me pareció

que sería incapaz de volverme, como si el aire se hubiera convertido en un medio sólido en el que me viera atrapado. Imaginé oír el tenue reclamo de aquellos remotos pájaros. Entonces ella se inclinó hacia delante con un suspiro y colocó los zapatos en el suelo, uno junto al otro, y el movimiento agitó el aire e hizo temblar el espejo, y un estremecimiento acuoso recorrió el cristal, y los gritos de los pájaros se convirtieron en los ruidos del tráfico callejero, y ella se puso en pie, y fue a decir algo, y entonces me volví hacia ella, hacia la de verdad, no la del espejo, y ante mi mirada —en aquel momento yo debía de parecer el más orate de los dos— sus ojos se ensancharon, y ella vaciló, pareció recular y al mismo tiempo inclinarse hacia mí de manera irresistible, y la rodeé con mis brazos de simio y la sujeté con tal fuerza en mi abrazo hediondo y decrépito que ella jadeó, y sentí el aleteo de su aliento espirado contra mi cuello, y de haber sido capaz de hablar, no sé lo que habría dicho.

A pesar de algunos momentos de tanto misterio e intensidad, cuando los evoco — y, después de todo, se trata aún de un pasado reciente—, es extraño que pueda ver tan poco, que casi todo permanezca remoto, difuso, empequeñecido y confuso en el cristal empañado del tiempo. De los tres meses y pico que estuvimos juntos, que ella estuvo conmigo, o yo con ella —no estoy seguro de cómo formularlo—, conservo solo fragmentos, por desgracia escasos. ¿Cómo pasamos el tiempo, cómo llenamos las horas ordinarias, las mañanas dilatadas y los apáticos mediodías, las tardes que eran todo pasillos desiertos y un aire tan denso como una onda expansiva tras una explosión? Nos veo a los dos sentados a una mesa del enorme comedor del hotel, en medio de un murmullo apagado, en el que las luces caen de las arañas como la luz de un depósito de cadáveres, y los camareros permanecen atentos con sus chaquetas color crema, arreglándose sus pajaritas e inspeccionándose las uñas con melancolía. Solo hay otro cliente habitual: un anciano de pelo plateado que vivía en una suite del piso superior, que tenía su propia mesa en un rincón, junto a los espejos, y que producía tenues sonidos, como si tejiera, con el cuchillo y el tenedor, y que cada rato paraba de comer y se aclaraba la garganta tapándose la boca con un puño blanco y delicado. Esos son los únicos sonidos que oigo, el sonido metálico de los cubiertos y el anciano aclarándose la garganta. Seguramente charlamos, Cass Cleave y yo, o al menos ella debió de hablarme, pues no paraba de hablar, a la mesa o en la cama, en las calles, en tranvías y taxis, contándome cosas, pero todo eso persiste, en mis oídos, como un zumbido grave y apagado, la clase de zumbido que perdura unos minutos en un auditorio después de que el público se haya marchado. Hicimos cosas juntos, ella y yo, visitamos museos, cosas así, tan diligentes como un par de turistas. Fuimos a Milán, al Brera, a ver el Cristo muerto de Mantegna y la Virgen Griega de Bellini. Hicimos una excursión a Génova, y pasamos una agradable tarde paseando por el extenso cementerio de Staglieno, donde el aire tenía un leve aroma dulzón, a causa de los cadáveres en descomposición que yacían bajo la tierra y en las criptas de mármol que había por todas partes, y ella estaba fascinada por las escenas domésticas de los muertos esculpidas en piedra, de tamaño mucho mayor que el natural, que recubrían

los largos paseos con arcadas. Pero incluso en mis recuerdos de esos días memorables, lo que veo de ella no es ella, sino algo mucho menos sustancial, una presencia imprecisa que es poco más que el sueño vano de la tarde de un anciano. ¿Es solo porque yo era tan viejo y ella tan joven por lo que conservo tan poco de ella? ¿Cómo voy a verla con claridad si mis ojos legañosos no pueden atravesar el abismo de los años que nos separaban?

A medida que pasaba el tiempo, cada vez mencionábamos menos la cuestión que nos había hecho encontrarnos. Cuando pensaba en ello, yo hacía un renovado esfuerzo, más o menos decidido, por conseguir que ella me revelara con todo detalle cuanto sabía de mí y de mi pasado envuelto en sombras, por no decir en un sudario, pero siempre sin éxito. ¿Por qué iba a decírmelo, si creía que el hecho de que yo no lo supiera era el poder que tenía sobre mí? Admito que más de una vez recurrí a la fuerza para intentar sacarle una confesión. Aún la veo, en la habitación del hotel, acurrucada en el angosto espacio que había entre la cama y la pared, donde yo la había empujado hasta ponerla de rodillas, su cara, pálida de dolor, alzada hacia mí mientras yo me inclinaba hacia ella, con mi horrible sonrisa, retorciéndole el brazo más allá del nivel del omóplato y amenazando con rompérselo si no me contaba todo —¡todo, ojo!— lo que le había contado Schaudene el embaucador aquel día en Amberes. Qué extrañamente tranquila estaba, qué aspecto tan solemne, a pesar del dolor que le infligía. Naturalmente, aquello era un juego. Por entonces lo que importaba no era lo que ella pudiera saber acerca de mis insignificantes fechorías. Por mucho que diga, todo ese tiempo había estado esperando, deseando, que apareciera alguien que esgrimiera mi secreto entre las manos y amenazara con mostrárselo a todo el mundo. Pues ¿de qué sirve un secreto, cuál es su poder, si nadie conoce su existencia? Ahora, con el peligro de ser descubierto de manera inminente, y la vergüenza, la repulsión y la burla general que provocaría sin remedio, mi actitud no era tanto de temor, sino de desenfadado fatalismo. Si antes había intentado, medroso, pasar desapercibido, temiendo no sabía exactamente el qué, ahora me veía asediado, decidido, un miembro del partido puritano<sup>[11]</sup> que de pronto se convierte en caballero. Me sentía, lo confieso, como un arrojado villano.

Pero dejadme intentar, una vez más, una última vez, ahora que tengo ánimo, describir cómo fueron las cosas entre Cass Cleave y yo. Voy a presentar una serie de escenas, como en un friso, en las que aparecerá una joven pálida alrededor de la cual brinca un viejo, y como fondo un paisaje urbano de mármol. El vejete va vestido con botarga, con profusión de adornos en forma de rombo, lleva máscara, plumas, una monstruosa bragueta sujeta bajo la tripa. En cada uno de los paneles presenta una elaborada actitud para complacer a la muchacha. Ahora es alegre y gallardo joven, brazos en jarras, y ahora el amante demoníaco, desenfrenado, irresistible, ahora el inquieto estudioso con su vela y su libro. La chica está ante él, contemplando esas payasadas con una expresión paciente, tolerante, una soñadora Columbina, a la espera de que se quite la botarga y la máscara; qué extraño el parecido con su padre, cuando

interpretaba sus papeles. Ved, ahí están ahora, en las alturas, cruzando un puente, sobre un camino estrecho, que asciende en curva, rodeado de árboles oscuros. Es una tarde desolada, sofocante, gris cuchillo, y Franco Bartoli, ese lúgubre Innamorato, les ha invitado a cenar. Se apean los dos de un taxi. Ella ayuda al viejo muchacho, que lleva bastón y tiene una pierna renga. Ella procura que él no se dé cuenta de que ha visto temblar su mano grande, de nudillos blancos, que agarra con fuerza el puño del bastón. Un viento cálido sacude los árboles, platea las hojas; ella piensa, y no por primera vez, que la ciudad parece respirar, cansada, como algo vivo y antiguo. Coge del brazo al anciano y cruzan el camino. Durante un segundo ella lo ve cerniéndosele encima desnudo, enorme, esquelético, combado, el pelo alborotado y los ojos encendidos, la boca abierta y vieja. A continuación, se ve abrazándolo; ella es como la Virgen anatómicamente imposible de ese cuadro que vieron en alguna parte, que acuna a un Jesucristo gigantesco sobre las rodillas abiertas sin más esfuerzo que si fuera un bebé.

El edificio de apartamentos donde vive Bartoli es viejo, pero en vez de puerta hay una hoja de cristal cilindrado que al principio les parece negro y opaco. Vander hace unas florituras con su bastón y pulsa el timbre con la punta. Oyen el zumbido nasal del timbre, en algún lugar remoto del interior. Aguardan, contemplando sin expresión sus sombras sin rostro de pie ante ellos en el cristal. En el aire sombrío y zarandeado por el viento de la tarde ella es, por un momento, otra persona. La luz inunda el vestíbulo —el cristal es claro, no negro—, y lo convierte en una celda de un blanco cegador, en la que se adentra Franco Bartoli. Cuando lo ve, Vander comienza a respirar pesadamente por la nariz, como si acabara de darle de puñetazos a alguien.

—¡Mirad! —dice con una risita—. *¡Una forma todo luz...!*<sup>[12]</sup>

El hombrecillo avanzó ágilmente hacia ellos, como un juguete de cuerda en el escaparate de una juguetería, y como siempre parecía avanzar ligero sobre las puntas de los pies, y sonrió alegremente. Se detuvo y pulsó un botón que había en un panel de la pared y el cristal corredero se abrió suavemente. El hombrecillo les dio la bienvenida con un gesto que fue en parte reverencia y en parte pirueta, y extendió el brazo y agarró la parte superior del brazo de Vander con un gesto viril, al tiempo que se inclinaba para rozar con sus labios cálidos y secos el dorso de la mano de Cass Cleave.

—¡Venís los dos! —dijo—. Qué agradable sorpresa.

Cass Cleave no estaba invitada, pero Vander había insistido en que fuera, y allí estaba. Bartoli les hizo pasar delante de él por el vestíbulo, agitando sus diminutas manos. Llevaba un traje pequeño y ceñido y una camisa blanca con unos puños grandes y rígidos y una corbata azul celeste, todo brillante. Vander arrastró su bastón por el suelo, y la contera de goma chirrió contra las baldosas de mármol. Llegaron a una puerta de acero lo bastante gruesa como para sellar una bóveda. Bartoli dio unos golpecitos en el metal con los nudillos, comentando orgulloso el esfuerzo y el gasto que había supuesto instalarlo. Vander le observaba atentamente, ceñudo.

—¡La barba! —dijo, y se rio—. ¡Te la has afeitado!

Y ciertamente Bartoli se la había afeitado, dejando al descubierto unas mejillas pálidas y rollizas, como de bebé, y una barbilla pequeña, redondeada y prominente con hoyuelo. Se sonrojó y bajó la vista avergonzado, y se volvió y pulsó algo y la puerta de acero se abrió. Todo el interior, en contraste con el cristal, el mármol y el metal de la entrada, era madera vieja y gastada, unas gruesas colgaduras marrones y un parqué desigual y chirriante. La iluminación estaba a poca altura y era amarillenta, y parecía emanar de las propias paredes, tenue, y había un ligero olor a sucio, viejo y pasado de moda. Oyeron voces procedentes de una lejana habitación. Avanzaron por un pasillo forrado de libros, caminaron casi a tientas por un espacio misteriosamente a oscuras, de donde surgían objetos inidentificables, y entraron en un comedor estrecho y de techos altos, donde había muebles grandes, agobiantes y oscuros. Sentados a la mesa, la vista levantada y expectante, estaban Kristina Kovacs y un hombre fornido, de mediana edad, de esos que son guapos y lo saben, que llevaba una melena peinada hacia atrás de pelo engominado color gris hierro. Mientras Bartoli hacía entrar a Vander y a Cass Cleave, por la puerta de enfrente entraban al mismo tiempo una diminuta anciana envuelta en encaje negro, que pensaron era la madre de Bartoli. Mirando fijamente a Bartoli, la anciana inició enseguida una prolija perorata conforme levantaba unas manos temblorosas y marrones. Bartoli también levantó las manos, pidiéndole que se callara, e intentó presentarles a Vander y a Cass Cleave al hombre fornido, pero sus esfuerzos quedaron ahogados por el imparable graznido de la mujer. Cogiéndola por los hombros, la hizo dar media vuelta y le dio un empujoncito, y ella salió tambaléandose del comedor por donde había entrado, sin dejar de parlotear. El hombre fornido se levantó y extendió el brazo por encima de la mesa, estrechando vigorosamente la mano de Vander mientras sus ojos recorrían a Cass Cleave de arriba abajo con una mirada penetrante. Bartoli se movía alrededor de la mesa, nervioso, moviendo sillas y poniendo rectos los cubiertos. Vander se inclinó y le dijo algo a Kristina Kovacs, y ella le sonrió y le dio unos golpecitos en la mano que él, por un instante, dejó sobre su hombro. Cass Cleave estaba escorada con un pie cruzado sobre el otro, las manos a la espalda, mirando un abismo sin ver nada, incómoda con la situación. Bartoli enseguida hizo un sitio a la mesa para ella, y el hombre del pelo gris y Kristina Kovacs tuvieron que desplazar sus sillas, y por un momento todo fueron murmullos y movimientos confusos, mientras Vander observaba la escena sonriente, disfrutando de lo lindo. A continuación entró una segunda anciana, más pequeña aún que la primera. Su carita redonda no tenía ni una arruga, y su nariz era menuda, afilada y curva, como el pico de un pinzón. Resultó que esa era la auténtica signora Bartoli. Se quedó en el umbral y miró a los presentes con una expresión de plácida interrogación, sonriendo afable, como si hubiera oído voces y hubiera ido a comprobar quiénes eran esos desconocidos. Su hijo le gritó que se sentara; estaba bastante sorda. El hombre de pelo gris le ofreció a Cass Cleave un cigarrillo de una pitillera. Bartoli, tras haber colocado a su madre en su sitio, se quedó

junto a su silla, en la cabecera de la mesa, radiante. En ese momento volvió a aparecer la primera anciana, que llevaba en lo alto, sujetándolo con sus frágiles manos, una ancha bandeja de arroz. Bartoli sirvió el vino. El arroz exudaba el aroma a sobaco de las setas silvestres. La diminuta cocinera se retiró a la cocina. Se sentaron. Comieron. Él dijo. Ella dijo.

Las circunstancias humanas, qué extrañas son. Y, sin embargo, ¿por qué lo digo? ¿Cuáles son las circunstancias no extrañas con que puedo compararlas? Lo humano es todo lo que tenemos. Y la gente es simple, demasiado. Considerad a Franco Bartoli, por ejemplo, instalado muy satisfecho en la cabecera de la mesa, con sus mejillas recién rasuradas y su pequeña barbilla azulada, con ese hoyuelo indecente. Es rápido, no se le escapa nada. Es capaz de mantener una conversación mientras escucha otra. Esta noche está a salvo en el centro de este pequeño mundo de mujeres; le sonrío su madre, vieja y felizmente ausente, y le mima Maria, la cocinera; tiene a Kristina Kovacs a la derecha, a Cass Cleave a la izquierda, y a mí al otro extremo de la mesa, a una distancia de seguridad. El individuo de pelo gris también le hace sentirse seguro, habla con voz sonora y gutural, con autoridad, sobre diversos temas, dando buenos tragos de vino y mirándome de arriba abajo con aire amenazador, como un matón a sueldo. Todavía no he descubierto quién o qué es, y no lo descubriré. Sus enormes manos le tiemblan de manera ostentosa; parece estar actuando con una rabia contenida, general. Posee un asombroso parecido con el poeta Montale, pero cuando pregunto si no será por casualidad pariente del gran bardo de Liguria, simplemente se me queda mirando, con un ceño sombrío, como si hubiera dicho algo insultante. Su inicial interés por Cass Cleave se evapora enseguida; en cuanto ella comienza a ponerle al corriente de sus últimas obsesiones, la *commedia dell'arte* y sus orígenes—Susarion y sus actores, el circo romano, Plauto, las representaciones de los peregrinos, y, si no he oído mal, algo acerca de las invasiones mahometanas—, la mirada del matón regresa con aire meditativo a Kristina Kovacs. Pero tampoco Kristina consigue mantener la vigorosa atención del hombre. Puede que en otra época sí, pero ya no. Su aspecto consumido es más pronunciado que nunca, y parece que su piel fuera a desintegrarse y caerse a pedazos solo con que uno la tocara con la punta del dedo. También se la ve distraída. Ella y la signora Bartoli permanecen en silencio durante largos períodos, con la misma expresión, mirando el mantel sin verlo, sin sonreír, como si estuvieran en otra parte. En medio de estas marionetas, Cass Cleave habla deprisa, con seriedad, mientras intenta de manera inexperta fumar otro de los cigarrillos de Montale.

—El antiguo *phallophori* —dice, mirándole desesperadamente a la cara— se embadurnaba con hollín y se adornaba con el falo, brincaba encima de unas calabazas, llevando a cabo todo tipo de acrobacias obscenas.

Estas palabras me las dirige a mí, y me doy cuenta; ha estado leyendo mis libros otra vez. Le sonrío severamente. Montale frunce el ceño; asiente, perplejo, bebe otro trago de vino. Cass suelta una risa vacilante; le brillan unas lágrimas en los bordes de

los ojos. Todos se quedan mirándola, incluso Kristina Kovacs, incluso la madre de Bartoli, tan ausente. Aunque yo también la miro, ella ya no me devuelve la mirada. Ahora dice que... Ahora dice...

¿Qué dice? Ya casi no sé qué decir. Ahí estoy, como siempre, con mi copa y mi cigarrillo, exhibiendo mi cruel sonrisa, con mi viejo sueño a lo Calígula de un mundo en el que solo tenga que molestarme en retorcer un cuello. Los de mi laya deben ser reunidos y enviados a alguna parte, a Madagascar, quizás, aunque no me gusta el olor del clavero. ¿O es Zanzíbar? Ella escribió: *Me voy a América*. La sacudida, como una descarga eléctrica en el corazón, mientras estoy en la habitación que da al jardín de Franco Bartoli, bajo esa suave luz otoñal, con un trozo de papel en mi mano temblorosa. Esa palabra, *corazón*. Soy como un fogonero en las entrañas de un barco, por la noche, sobre un mar embravecido, y solo poseo una finísima piel de metal para salvarme del peso negro de las aguas. Me miro la mano, veo mi mano vieja, tan vieja, y me detengo. La carne fofa. Hoy, mientras nos tomábamos nuestros carajillos en el Caffè Bicerin, mi nuevo amigo, el doctor Zoroastro, me dejó ver los números que lleva tatuados en la muñeca. Lo hizo sin ostentación pero de manera bastante deliberada: volvió la mano que sujetaba su cigarrillo y dejó que el puño de su hermosa camisa de seda cayera hacia atrás, como un mago que nos muestra que no oculta nada. Yo no hice ningún comentario, ni tampoco él. Sin embargo, me dejó impresionado; aún lo estoy. Tengo la inquietante sensación de que algo que me fue enviado hace mucho tiempo, y que anduvo hasta ahora perdido, ha aparecido por fin, algo que habría detestado recibir entonces, y ahora necesito incluso menos.

No sé cómo, me puse a discutir con el truculento Montale. Bueno, no, para ser honesto, sabía muy bien lo que estaba haciendo. Estaba aburrido, necesitaba diversión, quería montar un numerito para Cass Cleave. El origen de la desavenencia fue algún escritorzuelo de moda cuya obra Montale insistía en alabar por todo lo alto y al que yo taché de charlatán. Montale enseguida se acaloró, y bajo su bronceado de playboy se le puso la cara morada. Dijo que, en su opinión, yo no había leído la obra de ese desgraciado, lo que en realidad era cierto. El resto de comensales permaneció en silencio mientras nosotros reñíamos, dos guerreros apolillados acometiendo y esquivando con nuestras tizonas. Franco Bartoli volvía la cabeza hacia uno y hacia otro, y a cada giro su cuello parecía tornarse más fino y más delgado, como si en el interior tuviera un mecanismo de sacacorchos. Kristina Kovacs, con la cabeza inclinada y la vista humillada, estaba distraída; enrollaba y desenrollaba una esquina de su servilleta bajo la palma de su mano plana. La madre de Bartoli, que desde el principio se había creído que Cass Cleave era mi hija, se volvía hacia ella a cada uno de mis amagos, y le sonreía, y le asentía, los labios apretados y los ojos como platos, felicitándola en silencio por el sutil giro de la afilada frase de su papá, aunque estoy seguro de que no oía ni una palabra de lo que yo decía. Cass Cleave, mientras tanto, me miraba fijamente con lo que me pareció una intensidad casi extática, los ojos brillantes y los puños apretados sobre la mesa, delante de ella, mientras sus ojos se

llenaban de más lágrimas y más brillantes sin derramar. Cómo giraba y chillaba por ella, haciendo centellear mi espada, cautivado por mi propia ferocidad y destreza en la lucha. Franco Bartoli habló por fin. Sí, Bartoli, ese insignificante hombrecillo, de algún lugar sacó valor para interrumpirme.

—El profesor Vander —dijo dirigiéndose a Montale y sonriendo con falsa cordialidad— sostiene que todo texto oculta un secreto vergonzante, las manchas ocultas dejadas por el autor en su inevitable mala fe, y que la tarea del crítico es descubrirlo. ¿No es así, Axel?

Vacilé. Me lo pensé. Montale, al igual que su anfitrión, ahora sonreía, de manera desagradable, flexionando los hombros y estirándose los puños de la camisa. Inhalé profundamente, para calmarme.

—He estado releyendo —le dije a Franco, levantando la vista pensativo hacia un rincón oscuro del comedor— esos ensayos tuyos acerca de Shelley.

Hay que decir que Shelley es la especialidad de Franco. Él malinterpreta al poeta, claro —hijo de la naturaleza y adalid de la revolución, profeta apolíneo, ávido de lo sublime hasta la ebriedad, las chorradas románticas de siempre—, como he intentado hacerle ver en más de una ocasión. Los retóricos que se engañan a sí mismos como Bartoli son los constructores de monumentos funerarios de nuestro oficio. Sobre los cadáveres enterrados de los poderosos difuntos erigen sus estatuas de mármol, las frías e idealizadas imágenes a las que nunca pierdo oportunidad de lanzar un martillazo de los gordos, como, por ejemplo, en ese momento. Tensé los codos y me incliné hacia delante para asestar el primer golpe fulminante cuando algo..., algo ocurrió. He descubierto que la imaginación, al hacerse vieja, suele gastarte irritantes jugarretas. Las visiones que en tu juventud o incluso en la mediana edad te parecían poco más que ensoñaciones, simples devaneos por los márgenes de la fantasía, se convierten en algo que me parecen experiencias reales e inmediatas. Lo familiar cambia, se desplaza, intercambia el sitio con cosas nunca vistas antes. Una cara conocida se convierte en la de un desconocido, una ventana se abre a un panorama amenazante y oscuro que no estaba hace un momento. Lo mismo ocurría ahora. Bajo el dosel de tenue luz marronosa en el que me hallaba, acompañado, en el papel de silenciosos centinelas, por grandes aparadores negros y estantes que se cernían sobre nosotros, vi cómo el tablero de la mesa se ondulaba y se balanceaba, y a través de su superficie repentinamente líquida irrumpió algo que al principio pareció una raíz sumergida o un tocón de árbol. Ascendió y ascendió, despacio, sin esfuerzo, algo abotargado y sin cara, de cabeza horrisona y hombros comprimidos y pecho goteante, todo rodeado de frondas de algas y pecios. No hubo sonido alguno, solo las sombras sin habla acorralando el lugar en penumbra, y las aguas oscuras moviéndose. La figura, aunque carente de rasgos, estaba de cara a mí, y al parecer se esforzaba por formularme una pregunta. La visita o alucinación, o lo que fuera, no duró más de un segundo o dos, y desapareció. Miré a mi alrededor. Todo estaba igual que antes, Bartoli con su ceño sombrío, y Montale apretando los dos puños, y Kristina Kovacs

enrollando la esquina de su servilleta, y la madre de Bartoli divagando, a kilómetros de distancia. Y entonces, de repente, sin previo aviso, Cass Cleave soltó un chillido terrible, agudo, espeluznante, abrió mucho los ojos, cayó de la silla y con un horrible estrépito desapareció bajo la mesa. Entonces me llegó como un destello, y en él volví a ver el camión que derrapaba, la chica que daba vueltas, la sangre goteando de la porcelana de su oreja.

Algunas cosas, cosas reales, parecen ocurrir no en el mundo, sino en ese espacio vacío que existe entre la realidad y la mente que las capta; el ojo registra el hecho, pero el entendimiento va rezagado. Por un momento reinó un silencio absoluto, sobrecogedor. Fue Montale el que actuó primero. Sin levantarse de la silla, y a pesar de su corpachón, giró ágilmente hacia un lado y se inclinó hacia delante, bajo el nivel de la mesa, encorvando su gran espalda de marsopa, y le oímos decir algo ahí abajo, en voz baja, a la chica afectada, algo a lo que ella no contestó. Kristina Kovacs me miraba con una expresión peculiar, serena y, me dije, triste, el significado de la cual incluso ahora se me escapa. Franco Bartoli abrazó con las dos manos el borde de la mesa y apretó con fuerza, como si él también la hubiera visto convertirse en una tina de aguas sucias y anegadoras que según él podía estar en peligro de volcar. Dijo algo, a continuación se puso en pie de un brinco y se fue corriendo a la cocina, y un momento después reapareció con un vaso de agua en la mano. Detrás de él atisé a Maria, la anciana cocinera, que se quedaba atrás horrorizada, aferrada a la jamba de la puerta y observando la caótica escena con un ojo reticente. La signora Bartoli estaba sentada con las palmas apretadas a ambos lados de la cara, como ese personaje en un puente del cuadro de Munch, pero sin lanzar grito alguno, sino un curioso y angustiado gorjeo, como el que podría emitir un polluelo hambriento o asustado. Montale, con abundancia de resoplidos, se incorporó con Cass Cleave tendida exánime en sus brazos, la cabeza un tanto vuelta hacia su pecho y sus brazos desnudos delicadamente laxos. Recortándose contra las débiles luces de las lámparas, las grandes y borrosas sombras de la habitación eran una escena prerrafaelista: la chica sin sentido en brazos del hombre grande, recio, de rostro severo, y los demás dispuestos en semicírculo, mirando, callados y serios, sumidos, al parecer, en una especie de laxo letargo. Hice ademán de levantarme, pero Kristina Kovacs, que seguía con su peculiar expresión de pesadumbre, puso una mano sobre la mía para que no me moviera, y se levantó y fue ella detrás de Montale, el cual, a su vez, con Cass Cleave en brazos, y caminando con ese paso delicado, con los pies un tanto hacia dentro —algo que resulta sorprendentemente común entre los hombres corpulentos— seguía a Franco Bartoli, que todavía llevaba en las manos, delante de él, el vaso de agua aún sin tocar y un tanto sacro. Y así avanzaron en lenta procesión desde el comedor. Mientras Montale se inclinaba a un lado para poder pasar por la puerta, tuvo que levantar las piernas de Cass Cleave, y bajo su vestido pude ver fugazmente el interior de sus muslos largos y relucientes, y en lo alto un tenso triángulo de algodón blanco, y la vieja y abyecta bestia que hay en mí se agitó y alzó

su siempre presto hocico. ¿Qué es peor, me pregunto, que fuera capaz de excitarme en ese momento o que sintiera la necesidad de dejar constancia del hecho? Entonces desaparecieron por la puerta y me quedé solo con la mujer que gorjeaba y la vieja cocinera, cuyo único ojo resultaba desconcertante, y, al menos eso me pareció, no perdía detalle de cuanto ocurría.

Pasó mucho tiempo antes de que me permitieran verla, y ya era muy tarde. No sé por qué acepté su autoridad sobre ella. Me quedé en mi lugar de la mesa durante un rato, fumando con aire taciturno y bebiendo los restos de la botella de vino; supongo que no estaba sobrio del todo. La cocinera se retiró en silencio a su guarida, y ahora que los demás se habían ido, la signora Bartoli volvía a estar calmada, y suspiraba y farfullaba entre dientes, intentando recoger migas invisibles de la mesa con los dedos, a tientas, tal como hacen los viejos, cosa que sé porque últimamente me he descubierto haciendo lo mismo. Al poco, sin embargo, comenzó a lanzar miradas de soslayo, alarmadas, en dirección a mí, de una manera cada vez más agitada. Sospecho que la causa era que a medida que pasaban los minutos iba olvidando lo que había sucedido, y se preguntaba quién podría ser ese desconocido vagamente familiar, cómo había llegado allí, por qué estaba a solas con ella, en su comedor, del cual, tal como parecía atestiguar la desordenada cubertería, acababa de huir a la carrera otro grupo de invitados misteriosos y revoltosos. Entonces regresó Franco Bartoli, con los labios fruncidos, en un gesto silenciosamente acusador —¿había recobrado el sentido Cass Cleave y le había revelado mis secretos?—, y se sentó, manteniendo la vista baja y aclarándose con suavidad la garganta. Los momentos crujían al pasar. No decía nada, ni yo tampoco, de modo que se estableció una suerte de justa sin palabras entre nosotros, en la que los dos estábamos decididos a vencer. Le miré fijamente, y se me ocurrió dispararle una nueva salva sobre el tema del ateo de Eton y sus obras poéticas, solo por cojones; pero antes de que pudiera acercar la mecha a la pólvora, Montale reapareció, con una callada actitud de dominio, aunque con paso un tanto vacilante, pues él también había bebido generosamente toda la velada. Dijo que Cass Cleave estaba dormida y no se la podía molestar —es extraordinario cómo, en tales ocasiones, todo el mundo se convierte en médico—, y también me lanzó una mirada acusadora. Permaneció un momento en un violento silencio, las manos agarrando el respaldo de la silla y sus hombros de toro plegados dentro de aquella americana que le apretaba, contemplando un plato, como si reprimiera el impulso de acercarse a mi lado de la mesa, agarrarme por el pescuezo y arrojarme a la noche —probablemente habría podido hacerlo, pues a mí me fallaban un poco las fuerzas—, pero Bartoli le habló en italiano, muy deprisa, le dijo algo que no entendí, y tras otro momento de amenazante vacilación, asintió colérico, soltó la silla, y, tras hacerle una reverencia a la madre de Bartoli y lanzarme una feroz mirada de despedida, dio media vuelta y se fue. Volvió el silencio. Bartoli comenzó de nuevo a aclararse la garganta, de manera

irritante. Entró Maria la cocinera y fue rodeando la mesa, recogiendo furtivamente los platos, esquivándome. Me puse en pie, procurando hacer el mayor ruido posible, y salí de la habitación con sonoras pisadas, sin saber adónde iba.

Cuando Kristina Kovacs vino a buscarme, yo estaba en el pasillo forrado de libros por el que habíamos pasado antes, inclinado contra los estantes, y con un voluminoso libro acercado a la luz, fingiendo leer. Se quedó un momento a mi lado, en silencio, la cabeza inclinada y las manos juntas. Parecía una monja, con su vestido negro y su cuello blanco de encaje, y durante un segundo que me hizo rodar la cabeza me dije que estaba pensándose cómo darme la noticia de que Cass Cleave había muerto. A la luz amarillenta del estrecho pasillo su piel poseía una palidez enfermiza, húmeda, y tenía los bordes de los párpados inflamados. De pronto me sobrecogió darme cuenta del asombroso hecho de que aquella mujer que estaba allí en aquel momento dentro de poco ya no existiría, que estaría en ninguna parte, que su carne que yo había conocido de manera íntima pronto se le separaría de los huesos, y que con el tiempo los huesos se convertirían en polvo, y que incluso ese mismo polvo desaparecería. Siempre produce una conmoción toparse así con la muerte, como si fuera la primera vez. Quiero decir que uno puede saber que una persona se está muriendo y sin embargo no reconocerlo, no haberlo asimilado del todo. La enfermedad mortal, después de todo, es solo una cuestión de aceleración. Quién sabe, a lo mejor me muero yo antes que ella. Es una cosa rara. Me deja atónito pensar en la irrefutable certeza de que dentro de cien años toda criatura viva sobre la tierra, a excepción de unas cuantas tortugas gigantes y algún resistente pastor de yaks del Ladakh, estarán muertos. No es algo que necesariamente deplora: menuda superpoblación si las cosas fueran distintas. Y, de hecho, con frecuencia me parece que lo que debería aterrarme no es tanto el fallecimiento de los que ahora viven, sino la perspectiva de ser reemplazados por una nueva remesa de memos y bribones, con sus necesidades, terrores y pequeñas tragedias. Sí, este pobre mundo haría mucho mejor en librarse de nosotros del todo; dejádselo a las hormigas, digo yo. Mientras tanto, aquí está Kristina Kovacs, que se está muriendo pero aún está viva, reclamando mi atención.

—Axel —dijo—, debes hacer algo con esta chica.

¿Por qué, me pregunto, cree la gente que llamar a alguien por el nombre propio añade un irresistible peso a sus asertos? Lentamente cerré el libro que había estado hojeando, manteniendo el índice entre las páginas —era, no es que importe, el *Hypnerotomachia Poliphili*, el facsímil de 1888 impreso en Londres del original de 1499, en perfecto estado, como el viejo ladrón que hay en mí no pudo dejar de observar con nostálgico interés—, y asumí una expresión de cortés y perpleja interrogación. Kristina suspiró. Kristina me malcría, de verdad, y solo me lanza suaves reprimendas por mis reprobables comportamientos.

—¿Qué estás haciendo con ella? —dijo—. ¿Te das cuenta de que está enferma?

¿Enferma?, objeté, ¿enferma?

—Sí —dijo—, enferma. Y me ha enseñado los moratones.

Moratones, moratones, ¿qué moratones? ¿Qué había estado diciendo de mí esa niña?

—No estarás celosa, ¿verdad, Kristina? —dije.

Era algo que se me acababa de ocurrir en ese mismo instante, manifesté el pensamiento antes de ser consciente de tenerlo. Estos pequeños ejemplos de intuiciones no premeditadas me convencen de que las máquinas nunca ocuparán nuestro lugar. Dios mío, qué discursivo estoy hoy, con toda esta charla sobre los insectos, la maquinaria..., ¿qué vendrá después? Pero Kristina, ahora, celosa... Se me quedó mirando un momento que se prolongó, y volvió la cara con un encogimiento de hombros cansado, de impotencia.

—Quiere verte —dijo.

La habitación en la que habían puesto a Cass Cleave era grande, cuadrada, de techos altos; entrar en ella era como entrar directamente en el pasado. En el centro del cuarto había una cama enorme, elevada, de hierro, en cuya gélida inmensidad mi chica parecía un explorador ártico extraviado y congelado en un témpano. Una lámpara eléctrica con una pantalla marrón estaba encendida sobre una mesilla, a su lado, mientras a su alrededor, sobre todas las superficies a la vista, había una enervante exposición de estampitas devotas, de Jesús, la Virgen María, o de los dos juntos, Madre e Hijo rivalizando entre sí en su expresión de aflicción, y en sus heridas abiertas, y en sus corazones a cual más grande y sangrante. Me senté despacio a un lado de la cama; se balanceó, los muelles protestaron cansinos. Cass Cleave tenía los ojos cerrados, la cara estaba demacrada y sin color, no muy distinta de los muchos y compungidos rostros de la Virgen y su virginal Hijo dispuestos a nuestro alrededor, e igual de irreal, de etérea, de hermosa. Solo eran visibles su cabeza y sus manos, que acrecentaban la impresión de que había sucumbido al esfuerzo de intentar liberarse de ese medio helado de almohadón y sábanas. Yo aún trajinaba el *Hypnerotomachia*. Lo dejé a su lado, en la cama, y ella movió una mano y tocó la tapa, aún con los ojos cerrados, trazando la textura de la cubierta con los dedos, como si estuviera ciega. Sonrió.

—Bueno —dije, sin aspereza—, ¿qué te ha pasado?

Durante unos momentos no dijo nada. Podía sentir cómo pensaba. A nuestro alrededor no se oía nada. Por hacer algo me puse a pensar que a lo mejor los dos habíamos muerto sin darnos cuenta, y que ese aposento tenuemente iluminado, poblado de corazones y espinas y lágrimas de yeso sería todo lo que veríamos del otro mundo.

—Un aire diferente —dijo Cass Cleave, en voz muy baja—. Un olor diferente. Si te acostumbras a eso, cualquier país extranjero deja de serlo.

Yo dije que sí, que suponía que era cierto. Miré a mi alrededor, e incluso silbé un poco, muy bajito, para mí; uno puede sentirse aburrido en cualquier circunstancia. En la pared de detrás de la cama había una gran fotografía enmarcada, ya descolorida, de un joven de pelo largo, vestido a la moda del siglo anterior, abrigo oscuro, cuello

duro y ancho y pechera negra, cuyos ojos un tanto bizcos pero ardientes me observaban con una expresión de profunda animosidad y desafío. A pesar de la antigüedad del cuadro, el individuo tenía un acusado parecido con la anciana signora Bartoli, cuyo dormitorio, supuse, era ese. Cass Cleave movió los dedos sobre la tapa del libro y me tocó la mano. Ahora me miraba.

—Quiero ir a América —me dijo.

Asentí, sin querer llevarle la contraria.

—Claro que quieres —dije.

Podía haberle mentado. Podía haberle dicho que la llevaría a Arcadia conmigo, pero no lo hice. Tanto da; ella no se refería a mi América.

Aquella noche, o lo que quedaba de ella, dormí solo por primera vez en muchos meses. O no dormí, mejor dicho, sino que permanecí en una especie de sopor consciente, acompañado de mis demonios de siempre. Siempre he sido víctima de terrores nocturnos —supongo que no hay que sorprenderse—, pero últimamente me asaltaban sobre todo estando despierto. Cuando era joven mis sueños eran todo caos, lujuria y violencia. Ahora, en la vejez, el sueño alberga silenciosas maravillas a las que soy conducido de noche. Es la antesala de la muerte; en ella se acallan mis miedos. Aquella noche, sin embargo, aquella puerta permaneció cerrada para mí, y me quedé echado boca arriba bajo una sábana húmeda, con las manos juntas sobre el pecho, como un cristiano muerto en su sudario, escuchando la juerga nocturna del agitado mundo. La ciudad parecía estar celebrando uno de los muchos días de fiesta de ese festivo país, pues en las calles se oyó el estruendo de los juerguistas hasta la madrugada. O a lo mejor fue una alucinación: en un momento especialmente estruendoso de las celebraciones, me acerqué a la ventana y me asomé. Vi pasar por la calle una especie de cabalgata heráldica, jóvenes con jubón y calzas a rayas portando estandartes, y muchachas de vestido largo y con complejos tocados montadas sobre corceles que hacían cabriolas, seguido de un grupo de juglares vestidos con botarga. Hacia el alba aquellas multitudes, reales o espectrales, se dispersaron, y a continuación llegaron los camiones de la basura y los repartidores, reales hasta más no poder. Los bordes de la cortina estaban iluminados cuando creí ver a Cass Cleave entrar en la habitación. Se sentó a mi lado en las sombras, sin hablar. Intenté tocarla, sentir su calor, pero la sábana me inmovilizaba y no podía moverme. ¿En qué estaba pensando al dejarla al cuidado de otros en un momento como ese? Pero es que yo tampoco sabía que era *un momento como ese*. De todos modos, de todas las negligencias de las que he sido culpable en la vida, esta me parece ahora la más reprochable.

No sé qué pasó entre Kristina Kovacs y Cass Cleave aquella noche, mientras yo permanecía encogido de miedo en mi desolada cama, qué confidencias intercambiaron, qué promesas se hicieron. Kristina no me lo ha dicho motu proprio, y yo no he tenido el valor de preguntarle. No albergo resentimiento contra ella. Hizo lo que le pareció mejor, como suele ocurrir con los que causan daño de manera

involuntaria. Si conoce mis pobres secretos, probablemente le da igual, pues ya tiene bastante con la dura tarea de morir. Me siento con ella durante horas, sobre todo por las tardes, y a menudo hasta altas horas de la noche. Creo que la mayor parte del tiempo ni sabe que estoy allí. Percibo cómo se esfuerza por superar el dolor: es como si intentara tallar algo del material menos maleable, crear algo que está mucho más allá de su capacidad y de sus flacas fuerzas. Los médicos insistieron en que se sometiera al tratamiento con radio, cuyo único resultado ha sido que ahora está totalmente calva. Se niega a llevar peluca. Así, sin pelo, ha adquirido una belleza austera, elemental; su cabeza faraónica, frágilmente erguida y un tanto temblorosa sobre la fina columna sin carne de su cuello, es descarnada y absoluta, todo líneas, planos y sombras inclinadas. A veces, cuando estoy sentado con ella, le acaricio la cabeza; eso parece consolarla, y ella la empuja con suavidad hacia mi mano, casi con vigorosa insistencia, como un gato. Tiene el cráneo cálido y siempre un poco mojado, y debajo hay una vena que late muy deprisa. La acusé un tanto a la ligera, aquella noche en casa de Franco Bartoli, de estar celosa, pero soy yo el que está celoso ahora. Sea cual sea el nombre que le dé a lo que sentía por Cass Cleave —la palabra *amor*, en mi boca, ha adquirido un matiz blasfemo—, sé que Kristina, en cierto modo, también lo comparte. Solo estuvieron juntas esa noche, y no tengo ganas de especular acerca de cómo la pasaron, ni de pedirle a Kristina que me lo cuente. Me lo impide cierta mojigatería, o puede que sea pudor; la llama que arde dentro del amante celoso se parece mucho al fuego de la lujuria.

Cuando por la mañana regresé al apartamento de Franco Bartoli, él no estaba, o al menos no apareció, y fue Kristina quien me recibió, todavía con su traje de noche negro, con la cara más cenicienta y los ojos más enrojecidos que nunca. Dijo que no había dormido, que había pasado la noche junto a Cass Cleave. Eso me pareció totalmente natural, tan natural como el hecho de, sin verle ahora ninguna intención, haber empacado las cosas de Cass Cleave y haber traído su bolsa conmigo desde el hotel. Creo que en ocasiones como esa alguien piensa por nosotros. Cuando le entregué la bolsa a Kristina, esta no hizo ningún comentario. Me llevó al comedor en el que habíamos cenado la noche anterior y me pidió que me sentara a la mesa. Bajo el intenso sol de la mañana, la atmósfera era un tanto sudorosa, jadeante, como si los juerguistas de la noche que había por las calles hubieran irrumpido y no los hubieran hecho callar hasta hacía muy poco. Cass Cleave se encontraba bien; es un aire diferente, un olor diferente, lo que hace que un lugar se te haga extranjero. Esa habitación, mohosa y vigilante, estaba hecha para habitarla solo de noche, y el sol que entraba por la ventana era escandalosamente brillante y violento. Qué raro pensar que para los demás, para Franco y su madre, para la vieja cocinera, aquel lugar era tan familiar como la palma de la mano. Yo nunca fui de ninguna parte... Me aclaré la garganta y pregunté por Cass Cleave, tímido, como quien va de visita a un hospital. Kristina me estaba sirviendo café y no levantaba los ojos de la taza. Vi mi cara reflejada en el barniz de la mesa, escorzada, borrosa, la parte superior siniestramente

enmascarada. Intentaba, sin venir a cuento pero con cierta irritación, recordar la distinción exacta entre los términos *gemütskrank* y *geisteskrank*<sup>[13]</sup>.

—Quiere estar sola —dijo Kristina Kovacs—. Durante un tiempo. Tiene cosas en que pensar.

Asentí, pues no sabía qué contestar. Todo aquello formaba parte de cierto protocolo, un protocolo en el que yo no participaba. Lentamente se apoderó de mí una vaga sensación de ruptura, de liberación, como lo que siente un barco en el primer momento de separarse del astillero; era, ahora me doy cuenta, la punzada inicial y premonitoria de los dolores inminentes de la pérdida.

—La quiero, lo sabes —me oí decir, casi con fastidio, y me habría sonrojado completamente si mi viejo pellejo hubiera sido menos áspero.

Ahora era Kristina la que asentía y fruncía los labios. Oí a la vieja cocinera rebuscando en la cocina.

—Sin embargo —dije con una voz demasiado sonora, como un páter familias victoriano que a regañadientes accede a concederle la mano de una hija poco agraciada a un cazafortunas—, sin embargo, la dejaré irse, si eso es lo que quiere.

Kristina, aún con la vista baja, meditó mis palabras un momento, y a continuación levantó los ojos y sonrió.

—Oh, Axel —dijo en voz baja—, solo alguien incapaz de amar podría amar de manera tan poco egoísta.

Más tarde, cuando vi a Cass Cleave, estaba en el jardín de Bartoli, una caja estrecha y sin sol de césped escaso y follaje mustio encerrado entre dos paredes altas de estuco y la parte posterior, sin ventanas, de otro edificio de apartamentos de gran altura. Estaba sentada en una silla de hierro forjado, en un rincón, junto a un arbusto de flores azules, muy erguida, el fino cuello recto y las manos serenamente posadas en el regazo. Observé que durante los meses que había pasado conmigo el pelo le había crecido de manera apreciable, y ahora lo llevaba recogido en la nuca en un moño. Iba descalza, y llevaba un camisón de hilo blanco pasado de moda, que sin duda le había prestado la madre de Bartoli. Allí, pálida y rojiza, delante de aquella sucia pared blanca, parecía posar para una foto, o esperar la llegada del pelotón de fusilamiento. Al acercarme levantó la vista, sin poder enfocar muy bien, y medio sonrió, como si no estuviera segura de si yo era real o solo una alucinación agradablemente familiar. Me quedé delante de ella en aquel aire inmóvil y sin vida, pinchando la áspera hierba con mi bastón. Cass Cleave esperaba, con indiferencia, y dirigía su desdibujada sonrisa aquí y allá. Le dije que había oído que deseaba estar sola, y fui incapaz de reprimir una inesperada nota de despecho. Le dije que debía saber que Kristina Kovacs estaba enferma, que de hecho se estaba muriendo. Le dije que me había acostado con ella una vez, hacía mucho, en Praga.

—Sí —dijo Cass Cleave—, me lo ha contado.

Vaya.

—¿Y qué le has contado tú? —pregunté.

No me contestó. Suspiré. Había preparado mi discursito. Una nube lívida se acercaba lentamente hacia el sol.

—Debes comprender —dije— que tendré que regresar a mi vida, y tú debes volver a la tuya —solté una risita—. Me he gastado aquí mucho dinero —dije—, mi agente de Arcadia, el que se encarga de mis asuntos financieros, cree que me están chantajeando... lo cual —con una sonrisa traviesamente ceñuda— en cierto modo es verdad.

Di un paso a la derecha, a la izquierda, pivotando sobre mi bastón. Dije que por supuesto la amaba, pero que el amor no era más que el impulso de aislar y poseer completamente a otro ser humano.

—Al amarte —dije—, te saqué del mundo, y ahora te devuelvo a él. ¿Te das cuenta?

Ella lo escuchaba todo en silencio, la cabeza prudentemente inclinada. Volví a suspirar, impaciente.

—¿Vas a traicionarme? —dije—. Esos artículos de periódico de hace años..., ¿vas a contarlos, y traicionarme?

Permaneció inmóvil un momento, a continuación alzó la vista con un leve temblor, sonriendo, como si acabara de despertar de un breve y reconfortante sueño, y miró a su alrededor, al parecer complacida y sorprendida al distinguir el arbusto de flores azules, y la pared blanca, y a mí, de pie ante ella, apoyado en mi bastón.

—Nunca vimos el Sudario —dijo.

Se levantó de la silla de hierro y me cogió del brazo, y juntos cruzamos el jardín hacia la ventana abierta, donde estaba Kristina Kovacs, esperándonos, los brazos cruzados y apretados bajo el pecho.

—Tengo algo que decirte —dijo Cass Cleave en voz baja.

Se fue de la ciudad aquel día. Kristina Kovacs vino a mi hotel a informarme de su marcha —en avión—, acompañada de Franco Bartoli. Cuando los vi en el vestíbulo, sentados uno al lado del otro en el sofá blanco, junto a la fuente, donde vi por primera vez a la chica, me parecieron un par de niños descarriados que esperan su castigo. Por fin se había desatado una tormenta que llevaba ya días amenazando, y campeaba por el cielo con pródiga furia, haciendo entrechocar los puños y lanzando jupiterinos truenos casi sin pausa. En la puerta principal, abierta, se habían congregado unos cuantos huéspedes y un par de empleados, que observaban la cortina de lluvia que barría la calle; emitían un suspiro colectivo de sobrecogimiento a cada destello.

—Pero tú dijiste que la dejarías ir —dijo Kristina Kovacs, levantando los ojos y parpadeando—. Yo pensé...

El ruido de la lluvia procedente de fuera era más fuerte que el salpicar del agua en la fuente. Di un golpecito en el suelo de mármol con mi bastón. Hay veces en que la cólera es una especie de dolor, que suena como un gemido en la cabeza, agudo y

punzante, como un dolor de muelas.

—¿Pensaste? —grité—. ¿Tú pensaste? ¡*Tú no pensabas!*

Kristina siguió parpadeando sin poder evitarlo. No, ella no sabía adónde se había ido Cass Cleave; le había dado dinero, una suma considerable, lo suficiente para que siguiera viajando durante semanas, puede que meses. Le hice prometer, le hice jurar, que me avisaría enseguida si tenía noticias de ella.

—No lo entiendes —dije, negando con la cabeza, viejo animal herido—. ¡No lo entiendes!

Estaba a punto de derrumbarme y echarme a llorar de rabia. Me había acercado a la puerta. Un relámpago iluminó la calle, los mirones exclamaron ¡*Ahh!* Kristina Kovacs se acercó al mostrador de recepción a pedir prestado un paraguas, y Franco Bartoli, solícito, me puso una mano en el brazo.

—Creímos que querías librarte de ella —dijo—. Pensábamos que te alegrarías.

Asentí cansinamente y dije que sí, que me alegraba, claro que me alegraba.

No supe nada más durante una semana. Creo que lo único que hice fue caminar, por mi habitación, por los pasillos del hotel, de una calle a otra, murmurando, hablando solo, con Cass Cleave, despotricando contra ella, insultándola en mi cabeza. En mi memoria sobreexcitada, como fondo a ese interminable intervalo hay un estruendo permanente y relámpagos, como si la tormenta que estalló sobre la ciudad el día de su partida hubiera proseguido sin remitir día tras día, noche tras noche, en solidaridad con la zozobra de mi corazón. Entonces, al fin, por banal que pueda parecer, llegó una postal remitida desde Génova en la que se veía una vieja fotografía que era, naturalmente, una vista panorámica del cementerio de Staglieno. *Va a haber un eclipse de sol*, escribía, *¿crees que se va a acabar el mundo?* Aunque en la postal no figuraba ninguna dirección, enseguida cogí un taxi a la estación y a mediodía estaba en Génova. Me apeé del tren, salí al sol y, cegado, cogí la primera calle que se me puso por delante. El calor era nauseabundo, y el puerto hedía. Gentío, adoquines, palazzos borrosos. La calle, un desfiladero serpenteante, se estrechaba, luego se estrechaba más, y luego aún más, y pronto tuve que abrirme paso a codazos a través de una especie de zoco en el que unos hombres enormes de piel negro azulada, vestidos con chilabas blancas, holgazaneaban junto a unos tenderetes que exhibían rodajas de comida frita, bolsas a rebosar de cereales, y cabritos sin desollar cuyas tráqueas abiertas colgaban junto a sus pequeñas pezuñas negras. Me senté en un café y me bebí un vaso de anís. El propietario, un árabe obeso, estaba inclinado cómodamente sobre el mostrador, se hurgaba los dientes con un palillo y me hablaba en un francés coloquial de sus esposas y de los cascaciruelas de sus hijos. Era la hora de la siesta, las persianas estaban bajadas. En el techo, un ventilador circular agitaba las tiras flácidas de papel matamoscas. En aquel momento, en ese lugar desconocido y alegre, supe por fin que la había perdido para siempre. Volví a la estación, donde tuve que esperar durante una angustiada hora a que saliera el próximo tren rumbo al norte. Era ya entrada la tarde cuando regresé al hotel, agotado y sintiéndome un tanto

avergonzado. Corrí las cortinas y me metí en la cama, que aún conservaba levemente, o eso imaginé, su olor.

Con el transcurrir de los días llegaron más postales, de Rapallo, de Santa Margherita, de los cinco pueblos de las Cinque Terre, lugares en los que nunca había estado y que me tenía que imaginar. Seguí su avance por la costa de Liguria en un atlas viejo y grande que Franco Bartoli me bajó de uno de los estantes superiores de su pasillo forrado de libros. Me había ido del hotel, para instalarme con él y su madre. Era algo provisional, mientras buscaba un lugar en el que ubicar de manera permanente mi oficina de persona desaparecida. Cada tarde, Franco y yo íbamos juntos en su pequeño coche al hospital situado en el cinturón industrial de la ciudad, donde a Kristina Kovacs se le aplicaba una última e inútil serie de tratamientos. Casi siempre la encontrábamos en un estado de postración, adormilada y aturdida, como un superviviente al que han sacado de los escombros una semana después de un terremoto. Franco Bartoli se sentía incómodo en su presencia, o a lo mejor solo porque yo estaba allí; se sentaba en la silla de metal del hospital con las palmas apretadas entre las rodillas, y se aclaraba la garganta y estiraba el cuello, que asomaba del cuello demasiado apretado de su camisa, o se quedaba ensimismado durante un buen rato mirando al vacío, y solo salía de ese estado con un sobresalto de culpabilidad para echarnos una mirada furtiva a Kristina Kovacs y a mí. Franco le traía flores, que eran un intento de expiación, elaborados ramos de orquídeas, lilas y nardos que aportaban un olor de depósito de cadáveres al olor ya un tanto fétido de la habitación del hospital. Kristina se había vuelto conmovedoramente dependiente de él, le pedía con una voz fina como un papel que le hiciera pequeños favores, que le cambiara el agua del jarrón que había en el alféizar, que le recogiera algún libro que se le había caído, que llamara a la enfermera. Los medicamentos que le administraban le daban sed, y Franco le llenaba repetidamente el vaso de agua y se colocaba junto a ella, en la cama, y le ponía un brazo en torno a los hombros y la ayudaba a beber, y yo tenía que darme media vuelta y acercarme a la ventana para contemplar la panorámica de fábricas y centros comerciales que humeaban en el implacable calor del verano. Le traía las postales de Cass Cleave a medida que llegaban, y Kristina hacía que las enfermeras las clavaran en la pared, junto a su cama. Algunos días, mientras la visitábamos, se pasaba todo el rato echada sobre un costado, inmóvil, sin mirarnos a Franco ni a mí, con una mano bajo la mejilla, contemplando fijamente esas chabacanas escenas en las que solo se veían cielos azules y mares sedosos. Nada más salir, Franco y yo nos metíamos en un bar que estaba al otro lado de un cruce siempre concurrido, que teníamos que cruzar en zigzag, corriendo peligrosamente desde un caprichoso semáforo a otro. El bar era un lugar insulso frecuentado por camioneros que cubrían largas distancias, solitarios y de ojos angustiados, y unos jóvenes y atezados matones de origen incierto que pasaban el tiempo jugando a las máquinas del millón en un silencio tenso e impenetrable. Mientras permanecíamos sentados en la sucia barra de metal, Franco con su café y yo con mi grappa, tenía la

impresión de que intentaba formular todo lo que deseaba decirme, todo lo que le parecía que debería ser capaz de decir, pero nunca lo conseguía; era como la máquina de café expreso que había detrás de la barra, un monstruo reluciente de gran tripa, con multitud de botones e indicadores, siempre acumulando presión de vapor pero sin llegar nunca a ninguna parte.

Por cierto, no sé si considerarlo un presagio, ni, si lo es, qué puede significar, ¡pero he encontrado la cajita de píldoras de mamá Vander! Se había colado por un agujero que hay en un bolsillo de una chaqueta que casi nunca llevo y se había quedado en el forro. Me proporciona una satisfacción infantil haberla recuperado, y haberla ido llenando, a razón de una tableta por visita, con la provisión de calmantes de Kristina Kovacs para el día que tenga que utilizarlas para calmar mi propio dolor, para siempre. A Kristina no se le acabarán: el doctor Zoroastro la mantiene generosamente, por no decir criminalmente, bien provista. Es él quien la atiende, ahora que ha abandonado el hospital; pasan mucho tiempo juntos, los oigo hablar en voz baja, hora tras hora, no sé de qué.

Durante mi permanencia en el apartamento de Bartoli, su madre procuraba mantenerse apartada de mí. Yo la comprendía. Debía de ser angustioso para ella encontrarse cada mañana con ese desconocido que la sobresaltaba, pues estoy seguro de que de la noche a la mañana, cada noche, con la misma monotonía de un cuento de hadas, su porosa memoria olvidaba irremediablemente que yo me alojaba allí. Por otro lado, Maria, la anciana cocinera, me tomó mucho cariño, me llamaba su *colosso*, y coquetamente me ofrecía todo tipo de manjares y dulces, platos de pasta cubiertos de trufas frescas, y rodajas de *panforte* que amenazaban con arrancarme de raíz las pocas muelas que me quedaban, y vasos diminutos de un licor espeso, dulce, de un brillo metálico, en el que flotaban granos de café y en cuyo borde temblaba la voluta de una espectral llama azul. Entre ella y Franco Bartoli me habían preparado un estudio improvisado en una habitación situada en la parte de atrás del apartamento, que daba al sombrío jardín; allí, como indicó Franco Bartoli en tono de silenciosa reverencia, podría trabajar libremente sin que nadie me interrumpiera. Aquel cuarto se convirtió para él en un lugar sagrado, en un santuario del sacrificio intelectual, un tabernáculo de la presencia real de la transustanciación —él era, como descubrí con cierta sorpresa, devotamente religioso—, consagrado en el corazón de su pequeño establecimiento doméstico. Le oía pasar junto a la puerta de puntillas, casi le sentía sonreír con una entusiasta felicidad y orgullo ante la buena suerte de tener de invitado a Vander el Grande. No sabía que me tenía en tan elevada y heroica consideración. Ningún detractor alteró jamás la plácida superficie de mi autoestima, pero un admirador entusiasta puede hacer que me encoja de vergüenza. No me veía con ánimo de decirle al pobre Franco que mi obra estaba ya completamente acabada, y que no habría más. Por el contrario, cada mañana entraba diligentemente en esa habitación con la expresión de un hombre cuya mirada está férreamente fija en la inmortalidad, y cerraba la puerta con firmeza detrás de mí, y sentía cómo un silencio

invadía todo lo de fuera, a la espera del rugir silencioso de mi poderoso intelecto al poner en marcha su motor. Pura farsa. Me quedaba allí sentado durante horas, hundido en una silla incómoda y antigua, un codo sobre la mesa de jugar a las cartas que me servía de escritorio, la barbilla en el puño, contemplando el lugar situado junto al muro del jardín en el que Cass Cleave, la última vez que la vi, se levantó de la silla, me cogió del brazo y me llevó hasta la puerta a través del césped agostado y crujiente, y me dijo, tan serena, sonriendo, con los ojos en el suelo, como si fuera la sencilla respuesta a una pregunta complicada, que no admite respuesta, que iba a tener un hijo, y que era mío.

¿Por qué los hombres siempre se quedan atónitos ante el fenómeno de la concepción? Puede que fuera comprensible en la época primitiva, cuando creíamos que era el viento lo que hacía concebir a las mujeres, pero ¿qué excusa tenemos en esta época empachada de información? Ciertamente, en el curso de mi larga vida me había acostado con muchas mujeres sin, que yo sepa, haber fecundado una sola matriz. ¿Qué travieso dios de la fertilidad había decretado que al final de mi vida se me concediera que una de sus potentes saetas diera en ese secreto y palpitante blanco? ¿Quién iba a decir que mi vieja y seca semilla aún podía germinar? ¡Qué vergüenza! ¡Qué estúpido me sentí! Y, no obstante, también qué agradecido. De inmediato vi las implicaciones, las posibilidades, lo que yo llamo la gracia salvadora de este suceso maravillosamente hermoso. Dejad que me exprese con claridad; no era yo el que se salvaría. Por una vez, y quizás por vez primera, pensaba en los demás. Creciendo ya en el interior de esa muchacha estaba el brote de lo que sería un mundo restaurado. De las volutas inimaginablemente complejas situadas en el hueco núcleo de la blástula que yo había hecho hincharse en su vientre, ya surgía un nuevo comienzo para mi pueblo, mi pueblo perdido. Era así de simple. Mi cariñosa madre, mi melancólico padre, mis hermanos, que habían sufrido una muerte sumaria antes de haber vivido, todos tendrían su diminuta porción en esa nueva vida. ¡Oh, anciano iluso! ¿Cómo se me ocurrió pensar que el mundo me permitiría esa redención?

En la última postal se veía la foto teñida en vivos colores de una iglesia situada sobre un peñasco, en mitad de una bahía de un inverosímil color berilo. La envié dentro de un paquete, junto con su pluma estilográfica, precisamente. *Querido Svidrigailov: Me voy a América. Tu Casandra.* La había mandado desde Chiavari tres días antes. Debía de haber calculado que eso era lo que tardaría, ni más ni menos, en llegarme. Me asombró su fe en el sistema postal de ese país, aunque resultó extraordinariamente fundada, pues apenas diez minutos después, mientras yo estaba junto a la ventana de la habitación del jardín con la postal en una mano y la pluma en la otra, intentando pensar qué hacer, Franco Bartoli dio unos golpecitos en la puerta, asomó cautamente la cabeza y susurró que había una persona —una persona— al teléfono que deseaba hablar conmigo.

*De todos los personajes tradicionales de la comedia italiana, Arlequín es al mismo tiempo el más individual y el más enigmático. ¿Quién es este ser inexplicable? ¿Su cabeza y su corazón están hechos de la misma materia que los nuestros? Si se le erigiera una efigie, debería estar hecha de goma, pues solo una sustancia elástica puede recibir la impronta de su espíritu sutil y feroz, creado por los dioses en un momento de incontrolable alborozo y malicia. Se le llama por muchos nombres, y nadie es capaz de decir cuál le corresponde en justicia y en origen; muchas autoridades mantienen que su nombre fue en primer lugar un apodo. Tiene sin duda una esencia divina, si es que no se trata del propio Mercurio, dios del crepúsculo y del viento, patrón de ladrones y alcahuetes. También es Proteo, ora delicado, ora ofensivo, cómico o melancólico, a veces poseído por una locura desatada. Es el creador de una nueva forma de poesía, acentuada por gestos, puntuada de volteretas, enriquecida con reflexiones filosóficas y ruidos incongruentes. Es el primer poeta de las acrobacias y los sonidos indecorosos. Su media máscara negra completa la impresión de algo salvaje y demoníaco, y sugiere un gato, un sátiro, un verdugo. ¡Pensad en cómo le considera la opinión pública e intentad imaginar, si podéis, cómo él podría ignorar esa opinión o hacerle frente! En cuanto las autoridades le han asignado su mirada, en cuanto ha tomado posesión de ella, los demás hombres trasladan sus casas a otro sitio para no tener que ver la suya. Allí vive solo con su compañera, cuya voz es la única voz que conoce y sin la cual oiría solo gruñidos. Llega el día. Recibe una funesta señal. Se pone en camino, vestido de negro y un ojo enrojecido. Es por la mañana. Llega a una plaza pública abarrotada de gente apremiante y jadeante. Le presentan a un envenenador, parricida y blasfemo. Hay un silencio terrible, estremecedor. Coge al condenado, lo extiende sobre el potro de tortura, a continuación se pone al cabrestante y lo destroza. La cabeza pende de un extremo, y la boca, abierta como un horno, emite una palabra sanguinolenta, implora la muerte. Ha terminado. Da un paso atrás; extiende su mano manchada de sangre; de lejos le lanzan unas cuantas monedas de oro que se lleva a través de una doble hilera de hombres que reculan horrorizados. Vuelve a casa, se sienta a la mesa y come, luego se va a la cama y duerme. Al despertarse por la mañana, no piensa en lo que hizo el día anterior. ¿Eso es un hombre? Sí. Dios le recibe en sus santuarios y le permite rezar. No es un criminal, y sin embargo nadie dirá de él que es virtuoso, que es honesto, que es admirable. Ningún elogio moral parece apropiado para él, pues eso supondría un vínculo con los demás seres humanos, y no tiene ninguno. No tiene ninguno, este Arlequín.*

Ella se dio cuenta de que allí acabaría todo. Ya no podía llegar más lejos, y eso la alegraba. Desde la cubierta del pequeño ferry había observado cómo los cinco

pueblos menguaban en el borroso horizonte de cielo y mar de la tarde, y cómo la noche agazapada se alzaba azul ciruela tras los promontorios, y se dijo que ella también estaba desapareciendo en la oscuridad. Así había sido desde que se fue de Turín, si no antes, si no mucho antes: un proceso secreto y gradual mediante el que se apagaba, se diluía. El mundo la dejaba ir, igual que Vander la había dejado ir. Comprendía claramente lo que ocurría, lo que debía ocurrir, para que el ciclo se cumpliera. Había intentado explicárselo a Kristina Kovacs, el que cualquier cosa formaba parte de todas las demás, la manera en que todo estaba ordenado, pero Kristina no lo había entendido. Kristina, ahora lo veía claramente, intentaba salvarla, al igual que ella, a su vez, se dijo que era su tarea salvarle a él. Pero no se trataba de eso, de ninguna manera. Ahora estaban atracando, y ella casi experimentó una sensación de bienaventuranza cuando el ferry se deslizó en silencio hacia el muelle, donde esperaban unas figuras borrosas, extrañamente inmóviles, hasta que un viejo con gorro de marinero avanzó con pericia hacia delante y cogió la maroma que otro de los marineros le arrojó. El agua se mecía, tersa como el aceite, la superficie recorrida de luces de colores, melocotón, malva y rosa. Los murciélagos revoloteaban en el aire sombrío. En el muelle había cafés, bares y pequeños restaurantes, y, detrás, el pueblo escalaba la colina, luces en las ventanas de las casas, tantas vidas. Había otra luz, quizás un farol, sobre la puerta de la iglesia, que se hallaba sobre el escabroso promontorio que se recortaba contra el cielo crepuscular. Uno de los marineros del ferry le llevó la maleta cuesta arriba hasta el hotel. Con qué sencillez ocurría todo.

Volvió a anotar algo en su cuaderno, ahora serena, sentada bajo una lamparilla, junto a la ventana abierta de su habitación, mientras una polilla alborotaba en torno a la bombilla y unas pequeñas olas exhalaban sobre la playa de guijarros. *Columbina está enferma. Han llamado al médico. ¡Oh, sálveme, sálveme, Dottore! Columbina va a tener un bebé. El Viejo está enfadado.* Sonrió, apartó la libreta, cruzó los brazos sobre la mesa y colocó la cabeza encima. Sintió cómo se deslizaba gradualmente por una oscura e inmensa pendiente. Esto es el tiempo, se dijo, el tiempo es la curva, se hace más empinado. Todo lo que había hecho hasta ese instante, sus actos más insignificantes, incluso cuando era muy pequeña, la había llevado hasta ese momento, esos momentos inevitables, los últimos. Qué raro, y no obstante qué simple. Levantó la cabeza con esfuerzo, pues estaba cansada, y se quedó un rato sentada, escuchando los soñolientos ruidos de la noche. Había ido a ver al médico, el viejo y elegante médico de pelo teñido. Había sido amable con ella, y había movido su mano sacerdotal sobre su vientre mientras suspiraba. Ella vio los números tatuados en la muñeca y comprendió. El médico había querido que ella ingresara en una clínica, poner fin a eso.

—¿Qué piensa hacer? —le había preguntado el médico—. ¿Adónde irá? —y se quedó mirándola un buen rato—. ¡Ah, *signorina!*

La postal llegaría mañana. Se alegraba de haberle enviado también la pluma.

Quería que él supiera todo lo que ella sabía.

Aquella noche, en el dormitorio del apartamento de Franco Bartoli, después de haber perdido el sentido, Kristina Kovacs se había acostado junto a ella. En aquel lugar tan caluroso y sofocante, qué fría había notado la mano de Kristina cuando la posó sobre su corazón. Había dormido, sabiendo que la mujer estaba completamente despierta, velándola. Sentía el miedo de Kristina como una presencia viva, una tercera persona echada entre ambas, velado, silencioso, implacable. Luego se despertó y Kristina le dijo algo para tranquilizarla, como si le hablara a través de una ventana abierta a una loca que ha salido a la cornisa de un edificio. Bueno, ¿y qué eres si no, se preguntó, qué otra cosa eres, más que una loca en una cornisa? Le sonrió a la oscuridad que había al otro lado de la ventana. Miró en el bolso de Kristina y encontró un frasco de somníferos y pensó en robárselos, pero no lo hizo. Sabía que Kristina la vigilaba. Se preguntó si eso era lo que Vander le había pedido a Kristina que hiciera, vigilarla, asegurarse de que no se tomaba las pastillas ni saltaba de la cornisa.

Abrió su guía al azar y leyó un fragmento sobre la muerte de Shelley. Había ido a Livorno a ver a Lord Byron. La goleta tenía el nombre de *Ariel*. El poeta, Edward Williams y un chaval que se encargaba de la vela. ¿Por qué daban esos dos nombres, incluso el nombre del navío, y no el del muchacho? Incineraron el cuerpo de Shelley en la playa. Apartó el libro, se levantó de la silla y se quedó un momento inmóvil, escuchando; solo se oían las pequeñas olas. Salió y cerró la puerta con llave, bajó las escaleras lo más silenciosamente que pudo y salió a la noche. ¿Quién temía que la oyera, creía que alguien la detendría? No había nadie. El hombre que estaba en recepción, de pelo gris y bigote, ni siquiera levantó la mirada cuando ella pasó.

El aire era tibio, de un olor fuerte, astringente, como el del yodo. Era el mar. Sentía la sal en los labios. Todas las cosas le llegaban con intensidad, como si supiera que iban a ser las últimas. Bajó hasta el puerto por las calles en silencio. Sabía adónde iba. En el muelle había gente paseando, no mucha, la última golondrina de turistas se había ido hacía mucho. Se daba cuenta de que la miraban, sobre todo las mujeres. ¿Lo sabían con solo mirarla? ¿Se acordarían de ella? El mar era invisible, solo una negrura, sin horizonte, como si medio mundo hubiera desaparecido. Mañana el eclipse de sol; esta noche, el suyo. Ya no había voces en su cabeza; habían dicho todo lo que tenían que decir, habían hecho todo lo que tenían que hacer. Se las imaginaba a su espalda, aquella horda, alejándose, con unos ojos como platos, cubriéndose la boca con la mano, contemplándola con optimismo, incapaces de creerse que hiciera por fin lo que le habían instado a hacer desde hacía tanto tiempo.

Subió la colina empinada, adoquinada, hasta la iglesia. El farol aún brillaba sobre el dintel de piedra. La puerta estaba abierta, en la entrada había una gruesa cortina de cuero alisada en un borde por generaciones de manos que la habían apartado. Velas de a penique, techo abovedado, suelo de piedra, una estatua de la Virgen todo azules, rosas y cremas, los ojos levantados en un éxtasis de aflicción. Qué paz. Se sentó en la

esquina de un banco. Todos sus actos, incluso el más insignificante, se acumulaban en la balanza, la llevaban hasta su destino. Entró un sacerdote, ya viejo, bajo y gordo y totalmente calvo. La miró sorprendido y se marchó otra vez. Padre. Había una puerta a un lado del altar. Se levantó del banco y fue hacia allí. La puerta era vieja, la madera estaba fría y húmeda al tacto, viscosa a causa del aire nocturno. Se abrió chirriando en los goznes. ¡Qué sencillo! Había un pequeño balcón de piedra cuadrado bajo el cielo inmenso, y el agua blanca que se enredaba en torno a las rocas, lejos, muy lejos. Se encaramó al parapeto, haciendo caer una piedrecilla y arañándose la rodilla. La brisa nocturna le apretaba la falda contra las rodillas, tan fresca, tan suave. Se llevó las manos al vientre, sintiendo ese calor que no era el suyo. Si supiera el nombre del muchacho, el que iba en el *Ariel*. Él también se había ahogado. Todos los que habían perecido. Le escocía la rozadura que se había hecho en la rodilla; todo resultaba tan insistente, las cosas exigían atención, mención. Oyó que alguien entraba en la iglesia detrás de ella y decía algo, no entendió las palabras. Deprisa, ahora. Se vio cayéndose antes de caer, cayendo por esa curva que se aceleraba. Ahora había alguien, era el cura, el viejo cura, vio el tenue brillo de su calva y se acordó del camarero, la estatua del jinete en la oscuridad; lo recordó todo. *Signorina!* Inhaló profundamente, y por un instante volvió a ser una niña, su padre estaba detrás y le decía *Salta*. Muy despacio, como si perdiera el sentido, levantó los ojos de manera extática, como los ojos de la estatua de la Virgen, se inclinó hacia la nada, mientras el sacerdote, a su espalda, en vano extendía los brazos para detenerla. Tiempo. Noche. Agua.

Franco Bartoli me llevó en su pequeño coche hasta ese remoto rincón de la costa. Cuando llegamos a La Spézia cruzamos la calurosa ciudad y seguimos hasta Lerici, desde donde yo tomaría una golondrina para cruzar la bahía. Llegamos después de la hora de cenar, y ya no salían más barcos. Aquella noche tendría que quedarme a dormir allí. Elegí el hotel Shelley, ante los labios apretados de desaprobación de Franco; también podría haberme alojado en el Albergo Lord Byron. Poetas, no habéis vivido en vano. Franco se ofreció, sin mucho entusiasmo, a quedarse y hacerme compañía, pero le dije que no, que debía volver o su *dolce mamma* se inquietaría. Lo cierto es que no habría soportado su compañía ni un minuto más. Se marchó, lanzándome una mirada de conmiseración a través del parabrisas mientras daba media vuelta rápidamente en el coche en el muelle y se adentraba como una bala en el ocaso. Llamé al hotel donde ella se había alojado, a unas cuantas leguas al otro lado de ese mar engañosamente inocente, y me dijeron que aún buscaban el cadáver. Tomé una cena que me produjo náuseas y me retiré a mi habitación con una botella de whisky y uno de los sedantes más fuertes de Kristina Kovacs, y enseguida me sumergí en una serie de descabelladas pesadillas con temas sacados de las marinas más escandalosamente lascivas de Hokusai<sup>[14]</sup>, a través de los cuales asomaba de vez

en cuando la imagen del poeta ahogado y abotargado a la deriva en un mar en llamas. Cuando a la mañana siguiente me dirigí al puerto, descubrí que las golondrinas no salían hasta por la tarde; que el eclipse tendría lugar dentro de poco, y que se consideraba que daba mala suerte zarpar antes de que acabara. Regresé a mi desagradable cama y dormí hasta mediodía y me perdí el eclipse, a no ser que cruzar en sueños —yo estaba aterrado, aunque no pasó nada— una región de radiante oscuridad no fuera un sueño, sino un atisbo en duermevela de la oclusión solar. Cuando al final me desperté del todo, me estaba cociendo, despatarrado, bajo un sol que me daba de pleno a través de la ventana abierta, y durante unos dichosos segundos no supe dónde me encontraba ni por qué estaba allí.

Siempre me enfurezco en momentos de máxima tensión. No es una reacción inusual, me informa el doctor Zoroastro, sobre todo dadas las circunstancias de aquel día. Le grité al recepcionista del hotel, al tipo que vendía los billetes de la golondrina, y luego a un Caronte ennegrecido por el sol y tocado con una vistosa gorra puntiaguda con un áncora, el cual, mientras por fin embarcaba en la embarcación, me acercó una mano para ayudarme y casi me tira al mar. Tampoco alcancé el mínimo de cortesía con el educado joven que me recibió en el muelle, al otro lado, un emisario de lo que en mi mente aún era Cass Cleave, una chica viva. La tarde era soleada, y animada por ráfagas de un viento cálido. El recepcionista del hotel, llamémosle Mario, un larguirucho atezado con una nuez que parecía estar accionada mediante un débil elástico, se encogió de miedo ante mí, como si fuera a pegarle con mi bastón, cosa que podría haber hecho de no habernos hallado en la vorágine del desembarco. Exigí saber lo que había ocurrido, debía saberlo todo, enseguida, ahora, allí mismo, en el muelle, ¡todo! ¡Venga, le grité a su cara asustada, cuéntamelo! Le agarré por el codo y le zarandé con violencia. Cuando comenzó a hablar, no obstante, no le escuché, le hice dar media vuelta y le ordené llevarme donde todo había ocurrido. Ascendimos a través del pueblo. Estaba presente un sacerdote, decía Mario, había llegado demasiado tarde, la *signorina* había... Juntó las manos e imitó el acto de zambullirse.

—Saltó, *signore*.

Aún no habían encontrado el cadáver.

Después de estar en la iglesia —allí no había nada, por supuesto, y el sacerdote estaba ejerciendo sus menesteres en otra parte y no lo vimos— fui al hotel, un establecimiento matusaleno, e hice que me enseñaran la habitación. Me dejaron allí solo y cerraron la puerta lentamente. Busqué en su bolsa, sin saber qué esperaba encontrar. Había bragas sucias en un bolsillo lateral, las saqué y las examiné, esas reliquias profanas, y me llevé las costuras manchadas a la boca y las chupé, para saborear por última vez aquellas secreciones familiares. A continuación entré en el cuarto de baño y las lavé en el lavabo. El agua emitió un ruido de engullir y un chasquido, me bañó las muñecas, una unción plateada. Me imaginé a Cass Cleave en las profundidades del mar, los ojos abiertos, mirando sin ver la superficie que se

balanceaba muy por encima de ella. Primero tendí las bragas, todo lo limpias que había podido dejarlas, sobre el toallero, para secarlas, pero me dije que eso no serviría, y me las metí en el bolsillo. A continuación regresé al lavabo y me mojé la frente; arrojé la toalla a lo lejos, no me habría sorprendido encontrar la imagen ensangrentada de mi cara impresa en ella. Fui hasta la mesa, me senté junto a la ventana y hojeé su cuaderno. Pobre Columbina. En nuestro viaje a Génova, cuando estábamos en el cementerio, me perdió de vista un rato. Yo había subido unos escalones que llevaban a una de las zonas de última construcción, donde están enterrados los muertos recientes de la ciudad, mercaderes y mafiosos, y las estatuas son modernas y pretenciosas. Bajo las columnatas se estaba fresco, el lugar era silencioso, y me demoré allí un rato, leyendo las inscripciones de las tumbas y pensando en lo eterno. Cuando estaba a punto de descender al nivel inferior la vi debajo de mí, recorriendo una zona de grava iluminada por el sol, y me quedé detrás de una columna para observarla. Estaba un tanto inquieta, me di cuenta. Tenía los brazos cruzados, muy apretados, la cabeza gacha, caminaba rápidamente de un lado a otro, al parecer sin rumbo, en zigzag. Permanecía un momento parada, como si sopesara profundas alternativas, y a continuación echaba a andar de manera precipitada, solo para detenerse tras media docena de pasos dados con las piernas rígidas, y luego repetía el proceso, deteniéndose, considerando, y lanzándose en una nueva dirección. Así estuvo varios minutos, pero se detuvo cuando al final me descubrió oculto tras la columna. Nos quedamos mirándonos. No imagino en qué estaba pensando. A lo mejor pensaba que por fin la había abandonado, que había decidido desaparecer y abandonarla entre los muertos y sus monumentos. De manera extraña, o puede que no tan extraña, es el recuerdo de momentos como ese lo que más me afecta ahora, los momentos, imagino, de su más profunda desesperación.

Bajé las escaleras, su ropa interior un bulto mojado en mi bolsillo, y hablé con el propietario, un tipo apuesto de pelo gris cuyo aliento olía a ajo. Le enseñé un puñado de cheques de viajes y le dije que preferiría que se olvidara de que yo había estado allí. No dijo nada, simplemente se lo pensó un momento y a continuación se encogió de hombros con apatía. Se quedó mirando impasible mientras yo firmaba los cheques, apoyando los puños sobre el mostrador de recepción. Desde una sombría región a su espalda, su mujer entró sin hacer ruido. Era una persona corpulenta, de triple papada y mirada suspicaz. Mario, el recepcionista, también estaba. Increíble que todo el pueblo no se agolpara en la entrada para echarme un vistazo. Cuando le hube entregado los cheques le dije que deseaba descansar, y le pregunté si podría quedarme en el dormitorio de Cass Cleave, el dormitorio que había sido de ella. El *signore* Alberto puso reparos, dijo que esperaban a otro huésped de un momento a otro. Le lancé una mirada, y él cedió. Subí y me eché en la cama en la que había yacido Cass Cleave. A medida que el día menguaba, pensé en muchas cosas, por ejemplo en ese fenómeno, con cuya existencia me topé por casualidad mientras leía cosas acerca del señor Mandelbaum y sus costumbres, que entre los neurólogos se conoce como la

mano anárquica. Esta extraordinaria e inusual enfermedad —no hay más de medio centenar de casos registrados— es el resultado de una peculiar forma de rebelión en las profundidades del sistema nervioso. Quien lo sufre, aunque tiene las extremidades normales y sanas, se encuentra sujeto a la tiranía de una de sus manos, que al parecer, por su propio capricho y voluntad, lleva a cabo acciones independientes del paciente, a menudo contra sus intereses. En la mesa se encuentra con que la recalcitrante mano le obliga a tomar alimentos que no quiere ingerir; se encuentra con alguien por la calle, y en lugar de proferir un saludo, la mano vuela y abofetea a ese atónito conocido. A veces el comportamiento de la mano es tan escandaloso, que su compañera del otro lado es invitada a intervenir para detener sus travesuras; la lucha resultante puede ser en extremo violenta, y acabar en autolesiones y caídas al suelo. Una paciente incluso sufrió repetidos intentos de estrangularse a sí misma, y podría haber sucumbido de no haber estado presentes otras personas que se apresuraron a separar la mano suicida, o asesina, de la garganta. Lo que me preguntaba, echado en la cama de aquel hotel completamente vacío, era si una mitad del propio yo podría ser un anarquista, emperrado en la destrucción de la totalidad. Pues una cosa es imaginarse a Cass Cleave saltando por su propia voluntad lejos de la luz del mundo, y otra muy distinta concebir la posibilidad de que cuando se quitaba de en medio, atrapada en su ineludible abrazo, un lado de ella gritaba aterrado, como un niño al que un demonio se lleva en brazos.

Tomé la última golondrina. Ese joven, Mario, me acompañó al muelle, no sé por qué; a lo mejor sus padres —era el hijo de los propietarios, ¿lo he mencionado?— deseaban asegurarse de que yo abandonaba la vecindad antes de hacer efectivo el soborno. O quizás el hecho de que yo hubiera sufrido una pérdida exigía observar una simetría ceremonial, y como me había venido a recibir al barco, también debía venir a despedirme. Fue cortés hasta el final; acompasó su paso al mío y me ofreció su brazo firme cuando me subí a la plancha oscilante. Se quedó esperando en el muelle mientras la golondrina se alejaba, e incluso me dijo adiós con la mano. Anochecía, y su camisa blanca tenía un resplandor sobrenatural. De hecho, no se llamaba Mario, no sé por qué le he llamado así, sino Angelo; los emisarios del Cielo asumen las formas más inverosímiles. *Adio, Angelo*. Con vigorosas sacudidas, la embarcación dio media vuelta, salimos del puerto y nos dirigimos hacia el horizonte, donde se demoraba la última luz del día, trémula en el borde. Me quedé en la popa y saqué el puñado de bragas empapadas del bolsillo y las arrojé al mar, donde se arremolinaron por un instante, abriéndose como una flor acuática japonesa, y luego fueron arrastradas hacia la oscuridad, bajo las olas. En Lerici ya caía la noche azul molusco. *Me dejó en la hora callada...*<sup>[15]</sup> Debí haber esperado a que el mar entregara su cuerpo. Sí, debí haber esperado.

Durante toda aquella larga tarde me acosó la sensación de ser, de algún modo, alguien más que el que era. Cuando miraba los lugares donde ella había estado, o tocaba las cosas que habían sido suyas, era como si otro mirara conmigo, a través de

mis ojos, tocara esas cosas a través de mis dedos. Luego se me ocurrió, y la idea me vino con la fuerza de la certeza, que mediante alguna forma de magia solidaria, me había anticipado, había experimentado por adelantado, por así decir, lo que sentiría su padre cuando fuera a la isla, y tomara la golondrina, y subiera la colina hasta la iglesia y permaneciera en aquella habitación de hotel tan llena de su ausencia. Temo que entre los dos la destruimos, el viejo Tespis y yo. Un día ella dijo que le amaba, y yo le dije que por qué no iba a amarlo, puesto que era su padre, pero ella negó con la cabeza, cerró los ojos y puso esa mueca crispada tan característica de ella, y dijo que no, que no lo entendía, que lo que quería decir era que ella estaba *enamorada* de él, y siempre lo había estado. Me pareció una fantasía absurda, dicha solo para impresionarme o escandalizarme, y no dije nada. Luego, cuando ella ya había muerto, una noche, ya tarde, llamé al número que había encontrado entre sus cosas, y tras el primer pitido me respondió una voz de hombre. Parecía tenso, nervioso, como si hubiera estado en la cama despierto, esperando a que alguien llamara, esperando mi llamada, quizás. Intenté decir algo, pero estaba demasiado borracho, y además estaba llorando. Es actor, o lo fue, me dijo ella. Estoy seguro de que tendríamos muchas cosas en común, él y yo. Después de todo, yo también soy actor, aunque solo un amateur inspirado. La diferencia es que el papel que yo interpreto es solo el mío, y nadie más puede asumirlo, ni dentro ni fuera del escenario. Pero, entonces, ¿no se podría decir lo mismo de Axel Vander?

Me esperaban otras sorpresas, algunas desagradables. Un día, en la mesa para jugar a los naipes de la habitación que da al jardín de Franco Bartoli, estaba escribiendo las primeras páginas de esta crónica con la pluma estilográfica que ella me había enviado, cuando esta se secó. No encontraba tinta en la casa, y Franco estaba fuera. Salí, y tras una tediosa y apática búsqueda —el día amenazaba lluvia, los escolares daban patadas a las hojas y las metían en las alcantarillas— di por fin con una tienda de estilográficas en una estrecha calleja, junto al río. El lugar poseía ese olor inquietante, reseco, a pegamento y ajeno, de las aulas de mi infancia. La tienda era tan estrecha que tuve que colocarme de lado entre el mostrador y el muestrario de instrumentos de escritura y cuadernos de tapas marmoladas que había en la pared de delante. La mujer que atendía, rubicunda y desproporcionadamente grande, vestida de negro de arriba abajo, con las cejas pintadas y una elevada colmena de pelo sostenido con laca, se comportaba como si perteneciera a alguna indefinida institución, podría haber sido una matrona de hospital, o celadora de una cárcel de régimen abierto, o, desde luego, una simple maestra de escuela. Respondió a mi petición exhibiendo una estilizada profesionalidad, llevándose sucesivos frascos de tinta al pecho para que yo los inspeccionara, y señalando las descripciones que había en las etiquetas con una uña larga y escarlata. Cuando elegí un frasco, al azar, ella asintió con aprobación, cerrando los ojos lentamente y frunciendo los labios,

como si hubiera pasado una prueba de excepcional buen gusto y educación. Me preguntó si había traído la pluma conmigo, y si me gustaría llenarla ahora. Esa invitación, junto con el olor a aula y nuestra proximidad obligada por lo reducido del espacio, provocó al principio una insinuación de intimidad que fue al mismo tiempo preocupante y extrañamente bienvenida, y me sentí como un muchacho que tras las clases se ha quedado en la escuela para recibir algunos favores especiales. Casi con timidez saqué la pluma y desenrosqué el mango, no sin resistencia, pues había algo dentro, papeles enroscados y muy apretados en torno a lo que resultó ser unos de esos cartuchos desechables —«*Ecco, signore, un segreto!*»—, y atado con una hebra de seda, que tras una lucha minúscula conseguí desatar. Desdoblé los papelitos y los coloqué uno junto al otro sobre el mostrador de cristal, e intenté que permanecieran planos bajo las puntas de los dedos extendidos. Al principio, como los papeles no dejaban de enrollarse y las luces que había bajo el cristal brillaban a través de ellos, fui incapaz de leer las palabras. Entonces vi su foto, y la mía, y nuestros nombres, el suyo mal escrito. La mujer de la tienda se inclinó hacia delante, hasta el punto de que su frente casi tocó la mía, y olí el aroma a jabón, no desagradable, de su pelo; a continuación dejó escapar un leve suspiro tembloroso, como si aquello fuera un tesoro que habíamos desenterrado entre los dos. Acto seguido me miró a la cara, y en sus ojos apareció una expresión preocupada, incluso solícita, y extendió un brazo y colocó una de sus manos suavemente sobre la mía. Qué extraños son esos momentos, escasos, desde luego, conmovedores, pero también un tanto desconcertantes, en que un desconocido sale de la multitud y sin otra razón que la simple bondad te ofrece una palabra de consuelo, un brazo de sostén. ¿Qué había visto esa mujer en mí que le suscitara esa simpatía? El arredrarse, la mirada desahogada, la finta de puro pánico a este lado, ahora al otro, la indefensión que te deja paralizado. Contempladme en esa tienda, atrapado entre los faros, mudo de sorpresa y dolor, mis pobres secretos a la vista de todos, a punto de reposar mi cabeza sobre el pecho vestido de bombasí de la mujer y llorar hasta que mi duro corazón quedara seco.

Pero ahora viene lo más sorprendente. Lo que más me afectó no fue la jugarreta que Cass Cleave me había gastado, ni lo que allí se revelaba, es decir, que todo el tiempo ella había sabido quién era y no era yo. Mientras contemplaba con ojos desorbitados esos recortes de periódico, el anuncio de la muerte de Axel Vander aparecido en el *Standaard* y las dos fotografías que habían acompañado su parodia de entrevista conmigo en la *Gazet*, yo no pensaba en él, ni siquiera en Cass Cleave, sino en Magda. Y en ese momento comprendí por fin lo que siempre había sabido sin saberlo, que ella también había estado al corriente de mi secreto. Oh, no digo que ella supiera con certeza que yo no era Axel Vander, ni que los orígenes burgueses que yo profesaba despreciar, los padres indulgentes, el enorme apartamento, los parientes pobres, no fueron míos sino suyos; no digo que ella supiera todo eso con detalle. Su conocimiento de mi doblez era más profundo que el estar al corriente de los detalles, se hundía hasta mi mismísima esencia. No me preguntéis cómo me había descubierto.

Puede que conociera a alguien que había tenido alguna relación conmigo antes de que yo fuera Axel Vander —por aquellos días en América todo el mundo guardaba algún secreto—, o a lo mejor a su desdeñado polaco se le había ocurrido husmear en mi pasado y se lo puso delante de las narices. O a lo mejor simplemente lo intuyó. Tanto da, tanto da. Lo que me deja atónito es su silencio. Todos esos años en los que yo creía que me protegía mediante el engaño, era realmente ella quien me mantenía íntegro, intacto, fingiendo ser engañada. Era mi silencioso garante de autenticidad. Eso fue lo que comprendí, mientras estaba aquel día en la papelería de la Via Bonafous, y toda una pared de mi vida se derrumbó, y se me permitió una vista completa del mundo que nunca había divisado antes.

En un acceso de asombro, el asombro de un niño que ha averiguado uno de los grandes secretos del mundo de los adultos, tuve que contarle a alguien estos descubrimientos. No podía ser Kristina Kovacs; estaba tan al borde de la muerte que para ella no habría sido más que un lejano parloteo, el mero chismorreo de los meramente vivos. Que le fuera con eso a Franco Bartoli era impensable. Podría haber confiado en su madre, sin duda mis secretos habrían estado a salvo con ella, pues los habría olvidado nada más oírlos. Sin embargo, al final fue el doctor Zoroastro quien me hizo de confidente y confesor. Ocurrió el día en que me ayudó a trasladar a Kristina Kovacs a este apartamento. Sí, la he traído a vivir conmigo, o más exactamente, a morir, como ella misma observó, con una de sus forzadas sonrisas, tan escasas ahora. Intervino una ambulancia del hospital, y dos ayudantes de mentón azulado con bata blanca, que parecían más barberos que sanitarios, pero que fueron amables, la llevaron escaleras arriba en su silla de ruedas y la metieron en la cama. Le he cedido mi dormitorio, y me he instalado una cuna para mí en el sofá de la otra habitación. El doctor le había administrado un sedante, y ella estaba prácticamente inconsciente, farfullaba para sí en un idioma que no pude identificar, la cabeza le caía inerte. Calva y consumida, aún con su bata blanca de hospital, parecía un sabio del siglo XVIII sin peluca y recién levantado de la cama. El doctor y yo estábamos al pie del lecho, contemplándola, cuando de pronto me di cuenta de que se lo estaba contando todo. Bueno, no, todo no; después de toda una vida, cuesta desarraigar la costumbre de ocultar cosas. Le conté que Cass Cleave sabía cosas de mí, sin detallar qué cosas eran exactamente, y que cuando las descubrí supe enseguida, y por primera vez en mi vida, que mi mujer también las había sabido. Me escuchó con serena atención, de pie, envuelto en su voluminoso abrigo y su bufanda, manteniendo la mirada fija en aquella mujer ahora adormilada. Habían comenzado a caer las primeras nieves, y un aliento gélido se filtraba por la ventana baja que había junto a la cama, y todo a nuestro alrededor quedaba amortiguado en el silencio. A medida que el año toca a su fin y menguan sus horas de luz, más se le atezan las facciones asirias al doctor Zoroastro; posee la mirada oscura y feroz y el perfil aguileño de un monarca del desierto. Uno de los aspectos más chocantes de su curiosa presencia, al tiempo inquietante y tranquilizadora, es la cualidad de su quietud. Parece funcionar según un

principio de entropía intermitente. Pasa de la inmovilidad y el silencio al movimiento y el habla, y luego vuelve a ensimismarse como si no se hubiera movido ni hubiera hablado. Hay veces que tarda tanto en contestar a una pregunta o en expresar un comentario que parece que el mundo exterior no le afecte en lo más mínimo, que se halle en alguna remota esfera interior de la contemplación, de calma ausente. Supongo que se trata de la morada de alguien que ha sobrevivido. En aquel momento se permitió un silencio más prolongado de lo normal, y, puesto que yo ya lamentaba haber hablado, albergaba la esperanza de que renunciara a cualquier tipo de reacción. El doctor estaba encendiendo un cigarrillo con esa elegancia gestual de prestidigitador que es otra de sus características; sus manos formaban lentos aros a través de los cuales las espirales de humo se deslizaban y caían, y de no haber estado tan absorto contemplándole, a lo mejor me habría dado cuenta antes de lo que había empezado a decir. Me preguntó si había advertido la sorpresa que manifestó la primera vez que le dije mi nombre.

—¿Se acuerda? —dijo—. Fue un encuentro agradable. Estábamos tomando café, en el Bicerin.

Me acordaba, pero no de que se hubiera sorprendido; ¿en qué consistía su expresión de sorpresa, de todos modos, en esa regia máscara momificada que era su cara? Se sorprendió, dijo, porque había oído antes el nombre de Axel Vander, mucho tiempo atrás, en un entorno y unas circunstancias por completo distintas. En ese punto hizo una pausa, el cigarrillo suspendido delante de la boca y los ojos apretados contra el humo, recordando. Se volvió lentamente, salió del dormitorio y se dirigió al estudio, donde la luz eléctrica y la luz de la nieve se unían en débil pugna. Se acercó a la ventana y miró a través de los cristales sucios: unos copos blancos caían lentamente. Sentí que se me aceleraba el pulso, una medida que refleja aprensión, que te prepara para la impresión que puede sobrevenir.

—Nieva —murmuró el doctor.

—Sí, nieva.

Había conocido por casualidad a los Vander, dijo, en un bosque, en una especie de estación, mientras esperaban a que los transportaran a otra parte. Eran una pareja de mediana edad, que aún gozaba de buena salud, pero en un estado de gran agitación. Habían intercambiado por comida lo que les quedaba de un pequeño alijo de joyas que habían conseguido traer con ellos, ocultas en el forro de sus ropas, y sus perspectivas, al igual que las de todos los que estaban en ese lugar, eran sombrías. Ya habían perdido a un hijo, destruido, les dijeron, por las acciones de un amigo traidor.

—¿Destruído? —dije con un hilo de voz. O quizás solo pensé en decirlo.

Me senté lentamente en mi escritorio y apoyé en él un brazo. Hay ciertas exhalaciones que suenan como si fueran tu último aliento. ¿Y adónde llevaban a los Vander, pregunté, adónde los transportaban? El doctor se encogió de hombros sin apartar los ojos de la ventana.

—Al este —dijo.

Estoy esperando a que, como cada día, Franco Bartoli venga a visitar a Kristina Kovacs. Se vuelve a dejar barba, como si quisiera compensar la pérdida de pelo de Kristina. Creo que ella no siempre le reconoce. Les dejo solos, aunque sospecho que Franco quiere que me quede con ellos. Cuando ha cumplido con su deber de visitarla, le invito a sentarse un rato conmigo antes de irse; bebemos una copa de vino, él sorbe un poco por la nariz, se suena e intenta hablar de algo, de Kristina Kovacs, de su trabajo, de cosas que pasan por el mundo; no menciona a Cass Cleave, sin duda para no herir mis sentimientos. Le cuento la curiosa historia del doctor Zoroastro acerca de la gente que conoció en aquel campamento del bosque, los que se hacían llamar Vander. En realidad, lo hago para contármela a mí. ¿Qué voy a pensar? Recuerdo al padre de Axel haciendo su interpretación de Moisés y Raquel, qué mimo tan convincente era. Pero ¿y si ellos...? ¿Y si Axel...? ¿Qué voy a pensar? Franco Bartoli acaba su vino y, suspirando, se marcha. Cuando he oído alejarse su coche me pongo mi sombrero flexible, cojo mi bastón, y, tras haberle echado un vistazo a Kristina, salgo a dar un paseo por las calles invernales, mi paseo diario, mi arlequinada diaria. Pienso en lo variopintos que somos, Franco y la pobre Kristina, el doctor, yo. La ciudad está tranquila en esta época del año. Los muertos, sin embargo, tienen su voz. En el aire por el que avanzo murmuran las ausencias. Pronto seré uno de ellos. Bien. ¿Por qué yo he de vivir y ella no? Ella. Ella.

## Agradecimientos

*Colocamos una palabra... pero no «verdades»*, p. 7. Nietzsche, *The Will to Power*, 482, traducido por Walter Kaufmann y R. J. Hollingdale (Nueva York, 1968). [Aunque no la he utilizado, existe edición española: *La voluntad de poderío*, Edaf, Madrid, 1981. (N. del T.)]

«Al ser un chico de ciudad... una fantasía nacida de mi anhelo de tener raíces», pp. 60-62, es una adaptación de un pasaje de *The Future Lasts a Long Time*, de Louis Althusser, editado por Olivier Corpet y Yann Moulier Boutang, y traducido por Richard Veasey (Londres, 1993). [Edición española: *El porvenir es largo*, traducción de Marta Pesarrodoná, Destino, Barcelona, 1992.] En el texto se alude y se utilizan temas de la vida y de diversas obras de Paul de Man.

«De todos los personajes tradicionales... No tiene ninguno, este Arlequín», pp. 285-287, es una adaptación combinada de *The Italian Comedy*, de Pierre Louis Duchartre, en traducción de Randolph T. Weaver (Nueva York, 1966) y de *St. Petersburg Dialogues*, de Joseph de Maistre, traducidos por Richard A. Labrun (Toronto, 1993). [Este último tiene traducción española: *Las veladas de San Petersburgo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1990.]

La descripción que aparece en la segunda parte de la persecución de los judíos en Bélgica no es históricamente rigurosa, y se basa en testimonios de lo ocurrido en Alemania procedentes de *The Klemperer Diaries 1933-1945*, de Victor Klemperer (Londres, 2000) [edición española: *Quiero dar testimonio hasta el final*, traducción de Carmen Gauger, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003], y de lo ocurrido en Rumanía tal como lo relata Mihail Sebastian en *Journal 1935-1944* (Chicago, 2000) [edición española: *Diario (1935-1944)*, prólogo, traducción y notas de Joaquín Garrigós, Destino, Barcelona, 2002].

Gracias a: Ludo Abicht, Ortwin de Graef, Fergus Martin, Hedwig Schwall.

## **Notas del traductor**

[1] Girton es uno de los *colleges* de Cambridge. Bryn Mawr, una prestigiosa universidad de Filadelfia. <<

[2] Job, 1:19. <<

[3] «Salve, Dios cegador». <<

[4] Porque «dirección» y «charla, discurso» en inglés son la misma palabra: *address*.

<<

[5] En los siglos XVI y XVII, el bufón de las compañías de cómicos ambulantes en Alemania. <<

[6] Un netsuke es una figurilla de madera o marfil, muy decorada, con que los hombres se ceñían el vestido tradicional japonés; ahora es muy apreciada como bibelot. <<

[7] «Doble» en alemán. <<

[8] El personaje atormentado y luciferino de *Crimen y castigo* de Dostoievski, en la estela del Stavroguin de *Los demonios* o Iván Karamazov. <<

[9] Hy Brasail (la Isla de los Bienaventurados) era una isla del Atlántico cuyos habitantes, según la mitología celta, se volvieron tan puros que cortaron sus conexiones terrenales, y solo podían verla aquellos que estaban libres de deseos terrenales. <<

[10] Trilby es el personaje que da título a la novela que George du Maurier publicó en 1894 sobre el París bohemio del fin de siglo. <<

[11] Se refiere a los miembros del Partido Parlamentario o Puritano, que en las guerras civiles inglesas del siglo XVII se enfrentaron a los partidarios del rey Carlos I — llamados «caballeros»—, y que se distinguían por llevar el pelo muy corto. <<

[12] Del poema de Shelley «The Triumph of Life», comenzado en 1822 e inacabado.

<<

[13] En alemán, «emocionalmente perturbado» y «desquiciado». <<

[14] Grabador y dibujante japonés (1760-1849) que se distinguió en todos los géneros.

<<

[15] Verso de Shelley perteneciente a «Lines Written in the Bay of Lerici» (1822). <<